

El Galeon de la Libertad: La fascinante aventura de la

Salvador Quirarte

El Galeón de la Libertad

Prólogo

I - El 8 de Octubre de 1810

II – Toluca de San José y la Batalla del Monte de las Cruces

III - La Conspiración Insurgente del Parián de la Plaza Mayor

IV – La frustrada espera y el Plan por la Libertad

V - Cruzando la Sierra Madre

VI – Navegando rumbo a Oriente

VII – El arribo a las Islas Filipinas

VIII – Los niños de la Viruela

IX - Clara Luz

X – La traición de Luzón

XI– El nuevo liderazgo criollo del Galeón

XII – Boda en Manila

XIII – La Contravuelta

XIV - Piratas a estribor

XV – Tierra a la vista

XVI - El Santo Niño de Cebú

XVII – De regreso en Nochistlán

XVIII - El Timón de Oro

XIX – De la Costa Grande a la Sierra del Ajusco

XX – “¿No estoy yó aquí, que soy vuestra madre?”

XXI – “Día de Muertos”

XXII – Los Cañones, el Diablo y la Iglesia

XXIII –El Desafío final

XXIV – El Nacimiento de una nueva Nación

Epílogo y Pensamientos Finales del Autor

OceanofPDF.com

ANEXOS

A - El Parián de la Ciudad de México

B - Los Galeones de Manila

C - Su influencia en el México de hoy



OceanofPDF.com

PROLOGO

Mediante un formato de “narrativa histórica”, esta novela nos lleva a vivir la aventura

extraordinaria de un grupo de novohispanos de la Ciudad de México, de la Provincia

de la Nueva Galicia y de otras regiones de la Nueva España que en el año de 1810, al

igual que muchos habitantes de diferentes ciudades del Virreinato, buscaron formas

para apoyar la lucha autonómica iniciada por Hidalgo, Allende, Aldama, Morelos,

Galeana junto con un gran número de heroicos patriotas novohispanos de todas las

castas y de muchos españoles peninsulares que en esos tiempos no aceptaban la

caída de Carlos IV y de su hijo Fernando VII bajo el dominio que ejercía Napoleón

Bonaparte sobre el Reino Español y sus colonias de ultramar.

Muchos valientes mexicanos pertenecientes a una nueva generación tomaron

conciencia de la oportunidad y necesidad de vivir en libertad, dejando todo para tomar

las armas y unirse a la lucha o bien, como fue el caso de los Conspiradores de la Plaza

Mayor de la Ciudad de México, que aprovecharon su posicionamiento social y

económico en la sociedad Novohispana, para desde el centro del poder Virreinal

apoyar al liderazgo de la lucha por la Independencia, con inteligencia, recursos e

información.

El “Galeón de la Libertad” nos comparte las fascinantes aventuras y desafíos del que

tal vez fue el último viaje de una “Nao de la China” a las a las Islas Filipinas, como un

homenaje imaginario a los Galones y a sus valientes tripulaciones de mexicanos,

españoles y filipinos que por doscientos cincuenta años mantuvieron viva esa línea de

comunicación y comercio transpacífico, mostrándonos la casi desconocida cara del

comercio, la cultura y la dependencia política y administrativa que unió por muchos

años al Virreinato de la Nueva España y a la Capitanía General de la Islas Filipinas,

liga que quedó rota para siempre al consolidarse la Independencia de México

La forma en que se desarrollaron los acontecimientos reales del inicio de la Guerra de

Independencia en México nos hace pensar que tal vez y lo repito, “tal vez”, el viaje del

Galeón de la “Santa María de Guadalupe” o uno similar, en verdad sí pudo haber

sucedido y que gracias a ello, haya sido posible para Don José María Morelos retomar

el camino del triunfo tras la captura y fusilamiento de Don Miguel Hidalgo y de sus

lugartenientes más cercanos.

.

Para mí el visualizar esta novela a partir de eventos reales, en los que participan

diferentes personajes, algunos imaginarios y otros auténticos, moviéndose en fechas

precisas en diversos lugares de la Nueva España, del extenso Imperio Español y en la

inmensidad del Océano Pacífico fue en su inicio como tratar de armar un gran

rompecabezas con cientos de piezas, eventos y tiempos específicos que habrían de

quedar ubicados y conectados entre sí en una secuencia y orden lógicos, alineados y

consistentes con la realidad histórica.

Al empezar a escribir la obra, me sorprendió que poco a poco y de manera natural,

cada una de esas piezas se fueron colocando en su lugar exacto, que en este caso son

una serie de eventos importantes y significativos de la época, de los personajes

históricos de la Colonia, de la Guerra de Independencia en la Nueva España, de la

Capitanía General de las Filipinas y de la poco difundida epopeya de los viajes de las

llamadas “Naos de China”, que mantuvieron rutas de navegación comercial entre los

puertos del Virreinato en la costa americana del Pacífico y del Oriente, creando sin

duda junto con la Flota de Indias en el Golfo de México y en el Océano Atlántico, los

cimientos de la Marina de México, de sus tradiciones navales y una versión real y

temprana de lo que quinientos años más tarde definimos como “globalización” y que

por lo general creemos que es un fenómeno político, social y económico que hoy en día

se está dando gracias al internet, a las telecomunicaciones y a las empresas

multinacionales, desarrollando y tomando ventaja de la capacidad productiva y

comercial de China, con altos volúmenes y costos muy competitivos.

Todas las piezas de “El Galeón de la Libertad” pudieron conectarse mágicamente en

una historia de aventura, patriotismo, romance, devoción y algo de misterio a través de

varios grupos de personajes, como son los Insurgentes de la Nueva España, los

Conspiradores del Parián de la Plaza Mayor de la Ciudad de México y todos los

hombres, mujeres y niños que protagonizan esta epopeya marina y de lucha que cobra

vida en el inicio de nuestra guerra de libertad e independencia.

El primero de los Galeones de Manila también llamados “Naos de China” , fue

bautizado como Galeón San Pedro, habiendo zarpado desde el puerto de Barra de

Navidad en la Provincia de la Nueva Galicia, el día veintiuno de noviembre de 1564

con la encomienda del segundo Virrey de la Nueva España, Don Luis de Velazco, de

colonizar las Islas Filipinas en nombre del Rey de España, Don Felipe II,

estableciendo una presencia permanente de tropas y civiles españoles en ese

archipiélago bajo la tutela y administración del Virreinato de la Nueva España.

El Galeón San Pedro arribó a las Filipinas tres meses después, a mediados del mes de

febrero de 1565 siguiendo las indicaciones de navegación y ruta de Don Andrés de

Urdaneta, quien previamente estuvo al frente de uno de los navíos españoles que

descubrieron las Filipinas.

Los tripulantes del Galeón San Pedro fundaron la Villa de San Miguel en Cebú,

habiendo retornado al puerto de Acapulco el día ocho de octubre de ese mismo año.

Seis años más tarde, en 1571 se fundó la ciudad de Manila frente a la bahía de Cavite

iniciándose así una intensa actividad de comercio marítimo que unió Asia con la Nueva

España y a esta última con la Metrópoli del Imperio Español y con el resto de las

Colonias y Capitanías españolas del sur del continente americano.

Entre 1565 y 1811 se realizaron ciento ocho viajes redondos desde la Nueva España,

habiéndose utilizado un total de cincuenta galeones, quince de los cuales se fabricaron

en astilleros ubicados en poblaciones de la costa mexicana del océano Pacífico y el

resto en las Filipinas.

Las Naos tenían un costo de entre sesenta mil y ciento cincuenta mil pesos de plata de

aquella época, con un peso entre doscientos cincuenta y quinientas toneladas.

Sin embargo, lo más relevante eran las mercancías y productos que transportaban los

Galeones en sus rutas en ambas direcciones, con valores de quinientos mil a tres

millones de pesos de plata, en las que los comerciantes criollos y españoles de la

Nueva España y los comerciantes chinos y filipinos de Manila obtenían ganancias de

hasta un trescientos por ciento sobre su inversión original, además de los derechos

aduanales y los pagos o tributos formales e informales que se repartían en los puertos

de salida y de escala a lo largo de la ruta.

Solo para darnos una idea, el Peso de Plata o Peso fuerte, equivalente a un Onza con

peso de 27 gramos de plata de ley de 92.5% se cotizó a principios del 2015 en

aproximadamente cuarenta dólares americanos.

En base a ello podemos deducir que además de las mercancías comerciales, los

Galeones transportaban hacia Oriente en cada viaje cargas de Plata en monedas de

Pesos Fuertes que se acuñaban en la Nueva España desde 1535, con un valor actual

en el rango de los cincuenta a cien millones de Dólares.

En este relato, también se puede apreciar el curioso efecto de paralelismo que se dió

entre las dos guerras de “Independencia”: la mexicana y la española, en las que ambos

pueblos lucharon para liberarse del dominio Napoleónico.

Los mexicanos en nuestra historia “oficial”, mencionamos muy poco de la larga y

sangrienta guerra de Independencia llevada a cabo en España a partir de 1808, con un

estimado de más de trescientos mil ciudadanos españoles muertos por la guerra, las

epidemias y la hambruna que padecieron todos los habitantes de la península ibérica al

estar sufriendo el impacto económico de un país invadido por las fuerzas Napoleónicas

y paralizado productivamente, en el que los pocos recursos disponibles se aplicaban al

sostenimiento de las innumerables batallas y largos sitios que se llevaron a cabo en

toda España, en Portugal y en algunas provincias francesas de la frontera con España.

Las ideas de los hombres y mujeres españolas que no aceptaban la pérdida de sus dos

monarcas de la Dinastía Borbón: Carlos IV, obligado a abdicar y su hijo Fernando VII,

capturado y recluido en Bayona para ser reemplazado por José Bonaparte, fueron la

mecha que encendió el fuego de la guerra de Independencia Española que inició en

1808.

Desde finales del siglo XVIII muchos habitantes del continente americano alimentaban

sus inquietudes con las noticias que llegaban de ultramar sobre el triunfo de la

revolución francesa y la [independencia](#) de las trece colonias británicas, incluyendo al vecino país del norte, quienes el cuatro de Julio de 1776 habían proclamado su

independencia del Imperio Británico, convirtiéndose en los Estados Unidos de América,

decisión que fue aceptada pacíficamente por la Corona Inglesa tan solo dos años

después.

En la ciudad de México, Francisco Primo de Verdad y Ramos, abogado criollo nacido

en la Nueva Galicia, quien era Síndico del Ayuntamiento de la Ciudad de México y un

número importante de simpatizantes de la nueva tendencia del pensamiento filosófico

europeo conocida como “La Ilustración”, no eran ajenos a estos temas.

Primo de Verdad señalaba que la soberanía reside esencialmente en el pueblo. Los

peninsulares e inclusive la [Inquisición](#) lo calificaron como hereje.

En junio de 1808 llegaron a México las noticias procedentes de España sobre el [motín](#)

[de Aranjuez](#) y las [abdicaciones de Bayona](#) como consecuencia de la invasión de los ejércitos de Napoleón Bonaparte, por lo que España y sus Colonias se quedaron sin

Rey legítimo por el cautiverio de la familia real y la imposición de José Bonaparte,

hermano de Napoleón, como nuevo monarca del reino español.

Ante estos hechos el licenciado Francisco Primo de Verdad junto con el regidor Juan

Francisco Azcarate y Lezama propusieron el diez y nueve de Julio al Virrey Don [José](#)

[de Iturrigaray](#) que convocara a todos los ayuntamientos de la Nueva España para formar un gobierno provisional apoyado en el pueblo y a no reconocer monarca alguno

que no fuera de la estirpe real de los Borbones, justificando dicha postura con el

argumento de que en la legislación española se establecía que a falta del monarca

legítimo la soberanía había de volver al pueblo a través de las Cortes.

El Virrey Iturrigaray, hombre cercano al depuesto Ministro de Reino Español Don

Manuel Godoy quien había caído en desgracia al destronar Napoleón a Fernando VII y

esperaba pronto ser remplazado, vió con buenos ojos esta propuesta de Primo de

Verdad para presidir el gobierno y la Junta de Representantes del Reino que se

congregaría en la Ciudad de México con el propósito de establecer un gobierno

autónomo del Reino Español en la Nueva España.

Inclusive se llegó a hablar de la posibilidad de que Fernando VII, el depuesto Monarca

de la Casa Borbón viajara a la Nueva España para asentarse en ella y presidir el

gobierno de esta Nación, como sucedió con la Reina María I y el Príncipe Juan de

Portugal que se exiliaron en Brasil al también ser desplazados por Napoleón.

Primo de Verdad conversó en muchas ocasiones estos temas con su amigo y paisano

Don Hermenegildo Ruiz Mejía y con algunos de los amigos que se dedicaban al

comercio en el Parián de la Plaza Mayor y que se reunían en las tertulias secretas que

sostenían frecuentemente para buscar oportunidades para apoyar las ideas

autonómicas que empezaban a florecer en varias ciudades del Virreinato. .

Todos estos pensamientos en mucho, fueron las motivaciones más relevantes que

impulsaron a los Insurgentes de la Nueva España para intentar evitar que su Virreinato

Americano cayera en manos del poder Napoleónico, levantándose en armas la noche

del quince de Septiembre de 1810, al dar el Grito de la Independencia el Cura Don

Miguel Hidalgo, al igual que lo hicieron en ese mismo año los habitantes de la mayoría

de las otras Colonias americanas del Reino Español en las ciudades de Caracas,

Santa Fe de Bogotá, Lima y Buenos Aires.

En 1810 la situación en España empeoraba y al ser ocupada Andalucía por los

franceses solo le quedaba al Rey de España el puerto de Cádiz, gracias a que este

estaba protegido por la flota de la Marina Real Británica.

Fue ahí adonde se reunieron en las llamadas Cortes de Cádiz un grupo de representantes de la debilitada Monarquía Española provenientes de la Península

Ibérica, de América y de las Islas Filipinas.

El diez y nueve de Marzo de 1812 ese grupo de delegados proclamó la Constitución de

Cádiz, conocida popularmente como “La Pepa” por haber sido anunciada en un día de

San José.

En ella se otorgó la ciudadanía española a españoles, criollos e indígenas de América,

aun cuando no se logró la aceptación de ciudadanía para las Castas con ascendencia

africana, como tampoco se aprobó la abolición gradual de la esclavitud, a pesar del

esfuerzo para conseguirlo realizado por un grupo minoritario de delegados encabezado

por Don José Manuel Guridi y Alcocer, diputado por Tlaxcala ante esa Corte.

Los españoles peninsulares enemigos de Napoleón habían iniciado desde 1808 una

larga y sangrienta lucha para conseguir expulsar al ejército francés de España, la cual

solo se empezó a consolidar hasta el once de Diciembre de 1813 a la firma del Tratado

de Valencay que restauró a Fernando VII como Monarca del Reino Español,

una vez que Napoleón Bonaparte, su hermano José y los ejércitos Franceses

perdieron el dominio de la península Ibérica a manos de las tropas Insurgentes

españolas en alianza con la poderosa flota del Reino Unido al mando del Almirante

Nelson y del ejército Ingles comandado por el Duque de Wellington, quienes de esa

forma se anticiparon a acabar con la posibilidad muy clara de que una vez ocupada

España, Napoleón siguiera adelante invadiendo las Islas Británicas.

En el otro extremo del Imperio Napoleónico, el Zar de Rusia también se enfrentó a

Napoleón y a sus ejércitos, distrayendo aún más su atención y sobre todo, atrayendo

las tropas y recursos bélicos del Imperio Francés que hasta entonces peleaban las

guerras de Independencia en España y en América.

El ejército de Napoleón estaba ya muy debilitado en España, cuando el veintidós de

Marzo de 1814 Fernando VII, liberado por Napoleón, pudo regresar a Madrid para

tomar nuevamente posesión del Trono Español.

El Rey Fernando VII tan pronto como retomó el poder, extrañamente desconoció

todos los acuerdos liberales previos de las Cortes de Cádiz emitidos para apoyarlo y

reinstituuyó el absolutismo en todo el Imperio incluyendo la Nueva España, intentando

equivocadamente con acciones de combate a los insurgentes americanos, mantener el

Virreinato de la Nueva España como parte integral de su Reino, cuando la lucha

independentista yá se desarrollaba en toda la Nueva España y ningún *insurgente*

estaba dispuesto a perder sus derechos como ciudadanos, tal como en ese momento

lo establecía claramente la Constitución de Cádiz.

Para sorpresa de todos los Novohispanos, Fernando VII en 1814 decidió enviar de

inmediato tropas de refuerzo para derrotar a los Insurgentes de la Nueva España,

traicionando a quienes habían luchado y en muchos casos habían dado la vida por

defender la legitimidad de la Casa de los Borbones como monarcas del Imperio

Español.

Como consecuencia de lo anterior, un movimiento de apoyo a la legitimidad de la

monarquía borbónica de España por parte de sus súbditos en todas las Colonias del

Continente Americano se transformó en un verdadero movimiento de independencia

que finalmente logró, a costa de mucho esfuerzo y dolor, que todas esas Colonias se

transformaran en países independientes.

La historia imaginaria del “Galeón de la Libertad” y de todos sus personajes se

desarrolla al inicio de la Guerra de Independencia de la Nueva España dentro del

contexto aquí planteado.



OceanofPDF.com

CAPITULO I

El ocho de Octubre de 1810

“*Andando Don Juan*” se escuchó la fuerte voz del Capitán Daniel Camarena dando

órdenes desde el portal de la casa al capataz Juan para que le trajera a “Rayo”, su

caballo favorito, junto con los caballos de los dos hombres de su regimiento que lo

acompañaban.

Ese día el Capitán Camarena se preparaba para continuar una jornada muy intensa, que

dió inicio muy temprano en la casa del rancho familiar de “Los Camarenas” en las

cercanías del pequeño pueblo de Toyahua, cercano al Santuario de la Virgen del

Rosario, desde donde cabalgaron hasta Nochistlán para iniciar sus actividades en esa

población asistiendo a la misa de nueve de la mañana en la Parroquia de San Francisco.

Justo cuando los tres jinetes tomaban camino se abrieron paso las primeras luces del

día en un clima aun fresco y húmedo por las lluvias nocturnas del otoño iluminando la

llamada Región de las Barrancas, en donde se ubica desde antes de la Conquista la

población de Nochistlán, en la Provincia de la Nueva Galicia, situada en la región centro-

oriental del Virreinato de la Nueva España.

Al llegar a Nochistlán, el Capitán Camarena mantuvo a “Rayo” caminando con sus

acompañantes a paso lento por las calles empedradas del pueblo rumbo a la Plaza de

Armas o “Cuadro” como le llaman los lugareños, mientras los vecinos que se cruzaban

en su camino o estaban a la puerta de sus casas los saludaban con cierto respeto y ellos

correspondían descubriéndose la cabeza al quitarse el sombrero y en ocasiones,

prestando atención de reojo a algunas de las mujeres que escondiendo una discreta

mirada y a veces hasta una sonrisa, balbuceaban los “*buenos días*” en respuesta a los

saludos del Capitán y de sus hombres.

Al término de la misa, el Capitán Camarena salió de la Parroquia de San Francisco

acompañado por un grupo de personas caminando a lo largo de una cuadra hasta llegar

a la casa de su tío Don Hermenegildo Ruiz Mejía en la que tendrían una primera reunión

con un grupo importante de vecinos de Nochistlán, pertenecientes a la gran mayoría de

Criollos de esa comarca, entre los que se encontraban muchos de los familiares y

amigos de toda la vida del Capitán Camarena.

El salón de la casa de Don Hermenegildo y de su esposa Gumara aun cuando era amplio,

no fue suficiente para que todos los asistentes estuvieran cómodamente sentados, por

lo que algunos hubieron de permanecer de pie o parados en las puertas que daban al

patio interior de la casa.

No hubo necesidad de hacer presentaciones formales puesto que todos ya se conocían

y además con solo ver los uniformes de gala que ahora portaban el Capitán Camarena

y los dos Sargentos mayores que lo acompañaban y siendo yá de dominio público

algunos de los sucesos que estaban pasando en otras ciudades de la Provincia y del

Virreinato, además de otros rumores o chismes de varios incidentes que la gente daba

por ciertas, la expectativa entre todos ellos era muy grande para escuchar que tenía que

decirles ese día ocho de Octubre de 1810 el Capitán Daniel Camarena.

Después de un breve saludo de Don Hermenegildo, este cedió la palabra al Capitán

Camarena quien de inmediato se dirigió a todos los presentes:

“Buenos días. Quiero daros las gracias a todos por acompañarnos y en especial a mis

tíos, por abrirnos su casa”.

“Hoy estamos aquí reunidos para compartiros los importantes sucesos que han

acontecido y ahora mismo están aconteciendo en nuestro país y de la necesidad que

tenemos todos nosotros para participar en el llamado a la autonomía de nuestra patria,

de nuestra tierra y de nuestra gente”.

“Como seguramente estáis al tanto, la noche del pasado quince de Septiembre en el

poblado de Dolores, el Cura Don Miguel Hidalgo y Costilla llevó a cabo un primer

llamamiento a la lucha”.

“Esa lucha autonómica y de independencia del poder Napoleónico en el Imperio Español

y en la Nueva España se inició al día siguiente, cuando cientos de pobladores de todas

las castas se unieron al llamado de Don Miguel Hidalgo y de Don Ignacio Allende

abrazando la lucha por la libertad enarbolando el estandarte de la Virgen de Guadalupe”.

“Nochistlán no puede ser la excepción, por lo que hoy pido a todos vosotros vuestro

apoyo y colaboración para convocar a todos vosotros, habitantes y vecinos de la

comarca esta misma tarde de hoy lunes ocho de Octubre, a que os suméis a la lucha

por la Independencia autonómica de la Nueva España”.

“Capitán, por favor explicad la razón por la que el Padre Hidalgo se ha adelantado a

iniciar esta lucha, que según entiendo se estaba preparando para más adelante”, dijo

Don Jaime Ruiz Quesada aprovechando la pausa.

“Con gusto Don Jaime”, respondió el Capitán Camarena:

“Os comento que la necesidad que enfrentó el Padre Don Miguel Hidalgo y Costilla para

actuar de inmediato, obedeció al hecho de que los llamados Conspiradores de Querétaro

liderados por Don Ignacio Allende, Capitán del Regimiento de Dragones de la Reina, por

el Corregidor Don Miguel Domínguez y por el Párroco de Dolores, Don Miguel Hidalgo y

Costilla, fueron delatados el pasado once de Septiembre a las autoridades eclesiásticas

de Querétaro”.

“Este grupo, con el que algunas veces tuve contacto, se reunía desde hacía algún tiempo

en aparentes tertulias literarias en la ciudad de Querétaro, en las que fueron planeando

a detalle la lucha armada que iniciarían el día dos de octubre de este año.

Para ello el Capitán Ignacio Allende ya tenía el compromiso de participación de los

Regimientos de Dragones de Querétaro y de Celaya y el Cura Don Miguel Hidalgo había

conseguido que los Herreros de Dolores fabricaran lanzas y espadas, las cuales ya

estaban a buen resguardo en casa de Don Epigmenio González, otro de los miembros

del grupo”.

“Lamentablemente alguien los ha delatado el once de Septiembre. El día catorce fueron

detenidos en Querétaro Don Epigmenio y el Corregidor Don Miguel Domínguez, logrando

este último que su esposa Doña Josefa Ortiz viajara hasta Dolores durante la noche para

dar aviso a Don Miguel Hidalgo y al Capitán Allende de lo que estaba sucediendo”.

“De inmediato Don Miguel Hidalgo tomó la valiente decisión de adelantar los planes

originales para convocar esa misma noche del quince de septiembre a la población de

la Parroquia del pueblo de Dolores y con esa acción iniciar la lucha contra el gobierno

Virreinal, mismo que como ya os mencioné antes, dió comienzo al día siguiente domingo

diez y seis. De no haberlo hecho así, todos los conspiradores de Querétaro y algunos de

nosotros al día de hoy ya habríamos sido fusilados por las tropas del Virrey”

Ahora fue Don José Romo Carrillo quien preguntó:

“Decidnos Capitán. ¿Qué ha pasado en estos días después del llamamiento del Padre

Don Miguel Hidalgo y Costilla, puesto que todos nosotros nos hemos enterado por

diferentes rumores sobre violentos enfrentamientos y verdaderas matanzas de

españoles, mestizos, criollos e indios?”

“La mañana del día diez y seis las fuerzas convocadas por el Cura Hidalgo se empezaron

reunir y a organizarse”. Respondió el Capitán Camarena para continuar:

“Es muy importante que todos vosotros comprendáis que ninguno de los miles de

seguidores que hoy luchan con el Padre Hidalgo pertenecen a algún cuerpo militar

organizado, entrenado y equipado con las armas y disciplina de las fuerzas armadas,

sino que son un grupo grande, creciente y diverso de gentes, campesinos, trabajadores,

indios y esclavos que pertenecen a todas las castas y que con toda buena voluntad,

pero sin un orden claro y sin disciplina y sobre todo sin armas, intentan derrotar a las

tropas de la Corona”.

“Pocos somos los militares criollos que si estamos preparados para enfrentarnos a los

ejércitos del Virrey y que hemos decidido unirnos a esta lucha, como lo son Don Ignacio

Allende, Don Juan Aldama, los Regimientos de Dragones de la Reina, varios militares de

la Ciudad de México y de otras poblaciones y por supuesto yó mismo,”.

“¿Y adonde se encuentra hoy el ejército insurgente del Cura Hidalgo?”, Preguntó Doña

Petra Ruiz a quien todos en Nochistlán conocían como la Tía Petrita.

“Bajo el liderazgo de Don Miguel Hidalgo y de Don Ignacio Allende, toda esa gente se

dirigió a la Ciudad de Guanajuato para tomar esa Plaza, defendida por el Intendente

Riaño, quien hasta ese momento era amigo del Padre Hidalgo”.

“El Intendente Riaño intentó resistir el ataque insurgente encerrándose en la Alhóndiga

de Granaditas junto con los hombres de la guarnición y con muchos pobladores de la

ciudad, especialmente españoles y sus familias. Tras varios días de batalla, el veintiocho

de septiembre los insurgentes lograron tomar la Alhóndiga con un saldo en ambos

bandos de muchos muertos y heridos, tanto militares como civiles, incluyendo mujeres y

niños”.

Don José Romo Carrillo respondió: “Efectivamente Capitán Camarena, esas son las

noticias que nos han llegado, en las que se habla de la muerte de gran número de

inocentes que se habían refugiado en la Alhóndiga por temor a los atacantes del Padre

Hidalgo”.

El Capitán Camarena continuó con su informe de la situación de la naciente lucha por la

independencia:

“Por ultimo quiero comentaros que la lucha sigue. De inmediato hubo levantamientos en

varias otras poblaciones y he recibido informes de que precisamente el día de hoy, ocho

de octubre, se está llevando a cabo un enfrentamiento entre campesinos y tropas

Realistas en el paraje de Puerto de Carroza, cercano a Guanajuato”.

“”Os convoco a acompañarme esta tarde a las cinco a una reunión en la Plaza de Armas,

a la que ya hemos invitado a todos los pobladores de la comarca para proclamar la

independencia de Nochistlán y de la Nueva Galicia, tal como ya lo han hecho Don Miguel

Hidalgo y Costilla y Don Ignacio Allende en Dolores veintitrés días atrás”.

“Buenas tardes, muchas gracias y os esperamos a todos vosotros a las cinco de la tarde”.

Terminó el Capitán Daniel Camarena, mientras los asistentes salían rumbo a sus casas

para la comida, aun cuando prácticamente todos se detenían en parejas o grupos para

comentar lo que recién habían escuchado y las intenciones de uno de sus pobladores

más admirados de Nochistlán, el joven y prometedor Capitán Daniel Camarena.

Desde el principio de la tarde, mientras las campanas del templo marcaban las horas y

algunas nubes se escondían a lo lejos tras el Cerro de San Miguel y la Mesa del Agua,

poco a poco todos de los pobladores de Nochistlán fueron aproximándose a la Plaza de

Armas o Cuadro como le llaman los lugareños, frente a la Parroquia de San Francisco

de Asís.

A las cinco de la tarde, en el ángulo noreste de la Plaza, justo frente a la casa de Don

Alberto Ruiz, el Capitán Daniel Camarena rodeado por sus padres y hermanos, por Don

Hermenegildo Ruiz Mejía, por su tío Don Alberto Ruiz y por un grupo importante de

vecinos tomó la palabra y proclamó la Independencia de Nochistlán y de la Nueva

Galicia, en una breve pero emotiva ceremonia.

En la orilla de la calle, con el muro de la casa de los Ruiz a sus espaldas, sin entrar a

ella, ni asomarse por el balcón y sin ningún estandarte de la Virgen de Guadalupe, el

Capitán Camarena habló con entusiasmo a toda la gente ahí reunida. Algunos ya

llevaban cuchillos, palos o lanzas.

“Hace veintitrés días que inició la guerra de Independencia en la Nueva España. Dolores,

Guanajuato, Querétaro y todo el Bajío están en armas. Esta es nuestra tierra, la tierra de

los que nacimos aquí y no lo es de los españoles traidores y mucho menos de Napoleón”.

“Esta tierra es de los que la trabajamos y no podemos seguir tolerando a un Virreinato

que usurpa a la autoridad y nos roba para llevarse todo”.

“Hoy iniciamos la lucha en la Nueva Galicia y vamos a triunfar”.

“Con todos ustedes, hombres valientes que están decididos a luchar por la autonomía

de nuestra patria hoy estamos liberando Nochistlán y no nos detendrán hasta llegar a

Guadalajara”.

“Os espero mañana a las diez de la mañana en la Pila de Afuera, junto a los arcos del

Acueducto en el Barrio de San Sebastián para organizarnos y empezar nuestra lucha.

Aquellos que tengan armas, caballos o mulas de carga es importante que los traigan y

que vengáis preparados con alguna ropa para al camino y con reses y borregos para

alimentaros”

“Mis hombres estarán ahí esperando a todos vosotros para ayudaros”.

“¡Vamos adelante, valientes, Viva la Libertad!”

Con esas palabras terminó su arenga el Capitán Camarena. Antes sus tropas ya habían

bajado del Rancho los Camarenas y se habían posicionado alrededor de la plaza,

creando un cuadro de contención, preparados para intentar reprimir a la gente en caso

de que se salieran de control.

Muchos gritaban y corrían con locura para ir a agolparse frente a las puertas de algunas

de las casas de familias que se sabía eran simpatizantes o estaban ligadas al gobierno

Realista. Pronto rompieron puertas y ventanas y en varios casos se metieron a saquear

y golpear a los ocupantes, habiendo lastimado seriamente a algunos, ya sea porque se

resistieron o porque los consideraban Realistas.

Sin embargo no pudieron encontrar a ningún militar de la guarnición de Nochistlán, los

cuales anticipando lo que se venía habían huido desde muy temprano.

Por muchas horas, los pobladores de Nochistlán que se protegieron guardándose bajo

llave dentro de sus casas, siguieron escuchando las voces, gritos, ruidos y disparos de

las turbas entrando a desvalijar casas y fue hasta muy entrada la madrugada que llegó

el silencio, cuando toda esa gente se retiró o se quedó dormida en los jardines o en las

casa invadidas y los hombres del Capitán Camarena pudieron retomar cierto control.

Al día siguiente, nueve de Octubre se llevó a cabo a primera hora otra reunión privada

en la casa de Don Hermenegildo, con la participaron del Capitán Camarena y de un

número muy reducido de personas.

Todos estaban preocupados y en muchos casos asustados por los desmanes y desorden

del día anterior. Había incluso quienes habían sufrido ataques y robos a sus propiedades

y familias, especialmente aquellos pobladores de origen español, además de haberse

dado el saqueo de las Cajas Reales y de algunos de los comercios del Paríán. Estaban

muy disgustados con la falta de control y orden por parte de las tropas del Capitán

Camarena, que fueron superados ampliamente en número por los nuevos insurgentes y

en algunos casos, se decía que habían participado en los hechos

De inmediato el Capitán Camarena se dirigió a todos:

“Amigos, lo que ha sucedido es muy desagradable y me comprometo con todos vosotros

que no volverá a pasar bajo mi mando” .

“Como bien sabéis, he convocado a todos a reunirnos a las diez de la mañana en la Pila

de Afuera en el barrio de San Sebastián, para que estén apartados de las calles y plaza

de Nochistlán”.

“Los vamos a organizar y a dividir en grupos o pelotones y cada uno de esos grupos

estará bajo el mando de uno de mis hombres”.

“De ahí mismo saldremos para Juchipila y Jalpa y aquí se quedará una guarnición de mis

hombres y de gente nueva, pero asegurando que a esos nuevos vosotros los conozcáis

y sean de vuestra entera confianza”.

Esta reunión en la Casa de Don Hermenegildo Ruiz Mejía, previa a la partida del Capitán

Camarena era muy importante para acordar la estrategia a seguir para la defensa y

protección de Nochistlán ante las turbas de insurrectos y también para defenderse ante

la posibilidad de que las tropas Virreinales intentaran atacarlos para recuperar esa plaza.

También era importante que los asistentes se pusieran de acuerdo en los pasos

específicos a seguir, tanto por parte del Capitán Camarena como por el propio Don

Hermenegildo y de su hijo mayor, a fin de apoyar y contribuir con Don Miguel Hidalgo y

Don Ignacio Allende en el éxito de su ofensiva para tomar las ciudades de México y

Guadalajara.

Don Hermenegildo desde hacía mucho tiempo era un activo miembro de los llamados

Conspiradores del Parián de la Ciudad de México, ya que siguiendo la tradición familiar

iniciada por su abuelo Joseph desde hacía sesenta años, se dedicaba al próspero

negocio del transporte de mercancías en Récuas de Mulas que llevaban sobre sus lomos

la carga por los caminos Reales y de Herradura que unían a todas las poblaciones de la

Nueva Galicia y del resto de las Provincias de la Nueva España, incluido el Bajío y en

forma importante a la Ciudad de México, a la que Don Hermenegildo viajaba con

frecuencia y en donde se encontraban muchos de sus mejores clientes y amigos.

El transporte de los productos agrícolas estaba sujeto a los ciclos de siembra y cosecha

de las diferentes regiones del país, tanto en las tierra altas como era el caso de la Nueva

Galicia, como en la llamada “tierra caliente”, próxima a las costas del Océano Pacífico

y del Golfo de México, así como en las tierras de las llanuras del Norte del Virreinato,

que cubrían un enorme territorio desde Zacatecas hasta Tejas y Arizona.

También se transportaban muchos productos de diferentes ciudades que se ofrecían a

la venta en las Plazas y mercados de las ciudades de importancia comercial, como eran

la Ciudad de México, capital del Virreinato y las ciudades de Guadalajara, Puebla,

Guanajuato, Zacatecas, Veracruz, Oaxaca y Acapulco.

Esas mercancías se producían primordialmente en la Nueva España o bien se

importaban de Oriente o de la península Ibérica para ser comercializadas en diferentes

ciudades del Virreinato y en muchos casos, exportados lícita o ilícitamente según fuera

la necesidad o la oportunidad, a otras Capitanías del continente americano, a España o

a la Capitanía de las Isla Filipinas

Sin embargo, la carga más importante y que dejaba mayores beneficios al negocio de

Recuas de Don Hermenegildo Ruiz Mejía era el pesado transporte de la plata y el oro

que se extraían en su mayor parte de los minerales de Zacatecas, Guanajuato,

Michoacán y Taxco para ser transportados en Atajos de Mulas llevadas por numerosos

arrieros bajo el cuidado de grupos de hombres a caballo bien armados y organizados,

quienes estaban también a las órdenes de Don Hermenegildo y protegían los cargamentos.

Desde hacía ya varios años Don Hermenegildo había trabajado con ahínco para lograr

posicionarse como proveedor importante en el transporte de los minerales de oro y plata

con volúmenes que por ejemplo en el caso de la plata, se habían triplicado en los últimos

tres años previos a 1808 en que se detuvo el crecimiento por la inestabilidad en el Imperio

Español, provocada por la invasión Francesa a la península Ibérica y guerra que se

libraba en España contra la imposición Napoleónica.

La Nueva España producía cerca del sesenta por ciento de la Plata del mundo y

generaba fabulosas ganancias para el Imperio Español, para los propietarios de la Minas

y para los comerciantes involucrados y por supuesto en alguna medida para Don

Hermenegildo.

En su mayor parte el transporte de Plata se hacía desde los Minerales hasta los puertos

de Veracruz y de Acapulco, desde los cuales se exportaban hacia Cádiz y Manila en los

navíos de la Flota de Indias y en los Galeones de Manila.

Tanto Cádiz como Manila no eran los destinos finales de esos embarques, sino los

puertos de entrada de la plata mexicana a Europa y Oriente, que en este último caso en

su mayor parte estaba destinada a la China.

Las cargas que llevaban las Recuas de Don Hermenegildo, apoyadas por un grupo

organizado de más de trescientos arrieros, seiscientas mulas y un gran número de

caballos, carretas y peones, les permitía llevar con tiempo y seguridad los cargamentos

de sus clientes, que principalmente eran comerciantes y mineros importantes de las

ciudades antes mencionadas.

De ahí que fuera muy oportuno para el Capitán Daniel Camarena contar con el apoyo y

las amplias relaciones que a lo largo de los años había establecido su tío Don

Hermenegildo con gente muy importante, influyente y de confianza en todo el país,

incluido los Comerciantes del Parían de la Plaza Mayor de la Ciudad de México y

distinguidos Prelados de la Curia, además de que sin duda Don Hermenegildo también

era un franco simpatizante de las ideas autonómicas del Capitán Camarena y de Don

Miguel Hidalgo.

A esta nueva reunión en casa de Don Hermenegildo y Doña Gumára concurrieron varios

personajes de las familias importantes y del Clero de Nochistlán, como eran las familias

González, Romo, Frías, Ruiz, Mejía, Quesada y Chávez, además por supuesto del

Capitán Daniel Camarena, de sus familiares y del Padre Santiago Sánchez Taboada,

Párroco de la Parroquia de San Francisco de Asís.

Una vez proclamada la Independencia y adhesión de Nochistlán y de sus habitantes al

movimiento autonómico del Padre Hidalgo y de Don Ignacio Allende, tras discutir

ampliamente los incidentes del día anterior y habiendo quedado satisfechos en buen

grado con las medidas inmediatas tomadas por el Capitán Camarena al respecto, los

ahí presentes acordaron cuatro puntos importantes:

Primero: Gente de confianza que yá se había unido a la lucha, mantendría la ocupación

militar insurgente en Nochistlán bajo las órdenes del Capitán Camarena, protegiendo a

todos sus habitantes, a sus propiedades y pertenencias de cualquier intento para

recuperar la plaza por parte de las fuerzas Realistas del Virrey, así como de los excesos

de tropas insurgentes.

Segundo: El Capitán Camarena junto con la mayor parte de sus tropas y de la gente que

recién se había unido a la lucha, partiría ese mismo día rumbo a Juchipila y Jalpa para

ocupar dichas poblaciones y robustecer sus fuerzas con habitantes de esas comarcas,

para una vez que se consolidara la ocupación Insurgente en la región, poder moverse

rumbo a Guadalajara para unirse a las tropas del Cura Don Miguel Hidalgo y Costilla.

Tercero: Don Hermenegildo Ruiz Mejía partiría de inmediato a Guadalajara, la capital

provincial que a esa fecha aún se mantenía fiel al Virreinato para establecer con sus

contactos en esa ciudad las acciones a tomar desde el interior de la ciudad para ayudar

junto con criollos importantes a Don José Antonio Torres, a quien todos llamaban el

“Amo Torres”, a tomar con éxito la ciudad de Guadalajara, así como también asegurar

que las tropas del Capitán Camarena en Nochistlán, contaran con las armas,

municiones y alimentos necesarios para mantenerse y defender a esa población de

cualquier ataque Realista.

Cuarto: De Guadalajara, Don Hermenegildo, antes de cualquier intento insurgente de

atacar la ciudad, continuaría su camino a la Ciudad de México para encontrarse con un

grupo específico de Liberales con quienes tenía fuertes relaciones de amistad y de

absoluta confianza, con el propósito de trabajar en una estrategia a fin de organizar el

apoyo interno de la población de la ciudad Capital para Don Miguel Hidalgo y Don Ignacio

Allende, quienes después de la victoria de la Alhóndiga de Granaditas en Guanajuato

del veintiocho de Septiembre, ya se encontraban avanzando hacia la Ciudad de México,

adonde se esperaba que llegaran en pocas semanas, con un ejército que en los días

transcurridos desde el diez y seis de septiembre a la primera semana de octubre, ya

sumaba más de treinta mil hombres.

Al llegar a la Ciudad de México Don Hermenegildo Ruiz Mejía se reuniría con su hijo

mayor, el Teniente Don Fernando Ruiz Castanedo, Teniente del Batallón de Dragones

de la Reina, quien lo estaría esperando tras haber desembarcado en el puerto de

Acapulco procedente del Perú.

Las razones del apoyo y compromiso decisivo de los asistentes a aquella reunión en

Nochistlán del nueve de Octubre de 1810, todos los cuales eran criollos de origen

español, nacidos en la Nueva España, obedecían a situaciones muy de fondo, graves

y que desde hacía ya muchos años estaban impactando seriamente a la economía y

calidad de vida de las familias del Virreinato.

La lucha independentista era ya una realidad y no había otra salida, aun cuando tenían

claro que ello implicaba riesgos personales y familiares muy altos, tanto por enfrentarse

al poder Napoleónico, como a la pérdida de control de las turbas que igualmente

desesperadas o más, buscaban en la guerra de independencia un cambio para salir de

la pobreza, la segregación o la esclavitud, como ya se había dado ese ocho de Octubre

en Nochistlán y en mucho mayor grado, el veintiocho de Septiembre en la Alhóndiga de

Granaditas de Guanajuato.

Ninguno estaba de acuerdo con la posibilidad de que su trabajo, esfuerzo, lealtad y

contribución económica al Gobierno de la Nueva España fuera para beneficio directo de

Napoleón Bonaparte y de su hermano José, quienes habían arrebatado el trono de

España a la familia Real de los Borbones.

Muchos de ellos estaban molestos y muy afectados por las medidas impuestas por el

Gobierno Virreinal siguiendo las directrices de la metrópoli, entre las que se distinguían

tres asuntos:

La secularización de las Parroquias que hasta el año de 1753 estaban a cargo de las

Ordenes de los Padres y Monjes Franciscanos, Agustinos, Dominicos y Jesuitas y que

desde entonces, por órdenes del Virrey fueron separados de esa responsabilidad para

dejarla únicamente a cargo del Clero diocesano en toda la Nueva España, excluyendo

de esa misión a todas las órdenes monásticas que la tenían desde hacía más de

trescientos años. Estaba claro que el Clero Diocesano estaba bajo control absoluto del

Obispado y por ende del Virrey, sin injerencia por parte de los superiores de las ordenes

monásticas que no le debían ninguna lealtad al Virrey o al Monarca.

Muy discutido fue el reclutamiento obligatorio desde 1765 de todos los varones

novohispanos mayores de diez y seis años para ingresar al ejército y a las milicias del

Reino. Una medida que por cierto no aplicaba a la población indígena.

Esta fue la razón por la que Fernando, el hijo mayor de Don Hermenegildo Ruiz Mejía

se inició en las fuerzas militares adonde ya había alcanzado el grado de Teniente.

Por último estaba el Decreto de Consolidación de Vales Reales que a partir del

veinticuatro de Diciembre de 1804 obligó a los deudores de la Iglesia a pagar sus

adeudos de inmediato y directamente a la Corona y no al Clero, que tradicionalmente

fungía como ente financiero para comerciantes, agricultores y empresarios en toda la

Nueva España. De nó hacerlo, sus bienes eran subastados, para en esa forma obtener

recursos para ayudar a sufragar las guerras que llevaba adelante el Reino en Europa.

Esta medida afectó a muchos comerciantes, hacendados y terratenientes de la Nueva

España, que tradicionalmente se habían financiado desde siempre mediante préstamos

de la iglesia.

.

Todo ello aunado al orgullo de saberse originarios de Nochistlán, sede quizás de uno de

los pueblos indígenas más guerreros del Virreinato, condición que motivaba a sus

habitantes a seguir adelante para mantener independiente a su población, escogida más

de doscientos cincuenta años antes por el Conquistador Cristóbal de Oñate, como la

sede original en la que fundó la Ciudad de Guadalajara el día cinco de enero de 1532.

Al llegar los Conquistadores Españoles a esas tierras, la población indígena de los

Cazcanes que moraba en Nochistlán fue seriamente diezmada por la viruela. Los

sobrevivientes se remontaron a lugares apartados en las sierras y barrancas para no ser

muertos o capturados como esclavos por los Conquistadores y Encomenderos

Espanoles y desde sus refugios mantuvieron viva la rebelión bajo el liderazgo del indio

Francisco Tenamaxtle, reconocido por su bravura y fiereza para combatir y el no aceptar

ser sojuzgado por nadie.

Esa fue quizás la mayor y más fiera rebelión indígena contra los conquistadores en la

Nueva España, quienes en las cercanías de Nochistlán sufrieron una tremenda derrota

a manos de los indios Cazcanes, de origen chichimeca, en los primeros días del mes de

Julio de 1541, habiendo herido de muerte al Capitán Pedro de Alvarado el cual sin duda

fue el lugarteniente más cercano al Conquistador Hernán Cortez.

En 1527, Pedro de Alvarado recién se había integrado nuevamente a los mandos de las

tropas de Hernán Cortes después de un fracasado intento de participar en la conquista

de los Andes. En la contienda Pedro de Alvarado resulto seriamente herido en el

momento que las tropas españolas huían de los indios comandados por el Cazcán

Francisco de Tenamaxtle. Malherido, Pedro de Alvarado murió unos cuantos días

después. Se le enterró en la iglesia de Tiripetío, Michoacán. Al poco tiempo, su hija,



doña Leonor Alvarado Xicoténcatl trasladó sus restos a una cripta de la Catedral de San

José de Santiago de Guatemala, en donde reposan junto a los de la mujer que fuera su

esposa: doña Beatriz de la Cueva, a quien llamaban la “Sinventura”.

La primera ciudad de Guadalajara ubicada en el antiguo Nochistlán tuvo que ser

abandonada al poco tiempo por los Conquistadores como resultado de los frecuentes y

feroces ataques de sus habitantes originales, los indios Cazcanes.

En su nueva ubicación, que es la actual, Guadalajara inició su florecimiento como ciudad

Capital de la Provincia de la Nueva Galicia y Nochistlán quedó como un pequeño poblado

con habitantes criollos, descendientes de españoles y familias indígenas de origen

Cazcan, que al consolidarse la Colonia regresaron paulatinamente a vivir ahí y trabajar

en sus antiguas tierras, ahora a las órdenes de los criollos descendientes de los nuevos

propietarios españoles que las conquistaron, quedando relegados a vivir en tres barrios

específicos en la periferia del poblado, manteniendo entre ellos en buen grado la pureza

de su sangre, aun cuando a lo largo de los años fueron perdiendo muchas de sus

costumbres, tradiciones y del uso de su lengua nativa.



CAPITULO II

Toluca de San José y la Batalla del

Monte de las Cruces

Siguiendo los planes definidos en Nochistlán junto con el Capitán Camarena, el martes

dieciséis de Octubre, una semana después de haber llegado a Guadalajara, Don

Hermenegildo partió desde la Capital Tapatía rumbo a la Ciudad de México.

En Guadalajara estuvo apoyando a los pobladores simpatizantes del jefe insurgente

“Amo Torres” en su preparación para la toma de esa Ciudad, lo cual no sucedió sino

hasta el diez de Noviembre.

Rumbo a la Ciudad de México Don Hermenegildo Ruiz Mejía se adentró por caminos

de Herradura que bien conocía, siguiendo una ruta más al sur del Lago de Chapala,

apartada de los caminos que seguían tanto Don Miguel Hidalgo y el Ejército Insurgente

rumbo al Valle de Anáhuac, como al Brigadier Realista Félix María Calleja que siguiendo

órdenes del Virrey, había salido con sus tropas de sus posiciones en el Bajío para

perseguir a Don Miguel Hidalgo y a los miles de insurrectos que se iban uniendo a su

paso por cada pueblo que tocaban, en su camino rumbo a la Capital del Virreinato.

El mismo día veintisiete de Octubre en que Don Hermenegildo arribó a la Ciudad de

México tras doce días de camino, en las amplias llanuras del Valle de Toluca, cuna de

los Indios Mazahua, el Cura Hidalgo y Don Ignacio Allende al frente de sus tropas,

entraban al poblado de Ixtlahuaca situado en las cercanías de Toluca, siguiendo el

Camino Real que baja desde Valladolid tocando las minas de Angangueo y de

Tlalpujahua.

A su llegada a Ixtlahuaca, fueron recibidos con festejos por el Cura de aquel lugar, no sin

antes sucederse un altercado que derivó en la quema de los Edictos condenatorios de la

Inquisición que el Cura del vecino poblado de Jocotitlan, Don José Ignacio Muñiz, quien

era un simpatizante Realista intentó mostrar a los insurgentes quienes se los arrebataron.

En esa celebración en Ixtlahuaca Don Miguel Hidalgo expresó su intención de dirigirse a

Toluca y de ahí bajar al Valle de Anáhuac para entrar y tomar la Ciudad de México, por

lo que pidió apoyo a los pobladores del Valle de Toluca para que sus tropas descansaran

ahí y se alimentaran esa noche en preparación de la importante jornada que les esperaba

al día siguiente.

Al otro día, por ser domingo, antes de continuar su camino, justo al amanecer, miles de

combatientes insurgentes asistieron a la misa en la ladera de uno de los cerros cercanos

en los que habían pasado la noche.

La situación en que se encontraba el Virrey Venegas ante la amenaza del posible ataque

de las fuerzas independentistas era muy crítica.

Tan pronto como llegaron a la Ciudad de México las noticias del levantamiento del Padre

Hidalgo del diez y seis de Septiembre en Dolores, seguido por la toma de Guanajuato y

del sangriento asalto de los Insurgentes a la Alhóndiga de Granaditas, el Virrey Venegas

envió instrucciones urgentes al Brigadier Félix María Calleja, Comandante de San Luis

Potosí y al Intendente de Puebla, Manuel de Flon, para que de inmediato salieran de

esas ciudades para perseguir a los Insurgentes hasta derrotarlos, ordenando asimismo

al Teniente Coronel Torcuato Trujillo, quien estaba al mando de las pocas tropas que

quedaban en la Ciudad de México, preparar de inmediato la defensa de la Capital

Virreinal.

Las tropas Realistas de Calleja y De Flon, compuestas por dos mil infantes, siete mil

soldados a caballo y doce piezas de artillería se movieron hacia Valladolid a donde

llegaron después de que las tropas Insurgentes ya se habían retirado, por lo que

intentaron perseguir a Hidalgo y Allende que se dirigían hacia Toluca, cometiendo el error

de desviarse al tener noticias de que una turba de guerrilleros estaba atacando San

Juan de Río, población cercana a Querétaro, lo cual retrasó cinco días su avance para

alcanzar a los Insurgentes.

Ese desvío de la ruta de los Realistas permitió al Padre Hidalgo y a Ignacio Allende

seguir avanzando sin oposición rumbo a Toluca, habiéndose detenido la tarde del veinte

de octubre en el poblado de Charo, en donde Don Miguel Hidalgo se entrevistó con su

exalumno, el también Cura Don José María Morelos, quien llegó a ese lugar para

confirmarle su participación en la lucha insurgente y compartirle sus planes para llevar

adelante la lucha de Independencia en la “tierra caliente” del sur de la Nueva España.

Ante la suerte de no enfrentar ninguna resistencia de tropas Realistas en su camino

rumbo a la Capital del Virreinato, el Padre Hidalgo, Don Ignacio Allende y todos sus

seguidores, tanto oficiales como de tropa, estaban muy entusiasmados ante lo que

parecía ser una oportunidad única y extraordinaria de lograr culminar la guerra de

Independencia en un plazo menor a tres meses, ya que por el avance logrado y el

inmenso número de gente que constantemente se unía a las tropas Insurgentes a lo largo

del camino, el asalto y toma de la ciudad Capital y la posible captura del Virrey podrían

estar muy próximas.

Estaba muy claro para todos los involucrados que esa era una oportunidad que no se

podía desperdiciar.

Tras la misa temprana, las tropas insurgentes retomaron su marcha por el Camino Real

de Ixtlahuaca para llegar a Toluca, que está a nueve leguas de distancia.

Toluca de San José, es la ciudad más importante de ese alto valle mesoamericano que

antes de la conquista ya era fuente importante de la producción agrícola que surtía de

alimentos a la población de la Gran Tenochtitlan y en la Colonia continuaba desarrollando

esa misma función, además de ser paso obligado de muchos minerales que ahora se

explotaban en las cordilleras de la región.

Afortunadamente para el Padre Hidalgo, por razones de la política virreinal Toluca no

contaba en esos días con un Ayuntamiento formal que representara una oposición a los

ejércitos insurgentes, además de que al aproximarse los rebeldes, las pocas tropas

Realistas de esa plaza abandonaron la población marchándose rumbo a Lerma.

Los Insurgentes fueron muy bien recibidos, lo cual fue sin duda un indicio de la actitud y

forma de pensar de los habitantes de Toluca, situada a solo veinte leguas del Valle de

Anáhuac y de la Capital del Virreinato.

Toluca no solo recibió a Don Miguel Hidalgo festivamente, sino que sus pobladores

cooperaron con la alimentación de sus tropas, además de que un muy buen número de

ellos se unieron la Ejercito de la Independencia, dispuestos a pelear y morir para tomar

la Ciudad de México.

El paso por Toluca del Padre Hidalgo fue pacífico y duró apenas tres horas, en las que

fue recibido primeramente en la Iglesia del Convento de San Francisco por el Padre Fray

Pedro Orcillés, para luego pasar a la casa de Don Mariano Olaes y su familia, situada

en la esquina de las calles de Esquípules y de la Tenería. Don Mariano, su esposa Doña

Lorenza y sus hijas Pomposa y Luisa habían colocado previamente en el balcón central

de su casa una Imagen de la Santísima Virgen de Guadalupe en honor al estandarte que

portaban las tropas insurgentes.

En esa breve visita Don Miguel Hidalgo y Don Ignacio Allende compartieron una taza de

chocolate caliente con el Padre Orcillés y con aquella familia, retomando de nuevo el

camino hacia la Ciudad de México al frente de sus tropas, quienes se mantenían en los

parajes donde pasaron la noche en las afueras de la ciudad.

Al mismo tiempo, el Teniente Coronel Realista Torcuato Trujillo salió de la Ciudad de

México posicionando inicialmente sus tropas en el puente de San Bernabé, para luego

continuar avanzando en dirección a Toluca hasta el Cerro de las Cruces, en donde

esperaría a las fuerzas Insurgentes en su camino al Valle de México para atacarlos y

detenerlos antes de que llegaran a la Capital.

Al tener noticias de lo anterior, Don Ignacio Allende definió la estrategia de ataque a la

defensa Realista, posicionando al frente y a ambos flancos de sus tropas a los pocos

hombres con formación militar, disciplina y armamento que tenían.

Estos soldados que habían abrazado la insurgencia y cuyo número era reducido,

pertenecían a los Regimientos de Celaya, de Valladolid, de los Dragones de la Reina

de Pátzcuaro y del Batallón de Voluntarios de Guanajuato, reforzados por una única

pieza de artillería y un buen número de rancheros y vaqueros a caballo.

Tras ellos, venían miles de campesinos e indios armados con palos, lanzas, flechas,

machetes y piedras conformando así una tropa total estimada en más de sesenta mil

hombres, que en su gran mayoría eran turbas desorganizadas, mal armadas, sin orden

y difíciles de controlar.

A diferencia de los miles Insurgentes que se acercaban, las fuerzas Realistas del

Teniente Coronel Trujillo contaban con solo dos mil soldados, aun cuando estaban bien

pertrechados, con disciplina y capacidad de combate.

La estrategia de batalla del Teniente Coronel Trujillo para enfrentarse a los Insurgentes

fue la de posicionar a sus hombres en lo alto de las laderas del Cerro de las Cruces, a

la espera de que los insurgentes llegaran por el Camino Real para atacarlos desde la

altura con disparos de cañón e intenso fuego de fusilería, lo cual sucedió cuando estos

aparecieron avanzando a lo largo del camino.

Ante las docenas de muertos y heridos que caían por el fuego Realista, Ignacio Allende

dio órdenes de subir el único cañón que llevaban a lo alto del cerro de enfrente, para

desde ahí dispararle a los soldados españoles, mandando al ataque a sus dos mejores

regimientos que sí estaban preparados para sostener una batalla de este tipo.

La pelea duró varias horas hasta que el Teniente Coronel Torcuato Trujillo intentó una

estratagema de engaño, pidiendo una tregua y el establecer un dialogo con el Padre

Hidalgo.

Las tropas de ambos bandos se alinearon frente a frente al lado de sus Mandos para que

Trujillo se aproximara a Don Miguel Hidalgo intentando tomarlo por el brazo, lo cual nó

logró al echarse este último hacia atrás. La batalla se desató de nuevo, esta vez más

cercana, furiosa y despiadada, mientras Torcuato Trujillo huía hacia Cuajimalpa

abandonando a sus tropas y a sus heridos.

El triunfo del Ejercito Insurgente del Cura Don Miguel Hidalgo en la Batalla del Cerro de

las Cruces fue inobjetable, aun cuando tuvo muchas bajas y heridos. Como resultado de

esa victoria Insurgente, la Capital del Virreinato quedó muy desprotegida, puesto que las

tropas Virreinales de Manuel de Flon y Félix María Calleja no tenían forma de llegar a

tiempo para defender a la Capital y al Virrey, quien en ese momento solo contaba para

su defensa con cerca de ochocientos hombres que formaban el Regimiento del Cuerpo

Urbano de Comercio y el Regimiento de Patriotas Distinguidos de Fernando VII.

Ese sin duda era un momento único para que los Insurgentes se apoderaran de la Ciudad

de México y lograran la victoria final tan solo noventa días después de iniciar la lucha

por la autonomía e independencia de la Nueva España al dar el “Grito de Dolores”.



OceanofPDF.com

CAPITULO III

La Conspiración Insurgente del Parián

de la Plaza Mayor

Al llegar a la Ciudad de México la mañana del sábado veintisiete de octubre, Don

Hermenegildo Ruiz Mejía se encontró con su hijo Fernando Ruiz Castanedo, quien era

Teniente del Regimiento de Dragones de la Reina, mismo regimiento al que pertenecían

con grado de Capitanes los jefes Insurgentes Ignacio Allende, Juan Aldama y Mariano

Abasolo. El Teniente Fernando había arribado dos días antes a la Ciudad de México

procedente del puerto de Acapulco.

Don Hermenegildo y su hijo Fernando acudieron la tarde del siguiente día a una

importante reunión con Don Florentino de Chavarría y López, conocido comerciante y

almacenero, quien tenía establecido un importante negocio de compra, venta,

importaciones y exportaciones de mercancías españolas, orientales y novohispanas en

el Parián de la Plaza Mayor de la Ciudad de México.

Desde la imposición Napoleónica en España los comerciantes y
almaceneros del Parían

de la Plaza Mayor y de su Baratillo interior, que en su mayoría eran criollos,
mostraron

ser una de las comunidades más leales al legítimo gobierno español de
Fernando VII y

a las Cortes de Cádiz, con excepción de un grupo de comerciantes
españoles del Parían

conocidos como “los Chuletas”.

Estos españoles europeos desde el inicio de la invasión francesa a España se
oponían

a la posibilidad de que se creara la Junta Gubernativa para regir la Nueva
España en

ausencia de su legítimo monarca, ya que la mayoría de los miembros del
ayuntamiento

eran criollos o españoles americanos y justo dos años antes, el quince de
Septiembre de

1808 habían participado apoyando la ejecución de un verdadero golpe de
estado para

capturar y destituir al Don José de Iturrigaray, entonces Virrey de la Nueva
España.

La noche de ese quince de Septiembre de 1808 trescientos hombres
armados,

comandados por el español Gabriel de Yermo se introdujeron en el palacio
para capturar

al Virrey y a su familia al mismo tiempo que detenían a Francisco Primo de Verdad,

impidiendo así la creación de la junta de gobierno autónomo en la Nueva España.

Pocos días después Primo de Verdad fue encontrado muerto en el interior de la celda en

la que estaba detenido.

El Virrey Iturrigaray fue reemplazado por el militar Pedro de Garibay quien meses más

tarde dejó el cargo al Arzobispo Francisco Xavier Lizana y este a su vez fue reemplazado

por la Real Audiencia, todo ello en el término de dos años.

A partir de ese momento nació en toda la Nueva España el espíritu de insurrección,

descontento y miedo a la delación, por lo que el gobierno creó la Junta de Seguridad y

Buen Orden para vigilar a los sospechosos de infidencia y por ello los conspiradores

criollos del Paríán, al igual que otros grupos en diversas ciudades de la Nueva España

debieron de extremar sus precauciones para no ser descubiertos.

Don Hermenegildo y Don Florentino se conocían desde tiempo atrás, ya que Don

Hermenegildo mediante sus Recuas de Mulas y carretas era quien transportaba las

diversas mercancías que Don Florentino y muchos otros comerciantes del Parían de la

Plaza Mayor adquirirían en diversas poblaciones del Virreinato, en España, en otras

Provincias Americanas o en el Parían de Manila, en las Islas Filipinas.

A lo largo de los años ambos hombres habían forjado una sólida relación de negocios y

trabajo, además de una profunda amistad y confianza mutua. Los dos compartían

inquietudes e ideas políticas liberales sobre el futuro del Virreinato y de la Corona

Española, ya que como muchos otros súbditos Novohispanos, mostraban serias

preocupaciones por las medidas que estaba aplicando la Corona, ahora en manos de

José Bonaparte.

Esta tarde en particular, la reunión convocada por Don Florentino de Chavarría y López

en su casa prometía ser muy importante para todos los asistentes, ya que contarían con

la presencia de las damas y caballeros de su círculo social, profundamente

comprometidos con las ideas de libertad autonómica para la Nueva España y de cuatro

importantes personajes que eran líderes indiscutibles de las acciones que por cuenta de

este grupo se estaban empezando a llevar a cabo en el Virreinato en apoyo de Don

Miguel Hidalgo y de la guerra de Independencia, dos de los cuales eran precisamente

Don Hermenegildo y su vástago mayor, Don Fernando.

La casa de Don Florentino de Chavarría y López con el estilo de arquitectura tradicional

de la época, de dos plantas y dos patios interiores está situada al lado del Convento y

Parroquia de San Lorenzo Diácono y Mártir, en la calle de la Cerca de Santo Domingo el

Grande, a poca distancia de la Plaza Mayor de la Ciudad de México.

Este convento fue fundado en 1598 por iniciativa de Marina Zaldívar de Mendoza, quien

fue una mujer devota que no tuvo hijos y al morir donó sus bienes a la Iglesia para ser

aplicados a obras pías.

.

Don Juan de Chavarría, comerciante y bisabuelo de Don Florentino adquirió la propiedad

y patrocinó la reconstrucción del Convento y la Capilla a finales del siglo XVII. Los

arreglos quedaron a cargo de los maestros en arquitectura Juan Gómez de Trasmonte y

Juan Serrano.

La parroquia guarda devoción al Mártir de Japón, un Beato que murió arriesgando su

vida en las evangelizaciones hacia Manila.

Don Juan de Chavarría, además de fortuna poseía reputación y fama después de que

en diciembre de 1676 salvó de las llamas la custodia de la vieja iglesia de San Agustín,

mérito que le autorizó a poseer el emblema en la fachada de su casa, a recibir el hábito

de Caballero de Santiago y a ser enterrado en el atrio de la iglesia.

El portón de entrada a la casa de Don Florentino con el emblema de San Agustín labrado

en la piedra de cuña central del arco de cantera de la puerta principal dá acceso a un

patio con amplios y frescos pasillos de techos altos de bóvedas catalanas de ladrillo,

sostenidas por gruesas vigas de roble que se apoyan en majestuosos arcos y columnas

de cantera situados a lo largo de los cuatro lados del patio, adornados por macetas de

barro de las que penden bellas flores y enredaderas.

En el centro del patio hay una hermosa fuente decorada con azulejos de Talavera de

Puebla con un pequeño jardín sembrado con rosales. Hay también grandes árboles que

dan sombra y frescura adicional bajo los cuales se encuentran algunos equipales de vara

forrados de cuero, cercanos a macetones en los que crecen coloridas flores de Dalia.

Las salas de estar, el salón comedor, el cuarto de juego y la sala de música rodean el

primer patio y en la planta alta están las habitaciones y el cuarto de juegos de los

niños.

Un segundo patio ubicado a un costado de la casa, es el patio de entrada de los carros

y del servicio, además de dar acceso a los corrales de los caballos, burros y mulas y al

pequeño establo con cuatro vacas y un gallinero que se encuentran hasta el fondo.

La amplia cocina está en el área intermedia entre los dos patios, siempre reluciente con

un brillante piso de baldosas de cerámica vidriada reflejando la luz y colores del largo

brasero de leña, cubierto al frente y por arriba con bellos azulejos azules también de

Talavera, en el que las cocineras preparan y cocinan diariamente las comidas de la

familia y de la gente que trabaja en aquella mansión y en los jardines, patios, caballerizas

y corrales de la misma, bajo la mirada y supervisión de la Tía Chela, ama de llaves de la

casa de Don Florentino.

Cuando Don Hermenegildo Ruiz Mejía y su hijo Fernando Ruiz Castanedo se

presentaron en el salón de la casa ya había varios visitantes que al verlos llegar los

saludaron.

Don Hermenegildo presentó a su hijo Fernando a quien pocos conocían.

Don Florentino de Chavarría y López, a los cuarenta y cinco años de edad enviudó de

su esposa Doña María de los Ángeles Soberon y Murrieta, con quien no pudo tener hijos.

Heredero de la fortuna de la familia de los Chavarría y López, se dedicaba en cuerpo y

alma a administrar su establecimiento comercial en una de las esquinas del Parián de la

Plaza Mayor, además de contar con dos haciendas en las cercanías de Guadalajara y

con inversiones importantes en minerales de plata en Zacatecas y en dos comercios del

Parián más que manejaban sus dos hermanos menores.

Don Florentino que era el anfitrión y dueño de la casa se esperó a que el mayordomo

y la criada que les habían servido agua fresca y café se retiraran. Se cerró la puerta y el

salón quedó en silencio mientras todos los presentes tomaban asiento y se preparaban

para iniciar la conversación.

El primero en hablar fue Don Florentino, quien agradeció a todos el haber acudido a la

reunión y les recordó que no olvidaran que por precaución, la misma solo debía de

comentarse con cualquier otra persona ajena a este grupo, como una más de las

intrascendentes y divertidas tertulias literarias y de juego de cartas que sostenían

semanalmente entre amigos.

Tras las palabras de bienvenida y agradecimiento Don Florentino continuó dirigiéndose

a los presentes:

“Su Ilustrísimo Señor Obispo Don Diego González Martínez, Doña Clotilde Evelia García

de Avelar, Doña Rosa María Domínguez de Salmerón, Don Antonio Sesma y Alencaster,

estimados Reverendos Don Pedro de la Concha y Don Ignacio Sánchez de Alcántara,

Don Luis Salmerón y Villalobos, Don Filomeno Villanueva y Sánchez, Don Juan

Nepomuceno Rosains, Don Alejandro Maganda y Ramos y mi querido primo Don Felipe

de Jesús Díaz y López”.

“Como vosotros estáis al tanto, con la aprehensión de su majestad Fernando VII y de la

familia Real después de que abdicara a su favor su padre el rey Carlos IV, la situación

que enfrenta la Nueva España es muy crítica por lo que nosotros estamos reunidos aquí

una vez más, intentando lograr que se tomen lo más pronto posible las decisiones para

ayudar a que la Nueva España no caiga bajo el yugo Francés y seamos un reino

autónomo de la Corona Española, como bien establecen los mandatos de las Cortes de

Cádiz”.

“Don Miguel Hidalgo y Costilla, Don Ignacio de Allende, Don Juan Aldama, Don Mariano

Abasolo, Don Ignacio López Rayón, Don Manuel Mier y Terán, Doña Josefa Ortiz Téllez-

Girón, Don José María Morelos y el Capitán Daniel Camarena están levantados en

armas junto con muchos otros valientes criollos y españoles para derrotar al Virrey Don

Francisco Javier Venegas, a los traidores que lo siguen y al ejército que los representa,

con el cual pretenden mantener su dominio sobre nosotros, nuestras familias y nuestras

tierras, que son de España y de su majestad Don Fernando VII”.

“Tenemos información fidedigna de que el Padre Hidalgo y Don Ignacio Allende al frente

de más de sesenta mil hombres están iniciando el avance hacia esta Capital desde el

Valle de Toluca, adonde recién llegaron”.

“También sabemos que las tropas del Brigadier Calleja y del Intendente De Flon aún

están lejos y no podrán llegar a tiempo a defender nuestra ciudad, quedando para ello

tan solo las reducidas tropas comandadas por el Coronel Torcuato Trujillo, que ya

salieron de la ciudad rumbo a Toluca para intentar detener a los Insurgentes del Padre

Hidalgo”.

“En nuestra Capital solo quedan los reducidos Regimientos del Cuerpo Urbano y de

Comercio y el de Patriotas Distinguidos de Fernando VII, a quienes bien conocemos

puesto que diariamente nos brindan protección y vigilancia contra ladrones en el Parían,

estando acostumbrados a verlos en los desfiles luciendo sus vistosos uniformes”.

“La posibilidad de que el ejército Insurgente derrote a las tropas Realistas de Torcuato

Trujillo es alta e inminente, por lo que hoy debemos poner en marcha las cinco acciones

que previamente hemos acordado tomar cuando fuera el momento de hacerlo.”

“Primero: Apoyar a los insurgentes para que haya una ocupación pacífica de nuestra

Ciudad, ofreciéndoles alimentos y espacios adecuados para que se ubiquen y en la

defensa, en caso de que el Brigadier Venegas intente recuperar la Ciudad de México”.

“Segundo: Apoyar a Don Miguel Hidalgo y a sus tropas para evitar que la ocupación

insurgente de la Ciudad de México se convierta en un gigantesco motín de agresiones,

robos y asesinatos sin control por parte de los miles de campesinos, indios y esclavos

que forman la mayor parte de las tropas Insurgentes, tal cual ya sucedió en Valladolid y

en Guanajuato.”

“Tercero: Colaborar con el Padre Hidalgo, con Don Ignacio Allende y con todos los jefes

de las tropas Insurgentes para establecer un gobierno provisional en la Capital y

mantener los servicios para todos sus habitantes, con la cooperación de todos sus

habitantes y del Clero.”

“Cuarto: Apoyar y participar con los mandos Insurgentes en la campaña de liberación de

todas las Provincias, a fin de que en el menor tiempo posible se instituya un Gobierno

legítimo en la Nueva España.”

“Quinto: Asegurarnos que nuestras familias, negocios y propiedades están seguras y

protegidas durante la ocupación de la Ciudad de México por parte de las tropas

Insurgentes.”

“Cada uno de nosotros tiene ya una tarea prevista y sabe qué acciones debe de empezar

a tomar como pasos previos a la confirmación de la victoria de los Ejércitos Insurgentes

en su camino y de su presencia a las puertas de nuestra Ciudad.”

“Antes de retirarnos deseo mencionaros que el Teniente Fernando Ruiz Castanedo, hijo

de nuestro buen amigo Don Hermenegildo está aquí por una razón muy importante:

Él es Teniente del Regimiento de Dragones de la Reyna, habiendo estado a las órdenes

de los Capitanes Ignacio Allende y Mariano Abasolo, con quienes lleva una buena

amistad y comparte sus ideales autonómicos.”

“El Teniente Ruiz Castanedo es un personaje clave para la ejecución exitosa por nuestra

parte de los cinco puntos antes mencionados, ya que él es la persona con el contacto

cercano y directo con las cabezas del Ejercito Independiente, siendo seguro que tan

pronto como ingresen a la Ciudad de México, el Teniente pasará a formar parte de sus

Mandos”.

“Os pido que de inmediato iniciéis vuestras encomiendas y nos reunamos diariamente

aquí mismo, para en esa forma hacer un seguimiento de los avances de nuestros planes

y de las noticias que nos lleguen de los enfrentamientos militares en las cercanías de

Toluca”.



“Llevamos mucho tiempo preparándonos y hemos corrido muchos riesgos para llegar a

este momento en el que estamos a solo unas horas de lograr nuestros propósitos de

autonomía y libertad, así que no desfallezcáis y seguid adelante”

“Recordad que es muy importante que mantengamos el seguimiento de nuestro

progreso, del avance del Ejercito Insurgente y de las acciones de defensa que están

ejecutando el Virrey, sus tropas y los españoles que lo apoyan”.

Los asistentes a la reunión se retiraron prontamente para continuar con sus preparativos

de defensa interna y apoyo a los Insurgentes, en tanto que Don Hermenegildo y su hijo

Fernando se quedaron a cenar en casa de Don Florentino, para salir más tarde rumbo al

hostal de la cercana Calle del Factor en el que Don Hermenegildo se alojaba en sus

visitas a la Ciudad de México.



OceanofPDF.com

CAPITULO IV

Las frustrada espera y el

Plan por la Libertad

Pasaron muchas largas horas esperando confirmación de los rumores de la victoria

Insurgente en el Monte de las Cruces y la esperada entrada de Don Miguel Hidalgo a la

Ciudad de México.

La tensión aumentaba en toda la ciudad de México a cada momento, ya fuera entre los

españoles y sus familias que esperaban lo peor después de conocer los terribles sucesos

de las turbas enfurecidas que fuera de control habían asaltado con violencia muchas

poblaciones en esas últimas semanas, o de la población criolla que veía cerca la

oportunidad de que su tierra fuera autónoma y libre para decidir en qué y cómo utilizar

sus recursos y su futuro dentro del Imperio Español y por supuesto, de la numerosa

población indígena y de otras Castas que sentían próxima la posibilidad hasta ahora

lejana de ser tratados con igualdad, estando dispuestos a salir a las calles armados con

lo que pudieran para hacerse justicia por propia mano.

Fue en la madrugada del jueves primero de Noviembre cuando un jinete llegó

calladamente a tocar la puerta de la casa de Don Florentino de Chavarría y López

llevando una misiva de Don Ignacio Allende, en la que le avisaba a Don Florentino que

después de la victoria en la Batalla del Cerro de las Cruces, ante la negativa de Don

Miguel Hidalgo para seguir avanzando hacia la Ciudad de México, él y Don Mariano

Abasolo habían llegado la tarde anterior a la Ciudad de México con la misión de negociar

con el Virrey Venegas una entrega pacífica de la Ciudad y del gobierno Virreinal,

ofreciéndole evitar la posibilidad de un asalto sangriento, con saqueos, violencia y

muchas víctimas no solo de las tropas y funcionarios del Virreinato, sino también de

muchos de los ciento cincuenta mil inocentes habitantes de la Capital, que se temía que

pudiera ser llevada a cabo por una buena parte de los setenta mil hombres que en ese

momento componían el ejército Insurgente del Padre Hidalgo y que podrían ser muy

difíciles de controlar.

Así mismo Don Ignacio Allende le pedía a Don Florentino se reunieran a las doce del

día en el Pórtico del Convento de los Agustinos, junto a Parroquia de la Candelaria en el

pueblo de Tacubaya, próximo a la Capital y que llevara consigo al Teniente Fernando

Ruiz Castanedo.

De inmediato Don Florentino se dirigió a encontrarse con Don Ignacio Allende y al mismo

tiempo envió un mensajero al Hostal para dar a Don Hermenegildo y a su hijo las nuevas

noticias y la solicitud de que lo alcanzaran de inmediato en el cercano pueblo de

Tacubaya.

Don Ignacio Allende y Don Juan Aldama venían rodeados por un reducido contingente

de seis Dragones de la Reina y bajo la guarda de un pequeño grupo de religiosos,

representantes del Arzobispo de México Don Francisco Xavier de Lizana y Beaumont

quien había promovido esta negociación con el Virrey Venegas.

Al llegar Don Hermenegildo y su hijo Fernando a las puertas del Convento en Tacubaya,

Don Florentino ya estaba en el interior del atrio reunido con los Capitanes Allende y

Abasolo quienes de inmediato se pusieron de pié para saludarlos, en especial al Teniente

Fernando con quien llevaban una cercana amistad y relación desde hacía varios años.

El Capitán Ignacio Allende tomo la palabra:

“Caballeros, os informo que hemos tenido la fortuna de derrotar a las fuerzas del General

Torcuato Trujillo en el Monte de las Cruces. Muchos de nuestros hombres han muerto y

tenemos cientos de heridos, pero al mismo tiempo nos hemos hecho de un número

importante de fusiles y municiones, de dos cañones y de más de cien soldados Realistas

que se han unido a nuestra causa”.

“Torcuato Trujillo alcanzó a huir y el camino para tomar la Ciudad de México está libre”.

Don Florentino, Don Hermenegildo, su hijo Fernando y el Obispo Alfonso Villalobos,

quien era el enviado de confianza del Arzobispo Francisco Xavier de Lizana y Beaumont

permanecían en silencio esperando que el Capitán Allende terminara de exponer sus

ideas.

“Tras la batalla Don Mariano Abasolo, su servidor y los Mandos de las tropas Insurgentes

sostuvimos una larga reunión con Don Miguel Hidalgo con el propósito de analizar las

siguientes acciones a tomar para culminar nuestra lucha”.

“Recordad que el pasado veinte de Octubre en Acámbaro, los miembros de la Junta

Suprema de nuestro movimiento proclamamos a Don Miguel Hidalgo como Generalísimo

de todas las Armas en América, siendo reconocido por todos nosotros a partir de ese

momento como la autoridad suprema del Ejercito Grande Americano, el cual inició su

formación el diez y seis de Septiembre con ochocientos seguidores y al día de hoy

habiendo transcurrido menos de un mes cuenta con más de sesenta mil hombres en sus

filas”.

“Don Miguel Hidalgo tiene la firme convicción, después de las amargas experiencias

sufridas por los pobladores en la toma de Guanajuato y en muchas otras localidades que

se han unido a nuestra causa o que han sido tomadas por tropas Insurgentes, como ya

sucedió en Zacatecas, Salamanca, Yuridia, Acámbaro y en Valladolid, de que se debe

evitar a toda costa la muerte y saqueos en la Ciudad de México”.

“Es por ello que renunció a tomar por la fuerza la Ciudad de México, optando por retirarse

hacia el Bajío, ante lo cual Don Juan Aldama y su servidor le propusimos que

permaneciera junto con todas nuestras tropas acampado en Cuajimalpa mientras

nosotros bajábamos a la Ciudad para intentar reunirnos con el Virrey Don Francisco

Xavier Venegas, esto gracias al apoyo del Señor Arzobispo Don Francisco Xavier de

Lizana y Beaumont, a fin de negociar con el Virrey Don Francisco Venegas una entrega

pacífica, ante la imposibilidad que tiene para defender la ciudad”.

“Desafortunadamente dicha reunión no se logró y solo por la decidida intervención del

Arzobispo Lizana y Beaumont y por el hecho de que su ilustrísima fue Virrey previamente

al gobierno de Don Francisco Venegas, pudo interceder a nuestro favor logrando

salvarnos la vida y que pudiéramos salir a salvo de la Ciudad de México, no sin antes

detenernos aquí con vosotros para manteneros informados de los acontecimientos”.

“Esta misma tarde daremos nuestro parte a Don Miguel Hidalgo, incluyendo nuestra

recomendación amplia y decidida de atacar a la Ciudad de México mañana mismo, antes

de que nos alcancen el Brigadier Félix María Calleja y el grueso del ejército Virreinal que

sabemos ya se dirigen de regreso a la Capital para detenernos”.

“Por lo anterior será muy importante contar con vuestro apoyo en la ejecución de las

acciones internas que han sido planeadas para asegurar nuestro triunfo en la toma de la

Capital, capturar a los traidores, reducir las muertes y robos a inocentes, proteger

vuestras familias y por supuesto, instaurar un gobierno autónomo para toda la Nueva

España”.

Lamentablemente por razones que nunca se entendieron claramente, ese treinta de

Octubre de 1810, unos cuantos días después de empezar su lucha, tras derrotar a las

tropas Realistas comandadas por el General Torcuato Trujillo en la Batalla del Monte de

las Cruces, Don Miguel Hidalgo mantuvo su decisión de no entrar a la Ciudad de México,

desechando las recomendaciones de Ignacio Allende, de Juan Aldama y del resto de los

jefes militares que se habían unido a él.

Esta decisión de Don Miguel Hidalgo de no seguir avanzando para tomar la Capital

Virreinal para mejor retirarse al Bajío, dio inicio de una serie de derrotas Insurgentes

que empezaron a darse tan solo una semana después, el siete de Noviembre, cuando

las tropas Virreinales de Flon y Calleja finalmente alcanzaron al Ejército Insurgente de

Don Miguel Hidalgo, derrotándolo en la Batalla de Aculco.

El Brigadier Calleja los atacó obligando al Cura Don Miguel Hidalgo y a sus Insurgentes,

a huir en desbandada después de ser diezmados por el fuego y caballería Virreinal.

Ese día al Ejército Insurgente, desmoralizado por la inexplicable decisión de Don Miguel

Hidalgo de no tomar la Ciudad de México, de los sesenta mil hombres que lo formaban

la semana anterior ahora solo tenían cuarenta mil, incluyendo los heridos que llevaban

consigo después de la batalla del Monte de las Cruces. De todos estos hombres tan solo

cuatro mil eran militares que habían pasado al lado de la Insurgencia y el resto eran

criollos y mestizos, además de algunos indios y unos pocos esclavos, todos ellos mal

armados y sin disciplina.

El resultado del enfrentamiento fue devastador para los Insurgentes, habiendo perdido

la mayor parte de sus cañones, pólvora, metralla, municiones, fusiles, caballos y una

gran cantidad de alimentos, vacas y carneros que llevaban para alimentarse.

Las tropas Virreinales capturaron los carros con los heridos y a seiscientos prisioneros,

todos los cuales fueron fusilados de inmediato, además de arrebatarse dos banderas a los

Insurgentes.

Después de esa primera derrota, Don Ignacio Allende se distanció de Don Miguel Hidalgo

y con una parte de las tropas marchó a Guanajuato, mientras el Cura Hidalgo se dirigió

a Valladolid

Ante ese desolador panorama, Don Florentino, Don Hermenegildo y sus compañeros

del Parían estaban muy conscientes y al pendiente del desarrollo de las acciones que a

su vez iniciaba el también Cura Don José María Morelos, lanzando un nuevo movimiento

militar Insurgente en las Provincias del Sur del Virreinato, tal como lo acordó con Don

Miguel Hidalgo y Don Ignacio Allende en la reunión que tuvieron el veinte de Octubre

en el poblado de Charo, teniendo como objetivo el empezar una nueva campaña militar

en el sur del país para tomar el puerto de Acapulco y de esa forma controlar el comercio

marítimo con las Islas Filipinas que llevaban a cabo las llamadas Naos de China.

El Cura Morelos, ahora convertido en General, inició la lucha el veinticinco de octubre

de 1810 en Carácuaro, adonde se le unieron veinticinco hombres armados con

escopetas y machetes. De ahí continuó a Zacatula y Huetámo para proseguir

avanzando hacia la costa del Océano Pacífico.

Pocos días después Morelos y sus tropas que ya sumaban cerca de dos mil hombres

entraron a Zihuatanejo, en la costa del Océano Pacífico aprestándose para continuar

moviéndose hacia el sur por la llamada Costa Grande, acercándose cada vez a su

objetivo estratégico: el Puerto de Acapulco.

Mientras tanto, al no darse la toma de la Ciudad de México por las Tropas Insurgentes,

después de algunos largos días de desconcierto, frustración y reuniones sin resultados,

en medio de un mar de delaciones y tomando todas las precauciones, el Grupo de los

Conspiradores del Paríán de la Ciudad de México se volvió a reunir la noche del domingo

cuatro de noviembre para reencauzar sus ideas y esfuerzos por la causa que con tanto

coraje y riesgo habían estado apoyando y que en esos momentos veían prácticamente

perdida, sin imaginarse aún que tan solo tres días más tarde, el siete de noviembre, las

fuerzas Insurgentes del Padre Hidalgo serian derrotadas en la batalla de Aculco por el

ejército Virreinal al mando del Brigadier Félix María Calleja del Rey.

Una vez que todos los conspiradores estaban nuevamente reunidos ese cuatro de

Noviembre en la casa de Don Florentino de Chavarría y López, contando además con

la presencia de Don Vicente Pérez de Tagle Blanco y Bermúdez y del comerciante Don

Alejandro Maganda, quienes eran muy estimados por el resto de los presentes, Don

Florentino pidió a todos tomar asiento y diciéndoles lo siguiente:

“Amigos y compañeros: Los sucesos de estas últimas semanas nos obligan a tomar

nuevas decisiones muy serias para lograr nuestros propósitos de liberación autonómica

e independiente del gobierno espurio de Napoleón Bonaparte y su hermano José”.

“Por ello os he convocado esta noche, para que escuchemos a nuestros invitados

especiales, con quienes hemos estado encerrados en esta su casa los pasados dos días

y sus noches, elaborando a detalle un plan de acción que deseamos presentaros ahora

mismo para su aprobación y realización”.

“Hemos de aceptar que lamentablemente a principios del el presente mes de Noviembre

estuvimos en la posibilidad de que concluyera con un triunfo temprano esta heroica lucha

por la Independencia de la Nueva España, lo que lamentablemente nó se dio, al decidir

Don Miguel Hidalgo nó avanzar sobre esta Ciudad Capital y retornar al Bajío”.

“Estoy cierto que para todos vosotros, como lo es para mí, resulta difícil de entender y

aceptar porque Don Miguel Hidalgo, después de dos días de meditarlo tomó esta

decisión.

Vosotros podéis pensar que por tener un ejército de gente desesperada y no de

verdaderos militares, el Padre Hidalgo haya tenido temor de que esas turbas pudieran

haber cometido crímenes atroces contra la población de nuestra ciudad sin que él tuviera

forma de controlarlos, o bien que pensara qué los Realistas sí estaban preparados y que

entrar a la ciudad de México era una verdadera trampa mortal de la cual nadie saldría

vivo o tal vez, que seríamos nosotros, los habitantes de esta Ciudad Capital los que nos

arriesgaríamos a luchar contra sus hombres en cuyo caso los muertos seria muchísimos

por los dos bandos, o bien que una vez desgastado por la lucha para tomar la Ciudad,

su ejército sería fácil presa de las fuerzas Realistas del Brigadier Calleja que venía tras

ellos”.

“No lo sabemos, pero en cualquier caso, es la voluntad del Señor la que nos tiene esta

noche aquí reunidos y considerando lo anterior, para seguir luchando por nuestras ideas

y convicciones, necesitamos tomar decisiones para ahora apoyar con todo nuestras

posibilidades a Don José María Morelos y al Ejercito del Sur, que a diferencia de las

tropas Insurgentes de Don Miguel Hidalgo, sabemos que están siendo organizadas con

la capacidad militar que requiere un ejército formal y aprovecharan en muy buena forma

la ayuda que les brindemos”.

“Es por lo anterior que hoy os solicito toda su atención y buena voluntad para alcanzar

los objetivos que buscamos, puesto que todo indica que la guerra de Independencia

después de la negativa de Don Miguel Hidalgo a tomar la Ciudad de México será una

lucha larga, muy violenta y sanguinaria, como la que ya se dio en la Alhóndiga de

Guanajuato”.

“Fue el pasado veintiocho de septiembre cuando catorce mil insurgentes atacaron al

Intendente Juan Antonio Riaño, amigo personal del Padre Hidalgo, quien había llevado

a su gente a la Alhóndiga, incluyendo muchos pobladores para protegerlos de ese

inminente ataque”.

“Una multitud rodeó la Alhóndiga, prendiendo fuego a las dos puertas del edificio y

matando al Intendente Riaño de un balazo en la cabeza”.

“La mayoría de los refugiados en la Alhóndiga eran civiles y fueron muertos o heridos

gravemente a garrotazos y puñaladas, incluyendo a las veinticuatro mujeres indias

tortilleras, llevadas ahí para preparar la comida de los ocupantes de la Alhóndiga”.

“La presencia de las tropas del Brigadier Félix María Calleja del Rey en el centro del país,

nos hace pensar como ya os dije, que la lucha que se libra en el Bajío y en otras regiones

de la Nueva España será larga, difícil y muy sangrienta, por lo que debemos apoyar los

esfuerzos para que el ejército de Don José María Morelos tenga la disciplina,

organización, armas, municiones y bastimentos necesarios para derrotar a los ejércitos

de las milicias del Virreinato en el sur de la Nueva España”.

“Si nó los apoyamos con toda nuestra fuerza, voluntad y recursos, el movimiento

fracasará y en breve tiempo esta será un Virreinato de Napoleón, quien hará lo que sea

necesario para llevarse toda la plata, oro, plata, minerales y demás riqueza, a fin de que

su imperio de traición, esclavitud y dominación militar tenga recursos para mantenerse

en el poder y seguir dominando a la Península Ibérica y conquistando otros pueblos”.

“Por todo ello estamos reunidos una vez más, para pasar de las ideas y las

conversaciones a los hechos en apoyo de los Insurgentes, como nos lo propusimos

cuando conocimos de las tertulias que se llevaban a cabo en la ciudad de Valladolid, y

que dieron pié al llamamiento del Cura Don Miguel Hidalgo para que el pueblo se

levantara en armas”.

“Se ha presentado una circunstancia muy afortunada que nos ha obligado a preparar

nuestros siguientes pasos y a convocaros esta tarde, con el propósito de que todos

vosotros estéis plenamente informados y contemos con vuestra aceptación y

compromiso con las acciones inmediatas que ya iniciamos y que seguiremos llevando a

cabo para tomar la debida ventaja de esta oportunidad”.

“Por recomendación expresa del Señor Obispo Don Diego González, he invitado a Don

Antonio de Sesma y Alencaster, Comandante y Visitador de la Real Marina Española

para que nos acompañe esta noche, quien en breve nos hará el favor de explicaros a

detalle algunas de las acciones que ya hemos iniciado”.

“Debo aclarar a todos vosotros que Don Antonio de Sesma y Alencaster se ha unido a

nosotros por voluntad propia, ya que como ciudadano español y Comandante de la Real

Marina Española, se mantiene fiel a su majestad Don Fernando VII, al igual que lo están

haciendo miles de españoles en la península Ibérica, luchando por la Independencia de

España y defendiendo con sus vidas el trono de los Borbones ante la imposición de José

Bonaparte”.

“Por ello Don Antonio, tenéis nuestro reconocimiento a vuestra valentía y colaboración

para debilitar el poder Napoleónico y lograr que la Nueva España tenga la autonomía

que nos han dado las disposiciones de las Cortes de Cádiz”.

“Está también con nosotros Don Hermenegildo Ruíz Mejía que como todos sabéis desde

siempre se ha dedicado al transporte y acarreo de mercaderías y productos entre

muchas ciudades y poblaciones de la Nueva España, colaborando al éxito de nuestras

actividades comerciales y de minería con sus servicios de acarreo de carga en récuas

de mulas y carretas”.

“También nos acompaña el Teniente del Regimiento Provincial de los Dragones de la

Reina, Don Fernando Ruíz Castanedo, quien es hijo mayor de Don Hermenegildo y por

los últimos cinco años se ha desempeñado como Teniente al mando de los destacamentos militares que forman parte de las tripulaciones de los Galeones de

Manila y de dos de las Naos que transportan mercancías entre al puerto de Acapulco y

el puerto de El Callao en el Virreinato del Perú, por lo que como en breve os daréis

cuenta, su presencia y participación en esta reunión también es muy importante”.

“Como vosotros sabéis, Don Hermenegildo llegó hace ya varios días a nuestra ciudad

viajando desde su natal Nochistlán después de que el día ocho de Octubre acompañara

al Capitán Daniel Camarena en el acto de proclamación de la Independencia de la Nueva

España en esa población de la Nueva Galicia, en seguimiento y consecuencia de la

proclamación inicial del Cura Don Miguel Hidalgo, que como todos sabéis, fue llevada a

cabo la madrugada del diez y seis de Septiembre anterior”.

“Pido ahora a Don Hermenegildo que nos comparta las ultimas noticias que recién ha

recibido desde Guadalajara y sus ideas acerca de nuestras intenciones”
dijo a todos Don

Florentino:

“Distinguidas Damas y Caballeros, para mi hijo Fernando y para mí es un honor estar

aquí esta noche para unir lazos y esfuerzos a fin de que la lucha Insurgente que estamos

llevando a cabo en nuestra provincia de la Nueva Galicia y la lucha comandada por Don

José María Morelos que ustedes apoyan, cuenten con los recursos necesarios para

triunfar y librar a la Nueva España de la amenaza de la imposición Napoleónica”.

“El Capitán Daniel Camarena, quien está al frente de la lucha contra los Realistas en la

comarca de Nochistlán es compañero de armas y amigo de mi hijo Fernando desde la

infancia, habiendo estado ambos a las órdenes de Don Ignacio Allende y de Don Mariano

Abasolo”.

“Don José Antonio Torres se apresta a tomar Guadalajara esta misma semana, después

de haber derrotado en Zacoalco a los contingentes Realistas que trataban de detenerlo.

Asimismo estamos viendo cada día mas como surgen muchos otros grupos de

insurgentes en diferentes lugares como son los de León, Aguascalientes y Zacatecas

comandados por Rafael Iriarte, los de San Luis Potosí dirigidos por Luis de Herrera y

por Benedico López y los de las provincias del norte como son Tejas, Coahuila y Nuevo

León”.

“Estos grupos en mucho son verdaderas turbas de campesinos criollos, mestizos, indios

y esclavos que armados con lo que pueden, irrumpen descontrolados buscando

españoles para matarlos, causando destrozos y tomando cuanto valor encuentran,

aprovechando la fuerza de la superioridad numérica, que obliga a los defensores

Realistas a matar a cientos de ellos antes de caer o huir avasallados por los insurrectos”.

“En contraste con lo anterior, llama la atención la forma en que el Cura Don José María

Morelos ha organizado a sus hombres en el sur de Michoacán”.

“Él inició su campaña en Carácuaro con solo veinticinco hombres y al irse uniando más

gente a sus tropas, definió un límite máximo de seis mil, el cual ha dicho que no

rebasará”.

“En esta forma ha organizado a sus batallones y las líneas de mando están claras y bien

definidas para todos”.

“Ahora solo le faltan armas y artillería, que es precisamente la razón por la que todos

nosotros estamos reunidos aquí esta noche”.

“Don Florentino, por favor seguid adelante”. Dijo Don Hermenegildo regresando a tomar

su asiento.

“Como todos vosotros estáis al tanto”, continuó Don Florentino de Chavarría y López:

“Proponemos a vuestras excelencias un plan muy ambicioso y ciertamente arriesgado

para aportar entre todos nosotros dos mil novecientas onzas de oro y seiscientos mil

pesos de plata, que principalmente fondearan los costes del viaje de un Galeón que viaje

a las Islas Filipinas para traer doscientos ochenta toneles de pólvora, cuarenta cañones

y más de mil ochocientos mosquetes para el Ejercito Insurgente del Sur, armas que como

bien sabemos nó están disponibles en la Nueva España y mucho menos se pueden traer

de las Europas”.

“Con esa inversión nos proponemos también sufragar la adquisición de las mercancías

que llevaremos desde la Nueva España en el Galeón a Manila, las cuales al venderse

en las Filipinas nos generarán fondos de recuperación de nuestra inversión inicial.

Las ganancias a obtener nos permitirán adquirir nuevas mercaderías orientales del

Parián de Cavite de la ciudad de Manila que serán traídas por nosotros para su venta

en la Ciudad de México, todo ello con una ganancia superior al trescientos por ciento por

cada peso de plata invertido en ello, para en esta forma recuperar los costes del viaje del

Galeón y algo de nuestra inversión en la compra de los cañones, las armas y la pólvora”.

“Ese plan se basa en que cada uno de nosotros aportemos la parte proporcional de la

inversión de fondos necesaria para llevarlo a cabo”.

“Nuestro plan inicial se fundamentó en la expectativa de que Don José María Morelos

y el Ejército del Sur tomasen el Puerto de Acapulco y una vez que esto sucediera,

nosotros fletaríamos un Galeón que zarpase desde ese puerto con destino a las Islas

Filipinas para adquirir y traer en su contraviaje de retorno a Acapulco las armas,

municiones y mercaderías ya mencionadas”.

“Sin embargo se ha presentado una circunstancia afortunada y verdaderamente

oportuna, puesto que el Galeón de Nuestra Señora del Buen Fin que es la nave en la

que se llevará a cabo nuestro plan, actualmente se encuentra fondeado en el puerto de

San Blas de Nayarit, el cual esperamos que en pocos días más sea ocupado por las

tropas insurgentes al mando del Cura Don José María Anacleto, quien ya inició el sitio

a la Fortaleza de San Blas defendida por las tropas Realistas del Capitán José Joaquín

Labayón.

“Este Galeón arribó recientemente desde las Californias a San Blas para unas

reparaciones menores de carenaje y arreglos en el timón y la caña, que se están

llevando a cabo en el astillero de ese puerto”.

“Esta extraordinaria circunstancia, de tener un Galeón a nuestro alcance, nos permitirá

enviar esa Nao por cuenta nuestra a las Islas Filipinas sin esperar a que se dé la toma y

ocupación de Acapulco, que es una plaza mucho mejor defendida que San Blas, puesto

que cuentan con el fuerte de San Diego, que está artillado y con una guarnición militar

numerosa, en adición al destacamento militar de la isla de la Roqueta y a los buques de

la Marina Real que los protegen y abastecen”.

“Es decir que a partir de esta noche podremos contar con un puerto y con una Nao

disponible, incluyendo a su tripulación de comando, marinería, tripulantes y guarnición,

así como todos los fondos y abastos necesarios para iniciar nuestro plan, sin tener que

esperar a que el puerto de Acapulco sea tomado por Don José María Morelos, lo cual no

sabemos cuánto tiempo más pueda llevarse”.

“Al termino del Contraviaje contaremos con varias posibilidades de ataque para la Nao,

lo cual se estima sea en el curso de los meses de Agosto o Septiembre del próximo año,

confiando que para entonces San Blas de Nayarit y Acapulco estén en manos del ejército

Insurgente y si eso no es posible, tendremos las alternativas de Manzanillo, Chiameteca,

Sacatula, Zihuatanejo y Huatulco para recibir a nuestro propio Galeón de la China”.

“Comandante Don Antonio de Sesma y Alencaster, por favor explicadnos como queda

ahora nuestro plan de acción”, dijo Don Florentino.

“Ilustrísimo señor Obispo, distinguidas Damas, excelentísimos Reverendos y Caballeros

que nos acompañan”:

“Como todos sabemos desde hace más de doscientos años se estableció el comercio

marítimo entre la Nueva España y las Islas Filipinas, mediante los viajes de los Galeones

de la Corona Española que unen el puerto de Manila en la bahía de Cavite con el puerto

de Acapulco, tocando en su viaje de contravuelta desde el Oriente, poblaciones de apoyo

en las Californias, como son el Cabo Mendocino, Monterey y Cabo San Lucas, además

de haber extendido sus rutas hasta el Virreinato del Perú, estableciendo comercio

importante con el Puerto de El Callao. Asimismo algunas de las naves también arriban

al puerto de San Blas de Nayarit, principalmente para que les sean realizadas

reparaciones en el astillero de ese puerto”.

“Don José María Morelos está próximo a iniciar una ofensiva con sus tropas para avanzar

hasta Acapulco, tomar el Fuerte de San Diego y la guarnición militar realista de la Isla de

la Roqueta que está al mando del General Pedro Antonio Vélez. Estas tropas realistas

están pertrechadas y son abastecidas por el Bergantín San Carlos y el navío San

Fernando, además de dos goletas de guerra españolas que regularmente arriban a

Acapulco para abastecerlos”.

“Una condición importante que afecta a las tropas Insurgentes en general, es el hecho

que la principal fábrica de pólvora de la Nueva España está en las barrancas de Santa

Fe en las cercanías de esta Ciudad de México bajo el control y guarda de las tropas

realistas, lo que hace prácticamente imposible que las fuerzas insurgentes cuenten con

la pólvora necesaria para sus mosquetes, pistolas y cañones, siendo muy urgente el

abastecerlos de ese detonante”.

“Para sus campañas Don José María Morelos precisa de cantidades importantes de

pólvora, ya que la producida por Don Peter Ellis Bean para los Ejércitos del Sur no es

suficiente”.

“He de informaros que por cuenta de Don José María Morelos y con vuestro apoyo ya se

ha acordado un contrato mercantil con el Capitán Don Rodrigo de Santos y Escobar,

quien es el General al mando del Galeón de Nuestra Señora del Buen Fin, para llevar el

Galeón a las Filipinas cargado con vuestras mercancías para su venta en las Filipinas y

de retorno, como ya nos lo ha explicado Don Florentino, traer los implementos, armas,

artillería, municiones y mercancías que necesitamos para apoyar a las tropas

Insurgentes de Don José María Morelos”.

“Es importante que os mencione que también a sugerencia de su Ilustrísima el Señor

Obispo, se ha decidido cambiar el nombre de esa Nao, bautizándole como Galeón de

Nuestra Santísima Virgen Santa María de Guadalupe”.

En ese momento el Obispo Don Diego Gonzales se incorporó y tomó la palabra diciendo:

“No os debe extrañar mi sugerencia para bautizar nuestro Galeón en devoción y

referencia al primer lema insurgente estampado en el estandarte que perteneció a la

tercera Orden Franciscana de la Provincia de San Pedro y San Pablo, el cual como bien

sabéis enarboló el Padre Don Migue Hidalgo al dar el Grito de Independencia en Dolores

y que junto con la imagen de nuestra Virgencita, muestra una leyenda que dice: “Viva

nuestra Madre Santísima de Guadalupe”.

“Disculpad la interrupción Don Antonio y por favor proseguir”, dijo el Obispo González

antes de tomar asiento nuevamente

“Como os imagináis, disponer y armar todo un Galeón para el servicio de nuestra causa

ha sido una extraordinaria y sorpresiva iniciativa”, continuó el Comandante Don

Antonio de Sesma y Alencaster.

“Os recalco que esta aventura deberá de seguir manteniéndose en absoluto secreto

por el alto riesgo que conlleva, estando seguros de que en algunos meses más nos

permitirá contar con los recursos, municiones y armamentos que requieren los Ejércitos

Insurgentes de Don José María Morelos”.

“El Galeón de Nuestra Señora de Guadalupe mide noventa y dos metros de eslora, tiene

un peso de un quinientas toneladas y puede llevar hasta ciento cincuenta toneladas de

carga, incluidas la plata y oro que serán vendidas a los comerciantes chinos del Parián

de Cavite mediante una encomienda, en la que nos apoyarán los Monjes Agustinos del

convento de San José de Manila, con quienes ya tiene establecidos contactos y acuerdos

el Señor Obispo Don Diego González Martínez aquí presente”.

“Toda la carga de plata, mercancía y bastimentos que llevará consigo el Galeón a Manila

arribará por tierra a San Blas de Nayarit, transportados por las récuas de mulas de Don

Hermenegildo Ruiz Mejía, mismas que partirán de inmediato desde Zacatecas,

recibiendo cargas adicionales en las cercanías de Guadalajara y en otras ciudades de

los Altos. En ellas se transporta por tierra todo lo necesario para que el Galeón inicie de

inmediato su viaje hasta las Islas Filipinas”.

“Debo mencionar que una valiosa ayuda que nos permitirá contar con la protección militar

de las tropas de la Capitanía General de Filipinas, así como del gobierno provincial de

la ciudad de Manila desde nuestro arribo al puerto de Cavite hasta que zarpemos en el

contraviaje, la estaremos recibiendo gracias a la generosa colaboración de Don Vicente

Pérez de Tagle Blanco y Bermúdez, que también nos acompaña esta tarde, a quien

algunos de vosotros ya conocéis. Don Vicente es hermano de Don Pedro Miguel Manuel

Pérez de Tagle y Bermúdez, Marqués de Salinas y diputado por las Islas Filipinas ante

las Cortes de Cádiz”.

“Don Vicente reside en la Ciudad de México representando los intereses comerciales de

su familia en el Virreinato de la Nueva España y no ha dudado en interceder

personalmente con su hermano y familiares en Manila para gestionar apoyos importantes

para nuestro arribo y estancia en las Islas Filipinas. Me honro en mantener una buena

amistad con él, al igual que su Excelencia el Sr. Obispo”.

Todos escuchaban en silencio a Don Antonio de Sesma y Alencaster mirándose a las

caras con una mezcla de emoción, cierta preocupación y alguna sorpresa por enterarse

de que el plan que habían estado conversando y elaborando a lo largo de semanas en

sus tertulias secretas, era yá una realidad.

Cada uno de los convocados a esa reunión, quienes eran conocidos y respetados

terratenientes, hombres del clero, adinerados comerciantes, almaceneros y propietarios

de explotaciones mineras y de diversos negocios, pertenecientes todos ellos a

prominentes familias criollas, mediante esta astuta y arriesgada estrategia estarían

participando activamente en la lucha insurgente, sin abandonar sus actividades normales

de negocio, de posicionamiento social y sobre todo, sin ponerse en riesgo ellos mismos

o a sus propias familias, logrando al mismo tiempo mantener su participación activa en

el lucrativo comercio establecido en la Nueva España como punto de unión de las rutas

de navegación de las Naos entre el Oriente y Europa.

“¿Tienen ustedes alguna pregunta?”, preguntó a todos Don Antonio.

De inmediato Doña Rosa María Domínguez de Salmerón se adelantó:

“Disculpad mi ignorancia, pero decidme por favor: ¿quién es ese caballero Peter Ellis

Bean que habéis mencionado antes cuando abordasteis el tema de la pólvora?”.

“Ya me imaginaba que alguno de vosotros haríais esta pregunta”.

“Conocemos poco de Don Peter. Sabemos que hace unos meses llegó al puerto de

Veracruz procedente de las colonias inglesas del norte de América y caminó mucho

para encontrarse con las fuerzas insurgentes de Don José María Morelos, a quien ofreció

sus servicios para participar en su lucha fabricando pólvora negra”.

“El problema para fabricar la pólvora negra en grandes cantidades es que la pólvora se

compone con una mezcla de carbón, azufre y nitrato de potasio y el proceso para

prepararla es complicado”.

“El carbón se obtiene de hornear leña. El azufre se saca de pozos muy profundos en las

faldas de los volcanes o de yacimientos muy específicos y el nitrato de potasio se

produce a partir de una mezcla de desechos animales con escombros y cenizas

vegetales, que son regados con agua de los estiercoleros o con orina, por ello es que si

podemos traer un embarque de pólvora negra de Oriente, será de gran ayuda para las

fuerzas insurgentes”.

Don Luis de Aranda, quien junto con sus hermanos Pedro y Sebastián poseía varios

minerales en Sombrerete y en Concepción del Oro en la región de Zacatecas preguntó:

“¿Cómo habéis distribuido la inversión?”

“Don Luis, el costo del viaje del Galeón está dividido en cuatro partidas principales”:

“En primer lugar están los costes de sueldos de marinería, tropa, carenas y composturas

al llegar a Manila, factoría y aprovisionamientos, lo cual tiene un costo de ciento cincuenta

mil pesos de plata”.

“Hemos decidido que en esta ocasión el Galeón lleve una tripulación total de solo ciento

veinticinco hombres, entre oficiales, marinos y tropas, con solamente tres pasajeros,

siendo éste último un número muy reducido, ya que normalmente los Galeones llevan

veinte o más pasajeros”.

“También se precisa de una partida de ciento veinte mil pesos adicionales para que

las diferentes autoridades y oficiales que controlan el arribo, atraque, salida y comercio

del Galeón, faciliten la descarga y embarque de nuestras mercancías y las revisiones y

autorizaciones necesarias en cada una de las maniobras, así como los pagos a los

diversos vigías y guarniciones de las atalayas de vigilancia contra piratas y corsarios que

la tropas españolas tienen en las islas a lo largo de las trescientas leguas del Canal del

Espíritu Santo entre Guam y el estrecho de Capul y en el tramo de cien leguas del

estrecho de Mindoro y los Bajos de Tuley, las que deben de navegarse con mucha

precaución hasta llegar a la boca de la Bahía de Cavite”.

“Debo señalaros que como parte del acuerdo establecido con al Capitán Don Rodrigo de

Santos y Escobar, en esta partida estamos incluyendo el pago por nuestra parte de las

diferentes fianzas que el Capitán del Galeón, el Contramaestre, los Maestres y oficiales

deben de depositar a su arribo en las Cajas Reales del puerto de Cavite para garantizar

el cuidado y protección del Navío, sus tripulantes y cargamento durante su atraque y

estancia en las Filipinas”.

“También se precisa el pago de la aportación del Galeón al Virreinato del llamado

“Situado”, que como todos sabemos es una ayuda financiera que proporciona el

Virreinato de la Nueva España para sufragar los costos de la Capitanía General de las

Islas Filipinas, los cuales en el año anterior llegaron a doscientos cuarenta mil pesos y

que como todos vosotros estáis al tanto, estamos obligados a colaborar

proporcionalmente a ello en todos nuestros viajes de comercio al Archipiélago de las

Filipinas, estimando que debemos aportar ochenta mil pesos de plata correspondientes

a una tercio del total, ya que se considera que normalmente son tres los Galeones que

cada año atracan en las Islas Filipinas procedentes de la Nueva España”.

“Y finalmente, después de descontar los costes antes mencionados de los seiscientos

mil pesos de plata de la inversión inicial, los trescientos cincuenta mil pesos remanentes

están destinados a la inversión más importante, que es la adquisición en Manila de los

cuarenta cañones, doscientos ochenta toneles de pólvora, mil ochocientos mosquetes y

cincuenta pistolas que traerá el Galeón en su contraviaje, en adición a las mercaderías

que serán adquiridas en Manila con las dos mil novecientas onzas de oro y a su venta

posterior en vuestros comercios, poder recuperar en parte la inversión realizada”.

“¿Decidme Don Antonio, como es que esos pagos a las autoridades que habéis

mencionado nos costarán tanto dinero?”, preguntó Don Felipe de Jesús Díaz y López.

“La lista es muy amplia Don Felipe. Por su naturaleza y condiciones de comercio y

manejo de bienes y valores, la Real Hacienda ha establecido controles muy rigurosos y

pasos muy detallados que deben de cumplir a cabalidad tanto los mandos y tripulaciones

de las naves al igual que todos los comerciantes participantes”.

“Al arribo del buque a Manila, se hacen tres vistas de inspección antes de permitir el

desembarque de la cargazón”.

“Las vistas las hacen subiendo a bordo el Castellano o Capitán del Puerto, los Oficiales

Reales de Hacienda y el Visitador nombrado por el Virrey”.

“Ellos revisan detalladamente el repartimiento de toneladas, de la carga, efectos de

comercio, oro, plata y caudales, así como el Libro de Sobordo o Bitácora, en el que se

consignan las mercancías, número, calidad, importe y avalúo, más los Pliegos de

Registro y Cobro de Alcabálas de la Real Hacienda que les son presentados por el

General o Capitán al mando de la nave y por el Contador de Cuenta y Razón que viajan

en el Galeón como parte de la tripulación, además de pasar revista a la Tropa, a la

Marinería, a los Pasajeros y a los Pasaportes de cada uno de los tripulantes”.

“Si en las vistas de inspección y registro surgen dudas, los visitantes pueden decidir

revisar cada uno de los tres mil fardos de la carga, que deben contar con un registro

detallado y que no pueden medir más de dos y medio pies de largo, diez y seis pulgadas

de ancho y tres pies de alto”.

“Así mismo, ante sospechas de mercancía no registrada, los visitantes pueden incluso

ordenar carenar la nave para asegurar que todo está en orden en el casco del navío”.

“Como comerciantes que sois, todos estaréis de acuerdo que en esta ocasión es más

importante que nunca asegurarse previamente que las autoridades portuarias y de la

Real Hacienda en Manila estén dispuestas a no ser muy insistentes en el cumplimiento

estricto de las condiciones de la carga del Galeón y de su documentación”.

“Recordad que todos los artículos en la cargazón deben de estar marcados en las boletas

y billetes que expresan su contenido, valor y derecho”.

“Asimismo las regulaciones señalan que cada uno de vosotros, como comerciantes

registrados de nacionalidad española, tenéis derecho determinado a un número limitado

de fardillas o boletas para recibir o enviar efectos y mercancías por la aduana, sin

embargo, como también es de vuestro conocimiento, en Cavite y Manila, los que logran

acumular más boletas son precisamente los comerciantes chinos de Filipinas, llamados

Sangleyes, a pesar de que por no ser reconocidos como Españoles, por ley no se les

permite obtener ninguna boleta pero ellos siempre encuentran formas de obtenerlas y

así pueden presentarse sin problemas como receptores o beneficiarios de la carga que

llega en los Galeones”.

“¿Cuánto tiempo tomará el Viaje del Galeón?”, pregunto Don Juan Nepomuceno

Rosains, quien era propietario de la Hacienda La Rinconada y gran simpatizante de la

lucha insurgente.

“Me gustaría que Don Fernando, quien ya ha hecho ese viaje en tres ocasiones formando

parte de las tripulaciones del Galeón Santa María y del Galeón de Nuestra Señora del

Rocío responda a vuestra pregunta”.

El Teniente Fernando respondió:

“El viaje desde San Blas hasta la Bahía de Cavite, que es el puerto de la Ciudad de

Manila toma aproximadamente tres meses y el viaje de retorno que es contra corriente

se lleva entre cuatro y cinco meses, puesto que es preciso remontar hacia el norte para

aprovechar la corriente de Kuro Shivo y aminorar vientos contrarios, lo que obliga a tocar

tierra americana en las proximidades del Cabo Mendocino en la Alta California, para ahí

reabastecerse con la aguada y víveres que proporcionan los Frailes Franciscanos de las

Misiones ahí establecidas y continuar costearo en dirección al sur hasta llegar al puerto

de Acapulco”.

“¿Cuáles son los riesgos?”, continuó preguntando Don Filomeno, a lo que Don Antonio

de Sesma y Alencaster respondió:

“Los riesgos principales son las tormentas, los vientos, los bajos, la falta de alimentos y

agua para los tripulantes y las enfermedades, principalmente el escorbuto, además de

los piratas y la posibilidad de que la Armada Española descubra nuestro plan y nos

ataque o de que las autoridades Realistas sospechen algo y nos pongan obstáculos

durante nuestra estancia en Cavite y Manila”.

“Por esto es que los Navíos llevan una guarnición militar preparada y bien pertrechada.

El Galeón de Nuestra Señora de Guadalupe está provisto con veintiocho cañones, listos

para defensa y ataque, repartidos a babor y estribor del segundo puente de la nave, así

como en los castillos de Proa y Popa”.

“Adicionalmente se llevan armas y municiones para la marinería, grumetes y pasajeros,

quienes en caso de ser necesario también podrán participar en la defensa ante un

ataque”.

“Como os mencione, las tormentas son uno de los riesgos más importantes de estos

viajes, principalmente en el contraviaje, ya que los vientos y corrientes van en contra.

Aunque la ruta del Norte que aprovecha la llamada corriente de Kuro Shivo que nace en

las costas del Japón ha mostrado ser la de menor peligro de tormentas para los navíos

que navegan en el Océano Pacífico, sin embargo por las mismas razones es la de mayor

riesgo para recibir ataques de piratas o bucaneros”.

“El Galeón de Nuestra Señora de Guadalupe fue construido en los astilleros de Bagatao

en las Islas Filipinas aprovechando la riqueza y la fuerza de las excelentes maderas de

sus bosques, como el “molave”, el “lauan” y el “guijo” para el casco y las cuadernas, los

tablados de “apitong” para las cubiertas y los troncos de “mangachapuy” para la

arboladura, todo lo cual le dá una resistencia muy buena ante el oleaje y los vientos de

las tormentas”.

“El Galeón tiene tres mástiles de velamen, una cubierta superior. En los castillos de proa

y de popa y en el interior del casco tiene dos puentes inferiores y un estanco, que es el

fondo del casco y que casi en su totalidad va lleno de piedras para para darle estabilidad

al buque. Este nivel inferior está bajo la línea de flotación”.

“El aparejo de la cubierta superior está compuesto por mástiles, palos y velas de

diferentes tamaños y funciones, todo ello unido y manejado mediante una variedad de

amarres y cordajes”.

“El primer puente que se encuentra inmediatamente abajo de la cubierta superior alberga

los camarotes de los oficiales, las bodegas de alimentos, de agua, el velamen, el cordaje

y en ella van los botes y los llamados cañones de tiro tenso, los cuales están ocultos

tras las escotillas o portas, que se abren en los costados del casco cuando la nave entra

en batalla y es preciso disparar los cañones”.

“El segundo puente está justo arriba de la línea de flotación y en él se encuentran

principalmente las bodegas de toda la carga que transporta el Galeón”.

“En la cubierta superior está el hueco de Combés, que es una apertura rectangular en el

centro de la misma que permite que las cubiertas inferiores se ventilen y tengan algo de

luz, además de que son la principal fuente de acceso y comunicación de la tripulación

dentro del Galeón. Por el Combés se da entrada y salida a la carga, a los bastimentos y

a los botes que van en el interior de las cubiertas inferiores del casco del galeón”.

“Un punto muy importante son las fechas en que las naves deben de zarpar de tierras

americanas hacia oriente y en las que deben de iniciar el retorno o contraviaje a la Nueva

España, para en esa forma poder tomar ventaja de los cambios favorables en las

corrientes marinas y vientos alisios que ayudan a la navegación, reduciendo las

posibilidades de ser alcanzados por tormentas”.

Don Felipe de Jesús Díaz y López tomó su turno para formular una pregunta.

“Don Florentino: ¿hay gente de confianza en la tripulación del Galeón?”

“Contamos con Don Rodrigo de Santos y Escobar, Capitán del Galeón quien signó el

contrato mencionado. Don Antonio de Sesma y Alencaster quien nos acompaña esta

noche irá a bordo en representación de Don José María Morelos. Asimismo estará el

teniente Don Fernando quien yá ha sido designado por el Capitán del Galeón como

Teniente a cargo y mando de la guarnición militar y escolta del destacamento militar que

viaja en la nave. También los acompañaran el Reverendo Don Pedro de la Concha como

capellán de la nave y Don Alejandro Maganda Ramos como pasajero”.

“Tanto su servidor como el Capitán del Galeón, Don Rodrigo de Santos y Escobar,

estamos plenamente comprometidos con nuestra causa y nos hemos asegurado de

contar con la lealtad y compromiso de todos los tripulantes”.

El teniente Don Fernando se puso de pié y comentó lo siguiente:

“El cuerpo militar a mis órdenes incluye dos Sargentos de Infantería, dos Cabos,

veinticuatro soldados, un Tambor, un Cabo de Artillería, cuarenta Artilleros de Mar y un

Condestable a cargo del Polvorín y de la Santabárbara del navío, que son los sitios de

guarda de las armas, municiones y pólvora, además de cuidar de los instrumentos y

pertrechos, vigilar las operaciones de embarque y desembarque y el préstamo de armas

a tripulantes y pasajeros en caso de ataque”.

En este punto de la conversación el Comandante Don Antonio de Sesma y Escobar

intervino:

“Os menciono que el cuerpo de oficiales a cargo y obediencia designados por el Capitán

Don Rodrigo han estado bajo su mando por varios años y le deben lealtad absoluta”.

“El Capitán es el jefe absoluto de la Nave y su tripulación. A sus órdenes están en primer

término el Primer Piloto y el Contramaestre y por supuesto, el Teniente Don Fernando,

aquí presente, que como sabemos estará al frente de la guardia y custodia del Galeón y

su tripulación”.

“El Primer Piloto a cargo, junto con dos segundos Pilotos y los Pilotines llevan el timón

de la Nave, además de ser responsables del seguimiento de la ruta, mapas e instrumentos de navegación, de las señales, de las banderas y de llevar el Diario de

Navegación en el cual se registran todos los acontecimientos y vicisitudes de la derrota

o navegación del Galeón”.

“Los Contramaestres son responsables directos de la navegación, disciplina, guardias y

luces de la Nave. Tienen a su cargo cincuenta marineros, cuarenta y cuatro grumetes,

dos guardianes, el Maestre de Jarcias, dos carpinteros, un tonelero, un Maestre de

la Plata, un Maestre de víveres y raciones, un cocinero, un dispensero, un calafatero y

su ayudante, un alguacil o vigilante del agua, seis pajes y un buzo para labores de

carena”.

“Adicionalmente, forman parte de la tripulación el Contador, un Cirujano y un Capellán.

Como ya se mencionó, el Reverendo Don Pedro de la Concha ha sido designado por el

Señor Obispo Don Diego González como Capellán de la Nao”.

“Cabe señalar que en este viaje en particular, el Galeón llevará también a bordo seis

Cadetes novohispanos en prácticas de navegación y marinería, que fueron escogidos

directamente por el Capitán y que son jóvenes criollos de conocidas familias

novohispanas que apoyan nuestra causa”.

Doña Clotilde Evelia, heredera de la fortuna de la familias García de Avelar y Terán de

Salcedo, distinguida por sus apoyos a la lucha insurgente y a la Congregación de las

Hermanas Clarisas, quienes otorgan atención médica a criollos, mestizos y esclavos

negros en diversas comunidades de la Nueva España y de las Islas Filipinas, preguntó:

“Don Antonio, ¿decidnos si todos los tripulantes oficiales, marinos y militares del Navío

son españoles?”

“Doña Clotilde Evelia. Nos hemos asegurado de que todos los oficiales al mando sean

criollos o españoles leales a nuestra causa.

En la marinería y en la tropa hay mayoría de mestizos y algunos criollos de la Nueva

España, seis criollos filipinos y dos o tres de los llamados indios chinos yá nacidos en las

Filipinas, que principalmente son hábiles en la carpintería marina y en el anudado de la

cordelería”.

“¿Qué mercancías se comprarán en las Filipinas, que al ser vendidas en la Nueva

España nos permitirán recuperar algo de la inversión que ya hicimos?”,
preguntó Don

Felipe de Jesús Díaz y López.

“Vuestra pregunta es muy importante”, respondió Don Antonio.

“Le pido a Don Alejandro Maganda y Ramos que me ayude a responderos. Él es amigo

nuestro y hacemos negocios con él desde hace ya muchos años. Don Alejandro nació

en Acayúcan, en la llamada Costa Chica cercana a Acapulco, es nieto de un

comerciante Filipino que emigró a la Nueva España hace ya casi sesenta años viajando

en el Galeón Santa Mercedes y que en la Nueva España casó con Doña Francisca

Corrales, criolla hija de comerciantes españoles avecindados en Acapulco. Su familia y

él continúan dedicados al comercio con las Filipinas, mediante lazos familiares y

comerciales establecidos con miembros de su familia”.

Dicho lo anterior, Don Alejandro Maganda se dirigió al grupo:

“Buenas noches. Permitidme haceros un breve comentario sobre la ciudad de Manila, el

puerto y bahía de Cavite, en los que llevaremos a cabo nuestras diligencias comerciales

una vez que arribemos en la Nao. La ciudad de Manila está en la Isla de Luzón, situada

en la desembocadura del rio Pasig en la costa de la bahía de Cavite”.

“Manila es la ciudad capital de la Capitanía General de las Islas Filipinas. Está protegida

en todo su perímetro por una muralla de trazo irregular con varios fuertes y bastiones en

sus esquinas y puertas de acceso”.

“Extramuros, a un lado de la estacada, detrás de la muralla de la ciudad de Manila están

el puerto y poblado de Cavite, habitado primordialmente por los comerciantes filipinos y

chinos que se han establecido en esas islas desde hace muchos años para aprovechar

el comercio de los Galeones que llegan de la Nueva España y de otras naves que arriban

de diferentes lugares de Oriente, principalmente de la China, todos los cuales fondean

en la bahía de Cavite”.

“Hay un estimado de tres mil chinos y filipinos viviendo ahí, pero al arribo de las Naos

llegan muchos más comerciantes de China, del Oriente, de España y de otros países de

Europa para emplazarse en la feria del Parián de Manila o Alcaicería de los Sangleyes,

que es como denominan allá a los mercaderes chinos o mestizos filipinos”.

“Todos esos comerciantes ofrecen a la venta mercancías traídas de lugares lejanos

como China, Japón, Bengala, Cambodia, Siam, Sumatra y por supuesto de las Islas

Filipinas”.

“En el Parián de Cavite, se comercializan para su envío a la Nueva España y

posteriormente a España, una variedad de mercaderías como finas telas y objetos de

seda de China en lienzos, pañuelos, colchas y manteles y por supuesto los mantones,

que nosotros conocemos como Mantones de Manila; también hay alfombras persas de

Medio Oriente y piezas de algodón de la India. De la China y de Japón, se ofrecen

abanicos, cajoneras, arcones, cofres y joyeros laqueados, peines y cascabeles, biombos

y porcelanas”.

“De las islas Molucas, Filipinas, Java y Ceylán llegan las especias, principalmente el

clavo de olor, la pimienta y la canela. Algunos otros productos que provee Oriente son

lana de camello, la cera, figuras religiosas talladas o labradas en marfil, bejucos para

cestas, jade, ámbar, piedras preciosas, madera y corcho, nácar y conchas de

madreperla, fierro forjado, estaño, pólvora y frutas de China”.

“Gracias por sus palabras Don Alejandro” dijo Don Antonio de Sesma y Escobar, para

continuar:

“Don Alejandro Maganda, que comparte plenamente nuestras ideas y busca mantener

su negocio de comercio con Oriente, ya ha viajado con anterioridad en varias ocasiones

a Manila, habla la lengua Tagala y conoce a los comerciantes locales con los que se

negociarán los tratos de venta y de compra de las mercancías que estaremos llevando

a Manila y adquiriendo para traer a la Nueva España en la contravuelta del Galeón”.

“¿Y cuáles son esas compras?”, preguntaron casi al unísono don Luis de Aranda y Doña

Clotilde Evelia, sin dejar de mostrar su emoción.

Con seguridad y mirando a la cara uno a uno de los presentes, Don Alejandro dijo:

“Como se mencionó antes, a Manila los Galeones llevan una cantidad importante de

mercaderías de la Nueva España para ser vendidas allá, compuestas principalmente

por plata y oro que tienen gran demanda en China, por cochinilla para tintes, tejidos de

algodón, semillas, camote, garbanzo, chocolate y cacao, sandía, vid , higueras y tabaco”.

“En esta ocasión también llevaremos trescientas barricas de vino y aceite de oliva de

España, que son efectos muy solicitados por los comerciantes chinos y mestizos del

Parián de Manila”.

Don Antonio tomó la palabra de nuevo complementando el comentario anterior de Don

Alejandro Maganda:

“Todas estas mercaderías ocuparan bastante espacio en las bodegas del Galeón y nos

permitirán distraer la atención de los comerciantes y de las autoridades del Puerto,

cuando desembarquemos la plata y el oro, para días después embarcar los doscientos

ochenta toneles de pólvora, los cuarenta cañones, mil ochocientos mosquetes y

cincuenta pistolas y la mercancía de Oriente a ser adquirida allá mismo”.

“La compra de la pólvora, los cañones y las armas ya ha sido pactada con dos

comerciantes Chino-Filipinos de la absoluta confianza del Señor Obispo Don Diego

González.

Estos comerciantes tienen lazos establecidos desde hace mucho tiempo con los Monjes

Agustinos Recoletos de Manila, quienes servirán de intermediarios en estas diligencias

y recibirán por cuenta de ellos el pago de la plata que llevaremos”.

“Por recomendación del Excelentísimo Señor Obispo, el Reverendo Don Pedro de la

Concha será nuestro interlocutor con los superiores de la Congregación de los Monjes

Agustinos en las Filipinas”.

“El resto de las mercancías, serán vendidas por Don Alejandro Maganda a sus amigos y

parientes comerciantes, quienes nos pagarán en monedas de plata”.

Doña Clotilde tomó nuevamente la palabra para preguntar:

“Don Alejandro, podéis ser un poco más preciso sobre las mercancías que se ofrecen en

el Parían de Manila y cuál es el precio al que podrán ser adquiridas para traerlas a la

Ciudad de México, porque hasta ahora casi todo lo que adquirimos, lo hacemos de

comerciantes como Vos, que estáis dedicados a comprar en Manila y traer a la Nueva

España en los Galeones para revender a comerciantes como nosotros, por lo que en

esta ocasión los precios seguramente serán mucho más bajos al hacer las compras

directas en Manila”.

“Por supuesto, mi Señora, os daré a todos vosotros algunos ejemplos que espero puedan

daros una buena idea de lo que podemos encontrar en el Parían de Manila”:

“Una vajilla china de porcelana azul con blanco de trescientas veinticuatro piezas se

vende a cincuenta y seis pesos”.

“Una figura mediana tallada en marfil puede costaros sesenta pesos”.

“Una colcha de raso bordada con hilos de oro y plata vale veinticinco pesos”.

“Las alfombras persas de seda las podéis comprar en treinta y cinco pesos”,

“O bien, trescientos botones de cobre valen tres pesos y cien botones de cristal los

encontráis a un precio de un peso”,

“Espero que esta información os haya dado una idea de los precios que solemos

encontrar, aun cuando para obtenerlos hay que regatear previamente hablando en

Tagalo, ya que los comerciantes del Parían son muy astutos y hábiles para defender sus

precios.”

“Muchas gracias Don Alejandro por su respuesta”, dijo Doña Clotilde Evelia para a

continuación preguntar a Don Antonio:”

“¿Don Antonio, por todo lo que nos habéis explicado debemos entender entonces que el

dinero que aportaremos y especialmente el oro y la plata estarán seguros y a salvo ahora

mismo y en todo el viaje cruzando el océano?”.

“Así es Doña Clotilde Evelia, sin embargo adicionalmente y para asegurarnos al máximo

que nadie de la tripulación y militares del Galeón, como de los arrieros y personal que

está participando en el transporte con las recuas de mulas y mucho menos otras

personas tengan conocimiento de adonde se guardaran el oro y la plata que llevaremos,

solamente el Capitán del Galeón, Don Rodrigo Santos y Escobar, Don Hermenegildo

Ruiz Mejía, su hijo el Teniente Hernando Ruiz Castanedo y su servidor, conocemos la

forma en que se transportan las seis mil novecientas onzas de oro y en qué lugares

exactos del Galeón estará guardada la plata que por su volumen, viajará enfarada y

protegida en compartimientos ocultos de las cuernas del casco, lo cual es la mejor

forma de almacenarla y protegerla en el Galeón”.

“En cuanto al oro, lo único que por ahora os puedo decir es que hemos ideado un modo

muy especial y secreto para guardar y transportarlo en forma tal que difícilmente alguien

pueda darse cuenta o siquiera imaginar en qué sitio del Galeón estará viajando”.“

Don Florentino de Chavarría y López se acercó al frente para decir lo siguiente:

“Don Hermenegildo, Don Fernando, el Reverendo Don Pedro de la Concha y Don

Alejandro Maganda partirán esta misma noche para alcanzar en unos días más en algún

punto de la Sierra próximo a San Blas, a las Recuas de mulas que ya estarán en camino

llevando la carga a ser embarcada en el Galeón”.

“Solo esperamos vuestra anuencia y aportación para dar aviso a fin de que las Recuas

sean cargadas e inicien su camino hacia San Blas partiendo en dos grupos separados”.

“Un grupo tomará camino bajando desde Zacatecas con la Plata para encontrarse en las

proximidades de Guadalajara con el segundo grupo que saldrá desde los Altos cargando

el Oro y las mercancías. Desde ahí todos juntos bajo el mando de Don Jorge Ruiz

Castanedo, segundo hijo de Don Hermenegildo, seguirán remontando la Sierra Madre

para después descender de las montañas hasta el Puerto de San Blas Nayarit”.



“Don José María Mercado, Cura de Ahualulco y sus fuerzas insurgentes recién han

tomado la cercana ciudad de Tepic y ahora mismo tienen sitiado San Blas y están

negociando la rendición del Jefe de Puerto, Capitán de Fragata José Lavayen, quien

como vosotros os estaréis imaginando, es compañero y conocido de Don Antonio de

Sesma y Alencaster, lo que sin duda nos permitirá llevar adelante nuestro plan”.

“Finalmente deseo informar a todos vosotros que la fecha planeada para que el Galeón

de Nuestra Señora de Guadalupe zarpe del Puerto de San Blas de Nayarit es el próximo

día doce de Diciembre, que es precisamente el día en que celebramos a nuestra

Santísima Virgen de Guadalupe. El Galeón deberá estar llegando a Manila a fines del

mes de Marzo, para iniciar su retorno en el mes de Abril del próximo año, esperando

evitar en lo posible la temporada de contracorrientes y tormentas, debiendo de estar

tocando las costas americanas de la Alta California en los meses de Agosto o

Septiembre”.

“¿Damas y caballeros, decidme si estáis todos ustedes de acuerdo y aceptáis participar

sufragando con vuestra aportación proporcional los costes del viaje del Galeón de

Nuestra Santísima Virgen de Guadalupe a las Islas Filipinas, para traer a la Nueva

España el armamento que precisa el General Don José María Morelos, indispensable

para triunfar en su lucha por la autonomía y la independencia de la Nueva España?

Todos los presentes se pusieron de pie y en voz alta y con ademanes expresaron su

voluntad y consentimiento para seguir adelante.

“Ahora, por favor hacedme el honor de pasar a cenar al comedor y disfrutar de vuestra

compañía”.



OceanofPDF.com

CAPITULO V

Cruzando la Sierra Madre

El diario y pesado trabajo de arriar las mulas daba inicio una fría mañana del amanecer

del domingo nueve de Diciembre de 1810 al término de la misa celebrada por el Cura

Don Pedro de la Concha a las cinco de la mañana en un claro de las montañas de la

Sierra Madre.

Don Hermenegildo había escogido una ruta difícil, agreste y poco conocida para bajar a

San Blas a fin de evitar encontrarse con algún pelotón de las tropas Realistas que recién

hubiera abandonado el Puerto.

Dos mayordomos, diez hatajadores y veinte capataces a caballo apoyaban a noventa

arrieros a pie, afanándose para lograr que todas las mulas de la Recua se pusieran de

pié para iniciar el último día de su larga caminata rumbo a la costa del Océano Pacífico,

siguiendo el paso a la mula Madrina que iba al frente de cada Recua.

Los arrieros gritaban, corrían y daban voces entre los animales asegurándose que cada

uno estuviera en su lugar y fuera bien amarrado en las dos largas filas de cincuenta

mulas que formaban cada uno de los seis grupos de animales de la recua y de que los

pesados costales o huacales montados en su lomo, estuvieran bien asegurados y en

balance.

Por intervención de Don Hermenegildo Ruiz Mejía, los acompañaba un batallón de

cincuenta soldados fuertemente armados asignados personalmente por Don José

Antonio Torres, jefe del movimiento armado independiente de la Nueva Galicia

brindándoles protección en todo el camino hasta San Blas.

Estos Insurgentes una vez que el Galeón zarpase de San Blas se quedarían en ese

puerto a las órdenes del Comandante Insurgente Cura Don José María Mercado, quien

recientemente con su gente habían tomado pacíficamente San Blas y que precisaba

apoyo adicional para defenderse de nuevos intentos Realistas para recuperar ese plaza.

Los soldados Insurgentes se aseguraban de que todo y todos estuvieran en orden y sin

peligro, mientras tomaban sus posiciones de avanzada y retaguardia, en tanto que al

frente del contingente yá habían tomado camino el propio Don Hermenegildo Ruiz Mejía

y su hijo mayor, el Teniente Don Fernando Ruiz Castanedo, quienes apenas el día

anterior habían arribado cabalgando desde la Ciudad de México, junto con el Reverendo

Don Pedro de la Concha y con Don Florentino Maganda y Ramos, para unirse en aquel

punto de la Sierra al grupo de capataces, arrieros y guardias que bajo las órdenes de

Don Jorge Ruiz Castanedo, también hijo de Don Hermenegildo, llevaban las recuas de

mulas con los cargamentos a ser embarcados a partir del día siguiente en el Galeón de

Nuestra Señora de Guadalupe, que ya los esperaba anclado en el Puerto de San Blas

de Nayarit.

Desde que Don Hermenegildo tenía memoria, primero con su abuelo y con , su padre,

luego solo con su padre y ahora con sus dos hijos mayores, llevaba récuas de mulas

con carga por los caminos y veredas del Virreinato de la Nueva España.

Con ellos viajaban además un grupo grande de indios y mestizos que ayudaban a los

arrieros transportando en otros animales los bastimentos necesarios para alimentar y

guarecer a bestias, hombres y perros en aquellas jornadas de varias semanas que

tomaba cada viaje de ida y regreso, llevando y trayendo cargas de mercancías y

productos de un lugar a otro.

Maíz, frijol y otros productos del campo eran parte común de los cargamentos, además

de minerales y mercancías de todo tipo que transportaban en los llamados Caminos

Reales del Virreinato que unían a las principales ciudades, puertos y regiones

productoras de productos del campo y de la minería. Y en otras ocasiones por las

veredas y caminos que comunicaban a poblaciones más pequeñas, cruzando el campo

y serpenteando entre las montañas por los caminos de Herradura, que por sus

empinadas subidas y bajadas no siempre hacían fácil el uso de carretas tiradas por

burros o por bueyes, como sí era posible hacerlo en otras regiones más llanas, en tramos

cortos entre pueblos cercanos o en los Caminos de Herradura.

Sin embargo en esta ocasión, las recuas de Don Hermenegildo llevaban una carga muy

especial e importante para apoyar el triunfo de la guerra de Independencia. Los hombres

y recuas habían salido dos semanas antes de Zacatecas para pasar por Teocaltiche,

bajar a lo más profundo del cañón de Yahualica, continuar por un costado de San Juan

de los Lagos y pasar cercanos a Tepatitlán en dirección a Guadalajara, en donde se

unieron con el otro grupo de recuas que llevaba otra parte de la carga, para después

continuar como un solo grupo subiendo por la Sierra de Sombrerete, transitando por

estrechas veredas entre las montañas y cerros más altos, como son el Cerro Gordo y el

de la Trinidad y ya de bajada, dirigirse hacia la costa, deteniéndose un día en la montaña,

en donde permanecieron ocultos a la espera de la llegada de Don Hermenegildo,

confirmando también ese día al regreso de uno de sus hombres que habían enviado

adelantado a San Blas, las noticias de que el primero de Diciembre las tropas

Insurgentes del Cura Mercado habían logrado apoderarse del puerto y astillero de San

Blas de Nayarit, gracias a la rendición pacífica de la guarnición realista que lo defendía.

Desde el inicio de la Colonia, el transporte de bienes y mercancías entre ciudades se

realizaba mediante carretas tiradas por bueyes y por recuas de mulas que amarradas

una tras otra formaban largas hileras llevando a lomo costales de yute o huacales de

vara con su carga, dirigidas por los llamados “arrieros”.

En esos días, se distinguían varias rutas conocidas como Caminos Reales de la Nueva

España.

Todas partían desde la Capital del Virreinato hasta llegar a los puntos de mayor

importancia comercial, política y estratégica.

La llamada “Ruta de la Plata” se iniciaba en el pueblo de San Ángel, ubicado en las

cercanías de la Ciudad de México para terminar en la ciudad de Zacatecas, tocando

puntos intermedios importantes como eran las ciudades de Querétaro, Guanajuato,

Valladolid, Aguascalientes y Guadalajara, con acceso a las mayores explotaciones

mineras de la Nueva España.

El Camino Real a Veracruz fue el primero en construirse y con el Camino Real a

Acapulco, unían las costas del Golfo y del Atlántico con el océano Pacífico, permitiendo

que por doscientos cincuenta años floreciera el intercambio comercial de bienes y

productos entre Europa, América y Asia llevado a cabo por los Galeones de Manila en el

Pacífico y por la Flota Española en el Atlántico.

El Camino Real de Acapulco también tenía mucho movimiento como resultado de la

explotación minera de las vetas de plata de Taxco y de los embarques de mercancía

destinada o proveniente de los Galeones.

Otro Camino Real importante con más de seiscientas leguas de longitud fue el llamado

“De Tierra Adentro”. Era el más largo del Virreinato partiendo en dirección al Norte desde

la Ciudad de México hasta cruzar el Rio Bravo y desde ahí llegar a las poblaciones de

Albuquerque y Santa Fe en territorio de Nuevo México.

El sur de la Nueva España se comunicaba por otro Camino Real que llegaba a Oaxaca

y terminaba en la población de Audiencia, ciudad capital de la Capitanía General de

Guatemala.

El ultimo Camino Real en tomar preponderancia fue el Camino Real de Colima, que unía

Manzanillo con Guadalajara, cuya importancia radicaba en ser la vía para mover

minerales que llegaban de las nuevas explotaciones mineras de San Francisco en las

Californias, los que se traían por barco desde la Alta California hasta Manzanillo y de ahí

le llevaban en carretas hasta Guadalajara.

Las Recuas de mulas eran utilizadas para transportar volúmenes muy grandes de carga

de productos del campo como maíz, frijol y granos de arroz que se cultivaban en América

a partir de las semillas traídas de China por los Galeones de Manila en los siglos XVI y

XVII y que se llevaban por encomienda a diferentes ciudades del Virreinato.

Cuatrocientas o más mulas podían integrar una Recua, en adición a los caballos de los

arrieros y capataces, a los guardias o militares armados y a los muchos perros que

siempre les acompañaban en apoyo de la vigilancia.

Desde finales del siglo XVIII Don Hermenegildo, yá a cargo del negocio familiar de arreo,

expandió el alcance de sus recuas de transporte de carga que desde los Altos

inicialmente solo cubrían las poblaciones de la Provincia de Nueva Galicia, llegando

ahora hasta los ricos minerales de Zacatecas en el norte, a los puertos de San Blas y

Tepic en la costa del Océano Pacífico, a importantes y prosperas poblaciones del Bajío

en el centro de la Nueva España como eran Guanajuato, Valladolid, San Miguel y

Querétaro, a la Ciudad de México, capital del Virreinato, a la ciudad de Puebla y al

puerto de Veracruz.

La ciudad de Oaxaca en el sur de la Nueva España los cubría Don Hermenegildo en

sociedad de colaboración con Don Leonardo Bravo, quien junto con su hijo Nicolás

Bravo, que poco después abrazó la insurgencia, también se dedicaban al negocio del

arreo de recuas de transporte de mercancía desde su casa familiar en la Hacienda de

Chichihualco, cercana a la población de Tixtla. Acapulco, la Tierra Caliente y la Costa

Grande del litoral del Pacífico los atendía en colaboración con Don Roberto de Llano y

con Don Juan Pedro Guerrero, padre de Don Vicente Guerrero, quien también militó en

la guerra de Independencia.

En el puerto de Veracruz, se realizaba el mayor tráfico comercial entre la Nueva España

y la metrópoli Ibérica, recibiendo y enviando todo tipo de mercancías y abastos,

incluyendo las que llegaban del puerto de Acapulco, que todos los años recibía a los

Galeones de Manila procedentes de las Islas Filipinas.

Esas valiosas mercancías de gran demanda y aprecio, una vez desembarcadas en

Acapulco se transportaban a la Ciudad de México y a la ciudad de Puebla cruzando las

Sierras Madre Oriental y Occidental, para en su mayor parte ser llevadas al puerto de

Veracruz donde se embarcaban nuevamente con destino al puerto de Cádiz en España.

La mercancía que se quedaba en la Ciudad de México y en la ciudad de Puebla, era

adquirida por almaceneros locales que la vendían en los Parianes de ambas ciudades a

diferentes comerciantes y clientes del Virreinato.

A su vez, en sentido inverso, al puerto de Veracruz llegaban de Europa mercancías que

junto con ciertos productos específicos de la Nueva España como la Plata, el Oro y el

Café eran muy apreciadas y bien pagadas por los comerciantes y almaceneros chinos y

europeos que los adquirían en el Parián de Manila después de que habían sido

transportados en récuas de mulas de Veracruz a Acapulco y desde ahí, por los Galeones

hasta Manila.

Desde Puebla, Don Hermenegildo adicionalmente transportaba a la Ciudad de México

la yá muy preciada cerámica de Talavera poblana, así como cargas de trigo y harina de

excelente calidad que producían un gran número de molinos establecidos en las riberas

del río Atoyac, que también se exportaban desde Veracruz a las colonias españolas de

las Islas de las Antillas y a algunas ciudades de la Capitanía General de Guatemala.

Además de las mercaderías que llegaban a Veracruz desde España, como eran la

almendra de Castilla, el aceite de olivo y el aguardiente de Cataluña, de los propios

productos de la Nueva España y de los traídos de Oriente como las sedas y la canela de

China, la nuez moscada y la pimienta de Filipinas, era común el comercio con

mercancías de muchos otros lugares de América, incluyendo el azúcar y el algodón del

Perú, el cacao de Guayaquil y el añil de Guatemala.

Aquel día en su camino a San Blas, Fernando se mantenía cabalgando justo a su Padre

Hermenegildo para asegurarse de que no corrían ningún peligro y de presentarse algún

contratiempo, estar en posibilidad de protegerlo.

Su mente lo llevaba muy lejos, recordando los muchos viajes que ya había hecho junto

a su padre y hermanos llevando recuas por todo tipo de caminos y veredas de la Nueva

España, así como los largos trayectos navegando en los Galeones rumbo a las Filipinas

y al Perú, en los que había enfrentado tormentas y algún ataque de Piratas, además del

hambre y de las enfermedades provocadas por la falta de alimentos frescos y de agua

que sin piedad azotaban a la mayor parte de los tripulantes de los Galeones, habiendo

sigo testigo del triste fallecimiento de muchos de ellos.

Pero sobre todo, Fernando nó podía sacar de su mente la bella imagen llena de tristeza

del rostro de la niña Clara Luz, como él le decía a la hermosa muchacha filipina que

conoció en viajes anteriores a las Islas Filipinas y de la cual quedo profundamente

prendado.

Sin que pudiera olvidarla, hacia yá casi un año en que se despidió de Clara Luz para

embarcarse de nuevo en el contraviaje de retorno de las Islas Filipinas a la Nueva

España, al que le siguieron dos viajes al puerto del Callao en el Virreinato del Perú.

La posibilidad de regresar de nuevo a Manila para volver a verla lo entusiasmaba mucho,

además de la oportunidad extraordinaria de poder apoyar a su Padre, a sus amigos

Ignacio Allende y Juan Aldama y sobre todo a su Patria, en una aventura que a todas

luzes era muy peligrosa y arriesgada.

Al caer la noche empezó la lluvia por lo que buscaron un claro a la orilla del camino para

cubrirse y acampar. Cuando la lluvia escampó pudieron encender algunas fogatas y

antes de cenar se aseguraron que todos los animales y cargazón estaban a buen

resguardo para partir nuevamente al amanecer, esperando arribar a San Blas antes del

anocheecer.

Los caminos en la sierra son muy difíciles y Fernando frecuentemente debía desmontar

y ayudar a los arrieros y peones en los tramos difíciles de las subidas y bajadas en las

montañas y barrancas.

Con la lluvia el camino estaba lodoso y las mulas se resbalaban, llegando algunas a

desbarrancarse para caer hacia abajo dando tumbos entre los árboles, requiriendo que

todos los hombres trabajaran con cuerdas para levantarlas y llevarlas de nuevo hasta el

camino.

Finalmente llegaron a una alta colina próxima al Cerro de Basilio, desde donde pudieron

ver las cercanas edificaciones del Fuerte de la Contaduría y del Templo de la Virgen del

Rosario de San Blas, mientras más abajo se apreciaba la hermosa vista del Puerto y del

astillero en el que se veía la elegante figura del Galeón que los esperaba mostrando su

arboladura y banderas ondeando con la brisa del mar, todo ello en medio de una densa

vegetación que llegaba hasta las hermosas playas bordeadas por palmas a la orilla de

las azules aguas de la bahía.

De inmediato todos recobraron la energía apresurándose a bajar rumbo al astillero en un

clima húmedo y sofocante, rodeados de moscos y mariposas.

Motivados por aquella visión, no les importo que aún les faltara recorrer un buen trecho

en la sinuosa vereda, subiendo y bajando entre lomas y barrancos para esforzarse en

llevar su valiosa carga hasta el muelle del astillero y proceder al embarque de la misma

en el Galeón.

Dos horas más tarde llegaron a las inmediaciones del Fuerte con sus muros de piedra,

ventanas rectangulares y cañones de defensa colocados en lo alto. Poco después

pasaron frente a la Iglesia de la Virgen del Rosario, famosa por sus sonoras campanas

de bronce y por los medallones de piedra de su fachada con las imágenes del Rey Carlos

III y la Reina Josefa Amalia de Sajonia.

La imagen de la Virgen del Rosario era muy venerada por todos los marinos, quienes la

llamaban “La Marinera”, por lo que ahí se detuvieron brevemente para persignarse y dar

las gracias a la Virgen por haberles ayudado a llegar a San Blas..

En este último tramo del camino para llegar al Astillero, Fernando pudo apreciar muchas

bellas orquídeas que colgaban entre el espeso follaje, mientras a su alrededor volaban

coloridos pájaros, lo que lo hizo recordar los momentos inolvidables que había pasado

en las Filipinas cuando en el atrio de la Parroquia de la Virgen de la Candelaria en las

afueras de Manila, conoció por vez primera a la bella niña Clara Luz llevando en la mano

un ramo de bellas orquídeas que colocaría en el altar de la Virgen.



CAPITULO VI

Navegando rumbo a Oriente

La mañana del doce de Diciembre de 1810 la gente de Don Hermenegildo, la tripulación

del Galeón, los trabajadores del Astillero, muchos de los hombres de las tropas

Insurgentes del Cura José María Anacleto Mercado que once días antes habían tomado

San Blas y algunos pescadores locales terminaron con el trabajo de casi dos días

descargando las recuas y llevando la carga para su almacenaje en el interior de las

bodegas del Galeón.

Poco más tarde, al momento de escucharse las campanadas de la Iglesia de la Virgen

del Rosario marcando las doce del día, el Reverendo Don Pedro de la Concha los reunió

a todos en la explanada del muelle del astillero para celebrar la misa solemne de

conmemoración de la aparición de la Santísima Virgen de Guadalupe, la cual terminó

con la ceremonia de bautizo del Galeón con el nombre de “Nuestra Señora de

Guadalupe”.

De inmediato se rezó una Ave María y se dieron órdenes a la tripulación y pasajeros de

abordar el Galeón, tras lo cual los hombres en tierra soltaron las amarras que de

inmediato fueron recogidas por los tripulantes mientras el pesado navío se despegaba

lentamente del muelle del astillero para dirigirse a la boca de la bahía e iniciar su larga

derrota hasta las Islas Filipinas.

Pasados muchos días y sus noches, la noche del jueves catorce de Marzo de 1811, el

Teniente Don Fernando Ruíz Castanedo en el interior de su estrecho camarote en el

segundo puente del Galeón repasaba desde su mente, a manera de un monologo en

voz alta, l experiencias y pensamientos asociados a aquella aventura navegando a través

del Océano Pacífico rumbo a las Islas Filipinas, algunos de los cuales escribía en su

diario plasmando ahí el registro de sus recuerdos de esta aventura:

“Pensar que yó, Fernando Ruíz Castanedo estoy en estos momentos una vez más a

bordo de un Galeón navegando hacia el Oriente, con la diferencia de que en esta ocasión

nuestra misión es muy distinta y será verdaderamente importante para la causa

Insurgente que busca la autonomía e independencia de la Nueva España.”

“Aún recuerdo como si fuera ayer la voz del Capitán el pasado doce de diciembre

ordenando a la tripulación con voz fuerte: “Levad anclas”, y de cómo el Contramaestre

gritó a su vez: “Levad anclas”.

“A poco, el pesado buque cabeceó un poco por el empuje del oleaje que rompía en el

costado a babor del casco en el momento en que nuevamente se escuchó el grito del

Capitán”:

“Marineros: “Desplegad velas”, y el Segundo gritó “Desplegad Velas”, al tiempo que el

primer piloto giraba rápidamente la Caña del Timón para encauzar la proa del Galeón

moviéndose muy lento al principio para luego ir cobrando velocidad a medida que el

viento empujaba el pesado velamen y hacía gemir los aparejos y mástiles, enfilándose

hacia el canal de salida de la bahía en dirección a mar abierto, dejando atrás San Blas

de Nayarit del cual en ese momento solo alcancé a ver a la distancia las cimas de los

cerros de la Contaduría, del Vigía y del Borrego”.

“Zarpamos esa tarde después de celebrar la misa de la Virgen de Guadalupe. Apenas

levamos anclas y dejamos atrás la bahía para adentrarnos en la mar gruesa hicimos vela

rumbo al suroeste alejándonos de la costa para evitar ser vistos por algún navío de la

Marina Real o por cualquiera de los bucaneros y piratas que merodean la costa buscando

presas para atacar”.

Recostado en su angosta litera, el Teniente Don Fernando Ruiz Castanedo aún

recordaba saboreándose la celebración de la Navidad que tuvieron en el Galeón

mientras navegaban en la inmensidad del océano pacífico; celebración que culminó con

la Misa de Gallo oficiada a la media noche por el Padre Don Pedro de la Concha.

Fernando sonreía en ese momento de soledad en que solo lo acompañaba su diario,

recordando las deliciosas gambas que cenaron una semana después celebrando la

Noche Vieja con gran alegría de todos, cantando villancicos acompañados por la

pandereta que sacó uno de los Cadetes y por supuesto, brindando y festejando hasta el

instante en que todos escucharon el tañido de las tradicionales doce campanadas

tocadas por el Capitán Don Rodrigo de Santos y Escobar desde el Castillo de Popa,

para después retomar la celebración con mayor alegría hasta agotar las ultimas botellas

de vino que quedaban en el Galeón .

Esa noche al entrar Fernando a su camarote tomó su diario abriéndolo en la última página

que escribió justo antes de llegar a San Blas. Ahora ya habían cruzado todo el Océano

Pacífico y estaban muy próximos a arribar a las Islas Filipinas por lo que Fernando, que

por la misma emoción de la inminente llegada a Manila no tenía sueño, no quiso dejar

pasar la oportunidad de escribir sus vivencias, recuerdos y reflexiones de este singular

viaje.

“Las primeras ochocientas leguas las navegamos a lo largo del paralelo de los once

grados sur ayudados por las brisas boreales y el tiempo templado y en la tarde de ayer,

el Capitán Don Rodrigo de Santos y Escobar ordenó al Primer Piloto tomar rumbo al

norte hasta llegar al paralelo de los catorce grados sur, para con ello aprovechar los

vientos alisios del noroeste” continuó con su relato escrito Don Fernando .

“Días después de que zarpamos de San Blas, recuerdo que estaba en un breve descanso

después del rancho, parado en la cubierta a un lado del castillo de proa de cara a la

popa, mirando hacia el tope de los mástiles, recargado en la mesa de guarnición de

estribor para así mantenerme sin tropiezo al ritmo de los vaivenes de Galeón”.

“Desde ahí, entre el velamen y los aparejos pude entrever la insignia de la Nao, ondeando

en el Trinquete al tope del Palo Mayor. Es blanca con una bandera partida por medio con

dos puntos blancos con las armas del Rey de España, sin olvidar que en la popa al entrar

a puerto, habrá de izarse una bandera con la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe”.

“Al recibir la acometida del viento las velas transmiten su fuerza a la Arboladura y Jarcia,

y estas al Casco, impulsando hacia adelante a nuestra embarcación”.

“Durante todo el trayecto, marinos y grumetes han estado en actividad constante de día

y de noche, unos a cargo de las Velas Cuadras en los tres palos, otros manejando los

Foques en el Bauprés y unos más cubriendo la Vela Cangreja en el Palo de Mesana”.

“Al variar la dirección del viento o cuando se precisa un cambio de rumbo, desde el

punte el Capitán vá dando órdenes a la tripulación a un lado del Piloto que lleva la Caña

del Timón”:

“¡Arriad el foque!”, ordena el capitán . “¡Arriad el foque!”, repite el Contraмаestre.

“¡Cuidado con el bauprés!”, grita el capitán . “¡El bauprés!”, repite el Contraмаestre.

“¡Abatid el palo de mesana!”, grita el Capitán .

“¡El palo de mesana!”, repite el Contraмаestre .

“¡Orzad a estribor!”, grita el Capitán.

“¡Orzad a estribor!”, repite el Contraмаestre .

“Muchos días pasamos navegando casi en línea recta, hasta una mañana en que hemos

mandado velas al oeste, acercándonos ya en mar tranquilo a las islas del archipiélago

de las Marianas, también conocidas como “De los Ladrones”.

“También recuerdo aquel anochecer en que el sol se escondía tras las nubes en el

horizonte cuando el vigía en el tope del palo mayor nos señaló que ya se divisaba a lo

lejos la Isla de Guam”.

“El Capitán ordenó amainar la velocidad y mantenernos al paio a la espera de que los

vigías de la guarnición española destacada en Guam encendieran un fuego visible en la

cima de la montaña, para avisar si podíamos acercarnos o si había algún peligro de

piratas rondando en las cercanías”.

“A poco se encendió la señal de fuego y humo en la isla y lentamente nos acercamos

para soltar anclas y esperar el amanecer, en que botaríamos una barca con un emisario

y ocho de nuestros hombres de tropa para dirigirse a la costa, llevando como está

establecido para los galeones, la paga de los cuarenta hombres de la guarnición

española de la isla, así como agua dulce y comestibles, tales como tocino, carne seca,

aceite, vino, ropa y algo de municiones”.

“Al arribar a la isla de Guam, desde que zarpamos de San Blas de Nayarit recorrimos

mil novecientas leguas sin problema alguno. A partir del siguiente día, aprovechando el

viento fresco pasamos por las cercanías de la isla de La Rota, navegando con cautela

advertidos de los bajos fondos de San Bartolomé y de las islas de los Laparios y de

Villalobos”.

“Una semana después, el Galeón cambió su rumbo ligeramente al tocar el Cabo del

Espíritu Santo, habiendo entrado en ese punto al llamado Canal del Espíritu Santo, el

cual navegamos a lo largo de trescientas leguas para después enfilarse por el estrecho de

Capul rumbo a las islas Mastate y Búrias”.

“Esa noche en la conversación durante la cena el General Don Rodrigo de Santos y

Escobar, Capitán del Galeón, nos comentó que posiblemente estamos teniendo mucha

suerte de no haber encontrado hasta ahora piratas, quienes normalmente acechan a los

galeones en la ruta entre la isla de Guam y la bahía de Cavite”.

“Tal vez, mencionó Don Rodrigo, esto se deba a que nuestro Galeón está navegando

en fechas relativamente tempranas y a que la expectativa de los piratas para encontrar

y atacar navíos en esas aguas se inicia en tres o cuatro semanas más, además de que

no había ninguna noticia previa por parte del Gobierno Español de que nuestro Galeón

estuviera dirigiéndose a las Islas Filipinas”.

“A partir de que tocamos Guam, encontramos un número importante de islas en las que

la Corona Española ha establecido guarniciones y atalayas de vigilancia para advertir a

los navíos de la presencia de naves sospechosas. Los lugares en que la Corona tiene

estas guarniciones de vigilancia costera son la isla de Samal, las Catándulas, Rumfan,

Brilongo, Batán y Maríveles, esta última a la entrada de la bahía de Cavite”.

“Las señales de fuego y humo convenidas al acercarse a las guarniciones españolas en

las islas respetan un código estricto que debemos de seguir en cada ocasión. Una sola

señal de humo y fuego en la costa visible desde el Galeón es aviso de que todo está en

orden y no hay peligro”.

“Cuatro humos en la costa son señal de peligro y el Capitán del Galeón debe de enviar

a tierra un bote con un emisario para obtener mayores noticias”.

“De ser atacados en cualquiera de estas islas, de inmediato debemos poner a seguro el

oro y la plata, defendernos y tratar de dar aviso a Manila”.

“Finalmente en estos últimos días, navegamos el tramo final del viaje para llegar a la

bahía de Cavite”.

“Este recorrido de cien leguas más, inició al avistar la isla de Marindaque, pasando luego

frente a la costa de Calicaya, el estrecho de Mindoro y los bajos de Tuley para por último

entrar en la boca de la bahía de Cavite, frente a la ciudad de Manila”.

“Han sido casi dos mil trescientas leguas de navegación recorridas en ciento cuatro días,

todos ellos con buen viento, mar tranquilo y sin mayores problemas”.

“Mañana viernes quince de Marzo de 1811 estaremos fondeando en la bahía de Cavite

para de inmediato pasar las vistas y revisiones de las autoridades del Puerto y a partir

de ahí, en las siguientes semanas iniciar las negociaciones finales con las

congregaciones religiosas y con los mercaderes del Parián de Manila. Después

habremos de iniciar el desembarque de nuestras mercaderías y cargamentos y a

continuación proceder a realizar las compras pactadas de la pólvora, artillería, armas,

mercaderías y bastimentos para la tripulación que llevaremos en nuestro contraviaje a

la Nueva España”.

“Pronto vá a amanecer y empiezo a escuchar los graznidos de las gaviotas que volando

desde la costa llegan a posarse en los palos del velamen para esperar al igual que yó, la

salida del sol en ese primer día de los veinte o más que permaneceremos anclados en

el puerto Cavite y en la ciudad de Manila”.

“Los pensamientos se agolpan en mi cabeza y aun con los ojos abiertos, siento como si

estuviera soñando en medio de aquella mágica oscuridad cristalina y refrescante que

antecede al amanecer”.

“Me veo a punto de cumplir los dieciocho años cuando me presenté ante mi padre Don

Hermenegildo para informarle que al llegar a esa edad y una vez terminados mis estudios

elementales en la escuela del Convento en Nochistlán, mi mayor ilusión era la de ingresar

al Batallón de Dragones de la Reina en San Miguel el Grande”.

“Estáis loco Fernando, exclamo Don Hermenegildo”.

“Apenas sois un crío salido del cascarón y ya estáis pensando en abandonar a vuestra

familia, a vuestra madre que siempre se ha desvivido por todos nosotros y en especial

por vos, que sois nuestro primogénito.”

“Porque no pensáis primero en lo que os espera en nuestro negocio de comercio y

transporte con las recuas de mulas. Me he desvivido y trabajado por años lejos de

vosotros, recorriendo mil y un veredas y caminos arriando mulas y mercancía”.

“Daos cuenta que estas recuas, las tierras y lo que hemos logrado vuestra madre y yó

es para vosotros y sois vos Fernando, junto con vuestros hermanos los que deberéis

seguir con ello”.

“No en balde desde que cumplisteis los trece años empezasteis a acompañarme en estos

viajes de arreo, primero en las temporadas de descanso del colegio y después por

tiempos más largos”.

“Conocisteis el oficio, aprendisteis mucho y a poco llegasteis no solo a Guadalajara sino

también a la capital virreinal, a bellas ciudades en el Bajío y por primera vez habéis

conocido el mar que tanto os fascina”.

“Todo eso Fernando fue deliberado de mi parte, quien como vuestro Padre que soy pude

darme cuenta temprana de que vos tenéis don de mando y sabéis imponer vuestras

ideas y decisiones con liderazgo y disciplina.

Por ello vuestra madre y yo pensamos que debéis de uniros a la milicia aquí mismo en

Nochistlán, sin abandonar vuestra casa y a vuestra familia que somos nosotros y al

terminar ese compromiso, retornar al negocio”.

“Recordad Fernando como desde muy pequeño, tus amigos, primos y hermanos siempre

hacían lo que vos proponíais”.

“Es por eso Padre que quiero ser militar, además de que como ciudadano español del

Virreinato tengo esa obligación. No os dejaré, pero también desde muy pequeño siempre

soñé con serlo y creo que ha llegado el momento”.

“Vos y nuestra Madre siempre nos habéis dicho que debemos de respetar la voluntad

del Señor y no interponernos a sus designios. Yo os quiero mucho y entiendo lo que

decís, pero estoy seguro Padre que mis hermanos podrán apoyaros, porque a ellos eso

es lo que más les gusta y como yó, también desde niños participan en el negocio, saben

arriar mulas, llevar las cargas y disfrutan con alegría el andar recorriendo caminos, al

igual que usted Padre”.

“Creo que ellos salieron más a su merced y a vuestra familia y en mi caso, yo traigo la

sangre de la familia de nuestra Madre. Recuerde que mi abuelo fue militar”.

“Casi un año tardé en convencer a mi Padre y sobre todo a mi Madre, que aunque no

me lo mostraba, en su mirada veía su angustia y preocupación de saber que su

primogénito quería seguir los pasos del abuelo, recordando lo que ella sufrió cuando su

Padre murió en la sierra persiguiendo a los Indios Cazcanes que aun rechazaban el

domino de la Corona Española en sus tierras”.

“Finalmente mis Padres se resignaron y viajé a San Miguel el Grande para darme de

alta en el Cuerpo Provincial de Dragones de la Reina, que se había establecido en esa

ciudad”.

“Luego siguieron largos y difíciles meses de trabajo, aprendizaje y disciplina en el

regimiento, a las órdenes y tutela de los hoy Capitanes Juan Aldama e Ignacio Allende,

con quienes tuve la fortuna de formar una gran amistad”.

“Primero como Cadete y por los siguientes años, escalando diversos grados, como Cabo,

Sargento, Sargento Mayor y desde hace dos años como Teniente”.

“Recuerdo aquel día en que poco antes de partir hacia Acapulco para abordar el Galeón

de Nuestra Señora del Rosario, me reuní con mis Capitanes Juan Aldama e Ignacio

Allende para despedirme y agradecerles su apoyo y amistad ya que gracias a ellos recibí

la oportunidad de ser nombrado Teniente del Cuerpo de Granaderos por el Virrey José

de Iturrigaray , formando parte de las tripulaciones de los Galeones de Manila, iniciando

así una etapa maravillosa de navegación, conociendo otros lugares, países y personas

tanto en el Oriente como en las Américas”.

“Dejar el Cuartel de los Dragones de la Reina para embarcarme en los Galeones significó

apartarme de mi familia, de mis amigos y muy en especial de mis dos Capitanes,

habiendo estado en ello desde entonces, ajeno a las conversaciones, tertulias y veladas

que ambos Capitanes, quienes al igual que muchos súbditos novohispanos llevaban a

cabo para hablar de la preocupación generalizada por el declive del Reino Español, sin

olvidar la destitución del propio Virrey de la Nueva España, Don José de Iturrigaray, a

quien le debo mi nombramiento ocurrida en Septiembre de ese mismo año en la Ciudad

de México”.

“Con ellos comparto plenamente la idea de la defensa del llamado bien amado Rey Don

Fernando VII, de nuestra religión católica frente a la impiedad de los revolucionarios

franceses y del temor a la contaminación herética y religiosa de los ingleses”.

“Por todo aquello al desembarcar en Acapulco al regreso de mi último viaje al Perú decidí

quedarme en mi tierra para apoyar a mi Padre y a mis dos Capitanes, Don Ignacio

Allende y Don Juan Aldama. Fue precisamente Don Ignacio Allende quien propuso que

por mis antecedentes militares y navales, conocimientos, experiencia y como hombre

de su entera confianza, fuera yó quien colaborara con el Ejercito Insurgente del Sur

integrándome a la tripulación del Galeón de Nuestra Señora de Guadalupe como

Teniente a cargo de la guarnición del Cuerpo de Granaderos del Galeón, a las órdenes

del Capitán Don Rodrigo de Santos y Escobar, participando así en esta aventura

promovida y financiada por los conspiradores del Parián de la Ciudad de México y de la

Nueva Galicia, incluidos mi propio Padre y Don Antonio de Sesma y Alencaster, la cual

apenas inicia mientras escribo estas palabras”.

“Confío en mis hombres; en especial en los Sargentos de Infantería Andrés de la Garza

y Felipe de la Cruz Reyes y en el Cabo de Artillería Filemón Domínguez quienes tienen

a su cargo a los soldados, artilleros y tropa del Galeón bajo mi mando”.

“También me siento tranquilo de la lealtad del resto de la tripulación, cadetes y pasajeros

que nos acompañan, sin embargo estoy muy consciente del riesgo que corremos puesto

que a nuestro arribo a Manila las autoridades españolas y virreinales de la Filipinas

estarán en la creencia de que nuestro Galeón es solo una más de las Naos de la Corona

que con regularidad realizan viajes de comercio entre Manila y la Nueva España, por

cuenta y control absoluto de los gobiernos virreinales en ambos extremos de la ruta”.

“Los oficiales y tropa a mi cargo tienen asignadas ya sus tareas de vigilancia, escolta y

protección del Galeón tanto de día como de noche hasta nuestro arribo a la bahía de

Cavite”.

“Esperamos que aún no hayan llegado a las islas Filipinas las noticias de la Nueva

España o de España sobre la caída del puerto de San Blas de Nayarit a manos de las

tropas Insurgentes y sobre todo de que este Galeón de Nuestra Señora de Guadalupe,

que aun cuando navega ondeando la bandera e insignia Real de España, lleva a cabo

una misión secreta de apoyo y abastecimiento de armas y pertrechos para las tropas del

movimiento autonómico que libran feroces batallas contra los ejércitos Realistas en

buena parte de la Nueva España y que todos los que formamos parte de su tripulación,

por ello, somos parte de la conspiración secreta de los patriotas del Parián de la Ciudad

de México en apoyo a los ejércitos Insurgentes del Ejercito del Sur del Generalísimo

Morelos y de los insurrectos de la Nueva Galicia”.

“Desde que zarpamos de San Blas de Nayarit no puedo olvidar que muy pronto me

encontraré con la bella Clara Luz, a quien vi por primera vez en el Atrio de la Parroquia

y luego tuve la suerte de conocer en una comida que sus padres, Don Edgardo

Gantuánco de Briones y Doña Concepción Chapsón ofrecieron al Capitán Mario Luis

Aguirre y Bautista, quien comandaba en Galeón San José y me llevo consigo ese día”.

“El propósito de la invitación de Don Edgardo, comerciante filipino y padre de la bella

Clara Luz, era agradecer al Capitán del Galeón y a sus oficiales el transporte en ambos

sentidos de la ruta transoceánica de las mercancías de su propiedad”.

“Tengo una gran inquietud y preocupación por la gran posibilidad de que este sea mi

último viaje a Manila y no estoy dispuesto a dejar de ver a Clara Luz, a quien amo

profundamente y por ningún motivo abandonaré. Cuando partí de Manila la última vez,

Clara Luz me aseguró que también me ama con todo su corazón.

Estoy decidido a casarme con ella, que me acompañe de regreso a la Nueva España

para que allá formemos una familia”.

“La Tía de Clara Luz, Doña Soledad Chapsón, familiarmente llamada Tía Chóleng, me

explicó que la comunidad mestiza china de las Islas Filipinas a lo largo de los años se ha

castellanizado y convertido al catolicismo, pero aún siguen siendo una grupo muy

cerrado”.

“El problema se inicia en el hecho de que por causa de una ley de costumbre china, se

considera que todo aquel que abandona su tierra china de origen, deja de ser chino, ya

que al salir ya nó podrá rendir el debido homenaje filial a sus antepasados, por lo que

una vez establecidos en otras tierras tratan de no perder su identidad y mantener sus

costumbres cerrándose en lo posible a la integración o matrimonios con gente de otros

orígenes”.

“Entre los inmigrantes chinos que han llegado a las Filipinas en los últimos doscientos

años, y que en pocos casos se han ido mezclando con filipinos o con criollos y españoles,

uno de los grupos más integrados es el de las familias relacionadas con el comercio de

los Galeones de Acapulco, pertenecientes al gremio establecido en el Parián de Cavite,

quienes al tener que abrazar la religión católica adoptaron la terminación “co” en sus

apellidos, tales como Tánsingco o Tansiongco.

Por ello, el apellido de Clara Luz es Gantuánco, derivado del original chino Gántuan, aun

ando su abuela paterna era española, puesto que su abuelo que también era

comerciante fue uno de los pocos chinos que casó con una española. Ella era una viuda

de un marino español con quien llegó muy joven a Manila en uno de los Galeones que

arribaron al archipiélago a principios del siglo pasado, para que después de solo dos

meses de casados su esposo perdiera la vida en un ataque de piratas al Galeón en que

servía, dejándola en Manila, viuda sin hijos o familia y en la pobreza. Gracias a que

hablaba el castellano pudo entrar a trabajar al comercio chino del Paríán del hombre

que algunos años después sería su marido”.

“Sin embargo la comunidad china del Paríán no es la única en Filipinas. La Madre de

Clara Luz y su hermana Doña Soledad o tía Chóleng no son originarias de esa

hermandad comercial. Tienen un apellido derivado de los diez primeros números de la

tabla de contar china “fuquién-ua”, los cuales son más frecuentes entre chinos filipinos

que entre los mismos chinos de la tierra firme de China. Ellas se apellidan “Chapsón”

que proviene de “chap” que es el número diez chino”.

“El Parián de Cavite tiene la función de albergar los negocios de todos los comerciantes

chinos y filipinos de la ciudad de Manila y es también el sitio en donde los misioneros

españoles usualmente van a predicar y enseñar el catecismo a los hijos de los

mercaderes, aprovechando la presencia de un gran número de familias de inmigrantes

chinos dedicados al comercio de las mercaderías de los Galeones de Manila y ahí es

precisamente el lugar en el que Clara Luz dedica la mayor parte de su tiempo,

colaborando con las monjas de la Orden de las Madres Clarisas en su labor

evangelizadora y de ayuda a la gente más necesitada de la comunidad”.

“Apenas ponga pié en tierra firme, luego de que el Castellano del Puerto suba a bordo

para llevar a cabo las vistas de inspección de la carga y tonelaje del Galeón y de recibir

su autorización de desembarco, una vez confirmado que por nuestra parte todo está bien

y sin problemas o peligros, espero tener tiempo para pasar por la casa de la familia

Gantuánco, a fin de saludarles y conversar con Clara Luz, una vez terminada una visita

muy importante que Don Antonio de Sesma y Alcocer y Don Florentino Maganda harán

a Don Pedro Pérez de Tagle, Diputado Filipino ante las Cortes de Cádiz, acudiendo a su

casa situada intramuros en la ciudad de Manila, a la que me han pedido les acompañe”.

“Sin embargo mucho me temo que entre las vistas, tramites de la inspección del Galeón

y su carga, así como en la reunión prevista en casa de Don Pedro Pérez de Tagle se

nos vaya el día entero y no tenga oportunidad para encontrarme con mi Clara Luz ese

primer día en Manila”.



CAPITULO VII

El arribo a las Islas Filipinas

La Bahía de Cavite en la isla de Luzón, en la cual está asentada la ciudad de Manila,

sede del Gobierno de la Capitanía General de las Islas Filipinas luce muy tranquila y

silenciosa esta madrugada del viernes quince de marzo de 1811 en que el Galeón de

Nuestra Señora de Guadalupe arribó para anclar primeramente bajo la punta de

Maríveles, a la espera de la autorización por parte del Castellano del Puerto para

adelantarse al fondeadero de la bahía y de nuevo tirar anclas frente al muelle de la

población de Cavite.

La ciudad amurallada de Manila fue fundada por Don Miguel López de Legaspi en 1571

en la ribera meridional de la desembocadura del río Pasig en la isla de Luzón. Está

protegida por una muralla y por los Fuertes de la misma.

A intramuros de la ciudad están las calles, plazas y construcciones que albergan al

Palacio del Gobernador, la Catedral, Iglesias, conventos, colegios, hospitales y las

residencias de las familias españolas y criollas novohispanas y de algunas pocas familias

filipinas que mantienen el poder político, económico y eclesiástico en el archipiélago.

Poco después de tirar anclas, la autoridad del Puerto envió al encuentro del Galeón de

Nuestra Señora de Guadalupe una barca con veinte remeros indios filipinos y un

Sargento Mayor, para acercarse a la nave ya anclada, reconocerla desde afuera y

asegurarse de que no habría problema.

Por la borda del Galeón les fue lanzado un cabo que sirvió de guía para abitar un segundo

cabo con el que se les hicieron llegar el aviso formal de arribo del Galeón a Manila y la

solicitud de autorización para Don Rodrigo Santos Escobar, Capitán de la Nao,

permitiéndole entrar a la Bahía de Cavite.

Del Galeón se entregaron al Sargento Mayor dos cartas enviadas por Don Antonio de

Sesma y Alencaster para ser llevadas a tierra de inmediato, las cuales iban dirigidas a

Don Pedro Miguel Manuel Pérez de Tagle y Bermúdez, Marqués de Salinas y al Obispo

de Manila, Don Manuel Grijalbo, en las que Don Antonio les confirmaba su arribo y la

solicitud de reunirse con ellos a la mayor brevedad.

Una hora después se acercó una barca que amarró a un costado del Galeón para que

subiera a bordo un Oficial Real para entregar la autorización de arribo firmada por el

gobernador y dar instrucciones al contramaestre y al piloto de la Nave para proceder a

entrar a puerto y fondear en la bahía, pasando por el canal entre la Isla Mariveles y el

farallón del Fraile.

“Largad botes a estribor” gritó el contramaestre al tiempo que los marinos y grumetes

soltaban cabos para que dos botes bajaran por un costado del casco hasta posarse en

el agua, cada uno con dos marineros de pie asidos a las cuerdas que sostenían los botes

en su descenso.

“Lanzad escalas a estribor” ordenó seguidamente el contramaestre.

De inmediato otros dos grumetes soltaron desde la cubierta por el costado del casco del

Galeón tres escalas de cabos con travesaños de madera, llamadas “escalas de gato”,

las que al desenredarse rodando hacia abajo hasta llegar al agua quedaron colgando

por un costado del casco para ser fijadas a los botes en su otro extremo.

A cada bote primeramente bajaron ocho remeros que tomaron sus posiciones seguidos

por Don Antonio de Sesma y Alencaster, Don Florentino Maganda y Ramos, el

Reverendo Don Pedro de la Concha, el Sargento Andrés García de los Cobos, seis

soldados y el Teniente Don Fernando Ruiz Castanedo, quienes descendieron por las

escalas de gato para abordar los botes y dirigirse al muelle de Cavite, al tiempo que el

Capitán del Galeón, Don Rodrigo Santos y Escobar, sus oficiales y el Contador atendían

las diligencias de revisión del buque, cargazón y tripulación del Castellano por parte de

los representantes de la Capitanía del Puerto y de la Real Hacienda, a quienes conocían

de otros viajes y con quienes pudieron negociar una revisión superficial del Galeón sin

esforzarse mucho en los detalles y contenidos de la carga.

En la tarde de ese mismo viernes, al poner pié en el muelle de Cavite todos los visitantes

que habían desembarcado iniciaron el recorrido por el camino construido entre los

pantanales a orillas del río transportándose a bordo de tres carruajes tirados por caballos,

para luego cruzar la muralla por la Puerta de Banderas, muy próxima a la iglesia de San

Agustín, para finalmente entrar a la ciudad de Manila, no sin antes acreditar ante los

guardias de la Puerta su condición de súbditos españoles, ya que el acceso a intramuros

está muy restringido y controlado para personas de otros orígenes y castas, incluidos

aquellos de razas chinas, filipinas, orientales y negros.

El Teniente Don Fernando Ruiz Castanedo no dejaba de pensar:

“Estoy verdaderamente emocionado, ya que estamos a punto de iniciar la reunión más

importante y definitiva de toda esta aventura y de que aquí, al otro extremo del mundo

logremos cumplir las esperanzas de la conspiración de mi señor Padre y de los patriotas

novohispanos del Paríán, sin que por ello deje de pensar también en el hecho de que en

breve me reuniré con Clara Luz”.

El elegante y señorial palacete residencial de la familia de Don Pedro Miguel Manuel

Pérez de Tagle y Bermúdez, Marqués de Salinas, cabeza de esta familia criolla de origen

santanderino, está en una amplia calle empedrada en las cercanías del convento de San

José, rumbo a la Plaza Mayor de Manila.

El Marqués de Salinas es diputado por las Islas Filipinas ante las Cortes de Cádiz y uno

de sus dos hermanos menores es Don Ignacio Pérez de Tagle Blanco y Bermúdez,

Teniente del escuadrón de Caballería de los Húsares de Aguilar.

Ese mismo día los recién llegados tendrían su primera reunión en Manila, visitando al

Marqués de Salinas y a su familia, gracias a las buenas diligencias para llevar a cabo

esta reunión realizadas por parte de Don Vicente Pérez de Tagle Blanco y Bermúdez,

hermano menor del Marqués, quien reside en la Ciudad de México representando los

intereses comerciales de su familia en el Virreinato de la Nueva España y lleva una gran

amistad con Don Antonio de Sesma y Alencaster y con Don Florentino Quesada y López,

además de mantener una prospera relación de negocios con ellos.

La influencia en la sociedad, la economía y en la política del Marqués de Salinas y de su

familia en las islas Filipinas, en la Nueva España y en la propia metrópoli es indiscutible.

Su tío materno Don José Blanco y Bermúdez fue hasta el año pasado en que falleció,

Regidor perpetuo del Ayuntamiento de Manila, Capitán de Milicias de la Provincia de la

Laguna en Filipinas y uno de los proponentes de la creación de una Junta Gubernativa

en Manila en 1809.

Sus padrinos de bautismo fueron Don Miguel de Memije, alcalde ordinario del

Ayuntamiento de Manila y su esposa Doña Francisca Gómez de Soares.

Los lazos familiares del Marqués con la familia de Don Miguel de Memije se estrecharon

aún más, cuando Micaela Pérez de Tagle Blanco Bermúdez, hermana menor del

Marqués casó con Don José de Memije, hijo de Don Miguel de Memije, quien hoy día es

Regidor y Alguacil Mayor de Manila.

Don Fernando recordaría más tarde como al bajar del carruaje y cruzar el señorial portón

de madera para entrar a la frescura del amplio y elegante vestíbulo de aquella mansión,

por un momento se sintió en Sevilla, o tal vez en la ciudad de Puebla de los Ángeles.

Al llegar, el sargento García de los Cobos y los dos soldados que los acompañaban en

las carretas, entraron con los carruajes al sombreado patio lateral de la casa en donde

los esperarían mientras un criado filipino ayudaba a los visitantes a bajar de los carros y

a recibirles sus capas ofreciéndoles una fresca bebida de horchata de arroz al entrar a

la casa.

Una vez en el interior, los recién llegados estaban admirando los bellos óleos que

colgaban en los muros a ambos lados de aquel salón cuando una sonora voz se dirigió

a ellos:

“Sed bienvenidos a vuestra casa caballeros, es un honor recibirlos”.

“Permitidme que me presente ante vosotros: mi nombre es Pedro Miguel Manuel Pérez

de Tagle y Bermúdez y entiendo que traéis consigo una carta que me envía mi hermano

Vicente, quien con anterioridad me ha puesto al tanto de la buena amistad que algunos

de vosotros mantenéis con él en la Nueva España. También está aquí mi otro hermano,

el Teniente de Caballería Don Ignacio Pérez de Tagle Blanco y Bermúdez para compartir

esta velada con vosotros”.

A estas palabras respondió Don Antonio de Sesma y Alencaster:

“Distinguido señor Marqués, mi nombre es Antonio de Sesma y Alencaster y me

acompañan el Reverendo Don Pedro de la Concha, Don Florentino Maganda y Ramos y

el Teniente Fernando Ruíz Castanedo”.

“Agradeciendo a nombre de todos nosotros y de vuestro hermano Don Vicente vuestra

gentileza y amabilidad al recibirnos y atendernos, permitidme haceros entrega de la

misiva que por mi conducto os envía vuestro hermano quien como vuestra merced bien

ha dicho, nos honra con su amistad desde hace ya un buen tiempo”.

Antes de abrir el sobre lacrado que recién le entrego Don Antonio, el Marqués de Salinas

indicó a los visitantes que tomaran asiento en los cómodos sillones de aquella sala, en

tanto que él a su vez se sentaba en uno que parecía ser su favorito.

Por algunos eternos minutos reinó un profundo silencio en el que se podían escuchar la

respiración de los visitantes y el canto de los pájaros detrás de los ventanales que veían

al hermoso patio de al lado.

El Marqués regresó su atención a una hoja previa de la carta para de nuevo leer en dos

ocasiones algún párrafo. Luego dobló la carta y se dirigió a todos enderezando el cuerpo:

“Por lo que he leído me queda claro que el motivo de vuestra visita es obtener las

condiciones adecuadas para formalizar la venta, descarga del Galeón y entrega a los

adquirientes de las mercancías y cargamento que habéis traído a bordo, para en la

misma forma, procurar, recibir, embarcar y partir en el contraviaje con ciertas

mercaderías y efectos que precisáis llevar en vuestro retorno a la Nueva España”.

“También entiendo que hay otro asunto adicional que os trae y que es muy serio e

importante, por lo que espero con sinceridad que podamos ser de alguna ayuda en

vuestra visita a Manila y en el contraviaje a la Nueva España”, comentó el Marques de

Salinas para después hacer una pregunta mirando a los ojos de los recién llegados:

“Don Antonio y caballeros aquí presentes, por favor decidme si estoy entendiendo

correctamente los cuatro puntos en que vosotros precisáis de asistencia por nuestra

parte y que a mi parecer son los siguientes”:

“Primer asunto: En el galeón traéis una cantidad importante de oro y plata que deberá

trasladarse al Convento de los Monjes Agustinos de San José, lo cual ya está convenido

con los superiores de la Orden a quienes les serán entregados esos valores por el

Reverendo Don Pedro de la Concha aquí presente.

Para ello lo único que requerís de nuestra parte es que os apoyemos con la custodia de

esos bienes durante su traslado de la Nao al Convento.”

“Segundo asunto: En una bodega de la Alcaicería o Parián de Cavite ya se encuentran

almacenados doscientos ochenta toneles de pólvora, que en la parte superior están

llenos con una capa de uno o más de lo siguientes artículos: fierro, estaño, especies

como clavo de olor, pimienta y canela, cera, figuras religiosas talladas en marfil,

piedras de jade y ámbar, nácar y conchas de madreperla. Cada tonel está cerrado,

lacrado y registrado con esos contenidos, por lo que en caso de que alguno de ellos

sea abierto para revisión de aduana, tanto a la salida de Cavite como a su llegada a

Acapulco, el contenido visible del tonel estará en consistencia con el registro que lo

ampara”.

“Para transportar estos toneles hasta el muelle de Cavite vais a necesitar nuestra ayuda,

en adición a que os apoyemos con protección militar durante ese traslado.”

“Tercer asunto: En el mismo Convento de San José gestionaréis la entrega de cuarenta

cañones que en dos semanas más serán llevados hasta el Galeón, porteados por juncos

chinos que se engarzaran al casco durante la noche, para que sean izados a bordo”.

“Previamente a la entrega de los cañones, a partir del día de mañana y por las próximas

dos semanas, un grupo de veinte carpinteros chinos del astillero de Luzón subirán a

bordo para abrir y preparar a lo largo del interior del primer puente y a ambos costados

del casco de la Nave, portillos y escotas, fijando en el piso de esa cubierta los soportes

y puntales asegurados al maderaje para sostener cada uno de los cañones”.

“Quiero pensar que el único propósito de esta artillería complementaria es brindar

protección adicional contra ataques de piratas y filibusteros en su derrotero de vuelta a

las Américas”, agregó Don Pedro Miguel Manuel

“Cuarto asunto: En una semana más, dos juncos chinos llegarán a Cavite procedentes

de la China, para ser amarrados por la noche al Galeón. De ellos descargarán un

cargamento de armas y municiones que serán estibados en la Nave y que oficialmente

vosotros lleváis para su venta posterior a los almaceneros del Puerto del Callao en la

provincia del Perú, por cuenta de unos comerciantes Filipinos del Parián de Cavite”.

“Para todas estas tareas, es decir, el traslado del oro y la plata hasta el Convento de San

José, el traslado y embarque de los toneles desde la bodega del Parián hasta el Galeón,

el traslado y entrega de las piezas de artillería, su embarque y colocación en la nave,

así como el embarque de las armas que proveerán los chinos de los juncos, lo único que

precisáis por nuestra parte son dos cosas: Apoyo con carretas para transporte de los

toneles y un batallón en tierra firme para la debida custodia y seguridad en cada una de

dichas actividades”.

Don Antonio de Sesma y Alcocer confirmó al Marqués que efectivamente esos eran los

temas y los apoyos requeridos, agradeciendo nuevamente el que hayan tenido la

oportunidad de visitarle y plantearle las ayudas que precisaban.

También comentó Don Antonio que en adición a los bienes mencionados en el Galeón

de Nuestra Señora de Guadalupe traían a Manila para su comercialización en al Parián

una muy buena cantidad de mercancías procedentes de España, de la Nueva España,

de América de Sur y de las islas del Mar Caribe, las que serían vendidas en forma

habitual a diferentes comerciantes filipinos y chinos del Parían mediante los contactos

comerciales de Don Alejandro Maganda, para lo cual no precisaban ningún apoyo

adicional por parte del Marques y de su hermano el Teniente Don Ignacio.

El Marqués se puso de pié y frotándose las manos se dirigió a todos con la mirada fija

en Don Antonio:

“Caballeros, en esta Capitanía General de la Filipinas estamos al tanto de la lucha

autonómica que se libra en la Nueva España y voy a ser muy sincero con vosotros”.

“Compartimos vuestras ideas autonómicas a cabalidad, pero de ninguna forma

pensamos que la lucha armada contra los Franceses es una solución para las Filipinas.

No penséis que somos inocentes y no adivinamos en buena medida vuestras intenciones

y propósitos”.

“Esta mañana apenas me he enterado de vuestra llegada y visita, me reuní con el señor

Gobernador Don Manuel González Aguilar y con el Señor Obispo de Filipinas, su

excelencia Don Manuel Grijalbo, quienes me expresaron su acuerdo con mi opinión y su

aceptación de las decisiones que estamos tomando al respecto.”

“La razón es muy simple: A diferencia de la Nueva España y de otras colonias

americanas, en nuestras islas la población española y criolla española o novohispana es

muy escasa comparada con el número de pobladores indios filipinos y chinos que viven

aquí”.

“Para mantener el control político, económico, militar, social y religioso nosotros y

nuestras familias necesitamos de las tropas reales españolas y de los recursos

económicos del Reino para seguir construyendo y manteniendo fortalezas y tropas que

nos protejan aquí en Manila y en las otras islas y ciudades del archipiélago, tanto de los

habitantes filipinos y chinos, como de otras naciones que ven con envidia el posicionamiento estratégico que el Reino Español ha logrado en el Oriente al establecer

esta Capitanía General en las Islas Filipinas”.

“También requerimos de la presencia de las congregaciones religiosas, para que con su

labor logren que toda nuestra población mestiza e indígena sea convertida y catequizada

en nuestra religión católica, como se ha estado haciendo al amparo y bendición de

Nuestra Señora María de Guadalupe y del Santo Niño de Cebú, que como bien sabéis

ambos son muy venerados en estas Islas”.

“Si el día de hoy en las Islas Filipinas dejáramos de recibir los importantes apoyos

económicos, comerciales, militares y de otros tipos que nos brinda el Reino Español,

estaríamos perdidos y no podríamos subsistir como una colonia o un país autónomo o

independiente, como claramente si es posible que suceda con la Nueva España”.

“Vosotros señores, como Virreinato aportáis riqueza al Reino de España y nosotros por

el contrario necesitamos de los recursos y riqueza que vienen de España y de sus

colonias para seguir existiendo como nación y es por ello, por lo que yó en lo personal

estoy totalmente comprometido con las ideas que se están promoviendo en forma

pacífica en el marco de las Cortes de Cádiz, en las que tengo la honra de participar

como diputado de esta Capitanía General”.

“Estamos al tanto de las dificultades y abusos que vosotros estáis sufriendo por parte de

los gobiernos de la Metrópoli, muchos de los cuales nó son de ahora, como es el caso

de la expulsión y exilio forzoso de los seiscientos setenta Jesuitas que en 1767 había en

la Nueva España, generando desde entonces tumultos en muchas ciudades del

Virreinato los cuales fueron acallados con represalias, ahorcamientos, exilios y multas a

esas poblaciones”.

“Efectivamente Señor Marqués”, intervino don Antonio de Sesma y Alencaster.

“Entre otras ciudades Guanajuato fue multada por su defensa a los Jesuitas y ese

castigo solo se levantó hasta el pasado mes de Septiembre de 1810 ante el ataque

Insurgente a esa ciudad, sin olvidar que todas las autoridades de la totalidad de las

provincias del Virreinato han estado obligadas a exigir a la población los llamados

“prestamos forzosos” para apoyar las guerras de la Corona.

Declaró el Virrey Iturrigaray que a partir del año 1800 a la fecha, la Nueva España ha

enviado a España más de veinticinco millones de pesos de plata”.

“Con deciros que hasta el propio Cura de Dolores, Don Miguel Hidalgo y Costilla estuvo

a punto de que su Hacienda de Santa Rosa Jaripeo fuera subastada por las autoridades

para exigir el cumplimiento del Decreto de Consolidación de Vales Reales del veinticuatro

de Diciembre de 1804, que obligaba al Padre Hidalgo a pagar de inmediato al gobierno

el importe total de los adeudos por préstamos que tenían con la Curia de Dolores muchos

comerciantes y hacendados de la región”.

“Sin embargo excelentísimo señor Marqués, lo que más nos ha afectado y motivado

como sociedad es el cambio que el Reino de España está haciendo en su trato hacia la

Nueva España y nosotros sus habitantes”.

“Desde 1523 la Nueva España fue considerado como un Reino español integrado a la

Corona de Castilla y ahora se promueve un cambio del trato bajo el argumento de que

la Nueva España y sus habitantes somos una “Colonia”, lo que implica que ya no

seamos considerados como ciudadanos españoles.

Este es un agravio que ha creado un gran resentimiento entre todos nosotros y no

estamos dispuestos a perder nuestros derechos, tal cual han sido plenamente

confirmados y garantizados por los acuerdos de las Cortes de Cádiz, en los que vuestra

excelencia ha participado”.

“Estamos conscientes de esos abusos Don Antonio y entendemos vuestra situación”,

respondió el Marqués para proseguir dirigiéndose a los visitantes.

“En esta Capitanía General de las Islas Filipinas estamos a expensas de las decisiones

y apoyos que nos brinda en Reino de España y por desgracia, y lo repito claramente a

todos vosotros, por desgracia no podemos darnos el lujo de ser independientes o

autónomos.

Si el Rey es José Bonaparte o es Fernando VII, pues nos guste o no, nos necesita y

nosotros lo necesitamos a él para subsistir”.

“La guerra de Independencia en España, que inició hace muchos meses sigue muy

intensa, con victorias y derrotas de los dos bandos en diferentes puntos de la península

Ibérica y las ultimas noticias que tenemos son de que los Franceses están reforzando

sus tropas para invadir Portugal, lo cual posiblemente ya esté sucediendo ahora mismo”.

“Actúan así porque estando la costa y puertos Portugueses en sus manos le quitarían a

la flota inglesa del Almirante Nelson, que son los aliados de los auténticos Españoles,

las posibilidades de desembarcar sus tropas sin problemas en la península y estarán en

posición de ventaja para repeler los ataques de la Armada Británica”.

“Señores, si mediante la lucha independentista en España, algún día se logra que Don

Fernando VII recupere el trono, pues tanto mejor, pero nosotros no tenemos posibilidad

de cambiar las cosas en estas islas”.

¿Me habéis entendido?, preguntó el Marqués .

Los oyentes intercambiaron discretas miradas entre ellos pero ninguno intentó hacer

comentarios.

“Así pues, gracias a la solicitud de mi hermano Don Vicente Pérez de Tagle Blanco y

Bermúdez y mediante la gestión de mi hermano Ignacio aquí presente, vosotros tendréis

por única ocasión los apoyos que ya comentamos, pero estad ciertos que a ninguno de

nosotros nos interesa en absoluto participar, estar involucrados o si acaso estar al tanto

de los motivos, propósitos y destino de toda vuestra carga, mercancía, recursos y

acciones”.

“Solo espero y confié en vuestra absoluta discreción y en que ambos tenientes, Don

Fernando Ruiz Castanedo y mi hermano el Teniente Ignacio Pérez y Tagle se pongan

de acuerdo para llevar a cabo las actividades de resguardo que hemos convenido, con

la participación del regimiento de tropas bajo su mando”.

“Como bien comprendéis, en adición a la reserva absoluta que todos debemos mantener,

es posible que cuando consideremos que sea lo más conveniente, algunas de nuestras

actividades sean llevadas a cabo por las noches”.

“Antes de terminar y de agradecer vuestra visita, quiero compartiros mi preocupación por

el peligro que representan los piratas que acechan en las costas de las islas del Japón y

que están a la caza de todas aquellas naves que navegan por sus aguas y que parten

de las Filipinas navegando en dirección al norte a fin de buscar la corriente de Kuro Shivo

y los vientos alisios que los ayuden a cruzar el océano más rápido en su ruta a las costas

americanas”.

“Tenemos noticias de fiar por parte de marinos y amigos del Parián de Cavite en el

sentido de que para esta temporada se espera que estén muy activos los piratas ingleses

y holandeses a la caza de los Galeones para atacarles a su paso por las Islas Molucas”.

“Por lo anterior os insto a aseguraros que vuestro Capitán al mando del Galeón, al zarpar

de Cavite en el contraviaje siga la ruta más segura dirigiéndose primeramente hacia el

sureste hasta los once grados, para subir luego a los veintidós y de allí a los diez y siete

y que en esa forma podáis aprovechar al máximo los primeros vientos del monzón y con

ello evitar en lo posible a los piratas que de seguro os estarán asechando”.

“Como estaréis partiendo un mes más temprano que de costumbre, no creemos que

encontréis vientos y corrientes a favor muy constantes, lo que podrá afectaros al tener

que navegar más lento y por más tiempo del esperado, provocando problemas de abasto

de agua, avituallamiento y enfermedades”.

“En esa forma arribareis a las costas americanas a la altura de cabo Mendocino, el cual

está más al sur de los puntos de arribo tradicionales de las Misiones de la Alta

California. Una vez que avistéis la costa de la Alta California podréis navegar

costeando en dirección al sur hasta arribar a Acapulco”.

“En cualquier caso, tomad provisiones extraordinarias para proteger vuestro Galeón,

vuestras mercancías y vuestras vidas ante un posible ataque pirata, puesto que cuando

vosotros partáis de aquí, ellos ya estarán al tanto de que lleváis mercancía y bienes

por valor de muchos de miles de pesos”.

“Buenas noches caballeros y espero sinceramente que tengáis un buen retorno a vuestra

tierra”, fueron las palabras de cierre del Marques al término de aquella visita.

Empezaba a caer la noche cuando los visitantes salieron de la casa del Marqués de

Salinas para abordar los carruajes que los llevarían nuevamente al muelle para regresar

al Galeón.

La jornada había sido tensa pero al final, tal como anticipó previamente su hermano en

la Ciudad de México, el Marqués de Salinas estaría ayudándolos con todos sus recursos

e influencias, aun cuando hacia afuera y delante de todo el mundo, incluida su familia y

los visitantes, su postura era y siempre sería neutral, muy conservadora y cautelosa.

Al despedirse en el portón de la casa el otro hermano del Marques, el Teniente Ignacio

Pérez y Tagle, tomó del brazo al Teniente Fernando Ruiz Castanedo y le dijo:

“¿Fernando, que os parece si me acompañáis a cenar algo a una taberna cercana y

aprovechamos para empezar a ponernos de acuerdo en las acciones que debemos de

iniciar mañana mismo?”

“Por supuesto Don Ignacio, con gusto os acompaño” , le respondió Fernando.

“Os suplico que no me llaméis Don Ignacio, que somos los más jóvenes de este grupo y

además, me da la impresión que seremos nosotros dos los que verdaderamente

tendremos el encargo y responsabilidad de que todo esto salga bien, ¿no lo creéis así,

Fernando?”

Las calles embaldosadas de Manila tenían ya poca gente cuando entraron a la taberna.

De inmediato el hostelero y algunos parroquianos saludaron a Ignacio, quien tomó la

delantera y fue a sentarse en una mesa pequeña situada en un rincón al fondo del salón

y algo aislada del resto.

“Caballeros, ¿Qué vais a ordenar esta noche?”, preguntó el hostelero.

“Traednos dos vasos de vino y un lechón de ese que tanto me gusta” se adelantó a

responder Ignacio, antes de que Fernando pudiera siquiera abrir la boca.”

“Disculpadme Fernando que me anticipé a ordenar el lechón, pero me imagino que estáis

cansado de la jornada y queréis llegar a vuestro camarote para descansar y estar listo

mañana al alba para nuestro primer viaje al Convento de San José”.

“Después de más de tres meses navegando sin probar otra carne que no fuera

conservada en salmuera, no vais a despreciar el saborear un buen plato de lechón, que

por cierto aquí lo cocinan muy especial, ya que el cocinero que es chino le pone unas

especies que le dan un sabor delicioso. Probadlo y ya me diréis si tengo o no razón”

“*Salud Ignacio*”, dijo Fernando levantando el vaso de vino mientras le presentaban aquel

plato de lechón que recordaría toda la vida.

Poco hablaron aquella noche de los planes para los siguientes días, salvo que quedaron

de verse en el muelle de Cavite al día siguiente a las seis de la mañana para empezar

su faena.

Eso sí, conversaron de sus viajes a las Europas y a la Nueva España, de su afición por

los caballos, de su vocación militar y de los planes de Don Ignacio para contraer

matrimonio en tres meses más con una moza de nombre Rosa María Ferrer Arias y

Trujillo, también de familia criolla novohispana radicada en Manila, cuyos padres eran

excelentes amigos de su familia y por supuesto de su hermano mayor, el Marqués de

Salinas.

“Ella es muy bella y actualmente está tomando clases de pintura y de piano, que son

cosas que le gustan mucho” dijo Ignacio .

Seguidamente Ignacio le preguntó a Fernando por su vida, por su familia, sus viajes

previos a las Filipinas navegando en los Galeones y como era que estaba en esta

oportunidad con una misión que daba la impresión de ser muy diferente a las anteriores.

“La verdad Ignacio es que yo nací y me crié en la sierra, en el campo y en los caminos.

Siempre quise ser militar en el cuerpo de los Dragones de la Reina, sin embargo cuando

conocí y navegué en el mar por primera vez, me di cuenta que eso era lo que

verdaderamente me hace sentir bien.

Gracias a Dios que pude combinar ambas cosas y fui asignado como teniente de la

guarnición del Galeón, pudiendo viajar y conocer estas islas y muchos otros puertos y

lugares de las Américas y algunos de estas islas”.

“Seguramente habéis dejado muchos amores, amigo Fernando”, dijo Ignacio riéndose .

“En cada puerto un amor... Ja, Ja, Ja”

“Pues os confieso que no ha habido mucho de ello, pero lo que hay y vaya que lo hay,

me ha resultado maravilloso. Y es acá mismo, precisamente en Manila adonde he

encontrado el amor,” le respondió a Ignacio.

“Estáis hablando en serio Fernando,

¿Decidme, como es que habéis navegado miles de leguas y corrido mil peligros para

encontrar a vuestra enamorada en esta islas?”.

“¿Puedo saber quién es la doncella de vuestros sueños?”.



“Por favor, amigo Ignacio, no creo que vos la conozcáis, puesto que es de familia mestiza

española y china con varias generaciones nacidas en Filipinas y no vive intramuros sino

en las cercanías del Parián de Cavite. Sus padres son comerciantes y ella participa

mucho en las obras y actividades de caridad y catequesis de las Monjas del Convento

de Santa Clara, aquí en Manila”.

“Tiene diez y ocho años y se llama Clara Luz Guantáco”.

“Pues sí que sé quién es ella y quiénes son sus padres porque los conozco”
respondió

con entusiasmo Ignacio.

“Don Edgardo Guantáco es uno de los mayores comerciantes de la Alcaicería y junto

con su esposa Concepción, madre de Clara Luz, hacen muchas obras de caridad para

beneficio de su comunidad en Cavite”.

“De hecho les conocí hace seis años, en 1805 cuando llegó a Manila procedente de la

Nueva España el doctor español Don Francisco Javier Balmis con el encargo de su

Majestad Carlos IV de llevar a todas las colonias de América y Oriente la nueva vacuna

contra la viruela y así detener o al menos paliar en lo posible el avance de esa terrible

enfermedad que estaba acabando con pueblos enteros”.



OceanofPDF.com

CAPITULO VIII

Los niños de la Viruela

Continuando con la conversación, Don Ignacio le contó a Don Fernando la curiosa

historia de por qué razón y como es que hacia algunos años habían llegado un grupo

muy especial de niños novohispanos a las islas filipinas:

“El médico Don Francisco Javier Balmis partió de España llevando la vacuna de la viruela

en un derrotero hacia diferentes puntos de las Colonias de América como Veracruz,

Yucatán, Caracas y Lima, para después continuar navegando hasta estas islas,

habiéndose tomado poco más de dos años para lograrlo”.

“La vacuna de la viruela puede ser muy buena si se administra a los pocos días de haber

sido preparada y fácilmente pierde su efectividad en poco tiempo, por lo que transportarla

a grandes distancias, navegando por semanas y meses parecía algo imposible de

lograrse”.

“Para resolver ese desafío, el Doctor Don Francisco Javier Balmis ideó y probó un plan

muy novedoso que propuso a la Junta de Cirujanos de Cámara de su Majestad, quienes

al ver los resultados solicitaron la aprobación del Monarca, asignando de inmediato los

fondos para que el Doctor Balmis iniciara un viaje para dar la vuelta al mundo llevando y

distribuyendo la vacuna a un número muy amplio de poblaciones bajo la Corona

Española, en las que se pudieron vacunar miles de niños”.

“Y prestad atención Fernando, porque lo que descubrió el Doctor Don Francisco Balmis

es increíble. Resulta que si la vacuna se inocular a un niño sano, éste queda protegido y

si antes de que pase una semana el médico toma una muestra de sangre a ese mismo

niño que fue vacunado y con ella se inocular a otro niño sano que no haya sido vacunado

nunca, este segundo niño queda protegido con la vacuna activa y a su vez puede dar

una muestra de su sangre una semana después a un tercer niño sano que también

quedará vacunado, formándose así una cadena entre todos esos niños, que van siendo

inoculados consecutivamente semana tras semana”.

“Así fue como Don Francisco Balmis llevó la vacuna activa de Europa a las Américas, de

ahí a las Filipinas y de aquí a África, hasta terminar la vuelta al mundo, manteniendo viva

una cadena de niños sanos que se iban inoculando cada semana”.

“Lograr la supervivencia de la vacuna de la viruela no fue nada fácil ya que el Doctor

Balmis necesitó de llevar a bordo en cada tramo del viaje entre continentes a un grupo

de por lo menos cincuenta niños sanos que durante el viaje fueron siendo inoculados

sucesivamente en grupos de dos o tres cada semana con el virus extraído de las pústulas

de los vacunados en las semanas previas, hasta llegar a las ciudades en las que

reproducía la vacuna en grandes cantidades para vacunar un número mucho mayor de

niños que vivieran ahí y en esa forma continuar la cadena con niños en cada uno de los

diferentes puertos a los que arribaba el navío en que viajaban el Doctor Balmis y sus

asistentes”.

“Después estar en cada puerto por un tiempo, vacunando niños para protegerlos y crear

nuevas cadenas que llevaran la vacuna tierra adentro, el Doctor Balmis escogía un nuevo

grupo de niños sanos de esa ciudad que aún no habían sido vacunados e iniciaba el viaje

del siguiente tramo llevándolos a bordo hasta llegar a su siguiente escala, ayudando así

a detener el avance de la epidemia de la Viruela”.

“Es triste saber que esos niños en su mayoría provenían de hospicios de las órdenes

religiosas, de familias muy pobres o de esclavos que recibían una ayuda de algunos

pesos de plata, pero gracias a ellos se salvaron miles de vidas de esos y muchos otros

niños que ya no fueron víctimas de la viruela”

“El Doctor Don Francisco Balmis arribó a Manila el día quince de Abril de 1805 con

veintiocho niños novohispanos a bordo, de los cuales cuatro enfermaron y debieron de

quedarse en Manila para recuperarse una vez que el Doctor Balmis partió el archipiélago

con el resto de los niños”.

“De esos cuatro niños, dos murieron y dos más mejoraron y están sanos, habiendo

quedado al cargo y cuidado de las monjas Clarisas en el Convento de Santa Clara. La

familia que más ha apoyado a la Congregación para atender a estos niños son

precisamente Don Edgardo y Doña Concepción Guantáco”.

“Ellos se involucraron mucho y su hija Clara Luz fue precisamente una de las niñas que

tuvieron la suerte de ser vacunadas y tres meses más tarde, cuando la epidemia azotó

nuestras islas, Clara Luz al igual que otros niños y niñas vacunados por el Doctor Balmis

no enfermaron y sobrevivieron salvando sus vidas, mientras docenas de otros murieron

en las mismas comunidades”.



“Es increíble lo que me comentáis Ignacio, ahora veo porque Clara Luz es tan dulce, tan

cristiana y con tan buenos sentimientos. Algo me comentó ella de que en el Convento, al

término de sus clases cuida de dos niños de Acapulco, pero en ese momento no entendí

muy bien a qué se refería.

Lo que sí recuerdo es que ella les había prometido que haría lo necesario para que

ambos niños puedan retornar a la Nueva España para reencontrarse con sus familias”.

“Fernando, yá es muy tarde y a estas horas el camino hasta Cavite cruzando los

pantanos es largo y con riesgo. Porque no me hacéis el honor de ser nuestro huésped

en casa esta noche y mañana temprano tomamos camino para Cavite y cuando estemos

libres después de haber cumplido nuestra misión en el Convento de San José,

regresaremos para que podáis visitar a vuestra bella Clara Luz y conversar con ella toda

la tarde”.

“A mi señora madre le dará mucho gusto recibiros esta noche en nuestra casa, que no

está lejos de aquí”.



OceanofPDF.com

CAPITULO IX

Clara Luz

Fernando durmió profundamente, aunque muy temprano se levantó con el cantar de los

gallos para aprestarse a salir con su nuevo amigo Ignacio, quien lo había alojado esa

noche en una de las elegantes y cómodas habitaciones de casa de sus padres que

alguna vez albergaron a todos los hijos de la familia Pérez de Tagle y Bermúdez, las

que ahora estaban en su mayor parte vacías al haberse casado o emigrado varios de los

hijos del difunto Marqués de Salinas, padre del actual Marqués de Salinas, hermano

mayor de Don Ignacio con quien se habían reunido la tarde anterior.

Después de un desayuno con un par de huevos fritos y un buen vaso de leche recién

ordeñada que mucho le gustaban a Fernando desde pequeño, salió junto con Ignacio

para dirigirse al muelle del puerto en donde ya los esperaba en formación un

destacamento de Fusileros de Caballería.

“Atención” , gritó el Sargento al tiempo que daba un paso al frente de aquellos hombres

que estaban alineados en posición de firmes.

“Saludad, yá” ordenó el Sargento a la tropa, mientras el Teniente Ignacio Pérez de Tagle

y Bermúdez, acompañado del Teniente Fernando Ruíz Castanedo, hacían el saludo

militar al tiempo que todos aquellos hombres juntaban al unísono las botas con un sonoro

chasquido.

Poco después se aproximaron dos botes procedentes del Galeón de Nuestra Señora de

Guadalupe que estaba anclado en la bahía, los que de inmediato recibieron cabos de

amarre para adosarse al muelle justo frente a donde estaba esperándolos la guardia

militar.

Al frente de los militares de los botes venía el Sargento Felipe de la Cruz Reyes, quien

instruyó a sus hombres a permanecer a bordo de las lanchas.

Los dos Tenientes abordaron una de las lanchas y fueron llevados a remo al Galeón para

reunirse con Don Antonio de Sesma y Alcocer, con el Capitán Don Rodrigo Santos

Escobar, con Don Florentino Maganda y con el Reverendo Don Pedro de la Concha

que yá los esperaban para organizar las actividades de estiba, carga y descarga, de la

protección y vigilancia de la nave y de su carga, de las adecuaciones en la segunda

cubierta y en el casco para colocar y fijar las nuevas piezas de artillería, así como de la

organización del transporte y vigilancia de la mercadería y efectos desde el Galeón a

Cavite y Manila y de ellas al Galeón.

Tres horas más tarde, todos los participantes en la reunión dieron su consentimiento para

llevar a cabo las tareas acordadas a ser realizadas a lo largo de las próximas tres

semanas, las cuales fueron relacionadas en el siguiente documento bajo la rúbrica del

Capitán Don Rodrigo Santos Escobar, quien le dio lectura final al mismo ante todos los

presentes:

“Disposiciones de acceso, carga, descarga y vigilancia del Galeón de Nuestra Señora de

Guadalupe durante su estadía en el Puerto de Cavite”.

“I - A partir de hoy todo acceso de personas y carga en cualquier sentido entre el muelle

de Cavite y el Galeón de Nuestra Señora de Guadalupe será llevado a cabo en botes y

lanchones de la Marina Real, mediante autorización expresa y única de Don Antonio de

Sesma y Alcocer o de los Tenientes Don Ignacio Pérez de Tagle y Bermúdez y Don

Fernando Ruiz Castanedo”.

“II - Las tareas de carga y descarga entre los Lanchones y el Galeón solo serán

realizadas por la marinería del propio Galeón bajo las órdenes de sus respectivos

mandos”.

“III – Dentro de los próximos tres días el astillero de Luzón enviara al Galeón a diez

carpinteros chinos y doce ayudantes, más material y herramentaje, quienes trabajarán

por diez días en las adecuaciones del segundo puente para recibir la nueva artillería que

se ha adquirido y que para esas fechas ya nos habrá sido entregada por los comerciantes Chinos”.

“Estos hombres estarán a las órdenes del Capitán del Galeón, con el apoyo de los dos

carpinteros de la tripulación y con vigilancia de dos soldados de la guarnición de la nave

bajo el mando del Sargento Felipe de la Cruz Reyes”.

“IV - Habrá una vigilancia discreta de las tropas de la Capitanía General de Filipinas y de

la Guardia del Galeón, tanto a bordo, como en el muelle y en los accesos, llevada a cabo

bajo el mando del Teniente Don Ignacio Pérez de Tagle y Bermúdez y del Teniente Don

Fernando Ruiz Castanedo”.

“V - Para el transporte de carga, mercancía y efectos entre el muelle, el Parián y lugares

específicos de la ciudad de Manila, la Capitanía General de Filipinas ha dispuesto de

seis carretas tiradas por caballos, protegidas y custodiadas por un destacamento

armado de tropas a cargo del Teniente Ignacio Pérez de Tagle y Bermúdez”.

“VI - Las negociaciones finales con la cofradía de los Monjes Agustinos del Convento de

San José y con los Sacerdotes de la Compañía de Jesús, estarán a cargo de Don Antonio

de Sesma y Alencaster y del Reverendo Don Pedro de la Concha, para asegurar la

compra y entrega de los cañones, pólvora, mosquetones y pertrechos, mediante el pago

previamente acordado por nuestra parte de trescientos cincuenta mil pesos de plata de

ley que deberán de ser entregados al Superior del Convento de los Monjes Agustinos

una vez que se reciban a satisfacción todas las armas, pertrechos y municiones”.

“VII – El arribo y carga en las bodegas del Galeón de los barriles de pólvora, armas,

municiones y cañones será realizado siempre de noche, de acuerdo a lo antes pactado.

“VIII - Las conversaciones con los comerciantes filipinos y chinos del Parián de Cavite

para la adquisición de toda la mercancía y efectos traídos para su venta desde la Nueva

España y su pago en onzas de oro, serán manejadas directamente por Don Alejandro

Maganda y Ramos con el apoyo del teniente Don Fernando Ruiz Castanedo”.

“IX - La tripulación podrá bajar a tierra las noches de los últimos tres días viernes para

descansar y esparcirse en el puerto de Cavite, no pudiendo abandonar esa población y

debiendo presentarse en el muelle a las siete de la mañana del día siguiente. Esas

noches el Galeón quedará con una vigilancia reducida bajo el mando del Sargento

Andrés García de los Cobos”.

“X - Tan pronto se cumplan los puntos anteriores, el Galeón será abastecido y zarpará

en su contraviaje a la Nueva España, asegurando antes que sean pagados por el Capitán

del Galeón Don Rodrigo Santos y Escobar todos los impuestos, derechos, costes y

alcabalas que apliquen de la Real Hacienda y de la Capitanía del Puerto de Cavite por

el arribo, anclaje, descarga y carga de mercancía y efectos, por la carga y descarga de

provisiones, agua y bastimentos, por los costes de vigilancia, carpinteros y reparaciones

y por cualquier otro adeudo que deba de ser satisfecho antes de levar anclas”.

“Gracias a todos vosotros y ahora sigamos adelante con nuestra misión”, terminó el

Capitán.

Por la tarde el Teniente Don Fernando se apuró a desembarcar en el muelle de Cavite

para dirigirse de inmediato a la casa de los padres de Clara Luz que estaba en esa misma

población, en la barriada de San Fernando, a poca distancia del Parián de los Sangleyes.

La casa había sido construida en un amplio terreno que al frente albergaba las bodegas

de la familia Guantánco. En la parte posterior, al fondo del predio tras un grupo de

frondosas palmas se encontraba la casa propiamente dicha en la que vivía Clara Luz con

sus padres, abuela, tías y hermanos.

Al llegar Don Fernando preguntó por Don Edgardo Guantánco, padre de Clara Luz, a un

empleado chino que estaba a la entrada tras una mesa.

De inmediato aquel hombre caminó hacia una puerta trasera dirigiendo hacia el interior

unas palabras en chino mientras Don Fernando esperaba.

“Teniente Don Fernando Ruíz Castanedo, que sorpresa veros por acá”, dijo Don

Edgardo al tiempo que salía y se acercaba a saludarle.

“Nos percibimos de la llegada del Galeón hace dos noches pero nunca nos imaginamos

que su merced vendría a bordo”.

“¿Decidme Don Fernando, en que podemos servirle?”,

“¿Acaso buscáis adquirir algunas mercaderías para llevar en el contraviaje o tal vez

deseáis ofrecernos algo de la carga que habéis traído en la Nao?”.

“Pues sí Don Edgardo, vengo a veros con algunas encomiendas para adquirir y para

ofreceros algunas mercancías, pero además de esas diligencias he de pedir su venia

para visitar a Doña Clara Luz, a quien le he traído por encargo de mi señora Madre esta

pequeña medalla de oro con la imagen de nuestra Señora de Guadalupe, que

esperamos sea del agrado de todos vosotros”.

“La niña Clara Luz salió esta tarde con su Madre al rezo del Rosario en el Convento

Recoleta que está muy cerca de aquí.

Mientras tanto, os invito a pasar a la casa para que su merced se refresque y

conversemos sobre lo que buscáis comprar y vender, lo cual estoy cierto podremos

satisfacer y no os preocupéis, que de no tener algo en nuestro almacén lo conseguiremos

de inmediato en el Parián”.

La casa era austera, amplia y bien ventilada, manteniéndose fresca por la sombra de las

palmas que la rodeaban y la brisa marina que llegaba por un costado. Seguramente

había sido construida a lo largo de varios años, agregándole poco a poco más

construcción en la medida que la familia aumentaba y crecía y que algunos familiares

llegaban de otras poblaciones para trabajar con los Guantánco, como fue el caso de la

tía Chóleng, que era prácticamente la Ama de Llaves que ayudaba durante buena parte

del día a su hermana Doña Concepción, madre de Clara Luz, a llevar la casa mientras

ella a su vez apoyaba a su esposo Edgardo en el Comercio.

A poco de sentarse, una criada les trajo dos vasos de horchata de arroz bien fría que

Don Fernando empezó a saborear intentando adivinar que ingredientes llevaba aquella

bebida en adición al tradicional arroz crudo molido, el azúcar y la canela, puesto que a

diferencia de otras, en esta se podía advertir un ligero sabor a vainilla y almendra.

“Mire usted Don Edgardo, he traído en este viaje como parte del bastimento al que tengo

derecho, cuarenta fardillos con cochinilla y veinte fardillos con añil, que espero vender

para adquirir cuarenta o cincuenta mantones de seda.

Parte de ellos los llevaré para regalarlos a mi Madre, tías y primas y el resto me propongo

venderlos en la Feria de Guadalajara”.

“Pues si la cochinilla y el añil son de la misma calidad y pureza de los que nos habéis

traído en vuestro viaje anterior, contad con ello”, respondió Don Edgardo y agregó:

“Tan solo os pido que me acompañéis el día de mañana a la bodega del Parián para que

escojáis los mantones que más os gusten para vuestros regalos a la familia”.

“¿Don Edgardo, acaso tendría su merced algún inconveniente para que Doña Clara Luz

nos acompañe mañana y me ayude con su buen gusto a escoger los mantones en

cuestión?”.

“En absoluto Don Fernando. Es más, veo que ya llegan, así que démosles ahora mismo

las buenas nuevas de vuestra visita”.

Clara Luz y su Madre entraron en ese momento al salón mostrándose verdaderamente

sorprendidas de ver al Teniente Fernando ahí. De inmediato ambos caballeros se

pusieron de pié para saludarlas.

Doña Concepción con esa intuición que tienen las Madres pidió a Don Edgardo que le

ayudara por un momento a llevar adentro una bolsa que traía con algunas frutas recién

compradas mientras con una sonrisa que no podían ocultar, Clara Luz y Fernando se

quedaron solos mirándose a los ojos en medio del asombro por parte de ella al verlo de

nuevo y de él, por la emoción del momento, encontrando ambos muy complicado como

decirle al otro todo lo que atropelladamente pasaba por su mente en esos instantes, por

lo que terminaron riendo mientras los Padres de ella regresaban al salón seguidos por

dos criadas que traían una merienda ligera tal como se acostumbraba en Manila al final

de la tarde.

Finalmente la conversación tomó su curso. Fernando explicó someramente su presencia

de nuevo en Filipinas, sin entrar a ningún detalle de los verdaderos motivos que había

detrás del viaje de la Santa María de Guadalupe. Poco después, cuando Clara Luz habló

de sus actividades de caridad en el Convento de Santa Clara, Fernando aprovechó para

preguntarle por los niños Novohispanos que su amigo el Teniente Don Ignacio Pérez de

Tagle y Bermúdez le había mencionado la noche anterior en la taberna y que habían sido

traídos a las Filipinas por el doctor Balmis como parte de la cadena humana de

conservación de las vacunas de la viruela.

A poco apareció la tía Soledad, que no disimuló en absoluto su gusto de encontrar a Don

Fernando nuevamente de visita por aquella casa. Fue ella quien propuso que Don

Fernando se quedara a la cena o “hapunan” como le dicen en aquellas islas, sugiriendo

que al otro día lo acompañarían al Parián para escoger los mantones de seda y que

después de ahí, junto con Clara Luz llevarían a Don Fernando a visitar el Convento de

Santa Clara para conocer a los dos niños traídos a Manila desde Acapulco por el doctor

Balmis, quienes eran alojados por las Monjas Clarisas a la espera de una oportunidad

para regresar a reunirse nuevamente con sus familias en la Nueva España.

La cena, aunque algo diferente y con muchos condimentos estuvo muy sabrosa y Don

Fernando pudo deleitarse primero con un plato de sopa caliente llamada “Sinigang na

Baboy”, que es un caldo de cerdo y tamarindo, seguido por una porción de costilla de

carne de res llamada “Inihaw” cocinada a la parrilla sobre las brasas, aliñada con zumo

de “calamansi”, que es un fruto local de esas islas, junto con ajo, cebolla, jengibre,

tomate, pimienta y con chile, lo que le hizo recordar la rica comida picante de su tierra.

“Clara Luz, he retornado a vuestra tierra para deciros que sois el amor de mi vida y que

estoy decidido a hablar con vuestros Padres para pedir vuestra mano y que seáis mi

esposa y compañera para toda la vida”.

“No me respondáis esta noche, pensadlo bien y decidme mañana cual la decisión de

vuestro corazón”.

Esa fue la frase que casi al oído pudo decirle Fernando a Clara Luz mientras le tomaba

ambas manos al momento de despedirse a la puerta de casa de sus Padres.

Mientras Fernando subía al carruaje que lo llevaría de regreso al muelle de Cavite, Clara

Luz no podía disimular la alegría que le causaron aquellas palabras de Fernando, a quien

ella en silencio y a la distancia también amaba desde el primer día que lo conoció.

“Don Fernando, no precisáis que yo os de mi opinión”.

“Estad cierto que os amo con todo mi corazón y estoy dispuesta a ser vuestra esposa y

la madre de vuestros hijos. Id en paz y descansad que me acabáis de dar la mayor alegría

de mi vida”, se decía a si misma Clara Luz, parada en el portal de su casa mientras veía

como el carro tirado por caballos que llevaba a Fernando se perdía rodando por los

adoquines al fondo de la calle apenas iluminada por algunos pocos faroles.

A las diez de la mañana del día siguiente luego de pasar revista a su tropa en el Galeón

y asegurarse que los fardillos de cochinilla y añil que compraría Don Edgardo ya habían

sido descargados de la bodega del casco del buque para llevarlos al muelle de Cavite en

un champan de remeros filipinos para de ahí ser montados en una carreta cubierta, el

Teniente Don Fernando se dirigió nuevamente a la casa de Clara Luz en un coche de

caballos seguido por una carreta y dos guardias a caballo.

Ahí dejó la carga que le fue recibida por un dependiente a la entrada del Comercio de

Don Edgardo en la calle Ongping para después seguir solo hacia la puerta de las

Banderas por donde entraría a la ciudad intramuros de Manila, continuando desde ahí

por el camino y calles empedradas hasta llegar a la entrada del Claustro del Convento

de Santa Clara donde ya lo esperaban Clara Luz y la tía Soledad acompañadas de una

de las monjas de la Orden.

“Buen día”, les dijo Don Fernando en voz alta al descender del coche y cruzar el arco

del portón para reunirse con ellas .

“Buenos días Don Fernando”, respondieron ellas al mismo tiempo, mientras el Teniente

con una leve reverencia le daba la mano a cada una.

“Teniente, hoy nos acompaña la Madre Jacinta que nos llevará a la capilla en donde nos

esperan Luisito y Ricardito que como vos bien sabéis, fueron traídos de pequeños a las

Filipinas por el médico Balmis en su viaje de vacunación contra la viruela”.

“Ellos hubieron de quedarse en Manila y desde entonces fueron acogidos por las Monjas

Clarisas en este convento, quienes los han cuidado y educado con esmero. Esperan y

nosotras también, que algún día pueda darse una oportunidad para ser llevados de vuelta

a sus casas a reencontrarse con sus familias, puesto que a poco habrán de cumplir los

trece años. Por cierto, los dos se han hecho buenos amigos de mi sobrina Clara Luz

quien les ha ayudado mucho para que no se sientan tan solos todo este tiempo”.

El contraste al entrar a la Capilla que estaba en penumbras, viniendo del
asoleado y

luminoso patio cegó por un momento a Don Fernando que parpadeó un
poco para

acostumbrarse y poder ver a aquellos dos muchachos que estaban
esperándole a un

lado de la pila bautismal.

“Yo soy Luis y él es Ricardo”, dijo el muchacho que se veía más alto
mientras muy

seriamente hacia una caravana de saludo a las visitas.

“Miraos, si ya sois unos hombres hechos y derechos” respondió con una
sonrisa

Fernando, adelantándose para darles con la mano derecha un apretón de
manos y con

la izquierda un toque afectuoso en el hombro.

*“Decidme jóvenes, me han dicho que las Madres del Convento os han
acogido desde*

*vuestra llegada y que Clara Luz, su señora Madre y la tía Rosario ven por
vosotros y no*

os han dejado solos”.

*“Sí Don Fernando, todos son muy buenos con nosotros. Nos visitan y nos
ayudaron a*

*que entráramos al colegio de San Agustín con todos los niños criollos. Nos
regalan ropa*

y botas y también nos han llevado a su casa para las fiestas de nuestro Santo, de la

Nochebuena y de Reyes, además de que junto con la Madre Jacinta nos ayudaron a que

celebráramos nuestra primera comunión hace tres meses”.

“Clara Luz es como una hermana mayor para nosotros, nos consiente y nos regaña

cuando hacemos algo malo, pero la queremos mucho.....ah, y además ella nos está

enseñando a hablar en lengua tagala”.

“¿Sumangayon, Clara Luz?”, dijo Luis a Clara Luz, usando una expresión en lenguaje

Tagalo para preguntarle si estaba de acuerdo con lo que había dicho de ella, mientras

todos sonreían.

“Mirad Luis, ahora sí que nos habéis hecho reír”, dijo Don Fernando.

“Jóvenes, me complace mucho haberos conocido y os pido que cada uno de vosotros

preparéis una carta, dirigida a vuestras familias, que yó me comprometo a llevar y

entregar en propia mano a las personas que me digáis y si no tenéis bien claro los

nombres, dadme cuanta información recordéis o tengáis del lugar donde nacisteis o

donde vivíais que yó con seguridad entregare vuestras misivas, para lo cual os doy mi

palabra de hombre y de Teniente del Regimiento de Dragones de la Reina. La próxima

semana volveré a saludaros para llevarme vuestras cartas“.

La Madre Jacinta pidió a los muchachos que la siguieran hacia afuera de la capilla,

mientras que la tía Rosario se adelantó a hincarse a rezar frente al altar con la

reproducción del óleo de la imagen del Santísimo Rostro de Jesús que se venera en la

Villa de Osa de la Vega, en la provincia Ibérica de Cuenca, misma que cada día diez de

Septiembre se festeja en todas las Islas Filipinas como muestra de devoción y

agradecimiento popular a esta sacra imagen por haber intercedido milagrosamente para

terminar con la terrible epidemia del cólera que tantas vidas cobró en las islas.

Mientras tanto Clara Luz y Fernando caminaron hacia el otro extremo de la capilla, para

detenerse a un lado del altar con la imagen de la Virgen de Guadalupe, colocada al

centro de un hermoso y trabajado retablo cubierto de oro que fue transportado desde la

Nueva España a las Filipinas hacía casi dos siglos.

“Clara Luz, quiero deciros que siento por vos un amor inmenso como nunca antes había

sentido por nadie y que deseo con todo mi corazón saber si soy correspondido en la

misma forma con vuestro cariño y amor”.

“Fernando, vos desde ayer me habéis hecho la mujer más feliz. Yo también os amo y

sueño con que podamos unir nuestras vidas, aunque lo veo muy difícil puesto que vos

vivís en la Nueva España y yó vivo en Manila”.

“¿Estáis de acuerdo en que hoy mismo hable con vuestros padres y les pida su venia

para formalizar nuestra relación?”.

“No sé qué van a pensar ni cómo reaccionarán, porque a sus ojos sigo siendo una niña

y me imagino que tan solo de pensar que algún día me separe de ellos se pondrán muy

tristes, pero Fernando no os detengáis, ya que solo una de mis bisabuelas vino de

España y todos los demás arribaron de la China.

La China es una tierra en donde aún se respetan las costumbres de que las mujeres se

casen muy jóvenes, que es cuando tenemos fuerza y salud para criar a los hijos y llevar

el hogar. Por ello confío que esas tradiciones ayuden a que mis padres entiendan y

acepten nuestro amor”.

Estaban yá tomados de la mano, mirándose uno al otro cuando sin que se dieran cuenta,

la tía Rosario se aproximó por el largo pasillo y acercando su rostro al de Clara Luz le

susurró al oído: *“Majestad, podríais venir con vuestra tía al claustro y por favor no olvidéis*

traer consigo a vuestro apuesto Príncipe”.

“Tía Chóleng, a vos le tengo más confianza que a ninguna otra persona y quisiera pedir

vuestra opinión sobre algo muy importante,”

“Por Dios Clara Luz, hablad que me estáis asustando” dijo la tía Rosario mientras bajaba

los escalones de cantera del acceso a la capilla del convento”.

“¿Que pensáis vos de que Don Fernando hable hoy con mis Padres para pedir su venia

para que seamos novios?”

La tía Rosario se detuvo en seco y con una cara mitad de sorpresa y mitad de júbilo,

tomó de las manos a Clara Luz y atrayéndola hacia sí la abrazó intensamente mientras

le besaba la mejilla.

Fernando se había retrasado un poco con la intención de que tía y sobrina hablaran de

lo que estaba pasando entre ellos dos, así que también se detuvo aquellos instantes

hasta que ambas mujeres se separaron emocionadas y alegres.

“Venid Don Fernando, sobrino. No os quedéis ahí, dejad que vuestra tía también os de

un abrazo”.

De ahí partieron hacia Cavite, deteniéndose primero en el Parián para pasar a una

bodega en donde ya los esperaba un comerciante Sangley para por cuenta de Don

Edgardo mostrarles un surtido muy amplio de bellos mantones chinos bordados en seda,

para que Don Fernando con la ayuda de Clara Luz y de la tía Rosario escogieran aquellos

que más les gustaban para llevarse como parte del trato hecho con Don Edgardo a

cambio de las fajillas de cochinilla y añil que habían entregado esa misma mañana en el

Comercio de la familia Guantánco.

Clara Luz tomó unos mantones en sus manos diciendo: *“Ved estos tres Don Fernando,*

no os parecen preciosos. Ved los colores bordados y la suavidad de la seda. Estoy

segura que a vuestra familia le va a complacer mucho que les llevéis estos regalos,

“¿Qué opináis tía?,

“Veo que a su merced también le gustan esos otros dos, en especial el azul, pero a mí

el que más me ha gustado es este verde tornasolado. Mirad como brilla y cambia de

tono”.

“Tenéis razón tía, este es verdaderamente hermoso”, respondió Clara Luz.

“¿En verdad este mantón es el que más os gustó Clara Luz?, dijo Don Fernando tomando

aquella hermosa prenda de seda”.

“Si Fernando, es muy bello y creo que hace juego con el color de vuestro ojos que

también son medio verdosos” respondió Clara Luz, abriendo el mantón sobre su espalda

y dando una vuelta sobre sí misma para lucirlo con una pícara sonrisa.

“Pues el mantón es vuestro Clara Luz, os lo regalo para que cada vez que lo luzcáis os

acordéis de mí, aunque dejadme deciros que mis ojos no son verdes como vos creéis,

son zarcos y eso os lo podrá confirmar cualquier novohispano de la región de los Altos

que me conozca. Llevémonos entonces todos los que habéis escogido, que como damas

que sois, sabéis más que yo de estos menesteres”.

Al regreso de los tres a la casa de la familia Guantánco Clara Luz empezó a ponerse

nerviosa anticipando que pudieran darse toda clase de reacciones por parte de sus

padres Edgardo y Soledad.

La tía Rosario al llegar se llevó a Clara Luz hasta una habitación al fondo de la casa en

donde estaba su madre para dejar que Don Fernando pudiera conversar a solas con su

cuñado Edgardo.

“Buenas tardes Don Edgardo” dijo Fernando .

“Esta mañana le he dejado en las puertas del Comercio la cochinilla y el añil que

convenimos y más tarde de regreso del Convento hemos pasado por el Parián para

escoger los mantones. Si no fuera por Clara Luz y Doña Rosario creedme que yo hubiera

optado por los primeros que me mostraron, pero ellas sí que han sabido escoger los

mejores”.

“Bien hecho Don Fernando”,



“¿Deseáis acaso tomar una copa de vino mientras esperamos que vengan las damas

para la merienda?”.

“Una copa del tinto que abristeis la otra noche estará bien.” Dijo Don Fernando y

continuó:

“Don Edgardo, tengo algo importante que deciros a vos y a vuestra esposa, Doña

Concepción”.

“Hablad Don Fernando, que hay confianza”

“Lo sé Don Edgardo y por eso mismo me atrevo a hablar con su Merced de manera

franca y abierta”

“Pues usted dirá Don Fernando”.

“Don Edgardo, solicito vuestro permiso para que ser novio de vuestra hija Clara Luz”.

“¿Y ella qué piensa, acaso ya le habéis pedido su opinión?”



OceanofPDF.com

CAPITULO X

La traición de Luzón

A lo largo de los siguientes días, el Galeón se mantuvo anclado frente a la Isla de Luzón

en la que se encuentran la bahía de Cavite y la ciudad de Manila.

Durante ese tiempo se fueron llevando a cabo todas las tareas de descarga de las

bodegas del Galeón, bajando a los juncos todos los fardos de las mercancías que habrían

de ser llevadas al Parián de Cavite para ser adquiridas por los amigos y parientes de

Don Alejandro Maganda, que a su vez los venderían a comerciantes de todo el Oriente

que acudían para hacerse de los efectos traídos en este galeón desde la Nueva España,

las Europas y América del Sur.

Una vez terminada esa labor, se inició el proceso en sentido inverso bajo fuerte vigilancia,

es decir que durante los siguientes días después de haber descargado el Galeón y

limpiado las bodegas y compartimientos del interior del casco, empezó el acarreo y carga

al galeón de todo aquello que se llevaría en el contraviaje incluyendo todos los barriles

sellados con la mercancía y efectos chinos y de otros países para ser llevados a los

comerciantes del Parían de la Ciudad de México, mezclados con los supuestos barriles

de telas, géneros y productos orientales, que en realidad eran barriles rellenos de

pólvora, así como los cuarenta cañones, las armas y el parque previamente adquiridos

por intermedio de los superiores de la Congregación de los Monjes Agustinos.

Esa noche del viernes veintinueve de Marzo Fernando no lograba conciliar el sueño en

su litera del reducido camarote en el interior del segundo puente del Galeón, pensando

en Clara Luz y en el desafío que representaba para ambos y en particular para ella el ir

a vivir en la Nueva España en momentos en los que el mismo sabía que las cosas iban

a estar muy complicadas a causa de la Guerra de Independencia.

Daba vueltas en su angosta litera una y otra vez, hasta que en la madrugada inquieto

por no poder dormir bien y por el calor se levantó saliendo a la cubierta en la popa de la

nave.

Todo parecía estar en calma afuera de aquel Galeón anclado en la bahía de Manila. El

oleaje apenas golpeaba rítmicamente el casco de la nave que se balanceaba con

suavidad.

Las estrellas brillaban en el cielo a medio iluminar por la luna menguante y a lo lejos se

alcanzaban a ver algunas pocas luces del muelle de Cavite, mientras la mayor parte de

la marinería y los soldados del Galeón llevaban ya varias horas de parranda y diversión

en las tabernas del puerto en aquella su noche de descanso y no regresarían hasta

despuntar el sol.

El teniente empezó a caminar lentamente hacia la proa, pasando por un lado de la Caña

del Timón y de la Bitácora del Piloto, cuando al llegar a la Mesa de Guarnición de estribor

que está al pié del mástil de Mesana alcanzó a ver que en la proa al otro extremo del

mismo, el Pescante de estribor que en el día funcionaba con el cabrestante como grúa

para tirar o arriar botes y cargas pesadas al Galeón, en ese momento estaba girando con

un par de cabos gruesos que se movían colgando hacia abajo.

Dió unos pasos más y asomándose hacia abajo pudo ver un grupo de hombres armados

que a un lado del mástil de Trinquete tenían sometidos a los guardias y vigías que

cubrían el turno de la noche, apuntándoles con sus armas mientras que otros dos

estaban en el piso aparentemente heridos.

Muy cautelosamente, Fernando fue avanzando aprovechando la sombra del Palo Mayor,

escondiéndose tras los barriles ahí colocados con la cordelería y cabos de la jarcia de

labor, que al no haber velas en ese mástil, se guardan enrollados en su interior.

Ahora solo se interponía entre él y aquellos intrusos la amplia abertura del Combés en el

piso de la cubierta, que al no estar cerrado permitía que llegara ventilación, la entrada y

salida de carga, luz durante el día y la estiba de botes hacia y desde los dos puentes

inferiores, en el sollado y en la bodega en el interior del casco de la Nao.

Un hombre, aparentemente al mando de los intrusos amenazaba a los marinos y

soldados increpándolos:

“Adonde guardáis el oro, sabemos que traéis muchas onzas y no nos vamos a ir sin ellas,

así que hablad o todos vais a morir aquí mismo”

Alguien de la tripulación le respondió: *“Ya descargamos toda la plata y ha sido entregada*

en el Convento de San José”.

El hombre gritó soltando un golpe a alguno de los hombres que tenía frente a el : *“Creéis*

acaso que soy tonto, se bien que habéis descargado la plata, pero el oro sigue aquí,

porque será hasta mañana cuando tenéis agendado pagar vuestras compras con los

Sangleyes del Parían. Y esas están pactadas en onzas de oro, así que hablad”.

Fernando siguió moviéndose con mucho cuidado hasta llegar cerca de la barandilla de

estribor, cuando alcanzó a ver con el rabo del ojo que abajo, en la línea de flotación del

Galeón estaba recargado un Junco chino con más hombres, quienes volteaban hacia

arriba intentando ver si recibían alguna señal para subir a la cubierta por las escalas

previamente tendidas al costado del casco para descargar el oro que le exigía aquel

hombre a los tripulantes sometidos.

La mejor opción para Fernando, dado que en ese momento no traía ningún arma consigo

era regresar hacia el toldillo de la popa para despertar al Capitán del Galeón, General

Don Rodrigo Santos, a Don Antonio de Sesma y a los oficiales que estuvieran dormidos

en sus respectivos camarotes.

Cuando Fernando se disponía a iniciar el retroceso a la popa, varios de los hombres

armados dieron vuelta y por el centro de la cubierta se encaminaron en esa misma

dirección.

A Fernando no le quedó otra alternativa que agazaparse tras una culebrina de la cubierta

a un lado de la bomba de achique pensando en cómo podría llegar a la campana del

navío que colgaba del Castillo de proa, muy cerca de esos hombres, para dar la voz de

alarma.

Sin embargo, para ello debía de moverse con cautela bordeando el perímetro casi abierto

del Combés que no tenía ninguna barandilla dejándolo expuesto para que lo pudiera ver

cualquiera que voltease en esa dirección.

Estaba a punto de doblar la primera esquina del borde del Combés cuando escuchó

fuertes voces en la Popa del Galeón. Fernando alcanzó a descolgarse hacia abajo por la

orilla del hueco del Combés, apenas asido de un cabo del que pendían unas piezas de

enjaretado de madera de las tapas de rejilla de esa gran escotilla del piso de la cubierta.

Balanceándose en la punta del cabo y aferrado a uno de los cuadros del enjaretado,

Fernando pudo bajar un poco más y poner pié en el interior del segundo puente que está

inmediatamente abajo de la cubierta.

Dentro del casco de la nave y en el centro de la bodega, todavía un nivel más debajo de

donde estaba Fernando se encontraba el primer puente en el que se ubicaban los

pañoles de recarga de cartuchos y la santabárbara en la que se guardan los barriles de

pólvora y armas de la tripulación.

Llegar hasta ahí parecía ser la única oportunidad que le quedaba al Teniente Fernando

para defender el Galeón y tal vez su propia vida.

A lo lejos se escuchaban gritos y ruidos cuando apresuradamente Fernando continuó su

descenso por el mismo hueco del Combés hasta llegar al primer puente en el que están

parte de las bodegas del Galeón, a dos niveles por arriba del fondo del casco.

Con muy poca luz fue moviéndose con cuidado, encontrando a su paso unos barriles

llenos de víveres, vino, aceite y agua, así como dos botes de la nave ahí estibados,

cajones de utensilios, leña, baúles y una buena parte del velamen y jarcias del aparejo

del Galeón que estaban ahí a la espera de que levaran anclas para zarpar en la

contravuelta a la Nueva España.

Más atrás, entre dos gruesas cuadernas de la estructura del casco, Fernando encontró

la puerta cerrada y encadenada de la santabárbara, sin embargo, por fortuna pudo

recordar que a un lado estaba un pañol del recinto de encartuchado en el que se

introdujo y palpando en la oscuridad pudo hacerse de un mosquete y unos puños de

cartuchos que acomodó dentro de su camisa para de inmediato salir hacia la popa del

casco con la intención de subir por la escotilla hasta la cubierta y de ser posible, seguir

hasta el toldillo en la parte más alta del castillo de popa.

Cuando ya iba de regreso desde el primer puente para subir a la cubierta por la popa,

asomó la cabeza con precaución entre los maderos del bordo de la escotilla del segundo

punte, volteando hacia todos lados para asegurarse de que no había ningún peligro al

cruzar por ahí en su ascenso a la cubierta. Apenas había sacado medio cuerpo cuando

oyó una callada voz que en la penumbra y debajo de él le decía: “*Don Fernando, venid*

hacia acá, soy el Sargento García de los Cobos”.

El Teniente dejó la escala de la escotilla para caminar con precaución por el piso de

madera del segundo puente en dirección a donde escuchaba la voz del Sargento.

Encontró al Sargento escondido entre dos de los cañones de diez y ocho libras que

habían adquirido para llevar a la Nueva España y que habían sido colocados ahí

esperando que los carpinteros del astillero terminaran de fijarlos a las cuadernas y a sus

bases a la mañana siguiente, antes de que zarpara el Galeón.

“*¿Decidme que sucedió Sargento?*” , preguntó de inmediato Don Fernando.

“*Nos han traicionado Don Fernando. Un grupo de los carpinteros que trabajaban desde*

hace varios días fijando los cañones en el primer y segundo puentes se han quedado

ayer hasta tarde y aprovechando que la mayor parte de nuestros hombres bajaron esta

noche a las tabernas del puerto, a la media noche han sorprendido a nuestra vigilancia

y una vez que tomaron la cubierta, han permitido que aborden más hombres que ahora

mismo tienen sometidos a Don Antonio de Sesma y Escobar, a Don Florentino Quesada

y López y al primer Contramaestre”.

“El Reverendo Pedro de la Concha está allá atrás oculto detrás de un pañol”.

“Él resultó herido al intentar defender al Capitán Don Rodrigo de Santos y Escobar que

recibió varias heridas profundas cuando estos hombres irrumpieron en los camarotes

inquiriendo por las dos mil novecientas onzas de oro que portamos.”

“Yo pude salirme por una escota y en la cubierta encontré herido al Reverendo y le he

ayudado a bajar y a ocultarnos aquí abajo dentro del segundo puente.”

“¿Sargento, reconocisteis a alguno de esos hombres, porque llama la atención que ellos

estén al tanto del oro y sobre todo de la cantidad precisa de onzas que traemos”?

“Teniente, me han parecido ser indios filipinos o indios chinos, todos ellos están armados,

sin embargo el hombre que los dirige es sin duda criollo o español, aunque no le pude

ver el rostro por haberme ocultado cuando irrumpieron en los camarotes”

“Dejadme ver al Reverendo. ¿Creéis que está muy mal herido?”

“No lo sé Teniente, aunque podía sostenerse y caminar con mi ayuda, se dolía mucho y

mostraba una mancha de sangre por un costado”

“¿Reverendo, estáis ahí? ”, le empezó a llamar Fernando con voz queda en la oscuridad.

“Don Fernando, venid por favor, estoy en este rincón”.

“¿Pero qué os han hecho Reverendo, decidme como estáis, tenéis mucho dolor, os han

herido?”

“Me han golpeado y me han dado un tajo pero creo que es superficial, aunque como toda

herida me deja salir algo de sangre, pero no os preocupéis por mí. Estos hombres han

golpeado muy fuerte al Capitán Don Rodrigo por negarse a responderles y retienen a

Don Antonio, esperando que les indique en que parte de la bodega está almacenado el

oro”.

“¿Decidme Reverendo, a quienes más tienen estos hombres?”

“Yo he visto que en la proa ya habían capturado a los militares y marinos que estaban

en el turno de vigilancia de la noche, e inclusive me ha dado la impresión de que han

malherido a dos de ellos, que vi caídos sobre la duela de la cubierta”.

“Don Fernando, me parece que tienen en su poder a los cuatro oficiales que dormían en

un camarote de cubierta, próximo al mío. Por fortuna como bien sabéis, Don Alejandro

Maganda desde nuestro arribo se alberga en casa de sus parientes en Manila, así que

no creo que tengan a nadie más”.

“Os agradezco mucho Reverendo. Ahora quedaos aquí que yó me voy a ir con el

Sargento Don Andrés a intentar liberar a Don Antonio y recuperar el Galeón y por el oro

no os preocupéis”.

“Os aseguro que está a buen recaudo y no podrán encontrarlo estos malnacidos”.

“Ahora quedaos tranquilos y rezad por nosotros que en poco tiempo volveremos por su

merced para que os atiendan de esa herida”.

El teniente retornó al escondite del Sargento García de los Cobos y le dió instrucciones:

“Sargento, estos hombres tienen tomado el Galeón y no quiero exponer más vidas,

además de que solo estamos usted y yo para hacerles frente. Lo más sensato será que

yó logre llegar nadando al muelle y dé aviso a la guarnición militar”.

“Ahora preciso vuestro apoyo para bajar un nivel más al primer puente, abrir con cautela

un escotillón del casco en babor, tomar un cabo y lanzarlo por ahí para descolgarme al

agua y nadar hasta el muelle”.

“Nos ayuda el hecho de que el junco de los intrusos lo han amarrado al Galeón bajo el

pescante opuesto de estribor para quedar ocultos detrás del casco de nuestra nave. En

esa forma no puedan ser vistos desde tierra, así que si me lanzo al agua por el costado

de babor y nado hacia el muelle, ellos difícilmente me verán.

Luego recoged el cabo de nuevo, cerrad el escotillón, subid de regreso al primer puente

y permaneced aquí al pendiente del Reverendo”.

“Tomad mi arma para defenderos mientras tanto y no os olvidéis de llevaros mis botas a

vuestro escondite”.

El agua estaba menos fría de lo que Fernando imaginó.

Apenas la tocó empezó a nadar haciendo el menor ruido posible, manteniéndose

prácticamente semi sumergido sin dar grandes brazadas o patadas que levantasen

espuma, luchando todo el trayecto contra la corriente que lo empujaba hacia la escollera

más allá del muelle del puerto.

Debió de tardarse unos cuarenta minutos hasta que llegó exhausto al pie de las rocas de

la escollera que se levantaba a casi un cuarto de legua del muelle.

Se decidió a intentar tomar tierra en ese punto, lo que implicaba mucho riesgo por el

oleaje continuo rompiendo contra las resbalosas piedras cubiertas de musgo que hacían

difícil asirse a ellas, mientras era llevado por la corriente que lo seguía arrastrando y por

la falta de fondo sobre el cual incorporarse para salir del agua.

Lo logró después de cinco intentos en los cuales debía de esperar el empuje de la ola

para que lo levantase hacia el frente y materialmente lo estrellase contra las rocas para

intentar asirse a ellas.

Tras golpearse contra la escollera, tragar mucha agua y sangrar de uñas, manos y

rodillas, Fernando finalmente logró treparse en una roca y aun con los pies dentro del

agua se mantuvo ahí varios minutos para recuperar el aliento y las fuerzas para seguir

adelante y caminar hacia el muelle.

Mientras eso sucedía, Don Antonio de Sesma y Alencaster yacía vigilado por dos

hombres, golpeado y maniatado en el fondo de una cámara en el primer puente del

Galeón.

El resto de los atacantes se habían desplegado en tres grupos incluyendo aquellos que

vió el Teniente cuando aún estaban en el junco amarrados al pescante de estribor.

El grupo más numeroso había bajado para buscar el oro en los tres últimos niveles del

casco, iniciando por el Sellado, que es el piso al nivel de la línea de flotación, el cual

alberga algunas dependencias de usos varios, incluida la del médico y la cámara para

alojar enfermos, seguido del amplio piso de la bodega, que era en donde en teoría

debería estar el oro, junto con el resto de la carga, víveres y pertrechos del Galeón y

finalmente, las cámaras en el fondo del casco en las que estaba depositado el lastre de

pesadas piedras que daban estabilidad a la nave.

El segundo grupo se repartió para buscar el oro entre la cubierta, el toldillo de popa y los

pisos intermedios del primero y segundo puente, que era en donde precisamente estaban

escondidos el Sargento y el Cura, dejando dos vigías en la proa para mantener a raya a

los tripulantes capturados y para estar atentos a cualquier novedad que se presentara

desde el muelle.

El tercer grupo, incluido el Líder, estaba en la popa en control de los camarotes del

Castillo y de la segunda cubierta.

El tiempo apremiaba y el teniente corría a tropezones por el camino de tierra que llevaba

al muelle en donde ya alcanzaba a ver desde lejos el campamento de la guarnición militar

filipina.

“¡Guardia!”, gritaba con todas sus fuerzas Don Fernando mientras más se acercaba al

punto del muelle en donde estaba asentado el destacamento de la guarnición. De

inmediato dos hombres se apresuraron a salir a su encuentro, tratando de entender

porque a esas horas de la madrugada un hombre en ropa de noche y totalmente mojado

se les acercaba con esos gritos.

“Señores, vengo del Galeón, soy el Teniente Fernando Ruíz Castanedo”.

“Hemos sido abordados por unos facinerosos que han tomado por sorpresa a nuestra

guardia y tripulación, aprovechando que la mayor parte de nuestra gente ha bajado esta

noche para visitar las tabernas de Cavite”.

“Preciso que aviséis con urgencia al Teniente Don Ignacio Pérez de Tagle y Bermúdez

para capturar a esos intrusos, salvar la vida de nuestros mandos y tripulantes capturados

y recuperar la nave y su cargazón”.

“A sus órdenes Teniente, soy el Sargento Mayor Danilo Bautista y estoy a cargo de esta

tropa”.

“Por favor pasad adelante que de inmediato enviaremos hombres a caballo para dar

aviso a nuestros superiores y a la Capitanía General. Mientras tanto permitidme ofrecerle

alguna ropa y calzado secos y mientras nos organizamos, tomad esta bebida caliente

para que os entone el cuerpo”.

Media hora después un regimiento de infantería al mando del Teniente Don Ignacio

Pérez de Tagle llegó en silencio y se ubicó oculto tras los portales cercanos al muelle.

El Teniente Don Ignacio de inmediato se apresuró a ir encontrarse con Don Fernando.

Casi al mismo tiempo arribaron el Capitán del Puerto y un Capitán de la Guardia de las

milicias del Gobernador.

El teniente Fernando Ruíz Castanedo puso al tanto a los tres militares filipinos sobre la

traición que se estaba dando por parte de los carpinteros del Astillero de Luzón que

laboraban temporalmente en el barco al abordar y asaltar el Galeón en la mitad de la

noche aprovechando que había pocos tripulantes, de cómo se desarrollaron los

acontecimientos, de la exigencia de los bandoleros por saber en dónde se guardaban las

dos mil novecientas onzas de oro y de la situación en el Galeón, haciendo hincapié en el

hecho de que el General Don Rodrigo Santos y Escobar junto con varios de sus hombres

estaban gravemente heridos y en la posibilidad de que siguieran con vida Don Antonio

de Sesma y Alencaster, el Reverendo Don Pedro de la Concha y varios oficiales y

tripulantes que estaban en manos de los maleantes.

Todos estuvieron de acuerdo en que habrían de tomar acción de inmediato con la

intención de sorprender a los bandidos para reducir en lo posible los riesgos para los

rehenes.

Como el nuevo día estaría amaneciendo en poco menos de dos horas, en ese tiempo se

organizaría el ataque a la Nao mediante dos maniobras decisivas:

De inmediato la Goleta San Julián de la Marina Real que normalmente estaba anclada

frente a la punta de Mariveles muy cerca de la isla de Bataan guardando la entrada de

la amplia bahía de Manila, navegaría las cuatro leguas que la separaban del Galeón de

Nuestra Señora de Guadalupe para situarse a distancia prudente e impedir que los

malhechores intentaran huir navegando en el Galeón o en lanchas hacia afuera de la

bahía, estando preparados para aproximarse y de ser necesario abordar el Galeón.

La otra maniobra tomaría ventaja del intenso tráfico comercial de juncos que diariamente

desde que despunta el sol cruzan la bahía saliendo del puerto para llevar y traer carga,

mercancía, víveres y gente de Cavite, del Parián y de Manila a los navíos anclados en el

puerto, a otras poblaciones costeras de Luzón e inclusive a otras islas del archipiélago.

En la temporada anual de arribo de Galeones que ya iniciaba, había en la bahía más de

cien juncos chinos que llegaban de todo oriente con mercancías para ser desembarcadas

y vendidas en Cavite por los comerciantes y encomenderos de la Alcaicería.

Las tropas al mando del teniente Don Ignacio Pérez de Tagle y Bermúdez acompañadas

por el Teniente Don Fernando abordarían cinco juncos, que formarían parte de una flotilla

de quince juncos quienes se acercarían para amarrarse al Galeón simulando llevar

mercancía enviada por los almaceneros filipinos del Parián, la cual debería de ser

entregada y almacenada en la bodega del navío, lo que a los ojos de cualquiera era una

actividad absolutamente normal durante los días en que los Galeones permanecían en

Cavite antes de iniciar el contraviaje a la Nueva España.

Para asegurar la credibilidad de esta táctica, la mercancía que llevarían los cinco juncos

sería real, gentilmente suministrada en calidad de préstamo por Don Alejandro Maganda.

Adicionalmente los militares en los juncos serían todos milicianos mestizos filipinos y

llevarían la ropa típica de los indios filipinos para no despertar sospechas, extremando la

precaución de que ningún chino o indio chino participara en la maniobra para evitar

cualquier riesgo, ya que en ese punto, no se sabía quién había sido el traidor que

desencadenó el asalto al Galeón de los carpinteros chinos de Luzón.

Justo a las cinco de la mañana con cuarenta y cinco minutos del sábado veintitrés de

Marzo de 1811 el sol empezaba a iluminar el volcán Mariveles cuando la goleta San

Julián se aproximó al fondeadero, manteniéndose a cierta distancia del Galeón, en tanto

que iniciaba el típico tráfico de juncos cruzando la bahía de Manila.

“Lanzad cabos” gritaba un marino desde uno de los juncos cargados que empezaban a

rodear el Galeón, buscando amarrarse al casco bajo los Pescantes de estribor y babor

para abordar la nave e iniciar la faena de amarrar su carga, para que a continuación esta

fuera izada hasta el nivel de la cubierta mediante el cabrestante y de ahí depositada en

la bodega cuatro niveles más abajo, bajándola a través de la abertura del Combés en un

entaramado prendido de cabos.

Desde abajo, en los juncos no se veía a nadie en las barandillas, cubierta o arboladura

del barco, por lo que se dio la orden a la tropa de iniciar el abordaje trepando por los

cabos colgantes del Pescante de estribor.

Los primeros hombres en llegar a la cubierta señalaron que no había nadie y procedieron

a lanzar escalas por ambos costados del casco para permitir al abordaje del resto de los

soldados.

Los Tenientes Don Ignacio y Don Fernando se aprestaron a escalar seguidos por el resto

de la tropa. Una vez que pusieron pié en la cubierta se repartieron a tomar las diferentes

posiciones asignadas previamente.

Un grupo con Don Fernando al frente se dirigió a la Popa del Galeón para buscar a los

Oficiales y tripulantes capturados. Otro grupo más al mando del Sargento Mayor

descendió de inmediato hasta la bodega para empezar a revisar cada nivel del casco en

busca de los malhechores.

Otros hombres se repartieron por la cubierta y algunos empezaron a escalar los aparejos

para posicionarse en lo alto de las cofas de los mástiles y de las perchas de las velas.

Un último grupo se dirigió al segundo puente, siguiendo las indicaciones del Teniente

Don Fernando para encontrar al Reverendo Don Pedro de la Concha y al Sargento

García de los Cobos, que debían de estar ocultos en algún lugar de ese nivel del casco

de la nave.

Ya habían avanzado hasta el Palo de Mesana cuando se abrió la puerta de los camarotes

bajo la toldilla del castillo de popa y apareció un hombre que empujaba a Don Antonio de

Sesma y Alencaster utilizándolo como escudo y agarrándolo firmemente del cuello. Don

Antonio se veía muy maltrecho y golpeado, mientras aquel hombre vociferaba con

desesperación:

“Si no me dais el oro ahora mismo, este hombre morirá, como ya lo han hecho otros que

están allá atrás en los camarotes”.

“Esperad caballero, que ese oro ya fue entregado a los Monjes Agustinos en el Convento

de San José, pero podemos daros una buena cantidad de pesos de plata para que os

larguéis de aquí cuanto antes” le respondió Don Fernando.

“Vosotros estáis locos, ya me han abandonado todos esos chinos convencidos de que

los engañé al no encontrar vuestro oro en ningún rincón de esta nave y os atrevéis a

pensar que yo me voy a creer vuestras mentiras”.

“Sabed que yo sé de muy buena fuente que ese oro aún está en este Galeón, así que

nó perdáis más tiempo, entregádmelo en uno de esos juncos y dejadme partir con este

hombre, a quien dejaré libre cuando pise tierra si es que nadie nos ha seguido”.

“¿Y quién es ese amigo vuestro que os mintió con esa historia de que encontraríais el

oro aquí?, preguntó el teniente Don Fernando.

“Yá basta” dijo el hombre.

”Me lo entregáis de inmediato o este hombre y yo nos morimos aquí mismo,” terminó la

frase el malhechor.

Mientras eso sucedía, se ganaba tiempo para que varios de los soldados armados

terminaran de tomar posiciones estratégicas en puntos clave de la cubierta y de la

arboladura del Galeón, parapetados y medio ocultos entre los castillos, mástiles, palos

de las velas, aparejos, caña del timón, bombas de achique, guarniciones y barriles con

jarcias repartidos en la cubierta a todo lo largo de la eslora del Galeón, desde el bauprés

en la proa, hasta la botavara en la popa y a todo lo ancho de la manga del casco, de

babor a estribor.

A una señal convenida previamente entre ambos tenientes, Don Fernando dió un paso

al frente y con tono tranquilizador se dirigió a aquel hombre diciéndole:

“De acuerdo, yo os mostraré personalmente en donde está el oro que buscáis, pero a

cambio deberéis dejar en libertad a Don Antonio que yó mismo tomaré su lugar, porque

él esta malherido y no podrá ayudaros”.

“Esa es la única opción que podemos ofreceros”, terminó diciendo Don Fernando.

“Venid aquí con las manos en alto, caminando de espaldas y si acaso os atrevéis a

burlaros de mí, os juro que moriréis en igual forma que todos vuestros amigos que

seguramente ya habéis visto tirados en el piso o que yá fueron devorados por los

tiburones durante la noche”, dijo aquel hombre.

De inmediato se llevaron a Don Antonio al otro extremo de la Cubierta para que lo

atendiera el Médico que los acompañaba. Mientras tanto Don Fernando se dejó llevar

por el atracador con la punta del puñal presionándole la espalda para hacerle saber que

aquello iba en serio.

En el Castillo de Popa, situado en el Puente de Mando junto a la brújula y el cuadrante,

estaba en su base la Caña del Timón desde donde el Piloto guiaba el rumbo de la

navegación del Galeón.

Para llegar ahí, aquel hombre y su rehén Don Fernando habrían de subir los ocho

escalones que se encontraban en la orilla de la cubierta.

Al llegar al último de esos escalones, Don Fernando se detuvo. Volteó hacia atrás para

ver de frente al ladrón y le dijo:

“Ahí enfrente tenéis todo el oro que buscáis, podéis llevároslo”.

“Solo veo la caña del timón, imbécil” dijo el hombre empujando con desesperación a

Don Fernando para que terminara de subir el último escalón, quien simuló un tropezón

para dejarse caer rápidamente hacia adelante y rodar hacia un lado, justo en el preciso

instante que uno de los militares posicionados en lo alto del Palo de la Gavia impactaba

al bandido golpeándole a gran velocidad la cabeza con las botas de ambos pies, al

haberse descolgado prendido de un cabo amarrado en su extremo superior del Palo de

la Vela de Sobremesana del Mástil Mayor, siguiendo una trayectoria de péndulo desde

que se lanzó del extremo de la Gavia del Mástil de Mesana llevándolo en vuelo en una

dirección de medio giro hasta golpear al ladrón.

Golpear en esa forma al bandido se logró mediante el mismo efecto por el que se mueven

los columpios de los críos que se cuelgan de las ramas de los árboles para jugar

balanceándose, lo que se provoca cuando la tabla del columpio se jala hasta uno de los

extremos y luego se suelta para que baje rápidamente en una trayectoria que la lleva con

fuerza hacia el frente y hacia arriba al otro extremo de su recorrido.

Al recibir el fuerte impacto en el cráneo, el ladrón voló hasta que la barandilla de popa

detuvo su cuerpo inerte impidiéndole caer al mar.

Las consecuencias de aquel episodio trágico fueron muy graves y pusieron en alto riesgo

el logro de la misión del Galeón de Nuestra Señora de Guadalupe.

El atracador fue identificado como un monje Agustino del Convento de San José, lo que

le había permitido tener conocimiento del oro que portaba el Galeón.

Los carpinteros chinos escaparon sigilosamente antes del amanecer al ver que no

encontraron el oro que buscaban y que por consecuencia no recibirían la paga ofrecida

por participar en el abordaje y asalto del Galeón.

Dos de ellos fueron capturados por las autoridades filipinas y del resto no se volvió a

saber más. Una cuadrilla nueva de carpinteros chinos, con vigilancia militar reforzada

sustituyó a la anterior y terminó los trabajos de acondicionamiento para colocar en sus

respectivos soportes en los dos puentes inferiores las cuadernas de las piezas de

artillería que faltaban de colocar.

Don Rodrigo Santos y Escobar, General y Capitán del Galeón falleció esa misma noche

por los golpes y heridas que recibió del monje intentando sacarle información de la

ubicación en que se guardaba el oro.

El Reverendo Don Pedro de la Concha y el Sargento Andrés García de los Cobos fueron

rescatados de su escondite en el segundo puente. La herida sufrida por el Cura de la

Concha no fue muy grave.

Tres oficiales, dos marinos, cuatro soldados y dos cadetes de la tripulación del Galeón

murieron asesinados aquella noche.

El resto de los tripulantes regresaron a su barco en la mañana, alarmados al enterarse

de que había habido un asalto y robo durante la noche y madrugada en que todos ellos

se divertían en las tabernas de Cavite.

Al día siguiente, todos los fallecidos fueron velados y sepultados con una misa de Cuerpo

Presente en el Cementerio del Convento de San José.

Don Alejandro Maganda y Ramos recuperó íntegra toda la mercancía que prestó para la

maniobra de abordaje del Galeón. Don Antonio de Sesma y Alencaster fue atendido de

los fuertes golpes y heridas recibidas y a la semana estuvo en posibilidades de hacer el



viaje de retorno en el Galeón, obligado a mantenerse encamado en su camarote por

algunos días más y con muy poca movilidad.

Ambos tenientes, Don Fernando y Don Ignacio sellaron aún más su amistad con la

experiencia vivida en esta aventura.

Dos días después, el Teniente Don Fernando con una fuerte escolta llevó en un carro

cerrado el oro en cuestión a Fray Serafín de los Reyes, superior de la orden de los Monjes

Agustinos del Convento de San José en Manila tras haberse recibido a satisfacción en

el Galeón todos los cañones, barriles de pólvora, armas y pertrechos, ello en adición a

las mercancías adquiridas con pesos de plata por cuenta de los comerciantes del Parían

de la Plaza Mayor.



OceanofPDF.com

CAPITULO XI

El nuevo liderazgo criollo del Galeón

Don Antonio de Sesma y Alencaster convocó a una reunión en la residencia del Don

Pedro Miguel Manuel Pérez de Tagle y Bermúdez, Marqués de Salinas en donde

gentilmente lo habían alojado para que estuviera mejor atendido en su recuperación de

las heridas y golpes sufridos, incluida la fractura de una costilla y de la pierna derecha,

que lo mantenían prácticamente inmóvil.

Aquí estaban el propio Marqués de Salinas, su hijo el Teniente Ignacio, su huésped Don

Antonio, el Teniente Fernando, el Reverendo Don Pedro de la Concha, Don Alejandro

Maganda, el Sargento Don Andrés García de los Cobos, los dos segundos

Contramaestres y el Primer Piloto del Galeón.

Ante las circunstancias de lo sucedido y lamentando la valiosa pérdida de las vidas del

Capitán Don Rodrigo de Santos y Escobar y de varios valientes miembros de su

tripulación, militares y cadetes, Don Antonio planteó el hecho de que una vez que ya

estaban debidamente colocadas y embodegadas en los diferentes puentes y dependencias del Galeón todas las piezas de artillería, los barriles con la pólvora, los

mosquetes, municiones y fardillas con la mercancía de Oriente que habría de llevarse en

el contraviaje, para con el producto de su venta recuperar la arriesgada inversión que

habían hecho medio año antes el grupo de patriotas Novohispanos del Parián de la Plaza

Mayor, estaba ya muy próxima la hora de zarpar rumbo a la Nueva España y por tanto

debía de definirse quienes llevarían la responsabilidad del mando y liderazgo del Galeón

de Nuestra Señora de Guadalupe en su derrota en el contraviaje hacia las Américas.

Don Antonio pidió que esa misma noche tomasen todos los ahí presentes la decisión

más conveniente para que el nuevo mando iniciase a partir del siguiente día los

preparativos para zarpar y reabastecer el Galeón de los víveres, agua y demás

avitallamientos y menesteres necesarios para zarpar de Cavite el miércoles diez de

Abril.

A continuación preguntó abiertamente a los oficiales del Galeón que estaban presentes,

si estarían de acuerdo en que fuera el Teniente Don Fernando Ruíz Castanedo

la persona que tomara el mando de la Nave, para lo cual se precisaría de toda la

colaboración y experiencia de todos ellos, que como avezados marinos deberían de

estar apoyándolo en todo momento, ya que estaba claro que el Teniente no obstante ser

militar y habiendo formado parte de las tripulaciones de los Galeones previamente, no

tenía una preparación formal como marino, aun cuando había mostrado innegables dotes

de liderazgo, valentía y don de mando.

La otra opción sería la de contratar en Manila al Capitán inglés Robert Cadmont que

había llegado meses antes a las Filipinas en un bote, después de que unos piratas

atacaron y hundieron su nave en el estrecho de Luzón, sin embargo por la naturaleza de

la misión del Nuestra Señora de Guadalupe no era recomendable traer a bordo a un

extranjero, privilegiándose por lo tanto el contar con la participación de todos los ahí

presentes para llevar a buen término el contraviaje y el debido cumplimiento de los

objetivos propuestos para este Galeón.

De inmediato todos expresaron su apoyo al Teniente Don Fernando Ruiz Castanedo y

su confianza en que sabría llevarlos a buen término en el retorno, con lo que quedó

acordado el nombramiento del Teniente del Regimiento de Dragones de la Reina como

Capitán del Galeón de Nuestra Señora de Guadalupe, lo cual se ratificó al día siguiente

mediante la firma del nombramiento correspondiente que tuvo a bien gestionar el

Marqués de Salinas ante el Gobernador de la Capitanía General de las Islas Filipinas.

El Reverendo convocó a todos a postrarse ante oleo con la imagen de la Guadalupana

que pendía de un muro del salón y les dió la bendición, avisándoles que el día de la

partida en la propia cubierta del Galeón celebrarían una misa por el eterno descanso de

todos los patriotas, amigos y compañeros que sacrificaron sus vidas, para que los ahí

presentes pudieran estar retornando con bien rumbo a casa.

Para Don Fernando, flamante Capitán del Galeón aún quedaba pendiente una misión

igual de desafiante y tan importante para él como lo era la de tomar el mando del Galeón

y de todos sus tripulantes. Esa misión era solicitar de Don Edgardo Guantánco de

Briones y de su señora esposa Doña Concepción Chapsón, la mano de su querida hija

Clara Luz para casarse con ella y llevarla consigo a la Nueva España.



OceanofPDF.com

CAPITULO XII

Boda en Manila

Siguiendo las costumbres y tradiciones de la Nueva España, Fernando solicitó a su

amigo el Teniente Don Ignacio que intercediera con su padre el Marqués de Salinas,

para que en ausencia de su propio padre, el Marqués de Salinas aceptara su invitación

para acompañarlo a casa de la familia Guantánco la tarde del día siguiente para llevar a

cabo la petición formal de mano de Clara Luz, en nombre y representación de Don

Hermenegildo Ruiz Mejía, padre del ahora Capitán Don Fernando Ruiz Castanedo.

Doña Soledad Chapsón o sea la tía Chóleng ya los esperaba para recibirlos en la entrada

de la casa de la familia Guantánco para acompañarlos hasta el salón principal en donde

a poco se encontraron con todos los miembros de la familia y con algunos invitados de

confianza, como lo eran la Madre Jacinta del Convento de Santa Clara a quien

acompañaban los jóvenes novohispanos Luis y Ricardo y por supuesto el Teniente Don

Ignacio, que no podía dejar de estar presente en este importante acontecimiento y otros

dos buenos amigos como lo eran el Reverendo Don Pedro de la Concha y el Sargento

Don Andrés García de los Cobos, quien recién había sido ascendido al grado de Teniente

a cargo y mando de la guarnición militar a bordo del Galeón, reemplazando en esas

obligaciones al ahora Capitán Don Fernando.

Don Fernando y Clara Luz que lucía un bello vestido de seda eran los que aparentaban

estar más nerviosos esa tarde, aunque sin duda los padres de ella debían de estar muy

intranquilos al ver que su adorada hija Clara Luz se casaría muy pronto con Don

Fernando y los estaría dejando para ir a vivir en tierras lejanas, en las que ellos no

estaban muy seguros que tan bien sería aceptada por ser una mestiza filipina de mezcla

de familias españolas y chinas.

Gracias a los buenos oficios y relaciones de Don Alejandro Maganda, Fernando pudo

comprar en el Parían de los Sangleyes un bello anillo con una piedra rubí de

color rojo frambuesa proveniente de los minerales de Ratnapura en Sri Lanka, el cual

llevaba consigo para entregar a Clara Luz y de esa forma sellar su compromiso

matrimonial con ella.

Después de un rato de conversación entre todos los presentes, la tía Chóleng tomó la

iniciativa y con una de sus pícaras sonrisas preguntó al Marqués de Salinas y al Teniente

Don Fernando cual era el motivo de su visita a esa casa.

Como siempre el humor de la tía ayudó a suavizar el ambiente y a que Don Pedro Miguel

Manuel Pérez de Tagle y Bermúdez, Marqués de Salinas se pusiera de pié y con toda

formalidad se dirigiera a Don Edgardo y a Doña Concepción para solicitar a nombre del

Teniente Don Fernando Ruíz Castanedo, Capitán del Galeón de Nuestra Señora de

Guadalupe y en representación de su padre, Don Hermenegildo Ruiz Mejía, le

concedieran la mano de su hija Clara Luz para con su venia poderse casar y formar una

familia.

Don Edgardo Guantánco a su vez se levantó y extendiendo el brazo hacia Fernando le

dijo:

“Don Fernando, sois ya un hijo más para nosotros. Nos honra y satisface que un hombre

de bien como su merced nos pida la mano de Clara Luz, la cual os concedemos y os

damos la bienvenida a nuestra familia”.

Fernando y Clara Luz se incorporaron y casi sin pensarlo se acercaron a abrazar a Don

Edgardo y a Doña Concepción, para luego tomarse del brazo mientras Fernando se

complicaba para sacar del interior de su casaca el anillo con la piedra de rubí que un

instante más tarde logró colocar en un dedo de la mano derecha de Clara Luz.

Yá con todos de pié, se hizo un brindis por la felicidad de los novios descorchando unas

botellas del espumante y fresco vino de Cava, que para ese entonces ya empezaba a

producirse en la región de Cataluña y a ser conocido y apreciado por los españoles en

todas las colonias.

Fernando alzando su copa agradeció mucho a todos el acompañarlo junto a Clara Luz.

A los Padres y a la familia de Clara luz el aceptarlo, e invitó a todos a asistir el siguiente

domingo siete de abril a la misa de las doce del día en la capilla del Convento de Santa

Clara, en la que se celebraría la boda oficiada por el Reverendo Don Pedro De la Concha.

En ese momento todos quedaron callados y verdaderamente sorprendidos por la

premura de la fecha propuesta por el novio para su boda con Clara Luz. De inmediato

Don Edgardo pregunto a Don Fernando porque tanta prisa para casarse, a lo que este

muy apenado y sonrojado le respondió:

“Ofrezco mis más sinceras disculpas a usted Don Edgardo, a su distinguida esposa

Doña Concepción y a todos los presentes que nos acompañan en este día tan importante

para Clara Luz y para mí”.

“Nuestra intención era celebrar la boda en fecha más lejana, sin embargo la Semana

Santa de este año inicia el próximo Jueves once de este mes de Abril, lo que nos ha

obligado a adelantar la fecha para celebrar la boda justo el domingo anterior, además

de que es verdaderamente necesario que el Galeón zarpe en la contravuelta lo antes

posible, lo cual se llevara a cabo el Miércoles Santo, es decir el diez de abril.

De otra forma, para zarpar habiéramos tenido que esperar una semana más, lo cual

desafortunadamente no nos podemos permitir.”

“De nuevo, perdonadnos y espero que comprendáis las razones de peso que nos

obligaron a tomar estas difíciles y duras decisiones”

No habiendo más remedio, la Tía Chóleng de nuevo tomó la iniciativa pidiendo a todos

que brindaran una vez más al tiempo que tomaban sus asientos para continuar la

reunión, mientras Clara Luz abrazaba fuertemente a su Padre y a su Madre, sin que

ambas pudieran evitar que algunas lágrimas rodaran por sus mejillas.

Asimismo Fernando pidió a sus amigos Ignacio y Andrés que aceptaran ser sus Padrinos

en la ceremonia, que allá les llaman “ninang”. Esto representó un problema para ellos,

porque ambos eran solteros y la costumbre filipina es que Padrinos y Madras de boda

se presenten en parejas de hombre y mujer, por lo que nuevamente la tía Chóleng hubo

de componer las cosas, proponiéndose ella misma como la “ninang” del Teniente

Andrés, confiando en que el Teniente Don Ignacio no tendría ningún problema de invitar

a su prometida como su “ninang” o acompañante femenina a la ceremonia.

Los siguientes días fueron un vertiginoso ir y venir, a fin de asegurar que todo en el

Galeón estaba preparado para poder iniciar el viaje de contravuelta y qué al mismo

tiempo todo estaba a punto para la ceremonia de la boda, que aun cuando sería un

acontecimiento familiar, por tratarse de su única hija, tanto Don Edgardo como Doña

Concepción y sobre todo la tía Chóleng no querían dejar pasar ningún detalle por alto,

estando obligados a invitar a todos sus parientes y amigos de la familia de Clara Luz, así

como a los tripulantes del Galeón, asegurándose que el festejo posterior aun cuando

fuera discreto, ofreciera las mejores viandas y bebidas a los invitados.

En igual forma, luego de que Don Fernando fue investido como Capitán del Nuestra

Señora de Guadalupe estuvo en posibilidad de autorizar que los dos jovencitos

novohispanos Ricardo y Luis pudieran viajar en el Galeón de regreso a su patria como

pasajeros del Galeon. En esta labor fue definitiva la participación y gestiones ante al

Gobernador General de las Filipinas de la Madre Jacinta, del Obispo Don Diego

Gonzales y del Marqués de Salinas.

La pequeña capilla del Monasterio de Santa Clara de Manila, fundado más de doscientos

años antes por la Madre Jerónima de la Asunción lucía verdaderamente hermosa aquel

día, adornada con múltiples ramos de bellas flores e iluminada con gran cantidad de

velas. Al fondo en las últimas cuatro filas estaban sentadas todas las monjas Clarisas

del Convento a excepción de la Madre Jacinta y de la Madre Superiora a quienes se les

habían asignado lugares en la primera fila a un lado de la tía Chóleng.

El coro de niñas estaba en su sitio junto al órgano. El altar mayor, con la imagen de

Nuestro Señor y el cuadro con la imagen de Santa Clara lucían en todo su esplendor.

El Reverendo Don Pedro de la Concha acompañado del Padre Don Alfonso de los

Cobos, Capellán de las Milicias de la Capitanía General y del Padre Venancio Díaz de

la Rota, Capellán del Convento y Párroco de la Iglesia de San Agustín llevarían a cabo

la ceremonia del casamiento oficiando una misa de tres padres.

Todos los invitados y familiares ya habían ocupado sus lugares en las bancas de la

capilla cuando los tres sacerdotes avanzaron por el pasillo central hacia la puerta del

fondo que estaba completamente abierta.

Justo ahí, con un bello ramo de flores de Sampaguita en las manos, Clara Luz yá los

esperaba del brazo de su padre luciendo un hermoso y elegante vestido largo de color

blanco de seda china con bellos bordados en la larga y elegante falda, cubierta por un

ligero y suave velo que le cubría la cabeza bajando hacia atrás por toda la espalda.

Casi al mismo tiempo, cuando los campanarios del Convento y de todas las iglesias de

Manila daban las doce campanadas marcando la hora del mediodía, Don Fernando se

acercó al altar saliendo por la puerta de la sacristía y se detuvo a esperar que Clara Luz

hiciera su entrada desde el portón principal del brazo de su padre Don Edgardo

Guantánco.

Los seguían su Madre Doña Concepción, a quien acompañaba Don Pedro Manuel

Pérez de Tagle, Marqués de Salinas y más atrás, por la tía Chóleng que iba acompañada

de Don Andrés García de los Cobos, seguidos por Don Ignacio Pérez de Tagle y su

futura esposa, Doña Rosa María Ferrer Arias y Trujillo. El cortejo lo cerraban cuatro

niñas, primas y sobrinas de Clara Luz, que llevaban en sus manos las arras y el lazo

que entregarían a las dos Madrinas.

El Capitán Don Fernando Ruiz Castanedo lucía un elegante uniforme de gala que recién

le habían confeccionado en los talleres del Parián por encargo de Don Alejandro

Maganda.

Para Don Fernando y todos los invitados provenientes del Galeón, aquella ceremonia les

resultaba conocida puesto que las ceremonias religiosas católicas en las Filipinas, como

son las bodas, tienen mucha semejanza con las que se celebran en España y sobre todo

con las de la Nueva España, ya que tanto en el gobierno, como en la milicia y en lo

religioso, las jerarquías en las Filipinas están dirigidas desde la Nueva España y muchos

de los miembros prominentes de esas organizaciones en Manila, son españoles o

criollos nacidos en la Nueva España.

A una señal del Reverendo Pedro de la Concha el Coro empezó a cantar un bello himno

de entrada acompañados del órgano, al mismo tiempo que Clara Luz inició del brazo

de su padre el recorrido por el pasillo central de la Capilla hasta llegar al altar.

Una vez ahí, Don Edgardo entregó a Clara Luz llevando su mano para que la tomara

Fernando y le ayudase a hincarse en los reclinatorios al pié del altar.

De acuerdo a la liturgia, la misa dominical continuó en forma tradicional ya que en ese

día el rito del matrimonio de Clara Luz y Hernando formaría parte de la misma.

Después de la primera lectura, el coro y los sacerdotes cantaron el salmo responsorial

para más adelante entonar un bello canto gregoriano antes del evangelio.

A poco llegó el esperado momento del rito del matrimonio. Las madrinas ya estaban de

pie atrás de los novios con el lazo, las arras y los anillos listos para ser presentados a la

pareja.

El Padre Don Pedro de la Concha se dirigió a los novios con estas palabras:

“Clara Luz y Fernando, hoy domingo siete del mes de Abril del año del Señor de 1811

habéis venido a la casa de Dios a celebrar vuestro matrimonio. Recordad siempre a lo

largo de todas vuestras vidas que el matrimonio es una celebración de la relación de

alianza que refleja el misterio de la unión entre Cristo nuestro Señor y su desposada

iglesia”.

“No olvidéis que el matrimonio ha sido elevado a la dignidad de un sacramento y es un

evento de Fe.

Fernando y Clara Luz, ya sea en estas tierras o en tierras lejanas conservad siempre

este sacramento vivo. Amaos cada día y dad a vuestros hijos un ejemplo y un hogar de

bien”.

La ceremonia continuó con la participación de las Madrinas y Padrinos haciendo la

entrega de los anillos, las arras de oro y el lazo de perlas a los novios, que son símbolo

de su unión para siempre, para después continuar con la eucaristía y la comunión, en la

que los asistentes rezaron el Padre Nuestro y luego se formaron a lo largo del pasillo

para recibir la Comunión de manos de los tres oficiantes.

Luego se cantó la letanía, para dar paso a que Clara Luz se pusiera en pié y acompañada

de Fernando caminara hasta el altar de nuestra Señora de Guadalupe,
situado a un

costado de la Capilla, para entregarle su bello ramo de flores y rezar el Ave
María,

mientras el coro de niñas en el fondo entonaba un dulce canto.

Por último, la Madre Jacinta tomó en sus manos una pequeña imagen del
Santo Niño de

Cebú que le entregaron los jovencitos Ricardo y Luis quienes eran los
acólitos en esa

Misa y acompañada de la tía Chóleng, ambas se adelantaron para
encontrarse con

Clara Luz que ya venía de regreso hacia el altar mayor para reunirse con
Fernando

quien la esperaba junto con los sacerdotes para salir de la Capilla al término
de la misa.

Acercándose a Clara Luz, la Madre Jacinta le entregó aquella figura del
Santo Niño de

Cebú, patrono de los filipinos, cuya milagrosa imagen original es venerada
en la Basílica

Menor del pueblo de Cebú y le dijo:

*“Clara Luz, por todos estos años desde que nacisteis habéis sido una
amada hija para*

*todas nosotras las monjas Clarisas de esta congregación y siempre lo
seguiréis siendo,*

sin importar el lugar en que os encontréis.

Llebad con vosotros a la Nueva España ésta imagen de nuestro Santo Niño que os

cuidará y seguramente os traerá felicidad y milagros a vos, a vuestro esposo y a vuestra

familia, así como a todos aquellos que os rodean”.

“¡Id con bien, que el Santo Niño de Cebú os cuidará!”

Clara Luz tomó la imagen.

Ella y Fernando se arrodillaron al pié del altar, mientras el Padre Don Luis de la Cruz les

daba la bendición.

Música y coro entonaron un alegre y festivo canto para acompañar la salida de la Capilla

de los recién casados que iniciaban una vida juntos a partir de ese momento.

Alegría y lágrimas, abrazos y sonrisas se mezclaban a medida que todos los invitados

salían de la Capilla tras los nuevos esposos apresurándose a felicitarlos y desearles lo

mejor en su nueva vida juntos.

De ahí todos pasaron al Refectorio del Convento en el que las Madres Clarisas como

una verdadera excepción y una muestra de afecto y respeto a la familia Guantánco

sirvieron una deliciosa comida con lo mejor de las recetas de su apreciada cocina.

Ya estaba por caer la noche cuando los últimos invitados se despidieron, para que Clara

Luz y Fernando acompañados de Don Edgardo, Doña Concepción y de la tía Chóleng

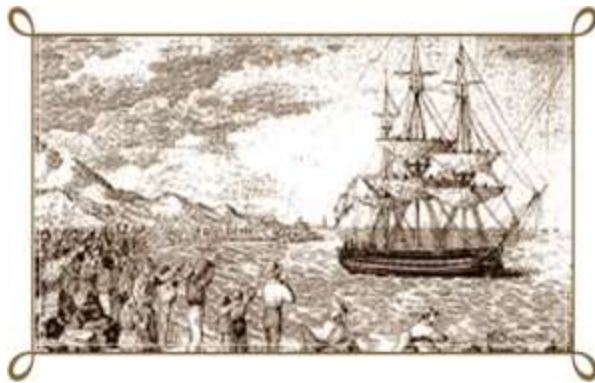
agradecieran a las Madres y a los Reverendos todas sus atenciones y se retiraran rumbo

a la casa familiar, en la que la nueva pareja pasaría su primera noche alojados en la

recientemente renovada habitación y saloncito adjunto en que vivía la tía Chóleng, que

amablemente se los había cedido por los pocos días que Clara Luz y Fernando

permanecerían en Manila antes de partir hacia la Nueva España.



CAPITULO XIII

La Contravuelta

La despedida en el muelle de Cavite fue muy triste para todos.

Don Antonio de Sesma y Alcocer, Don Alejandro Maganda y el Reverendo Don Pedro de

la Concha, además de Ricardo y Luis quienes eran los dos nuevos pasajeros habían

abordado el Galeón desde la noche anterior y junto con la tripulación estaban a bordo

listos para zarpar.

Faltaban unos cuantos minutos para las siete de la mañana, hora en que el

Contramaestre debía de tocar la campana del Galeón por orden del Capitán Don

Fernando.

Un día antes del Jueves Santo de ese año, el miércoles diez de Abril, en el muelle de

Cavite. Fernando y Clara Luz dieron un último y fuerte abrazo a Doña Concepción, a

Don Edgardo, a la tía Chóleng, a Sor Jacinta y a Don Ignacio para luego abordar una

chalupa que a remo los llevo al fondeadero en donde estaba anclado el Galeón de

Nuestra Señora de Guadalupe.

Cuando iban ambos en la chalupa vieron un curioso pájaro que a poca altura volaba justo

encima de ellos. El capataz de los remeros que era filipino les dijo:

“Ese es un pájaro mágico de estas islas. Lo llamamos Tigmanukan y con su vuelo

siempre nos dice a los marinos cual será la suerte que nos espera al zarpar”.

“Si al dejarnos e irse de aquí vuela hacia la derecha, la buena fortuna esta con vosotros,

pero si vuela de derecha a izquierda, entonces habrá peligro y todo puede pasar”.

En ese instante el pájaro aleteó y se dirigió velozmente hasta perderse a lo lejos en

dirección al volcán Mayón, el cual curiosamente quedaba en dirección al norte, es decir

a la derecha de donde estaban en ese momento, provocando la sonrisa de Fernando y

Clara Luz.

Al subir los dos a bordo, el Primer Contramaestre dió el saludo reglamentario al Capitán

del Galeón y esperó a recibir sus instrucciones para proceder.

En el puente de mando Don Fernando hizo una señal al Contramaestre que tocó con

fuerza la campana de bronce de la Nao para dar aviso a todos que estaban a punto de

zarpar.

“*¡Levad anclas!*”, ordenó el Capitán Don Fernando.

“*¡Levad anclas!*”, gritó el Contramaestre.

“*¡Desplegad velas cuadras!*”, ordenó ahora el Capitán

“*¡ Desplegad velas cuadras!*”, repitió el Contramaestre.

“*¡Largad vela cangreja y contrafoque!*”, gritó el Capitán

“*¡Largad vela cangreja y contrafoque!*”, repitió con voz fuerte el Contramaestre al tiempo

que el Galeón giraba muy lentamente iniciando al mismo tiempo su avance cada vez

más rápido al recibir el empuje del viento en el velamen ya desplegado.

A medida que se alejaban de Cavite, hacia la proa se veía claramente la boca de la bahía

en tanto que hacia la popa, las figuras de la gente en el muelle se empequeñecían cada

vez más.

Ahora tenían que cruzar el océano navegando contra corrientes y vientos que

frecuentemente frenaban el avance de las naves, sin embargo siguiendo las

recomendaciones recibidas de boca del Marqués de Salinas, Fernando había decidido

junto con el Piloto seguir la ruta más segura para evitar los ataques de piratas y de

corsarios ingleses y holandeses que merodeaban frente a las costas del Japón.

Tomarían velas dirigiéndose rumbo al sureste hasta llegar a los once grados para de ahí

subir manteniéndose entre los diecisiete y los veintidós grados, tratando de sacar

máxima ventaja de los vientos del noreste, evitando en lo posible navegar entre las

latitudes de los treinta grados norte y treinta grados sur en donde reinaban los vientos

alisios que ayudan mucho a los galeones en la derrota hacia Manila, pero los frenan y

complican en el contraviaje.

El recorrido de los galeones en su retorno a la Nueva España que normalmente tomaba

de cuatro a cinco meses implica siempre preocupaciones importantes, ya que además

de la presencia de piratas había riesgos de enfermedades transmitidas por los animales

como gallinas, corderos y vacas que durante una parte del viaje se transportaban vivos

en las bodegas de la nave. Estos animales a pesar de las revisiones previas, en

ocasiones traían piojos, pulgas, ratas y otros insectos, además de que la escasez de

frutas y hortalizas frescas y de agua para beber que no podía conservarse fresca más

allá de cuarenta días podían causar enfermedades serias como la disentería, el tifus y el

escorbuto.

Para ayudarse en la recolección de agua de lluvia a lo largo del trayecto, el difunto

Capitán Don Rodrigo Santos Escobar había dispuesto que se colocaran empalletados a

todo lo largo de los aparejos, formados con telas envueltas en redes, que al llover

absorbían el agua que les llegaba, la cual se escurría a unas vasijas forradas de bambú

colocadas en cubierta.

Al salir de la bahía de Cavite, pasando frente a Mariveles, el Galeón se enfiló por el Canal

de las Filipinas, dejando atrás las islas de Lubany, Santiago, Mindoro, Birrias y Capul.

Dos días más tarde se aproximaron a la vista de Tycaco, para finalmente dejar el Canal

en el Cabo de Bayach, que es el punto más septentrional de la isla de Luzón, saliendo a

la mar ancha para enfilarse en dirección sureste.

A lo largo de los días, la vida a bordo se desarrolla en la cubierta debido a que en los

puentes y bodegas se llevan las mercancías, armas, artillería, pertrechos, municiones y

alimentos en barriles, fardos y cajones, además de que por ser espacios sin luz y mal

ventilados no es posible estar en ellos por mucho tiempo, por lo que los oficiales y

pasajeros importantes cuentan con camarotes y el resto de la gente duerme en la

cubierta.

Clara Luz disfrutaba como pasajera de la calma de la vida en alta mar, sentada en

cubierta deleitándose con las vistas del mar, los amaneceres y las puestas de sol y

observando trabajar a los marineros y grumetes que continuamente llevaban a

cabo las diversas tareas de navegación, moviéndose por la cubierta y la arboladura

en diversas tareas con las velas, cabos y cables del aparejo del Galeón.

Por las mañanas, junto con el Reverendo Don Pedro de la Concha improvisaban clases

de lectura, gramática, aritmética y religión para los dos jovencitos Ricardo y Luis.

En las comidas se rompía la rutina de a bordo.

Al alba se daba la primera de las dos raciones diarias que recibían los tripulantes,

consistentes en una escasa jarra de vino, pan, legumbres, arroz, harina, pasas, tocino,

pescado o carne salada, quesos y miel.

Adicionalmente siempre había vinagre disponible para mezclarlo con el agua a fin de que

se mantuviera en buenas condiciones más días y diariamente se repartían, en tanto

duraran, cuartos de limón que se aseguraba ayudaban a protegerlos del escorbuto.

A la puesta del sol, los pasajeros y marineros que no estaban de servicio se reunían en

grupos para jugar a los naipes. Don Fernando, Clara Luz, Don Antonio, Don Alejandro y

el Reverendo Don Pedro de la Concha se sentaban todas las noches en su mesa de

juego mientras algunos marineros y militares conversaban, cantaban o pescaban

lanzando por la borda finos cabos con anzuelos.

En esas horas del atardecer el ahora Teniente Don Andrés y el Contramaestre a veces

se reunían con los jóvenes Ricardo y Luis y con los Cadetes, compartiéndoles sus

historias de aventuras en la milicia y en la marina.

Al caer la noche se rezaba la oración.

Después el Capitán, los oficiales y pasajeros se retiraban a sus camarotes y cada uno

de los tripulantes extendía sobre la cubierta la delgada esterilla de paja en la que dormía.

El fuego se apagaba y la sentina se achicaba con la bomba.

El resto de la noche el Galeón seguía su derrota de navegación. Había tres turnos de

guardias llamados “de prima”, “de modorra” y “del alba”, con vigilantes asignados en los

Castillos de Proa y Popa, en el Palo Mayor, en la Cubierta y en el Puente de Mando, en

donde también estaba siempre un Piloto a cargo de la caña del timón, mientras el Oficial

de Guardia de Mar hacía sus rondines para asegurarse de que todos los aparejos

estaban trincados y que los vigilantes estaban despiertos y en sus puestos.

En las noches, además del murmullo del mar y del crujir de las maderas y los cabos de

la jarcia todo era silencio, el cual solo se rompía cada hora en que el oficial de guardia

le daba una vuelta a la ampolleta o reloj de arena del puente de mando y a viva voz

gritaba:

“Protegednos Santísima Virgen de Guadalupe”, a lo que los guardias de turno repartidos

en el buque debían de responder uno a uno: *“¡Amén!”*, lo cual era una antigua costumbre

marinera para asegurar que los guardias no se durmieran.

Por los siguientes ciento veinte días el Galeón continuó avanzando en su derrota hacia

la Nueva España, a veces siendo impulsado por los vientos del monzón del sureste, otros

días casi sin avanzar en un mar calmo sin viento y en ocasiones luchando fieramente

contra tormentas que traían intensas lluvias y fuerte oleaje que barría con fuerza

cubriendo de espuma la cubierta, azotando con violentas ráfagas de vientos

arremolinados que hacían crujir todo el navío soltando los cabos de los aparejos,

desgarrando algunas velas y moviendo la nave en todas direcciones como si fuera una

simple cascara de nuez, obligando a muchos tripulantes y pasajeros a bajar al primer

puente para ahí permanecer a resguardo mientras se capeaba el temporal intentando en

esta forma mantenerse en buen estado a pesar de los mareos y vómitos que muchos

sufrían por tanto vaivén del navío.

Aquellos pocos que por sus tareas debían que estar en cubierta o en los castillos, como

era el caso del Piloto y el Capitán, en lo posible se sujetaban por la cintura con cabos

amarrados a la barandilla, a las guarniciones o a los mástiles para no ser arrastrados al

mar si llegaban a resbalarse.



OceanofPDF.com

CAPITULO XIV

Piratas a estribor

En la mañana del sábado diez de agosto, estando yá más próximos a la costa de las

Californias, el vigía de la Cofa del Palo Mayor alcanzó a ver en el horizonte el velamen

de un navío que avanzaba en dirección al Galeón por el lado de estribor.

Al darse la voz de alarma por el avistamiento, marinos y soldados se aprestaron a tomar

sus armas y ocupar sus posiciones en la cubierta, puentes, aparejos y escotas. Los

artilleros ayudados por soldados, grumetes y cadetes se apresuraron a bajar a la

Santabárbara del Galeón para subir a la cubierta y a los puentes las armas, municiones,

pólvora y parque necesario para mosquetes y piezas de artillería.

El Galeón de Nuestra Señora de Guadalupe desde su construcción original en el astillero

de Bagatao en las Filipinas estaba armado con veinte cañones de doce libras colocados

en sus bases y repartidos a lo largo de los dos costados del casco en el segundo puente,

un nivel debajo de la cubierta y con ocho piezas ligeras de artillería de seis libras,

ubicadas en la cubierta y en los castillos de proa y popa.

Conforme aquella nave se iba acercando a toda vela al Galeón, Don Fernando y su gente

pudieron comprobar que se trataba de un barco pirata apostado en aquellas aguas a la

caza de los Galeones por lo que de inmediato se giraron órdenes de preparase para el

combate.

Al darse el toque de combate, todos los tripulantes y pasajeros hubieron de tomar las

armas y posiciones que les fueron asignadas previamente durante los ejercicios de

simulacro que realizaron varias veces desde su partida y después a lo largo de los meses

que llevaban navegando en la inmensidad del océano.

Clara Luz regresó rápidamente al camarote y tomando la pequeña imagen del Santo

Niño de Cebú que le habían dado la Madre Jacinta y las Monjas Clarisas el día de su

boda, salió a la cubierta y sosteniéndola en alto con ambas brazos llamó a los tripulantes

y pasajeros a acercarse para encomendar su vida y destino al milagroso Niño.

“Acercaos para entregar vuestra alma a nuestro Santo Niño y recibid su bendición” gritó

Clara Luz ante la sorpresa de todos de verla ahí, sosteniéndose de pié a mitad de la

cubierta.

De inmediato todos aquellos hombres de mar se fueron aproximando para hincarse y

persignarse con la convicción de que ese día estarían bajo el cuidado del Señor.

Observando como aquel barco se acercaba hacia ellos, Don Fernando tuvo claro que el

objetivo de los piratas era hacerse de la cargazón del Galeón y por ello no intentarían

dispararle balas de cañón para hundirlo ya que en esa forma perderían el botín.

Su plan seguramente era cubrirlo con fuego de artillería en la cubierta y arboladura para

detenerlos y de disparos de armas ligeras para acabar con la defensa de los tripulantes

de la Nao y así poder acercarse lo suficiente para abordarla y tomar control de la misma.

Para lograr lo anterior, seguramente la nave pirata trataría de llevar adelante su ataque

mediante la siguiente estrategia:

Si el Galeón intentaba huir, para obligarles a detenerse o disminuir su marcha los piratas

seguirían navegando perpendicularmente hacia ellos buscando cortar su trayecto,

apoyados por disparos de artillería de advertencia dirigidos a caer en el mar por delante

del Galeón, muy cercanos a la trayectoria esperada del mismo.

Una vez logrado eso, los piratas se acercarían orzando su nave para quedar posicionados en paralelo al casco del Galeón, procediendo a lanzar cabos de amarre

con garfios, protegidos por intenso fuego de mosquetes y obuses para abordar el

Galeón, tomar control del mismo y apoderarse de su cargamento.

Por el contrario, si el Galeón presentaba batalla a los piratas, la superioridad de la nave

pirata en cuanto a número de atacantes, cantidad y calibre de sus cañones y armas, así

como la maniobrabilidad y velocidad de su nave, les estaría dando una ventaja definitiva

sobre los defensores del pesado Galeón, ya que podrían acercarse más fácilmente a él,

alcanzándolo por la popa con fuego cerrado para apoyar su abordaje.

Sin embargo el Capitán Don Fernando les tenía guardada a los piratas una muy

desagradable y trágica sorpresa que esperaba poder culminar con éxito ejecutando con

mucha precisión una hábil maniobra de muy alto riesgo, ya que era la única oportunidad

que tendrían y no podían fallar.

Don Fernando estaba seguro que la expectativa por parte de los piratas de la capacidad

de fuego y defensa del Galeón de Nuestra Señora de Guadalupe se basaba en el hecho

de que por ser el Galeón un navío de comercio y no una nave de guerra, solo cuenta con

algunos obuses en los puentes de los castillos de proa y de popa y con las baterías de

artillería ubicadas en el interior del segundo puente, las que se disparan hacia afuera a

través de las escotas que cada uno de ellos tiene abierta en el casco.

Los llamados medios cañones son los adecuados para esa ubicación, porque estando

dentro del espacio cubierto y casi cerrado del interior del segundo puente, la cantidad de

humo denso que producen en cada disparo es más baja que la de los cañones de mayor

calibre, permitiendo así la actividad de los artilleros que los sirven, sin embargo tienen

la limitación de su bajo calibre y alcance relativamente corto.

El Capitán Don Fernando se dispuso a combatir.

“Arriad velas” dijo el Capitán. *“Arriad velas”* gritó el Contramaestre.

“Preparad toda la artillería” gritó Don Fernando. *“Preparad toda la Artillería”* repitió el

Contramaestre.

“Cargad armas” volvió a gritar el Capitán. *“Cargad armas”* gritó el Contramaestre.

“Todos a sus puestos de combate” ordenó el Capitán. *“Todos a sus puestos de combate”*

repitieron la orden todos los Oficiales en el Galeón.

“Id a por ellos” gritó con fuerza el Capitán Don Fernando.

Mientras eso sucedía y tal como lo esperaba Don Fernando, el barco pirata se cruzó en

la estela que dejaba a su paso el Galeón para acercársele por detrás en la banda de

babor. A media milla de distancia comenzó a disparar con sus cañones de proa, siendo

respondido por los de popa del Galeón, que ya se había puesto al paio en espera del

combate.

En ese momento, con menor distancia separándoles fue posible para los tripulantes del

Galeón identificar que el navío pirata era el “Strijder”, comandado por el famoso pirata

holandés Johannes Van Zeenten.

Al mediodía el Stridjer continuó acercándose al Galeón por la popa, posicionándose

gradualmente a muy poca distancia de su costado de estribor e iniciando en ese punto

disparos sobre la cubierta con sus pesados cañones destrozando las guarniciones y la

toldilla del Castillo de popa, mientras tiradores piratas apostados en las cofas y perchas

de los mástiles cubrían de plomo toda la cubierta del Galeón.

Para fortuna de Don Fernando, sus tripulantes y pasajeros, el Galeón de Nuestra Señora

de Guadalupe contaba no solo con los veinte medios cañones originales del segundo

puente, sino que en este viaje de retorno desde Manila, como una verdadera excepción

traía en la cubierta cuatro cañones de treinta libras y dos niveles más abajo, en el primer

puente, traía otros treinta y seis cañones más, también de 30 libras, los cuales en lugar

de haber sido almacenados en la bodega, ya que se habían adquirido en Manila para

ser llevados a la Nueva España para apoyar al Ejercito Insurgente de Don José María

Morelos, habían sido colocados cada uno en una cureña en el interior de ese puente,

que estaba justo por arriba de la línea de flotación del casco del Galeón.

Estos cañones adicionales no se podían ver desde el barco pirata debido a que estaban

ocultos detrás del casco y solo serían visibles cuando se abrieran sus respectivas

escotas o puertecillas practicadas en las paredes del casco por los carpinteros chinos en

Cavite, para que por ellas dispararan hacia afuera los cañones. Las escotas hasta ese

momento todavía permanecían cerradas sin que los piratas pudieran sospechar nada,

aunque muy pronto lo descubrirían.

En el momento exacto en que ambos navíos se situaron a la par y los piratas se

aprestaban a lanzar los cabos con garfios para el abordaje, el Capitán Fernando dio la

esperada orden a todos los artilleros agazapados en el primero y segundo puentes del

Galeón:

“Abrid escotas y disparar cañones a estribor”.

No solo el contramaestre, sino toda la tripulación gritaron a coro repitiendo *“Abrid escotas*

y disparar cañones”.

El estruendo de los cañones de la banda de estribor del Galeón disparando desde sus

dos cubiertas a boca jarro y al unísono contra el casco del Strijder, en medio de un

estruendo y de una densa humareda nubló todo y cimbró fuertemente al Galeon,

balanceandolo hacia atras, lo que provoco que cayeran al mar los primeros piratas que

se empezaban a deslizar hacia el Galeon resbalando por los cabos amarrados a los

garfios que recien habian lanzado a los aparejos y que al replegarse la Nao se tensaron,

estirandose o reventandose.

El casco del Strijder desde la línea de flotación hacia arriba prácticamente reventó al

recibir los veinte proyectiles de los cañones del Galeón que explotaron al chocar contra

su maderaje, cuadernas y mamparas. El palo trinquete recibió un fuerte impacto en la

base de su estructura en el interior del casco, cayendo pesadamente arrastrando velas,

cabos y jarcias para irse a detener frágilmente en la Gavia del Palo Mayor, lanzando al

aire a muchos de los tiradores que estaban apostados en esos dos mástiles.

Al recibir los impactos, el Strijder se recargó hacia atrás sacando del agua una buena

parte del dañado costado de su casco, mientras que el costado opuesto se sumergía por

unos instantes, para después iniciar un regreso gradual al punto de balance, lo que

provocó que el costado del casco que tenía todos los daños y destrozos regresara

inclinándose hacia adelante para empezar a sumergirse en el agua.

Ese movimiento de balanceo del casco del Stridjer permitió que por las numerosas

perforaciones del casco en ese costado semi-sumergido entrara con fuerza el agua de

mar que penetró vertiginosamente para llenar los espacios del fondo del casco,

provocando que la nave se hundiera aún más por debajo de la línea de flotación como

consecuencia de la violenta inundación que en pocos minutos lo envió al fondo del

océano.

Al mismo tiempo que el Capitan Fernando pedía al Piloto dar un golpe de timón para

separarse del navo pirata a fin de que nadie pudiera saltar al Galeón y de que no los

alcanzaran las lenguas del fuego que ya iniciaban en el velamen del baco pirata, los

hombres del Strijder caían o se lanzaban al agua tratando de salvar sus vidas, mientras

el Galeón se alejaba de ellos lentamente.

El triunfo se logró sin duda gracias a la visión que tuvieron Don Antonio de Sesma y

Alencaster y los Capitanes Don Fernando Ruíz Castanedo y el difunto Don Rodrigo de

Santos y Escobar al anticipar la posibilidad de un ataque pirata y la posibilidad de



aprovechar para su defensa en el contraviaje los cuarenta cañones adquiridos en las

Filipinas para ser entregados al Generalísimo Morelos.

Esos cuarenta cañones de treinta libras colocados a babor y a estribor bajo la cubierta

en el segundo puente y solo con la baja ventilación que ofrecía el hueco del combes,

ante un ataque pirata solo podían ser disparados en una sola ocasión ya que al hacerlo

soltaban hacia atrás con fuerza una densa nube de ardiente y pesado humo que no tenía

por donde salir, obligando a los artilleros a correr hacia la cubierta tan pronto como

encendían la mecha del disparo de su cañón ante el riesgo de morir ahí mismo,

quemados o asfixiados.

Esa artillería fue fundamental para reforzar al Galeón de Nuestra Señora de Guadalupe

y con ello derrotar al pirata Johannes Van Zeenten, quien se decía comandaba la nave

mejor armada y más mortífera con la que ningún Galeón se había enfrentado antes.



OceanofPDF.com

CAPITULO XV

Tierra a la vista

Aun cuando el Capitán y tripulantes del Stridjer yá estaban sirviendo de banquete a los

tiburones, el Galeón Nuestra Señora de Guadalupe no había salido muy bien librado y

requería de algunas reparaciones urgentes para poder mantenerse navegando y

continuar su camino hacia la costa de California, que ya no estaba tan lejana.

El Capitán Fernando y sus oficiales hicieron una revisión de los daños para estimar su

magnitud y las posibilidades reales de seguir navegando, apreciar cuáles eran los

arreglos más urgentes, decidir si estas reparaciones se podían llevar a cabo y cuánto

tiempo les tomaría hacerlas.

Había daños serios en la cubierta, en los palos y en las velas sobremesana, mayor, gavia

y trinquete.

Se perdió una buena parte del Castillo de proa y el segundo puente presentaba seis

impactos de bala de cañón que habían destrozado cuadernas y secciones del casco y

una porción del propio piso del puente de Cubierta que lo separaba del primer puente,

que es el nivel inmediato inferior en el casco. Había también otros daños menores por

impacto de los disparos en las perchas, palos, carlingas, cofas y botavara de la

arboladura del Galeón.

Sin embargo, aparentemente todos los daños mayores estaban por arriba de la línea de

flotación.

Se veía difícil que se pudieran arreglar o reponer las diferentes velas de los tres mástiles,

así como la vela del contrafoque que fue arrastrada rasgándose hacia abajo por un

impacto de artillería que partió en dos el bauprés de la proa, que es el palo en el que se

sujeta esta vela, sin embargo parecía que al menos seis de las velas cuabras podrían

aprovecharse una vez remendadas o repuestas con las de reemplazo que se llevaban

en interior de la bodega del segundo puente.

La vela cangreja, la botavara y el pico en el que se sujeta la vela cangreja y la mayoría

de los cabos y cables del aparejo estaban en buenas condiciones.

Asimismo el codaste, el timón y en general todo el calado del navío estaban bien, lo que

permitiría la navegación y las maniobras de cambio de rumbo. También se perdió un

ancla.

Por fortuna no hubo mayores daños por fuego en el maderaje, velas y jarcias y los pocos

que se dieron, hubo tiempo de apagarlos.

La bodega con toda su carga de mercancía, armas, barriles de pólvora y botes ahí

estibados estaba sin daños. Al igual que la Santabárbara.

Los nuevos cañones no solo estaban bien, sino que gracias a ellos se había logrado

hundir al Strijder en menos de veinte minutos.

Por otra parte se perdieron una buena parte de los pocos alimentos que restaban para

terminar el viaje, el agua almacenada se utilizó en buena medida para apagar

rápidamente los fuegos y lo más lamentable era el hecho de que dos artilleros, seis

militares y doce marinos y grumetes habían perdido la vida o desaparecido al caer al mar

durante la batalla y se tenían heridos veintidós hombres más, algunos con lesiones

graves por impactos de bala o por haber caído a la cubierta desde lo alto de los palos.

Clara Luz y los jovencitos Luis y Ricardo no solo estaban bien, sino que previo al ataque

habían pedido mosquetes con parque y desde su escondite en el Castillo de Popa,

estuvieron disparando contra el barco pirata a la vez que protegían a Don Antonio de

Sesma y Alencaster y al Reverendo Don Pedro de la Cruz, con los que compartían el

refugio.

Dos horas después el Capitán Don Fernando dió órdenes de poner el Galeón al paio y

por tres días y sus noches todos los tripulantes, oficiales y pasajeros se dedicaron a

reparar en la mejor forma posible los daños del Galeón de Nuestra Señora de Guadalupe

y a atender a los heridos.

De hecho Fernando estaba muy complacido y orgulloso del apoyo y colaboración

entusiasta de Clara Luz, ya que fue ella quien organizó el taller de reparación, remiendo

y costura a mano de las velas dañadas, poniendo a trabajar en ello a los dos jóvenes

pasajeros y junto con el médico, con el propio Don Antonio y con cuatro grumetes,

habilitaron una sala de enfermos para la atención de todos los heridos mientras arribaban

a tierra.

Al mismo tiempo el Reverendo ayudado por algunos tripulantes organizó los funerales

de los hombres caídos, quienes durante la segunda noche fueron lanzados al mar con

los honores correspondientes.

La tarde del tercer día, con el barco aun detenido en alta mar, Clara Luz y los dos

jovencitos estaban sentados sobre la cubierta tratando de empatar dos lienzos de gruesa

lona con los que esperaban reparar una vela que se había rasgado, cuando un fuerte y

extraño sonido los obligó a ponerse de pie y a asomarse al costado de babor del Galeón,

aferrándose al barandal que se balanceaba por el oleaje aun cuando el barco estaba

detenido.

El espectáculo era impresionante, al grado que todos los tripulantes que estaban en

cubierta y en los palos dejaron de hacer todo para admirar a dos enormes ballenas que

a escasa distancia del Galeón pasaban jugueteando y aventando fuertes chorros de

agua por sus respiraderos, para levantar las aletas de la cola y volver a semi-sumergirse,

emitiendo agudos sonidos que no se oían muy fuertes pero que todos sentían vibrando

dentro de sus cabezas.

Fernando se acercó rápidamente a Clara Luz y tomándola de los hombros por la espalda

le dijo:

“Ved Clara Luz, esas son las famosas ballenas que cada año migran desde los fríos

mares del norte para venir a las cálidas aguas de las Californias, en donde dan a luz a

sus crías”.

“Son enormes Fernando” dijo fascinada Clara Luz, mientras las dos ballenas con sus

manchas de piel blanca se alejaban retozando lentamente como jugando entre ellas.

Una vez que el Galeón estuvo en posibilidad de continuar navegando a pesar de contar

con menos velas en la arboladura, reiniciaron el camino en dirección a la costa en

relativas buenas condiciones gracias a un mar tranquilo, sin corrientes en contra y con

buen viento que los impulsaba en dirección al Este, manteniéndose en los cuarenta y

dos grados para tratar de acercarse a la costa de la Alta California en un punto cercano

al Cabo Mendocino.

Era importante tocar tierra lo antes posible para disminuir el riesgo de infecciones serias

ya que por no tener medicamentos, agua, alimentos frescos e higiene en general podían

empezar a presentarse enfermedades entre los heridos y el resto de la tripulación.

El veintisiete de agosto de 1811 en la madrugada, al cumplirse ciento cuarenta y nueve

día de haber zarpado de las Islas Filipinas y doscientos cuarenta y cinco días de haber

zarpado de San Blas en aquel lejano doce de Diciembre del año anterior, el vigía de la

cofa del palo mayor dió la voz que todos esperaban. De inmediato todos los tripulantes

y pasajeros del Galeón de Nuestra Señora de Guadalupe corrieron jubilosos a asomarse

por la borda para observar el mar a su alrededor que como lo acababa de anunciar el

vigía, estaba cubierto en grandes extensiones de su superficie por la llamada “forra

verde”, que no es más que hierba marina flotante que arrastrada por las corrientes se

mantiene ahí a merced de las corrientes marinas, pero que para los marinos representa

una señal inequívoca de la proximidad a la costa aun cuando ésta aún no esté visible en

el horizonte.

No se podía correr el riesgo de que al final de tan larga jornada después de todo lo que

habían pasado llegaran a un puerto de la Nueva España que estuviera en manos de las

tropas realistas y no de los Insurgentes, con riesgo de ser capturados por tropas o

naves del Virrey.

Desde que tocaran tierra en las Californias, antes de continuar navegando hacia el sur

debían de asegurarse con absoluta certeza si Acapulco ya había caído tras el sitio

impuesto por Don José María Morelos, si San Blas seguía en manos de las tropas

insurgentes del Cura Mercado o que otras posibilidades se presentaban ahora para

atracar el Galeón, como podían ser los puertos de Mazatlán, Zihuatanejo o Salina Cruz.

Una vez definido el puerto de arribo, habría que lograr que Don Hermenegildo y los

patriotas de la Ciudad de México recibieran la noticia de su proximidad para que

organizaran en el puerto escogido para su llegada todo lo necesario para la descarga,

transporte, vigilancia y defensa de toda la carga, de las armas, pólvora y municiones,

de los tripulantes y de los pasajeros del Galeón de Nuestra Señora de Guadalupe.

Navegarían costeando un poco más con rumbo al sureste, ayudados por la corriente de

California hasta avistar la bahía de Monterey, en la que entrarían hasta llegar a su

fondeadero protegido por la península el cual se ubica a la desembocadura del río

Salinas. Ahí lanzarían anclas para botar los botes al agua y en ellos acercarse a la playa

para presentarse en la Misión de San Carlos de Borromeo que está en lo alto de una

loma cercana.

En la Misión esperaban encontrar ayuda para los heridos más graves, surtirse de agua

y alimentos frescos, además de traer al Galeón algunos frailes con bastimentos y

material de curación para tratar a bordo a los otros heridos y de ser posible, intentar

conseguir algunos lienzos que les permitieran reponer la vela del contrafoque que se

había perdido en la batalla.

“Tierra a la vista” gritó el vigía de la cofa del palo mayor y de inmediato todos aquellos

que podían caminar salieron apresurados a la cubierta para asomarse al horizonte para

ver si yá se podían ver las boscosas montañas de la costa americana de la Alta California.

De inmediato y siguiendo la tradición marinera, los tripulantes y pasajeros se

congregaron bajo el Puente de Mando del Galeón, ya que había llegado el momento

preciso de entonar el tradicional *“Te Deum”* de los Galeones, el cual se llevaba a cabo

como una celebración profana de la marinería, llamada *“el tribunal de las señas”*.

En este tribunal, la marinería del navío que recién avistó tierra, *“juzga”* mediante señas

a los oficiales y pasajeros de la Nave y a aquellos que encuentran *“culpables”*, entre

risas y gritos les imponen multas que los sentenciados están obligados a pagar con

dulces y vino, los que se reparten a toda la tripulación.

Está por demás decir que en esta ocasión el Capitán Don Fernando, todos los oficiales

y los ilustres pasajeros, incluidos Don Antonio y el Cura de la Cruz con excepción de

Clara Luz y los jóvenes Ricardo y Luis, recibieron “duras” penas que habrían de saldar

tan como pronto bajasen a tierra.

Finalizado el “Tedeum”, todos volvieron a sus puestos para seguir navegando en busca

de la Bahía de Monterey.

Al día siguiente viernes treinta de agosto, tan pronto como los vigías avistaron la bahía

de Monterey y la torre de la Misión de San Carlos, el Capitán Fernando dió instrucciones

de completar todo el aparejo y girar a babor lo suficiente para entrar por la boca de la

bahía hasta el fondeadero en donde echarían anclas.

Dos días estuvieron en la Misión de San Carlos Borromeo de Carmelo, transportando

heridos a tierra y de regreso al Galeón, recibiendo agua fresca, carne salada, frutas y

verduras frescas, mientras aprovechaban para asistir a la Misa Dominical y trabajaban

para reponer la vela de contrafoque y en la reparación del bauprés de la proa que habían

sido seriamente dañados.

La Misión de Carmelo es una de las diez y nueve Misiones fundadas en la Alta California

por el Padre Franciscano Fray Junípero Serra, que partió de la Ciudad de México a

mediados del siglo XVII con la encomienda de evangelizar a los pobladores indígenas

de aquellas lejanas tierras del noroeste de la Nueva España.

Tupidos bosques de grandes pinos que cubrían de verdor las montañas alrededor de la

Misión dejaron una grata impresión en Clara Luz, que nunca había estado en tierras tan

al norte y de clima tan fresco.

La tarde del domingo, un día antes de partir, Clara Luz y Fernando después de asistir a

la misa en la Misión y comer con los frailes, pudieron salir solos para caminar un poco

por un sendero del bosque que llevaba a la ribera del río.

Desde su boda hasta ahora no habían podido disfrutar el estar juntos y solos. En aquel

instante y lugar, bajo los enormes pinos de gruesos troncos, finalmente pudieron

encontrar el momento mágico y romántico de ser el uno para el otro.

El tañido de la campana de la Misión llamando a rezar el Santo Rosario los hizo regresar

a la realidad para volver presurosos, plenos de felicidad, tomados de la mano y viendo

cómo se perdían las ardillas trepando entre los troncos de los pinos del bosque.

De regreso a la capilla, Clara Luz y Fernando rezaron el Rosario con devoción

acompañando a los Monjes de la Misión.

Después, por algunos maravillosos minutos ambos dieron gracias a Dios por haber

arribado con bien a tierras americanas al mismo tiempo que al fondo de la bóveda se

abría gradualmente la penumbra del interior de la iglesia, al recibir los rayos de la puesta

del sol que penetraban por el bello ventanal con forma de estrella que estaba a sus

espaldas, muy cerca del lugar que guarda los restos de Fray Junípero Serra, quien murió

y fue enterrado ahí en 1784.

Al otro día, el Galeón de Nuestra Señora de Guadalupe zarpó para seguir su trayecto

bajando hacia el sur para encontrar su siguiente escala en el Cabo San Lucas, en la

costa de la Baja California, no sin antes despedirse de los Misioneros dejando con ellos

a dos heridos graves y una aportación de mil pesos de plata, prevista en los fondos

proporcionados por los Comerciantes del Parían de la Ciudad de México.

Ahora Don Fernando y su tripulación debían de aprovechar al máximo los vientos a favor

que bajan de norte a sur por el litoral para navegar costearo las Californias rumbo al

sur hasta alcanzar la latitud de veintidós grados norte que es la ubicación de la Misión

de Cabo San Lucas, en la que de acuerdo a lo convenido desde la partida del Galeón,

los Padres Jesuitas ahí relegados tras su expulsión del Reino de España y de sus

Colonias, no solo les darían agua, alimentos, cobijo y curación a los heridos y enfermos,

sino que también les podrían proporcionar importante información actualizada sobre la

disponibilidad de los puertos de la costa del Pacifico en todo el territorio de la Nueva

España, información que precisaban para atracar y descargar toda la cargazón que

transportaban y que había que hacerle llegar a los ejércitos de Don José María Morelos,

a los Insurgentes de la Nueva Galicia y a los Patriotas del Parián que apoyaron el viaje

del Galeón hasta Manila.

Con el agua fresca, la buena alimentación y las curaciones hechas por los frailes a los

heridos en la Misión de San Carmelo todos se sintieron mejor, con fuerza renovada y

aunque el Galeón hubo de tomar una ruta no muy cercana a la costa para aprovechar al

máximo el empuje de la corriente de norte a sur, todos sabían que de ahí adelante, a

estribor en algún punto no lejano y a veces visible estaba la costa americana.

Cinco días más tarde, al llegar a los veintidós grados norte, giraron a estribor para

enfilarse hacia Cabo San Lucas a donde llegaron entrada la noche, por lo que el Capitán

Fernando dió instrucciones de mantenerse al paio hasta el amanecer para a primera

hora de la mañana del jueves cinco de septiembre de 1811 entrar por la boca de la bahía

de San Lucas y anclar en la Rada.

San Lucas era una villa muy pequeña. Tan pronto como los habitantes vieron al Galeón

entrar a la bahía y maniobrar para echar anclas y botar las lanchas desde la cubierta,

salieron a la playa y abordaron sus pequeños botes para remar hasta aproximarse al

casco y saludar eufóricos a los tripulantes.

En la plaza del pueblo, al frente de la Misión de San José del Cabo se encuentra la blanca

iglesia de San Lucas consagrada a la Virgen de Guadalupe desde su fundación por el

sacerdote Jesuita Nicolás Tamaral en el año de 1730.

En el primer bote, con una guardia de dos soldados y cuatro grumetes en los remos,

bajaron a tierra el Capitán Don Fernando, su esposa Clara Luz, el Padre Don Pedro de

la Concha y con alguna ayuda, Don Antonio de Sesma y Alencaster, que para esas

fechas ya estaba bastante recuperado de sus heridas.

El Cura de la Iglesia de San Lucas en la Misión de San José del Cabo, Padre Don Felipe

de la Rosa los esperaba en el atrio de la misma para recibirlos e invitarlos a pasar al

interior del pequeño convento, en el que nueve Hermanos que anteriormente habían

pertenecido a la expulsada orden de la Compañía de Jesús, hacían labores de

catequesis y enseñanza entre los pobladores indígenas de la región, brindando así

mismo ayuda y apoyo a las Naos que a su arribo de las Filipinas después de largas

travesías hacían escala obligada en esa bahía, muy necesitados de alimentos y de agua,

además de siempre traer un buen número de enfermos en su tripulación.

Los recién llegados agradecieron al Cura Don Felipe de la Rosa su hospitalidad y ayuda,

informándole que previamente habían logrado llegar a la Misión de San Carmelo, por lo

que sus necesidades de alimentos y agua eran realmente pocas, aun cuando deseaban

poder bajar a tierra a dos de los heridos que precisaban mayores cuidados.

Resultaba curioso para Clara Luz encontrar que tanto en la Misión de San Carlos

Borromeo, en donde hicieron su escala previa como en esta Misión de San José del

Cabo, encontrarse con la sorpresa de ver numerosos indios filipinos y chinos que habían

llegado desde Oriente en los Galeones y que en las Californias se dedicaban principalmente a trabajar en la creciente explotación minera de yacimientos de oro.

Don Fernando y Don Antonio entregaron al Reverendo Don Felipe de la Rosa unas cartas

que le enviaban los Hermanos Agustinos de las Filipinas, cuatro fardillos con algunos

efectos y especias de Oriente y también, al igual que en la Misión de San Carmelo, una

aportación de mil pesos plata de los Comerciantes del Parían de la Ciudad de México,

como recompensa y pago por la ayuda, atenciones y bastimentos que les estarían dando

para que el Galeón continuara su viaje al sur.

Estando todos sentados alrededor de la larga mesa del Refectorio de la Misión, el

Reverendo Don Felipe de la Rosa les informo que gracias a una carta que recibió en

mano dos meses antes por parte de unos emisarios enviados por el Obispo Don Diego

González Martínez, el ya estaba al tanto de la posible llegada del Galeón de Nuestra

Señora de Guadalupe a San Lucas, aunque nadie estaba cierto de la fecha en que

sucedería.

También sabía el Reverendo de la Rosa que el Galeón debería permanecer protegido

en la bahía lo más oculto posible al abrigo de la península, hasta no tener noticias

confirmando si Acapulco ya estaba en manos de los ejércitos Insurgentes que al mando

de Don José María Morelos se esperaba que para esas fechas hubieran triunfado

después de mantener el sitio sobre el Fuerte de San Diego, tras derrotar a las tropas

Realistas en el Cerro de El Veladero en el pasado mes de Abril.

En relación con la posibilidad de que Acapulco estuviera aun en manos de los Realistas,

Don Antonio de Sesma y Alcocer comento a todos los presentes la necesidad que tenían

de conocer si alguno de los puertos de San Blas, Huatulco, Zihuatanejo, Puerto

Escondido o Santiago estaban ocupados por fuerzas Insurgentes.

“Están ustedes de acuerdo que esta información es urgente y necesaria para poder

seguir adelante”, continuo Don Antonio de Sesma y Alcocer, quien siguió diciendo lo

siguiente:

“El traslado de la pesada carga del Galeón en recuas de mulas y carretas por los agrestes

caminos y veredas escondidas en las montañas de la sierra no será nada fácil, además

de que nos llevará tiempo y habremos de estar seguros de solo acercarnos a poblados

previamente definidos como amigos, evitando encontrarnos con algún contingente de

Fuerzas Virreinales”.

En conclusión, lo importante ahora es confirmar nuestro puerto de ataque” , terminó de

decir Don Antonio de Sesma y Alcocer, para que el Cura Don Felipe de la Rosa, tomara

la palabra:

“Doña Clara Luz y Caballeros, os doy nuevamente la bienvenida a esta casa del Señor.

Sentíos cómodos y descansad porque estoy cierto que os esperan jornadas intensas y

arriesgadas. Todos los Hermanos de esta Misión vamos a apoyaros en la medida de

nuestras posibilidades, tanto para atender a vuestros heridos y enfermos, como para

ayudarles en cualquier menester que preciséis para continuar vuestro viaje hasta un

puerto que os reciba, sin embargo antes debo de compartir con vosotros información

importante que necesitáis conocer”:

“Me temo que las noticias que os voy a dar no son nada alentadoras. En los meses que

vosotros habéis estado navegando en este largo viaje de ida y vuelta hasta las Islas

Filipinas, la lucha insurgente se ha ampliado y complicado a lo largo y ancho de la Nueva

España”.

“Han habido muchas batallas de diferentes fuerzas Insurgentes”.

“En algunas las tropas de los ejércitos de Don Miguel Hidalgo y de Don José María

Morelos han triunfado, pero en muchas otras fueron derrotados”.

“No hay indicios claros de que los Insurgentes estén próximos a acabar con las tropas

Virreinales, como tampoco hay señales de que estas terminen con los Insurgentes, aun

cuando a excepción del Ejercito del Sur del General Morelos, el resto de las fuerzas

insurgentes están muy debilitadas”.

“Hay muchas escaramuzas, encuentros de guerrillas sin trascendencia y en las batallas

que se dan se arrebatan plazas a uno de los dos bandos, mismas que a poco son

recuperadas por el otro bando en la siguiente batalla sin que se vea una conclusión clara

o cercana”.

“Don José María Morelos ya abandonó sin éxito el sitio de Acapulco después de muchos

meses de no lograr doblegar a las guarniciones del Fuerte de San Diego y de la Isla La

Roqueta, retirándose a Tecpan y dejando solo algunas tropas para mantener aislada la

plaza, por lo que en este momento Acapulco no es una posibilidad de ataque para

vuestro Galeón”.

“Sin embargo lo más grave, es que los ejércitos realistas después de haber dañado

severamente al Ejercito Insurgente del Padre Hidalgo al alcanzarlo en Aculco el siete de

Noviembre pasado, justo después de que abandonó victorioso Tres Cruces sin haber

tomado la Ciudad de México, capturaron este veintiuno de Marzo en el poblado de

Acatita de Baján al Señor Cura Don Miguel Hidalgo, cuando se dirigía a Tejas y casi

simultáneamente los realistas también lograron capturar en Chihuahua a Don Juan

Aldama, a Don Ignacio Allende y a Don Mariano Jiménez”.

“Después de varias derrotas a manos de las Fuerzas Virreinales todos ellos intentaban

dirigirse con las reducidas tropas que aún permanecían a su lado hacia los Estados

Unidos para conseguir armas y reagruparse, puesto que ya habían perdido la mayor

parte de sus pertrechos y gente en las batallas previas”.

“Todos fueron fusilados y se dice que sus cabezas aún están siendo exhibidas por

órdenes del Brigadier Calleja colgadas de los muros de la Alhóndiga de Granaditas en la

ciudad de Guanajuato”.

“Lamentando mucho estos acontecimientos, mi parecer es que la mejor y única

posibilidad que hoy tienen los ejércitos Insurgentes de la Nueva España para hacerse de

suficientes armas y municiones para continuar la lucha por la Independencia es la

vuestra”.

“La larga jornada para traer a nuestras tierras desde las Islas Filipinas los cañones,

pólvora y mosquetes que tanto necesitan los Insurgentes sin duda ha contado con la

bendición de Nuestra Señora, la Santísima Virgen de Guadalupe quien os ha protegido

de muchos peligros estando ciertos que ella os llevara con bien hasta el final,

reconociendo sin embargo que todos vosotros también debéis de cumplir con vuestra

parte para lograrlo, por ello mi sugerencia concreta es que vuestras señorías decidáis

quien puede ser el enviado que os represente para que a la brevedad parta al sur en

nuestra pequeña goleta, a fin de aproximarse a Acapulco o a San Blas para desde ahí

tomar tierra y camino para contactar a vuestros amigos en la Ciudad de México”.

Fernando estaba totalmente destrozado.



Lo que menos esperaba era recibir la terrible sorpresa de que sus dos grandes amigos

y maestros, sus capitanes Juan Aldama e Ignacio Allende habían sido capturados y

fusilados, al igual que el Padre Don Miguel Hidalgo y Costilla, iniciador de la guerra de

Independencia de la Nueva España,

No cabía en sí de la tristeza y de la rabia reprimida.

Se levantó dando un fuerte golpe con el puño cerrado en la mesa, acercándose a una

ventana desde donde veía el Galeón anclado plácidamente a media bahía mientras por

su cabeza pasaban mil ideas y las lágrimas estaban a punto de ganarle. De inmediato lo

alcanzó Clara Luz para abrazarlo tiernamente pasándole el brazo derecho por la espalda

diciéndole:

“Don Fernando, por favor calmaos, todos aquí tenemos bien presente la amistad y

aprecio que guardáis para con Don Ignacio Allende y con Don Juan Aldama, más en

este momento todos debemos de pensar con claridad”.

“Hemos recorrido medio mundo y expuesto nuestras vidas más de una vez para que

perdamos la oportunidad de lograr lo que vos, vuestro padre, nosotros y todos esos

heroicos patriotas soñamos con alcanzar”, dijo Don Antonio de Sesma y Alencaster,

mientras se ponía de pié y cojeando de la pierna herida, daba dos pasos para acercarse

a Don Fernando y a Clara Luz.



CAPITULO XVI

El Santo Niño de Cebú

Pasados unos momentos de silencio y reflexión Don Fernando se volteó dando la cara a

todos los presentes en aquella reunión en San Lucas y dijo:

“Don Antonio, soy yó y nadie más quien debe de ir a reunirse con mi señor Padre Don

Hermenegildo Ruiz Mejía para terminar de cumplir la encomienda que nos han dado,

ya que nuestras armas, cañones y pólvora son ahora más importantes que nunca para

lograr el triunfo de la causa Insurgente y para acabar con los traidores que han matado

a mis dos grandes amigos”.

Los siguientes instantes fueron de un largo silencio que parecía durar una eternidad,

mientras cada uno asimilaba las novedades e intentaba poner en orden el torbellino de

ideas y pensamientos que inundaban sus mentes.

“¿Decidme por favor Reverendo Don Felipe, cuanto días estimáis que le tomará a vuestro

pequeño velero llevarme a San Blas?”

“Don Fernando, el Delfín es un bote de dos velas que utilizamos para transportarnos al

sur por el aislamiento y distancia con nuestra prefectura”.

“Es ligero y muy marinero. Puede llevar hasta ocho tripulantes y algo de carga. Lo

utilizamos para nuestro abasto, transporte y comunicaciones regulares con San Blas y

Manzanillo”.

“Con la fuerza y vientos del norte que trae en esta época del año la corriente de California,

el Delfín no debe de tomar más de cinco o seis días para llegar a San Blas, cruzando

primero la boca del Golfo de California para luego continuar navegando en dirección al

sur, manteniéndose siempre en las cercanías de la costa”.

“Don Antonio, Reverendos Don Felipe y Don Pedro, mañana temprano estaré partiendo

junto con mi esposa Clara Luz, con dos de nuestros hombres y con usted Reverendo

Don Luis, si es que su excelencia no tienen inconveniente en acompañarnos para viajar

en ese velero hasta las cercanías de San Blas”, respondió el Capitán Fernando, para

continuar diciendo: .

“Aun cuando San Blas esté en manos Realistas, arribaremos por la noche a alguna playa

cercana y desde ese lugar nos moveremos por tierra para llegar a Guadalajara y después

junto con Clara Luz podremos llegar a la casa de mis Padres en Nochistlán, en donde

nos organizaremos para continuar hasta la Ciudad de México”.

En ese momento el Reverendo Don Pedro de la Concha se puso de pié con mucha

energía y como iluminado se dirigió a Don Fernando:

“Vuestra propuesta es verdaderamente excelente y os voy a explicar el porqué:”

“Muy cerca de Manzanillo está la playa de las Islitas, próxima al poblado de Matanchén,

siendo éste un lugar ideal para llegar con el velero de bajo calado que gentilmente nos

ofrece Don Felipe, en adición a que su velero es conocido y el avistarlo no causara

ninguna sospecha”.

Después, persignándose ante el estupor de todos los presentes, continuó:

“La buena fortuna que tenemos es que el poblado de Matanchén es una de las

poblaciones con comunidades más numerosas de familias de origen Filipino que llegaron

a la Nueva España a lo largo de muchos años como trabajadores de los Galeones y del

astillero de San Blas”.

“La gran mayoría nacieron en nuestras tierras y muchos son mestizos, sin embargo

conservan muy vivas sus tradiciones y costumbres incluyendo el uso familiar del

lenguaje Tagalo, por lo que seguramente les complacerá mucho que una dama Filipina

como lo es Doña Clara Luz llegue a Matanchén, lo cual nos ofrece una muy buena

defensa contra la posibilidad de que los Realistas tengan noticias de que hemos

desembarcado, ya que sin duda ellos nos protegerán con su silencio y discreción”.

“¿Cómo es que su Ilustrísima conoce todo eso, Reverendo?” , preguntó de inmediato

Don Antonio de Sesma y Alencaster.

“Permitidme hacer un breve sumario de cómo es que tengo la fortuna de conocer todo lo

antes expuesto”:

“En el año de 1767 su Majestad Don Carlos III decretó la expulsión de los miembros de

la Compañía de Jesús de todos los Dominios Hispánicos siguiendo el ejemplo iniciado

por el Reino de Portugal y por los Reyes Borbones en Francia e Italia”.

*“Siendo yó muy joven asistía al Colegio en la Ciudad de Puebla de los
Ángeles, en el*

*cual tuve la fortuna al igual que muchos compañeros de ser alumno de
varios buenos*

*mentores incluidos los Maestros y Padres Jesuitas Don Antonio López de
Priego, Don*

Alfonso Cervantes y Don Luis Maneíro”.

*“En forma muy especial estos tres Sacerdotes Jesuitas sembraron en mí y
en muchos*

*otros niños y jóvenes Poblanos la semilla de la vocación religiosa y el
deseo de unirnos*

a la Compañía de los Soldados de Cristo”.

*“Desgraciadamente en 1773 todos los Jesuitas fueron desterrados y
expulsados de la*

*Nueva España viéndose forzados en su mayoría a emigrar a los países nó
católicos de*

*Europa, desde donde continuaron manteniendo contacto con sus familias y
con muchos*

*de nosotros que seguimos nuestra vocación en otras Ordenes, como lo fue
en mi caso*

la Orden de San Francisco”.

*“Por fortuna, no pasó mucho tiempo y el veintiocho de Agosto de 1798,
hace poco más*

de veinte años, su Majestad Carlos IV concedió a todos los antiguos Padres Jesuitas

desterrados la posibilidad de retornar a sus tierras de origen aun cuando la Compañía

de Jesús como Orden Religiosa ya había sido extinta formalmente”.

“En la Nueva España al momento de la expulsión había cerca de setecientos Padres en

la Compañía de Jesús de los cuales casi quinientos eran criollos, por lo que muchos de

ellos pudieron reintegrarse y quienes deseaban continuar su labor apostólica se vieron

forzados a reubicarse en lugares aislados y lejanos en los que tuvieran poca visibilidad

y presión por parte de las autoridades del Clero del Virreinato, aun cuando ya no

pertenecieran la Compañía de Jesús”.

“Como su merced bien conoce Padre Felipe, tal fue el caso del Padre José de Castañiza,

quien por mucho tiempo desde su regreso de Alemania se integró a la orden de San

Francisco y estuvo al frente de esta Misión de San Lucas en la que estamos ahora, la

cual presidió hasta su fallecimiento hace ya cinco años, fecha en que usted Padre

Felipe llegó a San Lucas para reemplazarlo”.

“En igual forma y por las mismas causas el Padre Don Alfonso Cervantes a quien conocí

en mis años de estudiante en el colegio hubo de salir de Puebla para vivir en el destierro

en Europa a partir del extrañamiento hecho a la Compañía de Jesús.

Con él mantengo contacto epistolar gracias a que su hermana María Josefina de la

Santísima Trinidad, religiosa del Convento de Santa Catarina en Puebla de los Ángeles,

la cual me puso al tanto tan pronto como el Padre Alfonso Cervantes retornó a la Nueva

España tras obtener su designación como Cura Párroco del pequeño poblado de

Matanchén y gracias a ese intercambio de cartas con el Padre Alfonso, es que estoy en

conocimiento de los orígenes Filipinos de los pobladores de Matanchén”.

“Reverendo, lo que estáis diciendo vale oro”, respondió Don Fernando.

En ese momento Clara Luz se volteó hacia su esposo Fernando y le pidió que se

movieran de nuevo a la ventana, porque quería comentarle algo muy importante y

personal.

Ambos hablaron unas pocas palabras en voz muy baja. Los demás solo pudieron ver

que Clara Luz se acercó a su esposo para hablarle al oído, mientras el mostraba una

cara de duda que rápidamente se convirtió en una amplia sonrisa.

Tomó a Clara Luz suavemente por la cintura para de inmediato acercarse de nuevo al

grupo:

“Caballeros, gracias al bondadoso corazón de mi esposa Clara Luz ahora tengo muy

claro lo que vamos a hacer”.

Y continuó diciendo:

“Como ya se dijo, mañana mismo partiremos en el velero que gentilmente nos ha ofrecido

el Padre Don Felipe”.

“Padre Don Felipe de la Rosa, solo os pido que nos hagáis el favor de proporcionarnos

vestimentas de sotana y calzado de frailes para cada uno de nosotros, así como un

hábito de alguna monja de vuestro convento”.

“¿Y cuál es el propósito de ello, Don Fernando?”, cuestionó el Padre Don Felipe:

“Es muy simple señores, tocaremos tierra en la playa de las Islitas y nos aproximaremos

al pueblo de Matanchén portando con nosotros la Santa imagen del Santo Niño de Cebú,

patrono de las Islas Filipinas el que sin duda todos sus pobladores deben de conocer”.

“El motivo de nuestra llegada a Matanchén será invitar a todos sus pobladores a

acompañar al Cura Don Alfonso Cervantes, al Reverendo Don Pedro de la Cruz, a la

“Hermana” Clara Luz y a nosotros, fieles “hermanos” a que se unan a nosotros en una

Santa Peregrinación hasta la Iglesia de la Virgen de San Juan de los Lagos para

presentar al Santo Niño de Cebú recién llegado de las Islas Filipinas ante la Santísima

Virgen de San Juan de los Lagos.

Una vez cumplida esa santa misión, la divina imagen del Santo Niño del Cebú retornara

de San Juan de los Lagos a Matanchén, que de ahí en adelante será su casa para que

siempre sea venerado por los pobladores de origen filipino en la iglesia de ese poblado”.

Aquí Clara Luz intervino y dijo:

“Os comento que el día veinte de enero se celebra la fiesta patronal del Santo Niño de

Cebú o “Sinulog” como la llamamos en Filipinas, y para esa fecha estando ya de regreso

el Santo Niño de su peregrinación a San Juan de los Lagos, habrá una bonita

oportunidad para que el Padre Don Alfonso Cervantes festeje en su día al Santo Niño de

Cebú en su nueva casa en Matanchén”.

Don Antonio de Sesma y Alencaster complacido tomó la palabra para explicar lo

siguiente:

“Don Fernando y Doña Clara Luz, vuestras sugerencias son excelentes y me adelanto

a pensar que Don Alejandro Maganda estará complacido de acompañarnos, yá que él

es precisamente un descendiente de familias Filipinas, novohispano de tercera

generación nacido en otra de las comunidades de filipinos que están en las regiones de

la Costa Grande próximas al puerto de Acapulco”.

“Disculpad Don Fernando” intervino el Padre Don Antonio, Capellán de San Lucas.

“Conozco al Reverendo Cervantes desde hace varios años y cuando hemos tenido

oportunidad de reunirnos hemos compartido muchas ideas que van muy de acuerdo con

las vuestras, por lo que pido vuestra venia para acompañaros. No tengo la menor duda

que al yó estar con ustedes y pedir su apoyo personalmente a Don Alfonso Cervantes el

no tendrá el menor reparo en colaborar, ya que necesitareis que él sea quien reciba en

su iglesia al Santo Niño y a todos vosotros y que además os ayude a organizar la

peregrinación hasta San Juan de los Lagos, con la participación del mayor número

posible de habitantes de Matanchén”.

“Bienvenido Reverendo”, respondió Don Fernando, agregando:”

“Como seguramente os estáis dando cuenta el Santo Niño de Cebú que Clara Luz trajo

desde Manila nos está haciendo el milagro de permitirnos llegar a tierras americanas y

de aquí en adelante nos ayudará a llegar a Matanchén para luego cruzar la provincia

de la Nueva Galicia hasta la región de Los Altos, acompañados de muchos fieles devotos

en una santa peregrinación religiosa, todo ello sin ningún temor, restricción o sospecha

por parte de las fuerzas Realistas que encontremos a nuestro paso”.

“Mientras tanto, aprovechad para terminar de reparar el Galeón, sanad a los heridos y

enfermos, cuidad y vigilad de día y de noche la cargazón que está en nuestra bodega y

preparaos para continuar adelante hasta cumplir nuestra misión”, terminó de decir

Fernando poniendo punto final a aquella reunión.

La luna se reflejaba en las olas que llegaban a romper suavemente en la playa de Islitas

frente al poblado de Matanchén. El Piloto del velero Delfín una vez que entraron a la

bahía logró enfilarlo sigilosamente para llegar a encallar la quilla suavemente sobre la

arena y que sus pasajeros pudieran desembarcar y caminar hacia tierra, manteniendo el

silencio al máximo posible.

El agua les llegaba a las rodillas al brincar por la borda del pequeño velero. Clara Luz

fue ayudada por Fernando y por el Padre de la Cruz, quienes la llevaron casi a pulso

hasta la arena seca de la playa.

Tan pronto como pisaron la playa todos procedieron a cubrirse con los hábitos y casullas

religiosos y a seguir a los Padres Don Felipe y Don Antonio, que al frente del grupo y

llevando a la imagen del Santo Niño de Cebú se dirigieron prontamente a la pequeña

iglesia que estaba muy próxima a un lado de la placita del Pueblo, para tocar a la puerta

del Curato y encontrarse con el párroco Don Alfonso Cervantes.

Esa noche del jueves doce de septiembre todos disfrutaron una extensa velada con el

Padre Alfonso Cervantes, en la que la conversación giró primordialmente alrededor de la

sorpresa y gusto de volverse a ver con el Padre Pedro de la Concha, de los recuerdos y

amistades comunes que ambos sacerdotes guardan del Colegio y de la vida en Puebla

de los Ángeles y de la bendita y divina satisfacción, como la llamó el propio Padre

Alfonso, de recibir en el pequeño poblado de Matanchén el regalo de la imagen del Santo

Niño de Cebú.

A las seis de la mañana del día siguiente, el propio Padre Alfonso subió a la torre de la

pequeña iglesia para tocar la campana llamando a todos los pobladores de Matanchén

y alrededores para acudir al atrio del templo a recibir a la imagen del milagroso Santo

Niño de Cebú, que recién había arribado a sus playas la noche anterior traída desde las

Filipinas en propia mano por la Hermana Clara Luz, para ser llevada en Santa Procesión

a ser presentado a la Virgen en la Basílica Santuario de San Juan de los Lagos.

Después, por primera vez desde que se construyó esa pequeña iglesia en Matanchén,

ese día se celebró una misa de tres Padres, ante la emoción y alegría de todos los

pobladores por tener al santísimo Niño de Cebú ahí en su propia casa.

Terminado el sermón del Padre Alfonso, la “Hermana” Clara Luz subió al púlpito y

hablando en lengua tagala les dirigió unas breves palabras:

"Mga kapatid Pilipino na nagmumula sa Pilipinas, sa ngalan ng aming Señora de

Guadalupe upang dalhin sa iyo ang mahalagang regalo ng mapaghimala imahe ng

aming mga Bata ng Cebú, na bilang alam mo, ay ang Patrón Santo ng lahat na nakatira

sa mga malalayong lupa, ngunit sa ngayon ito ay isa sa iyo, sino ang mananagot sa

dugo, pamana at tradisyon ng inyong mga ama at lolo na tumawid sa malawak na

karagatan upang makarating dito".

Luego, Clara Luz leyendo una nota, repitió las mismas palabras esta vez en castellano:

“Hermanos Filipinos, he llegado desde las islas Filipinas por encargo de Nuestra Señora

de Guadalupe para traeros este preciado regalo de la imagen de nuestro milagroso Niño

de Cebú, que como sabéis es el Santo Patrono de todos los que vivimos en aquellas

lejanas Islas, pero también a partir de hoy lo es de vosotros, que lleváis la sangre, la

herencia y las tradiciones de vuestros padres y abuelos que cruzaron el vasto océano

para llegar hasta acá”.

Dicho lo anterior, el Padre Alfonso se dirigió a todos los fieles:

“Hijos míos, recordad siempre, y transmitid a vuestros hijos que el Santo Niño de Cebú

ha llegado hoy a esta Iglesia, para quedarse aquí mismo por siempre, porque esta es

ahora su nueva casa, enviado por vuestros hermanos de las Islas Filipinas que no os

olvidan y siempre os tendrán presentes en su memoria y recuerdos”.

“Nuestra misión es partir hoy mismo a las cuatro de la tarde de esta iglesia en Santa

Peregrinación para subir por los caminos que nos lleven a la villa de San Juan de los

Lagos, en donde presentaremos en la Basílica a nuestro Santo Niño ante la Virgencita

de San Juan de los Lagos para ser bendecido por el Señor Obispo de Guadalajara Don

Juan Cruz Ruiz de Cabañas y Crespo, luego de lo cual retornaremos en peregrinación

trayendo a esta misma iglesia la imagen bendita del Santo Niño de Cebú, la que como

yá os mencioné antes, tal como nos lo dijo la hermana Doña Clara Luz, quedará aquí en

Matanchén por siempre para nuestra protección y veneración”.

La misa continuó, para que al término de la misma todos los presentes hicieran una larga

fila para ir al frente a postrarse de rodillas con fervor ante la pequeña imagen del Santo

Niño de Cebú, que gracias a lo que parecía un verdadero e insospechado milagro les

había llegado aquella madrugada desde las Filipinas.

La ruta de la peregrinación era larga puesto que habrían de partir de la costa para subir

a las montañas de la Sierra Madre hasta llegar a la llamada región de Los Altos.

Afortunadamente el Camino de Herradura hasta Tepic y de ahí en adelante el Camino

Real hasta Guadalajara y San Juan de los Lagos eran transitables todo el año.

Ese mismo viernes saldrían de Matanchén guiados por los Padres Don Alfonso

Cervantes y Don Pedro de la Concha, viajando en carretas, caballos y burros para llegar

a las afueras de Tepic. Una vez ahí se detendrían a pasar la noche e iniciar al día

siguiente la jornada con una misa a la orilla del camino, para luego subir a la sierra por

Ahuacatlán y llegar al cerrar el día a Ixtlán de Rio, en donde podrían refrescarse y

descansar esa noche para continuar al otro día su camino después de celebrar la diaria

misa muy temprano, cruzando los poblados de Magdalena y del Arenal, para finalmente

llegar el sábado veintiuno de septiembre al poblado de Zapópan en las cercanías de

Guadalajara, para asistir a la misa en la iglesia de la Virgen de la Expectación,

popularmente conocida como Nuestra Señora de Zapopan de donde continuarían para

llegar al anochecer del martes veinticuatro a la Basílica de Nuestra Señora de San Juan

de los Lagos, a quien de cariño llamaban “la chaparrita”.

Al día siguiente los peregrinos de origen filipino de Matanchén presentarían la imagen

del Niño del Cebú ante la Virgen de San Juan de los Lagos, en una ceremonia religiosa

oficiada por el Obispo Cabañas.

De ahí, los peregrinos iniciarían el regreso a su pequeño poblado que en adelante sería

la casa del Niño del Cebú en el continente americano.

Esperaban que por ser una peregrinación religiosa, a todo lo largo del camino y en todas

las poblaciones que cruzaran, las autoridades locales y eclesiásticas, sus habitantes y

las tropas ahí acantonadas los recibirían muy bien ayudándolos en cualquier necesidad

que tuvieran lo cual así sucedió, sin que despertaran sospecha alguna por su presencia.

La misma noche del sábado veintiuno de septiembre al llegar a Zapópan, Fernando y

Clara Luz, sin llamar la atención se separarían discretamente del grupo, viajando en

carretas por el Camino de Herradura en dirección a Yahualica, acompañados de seis

hombres de confianza de la tripulación del Galeón y de los jovencitos Luis y Ricardo

traídos desde Manila por Clara Luz, portando consigo los ocho baúles en los que llevaban

la ropa y enseres de Clara Luz y Fernando así como los regalos y mercancías que habían

recibido o que Don Fernando había adquirido en Manila, incluidos los bellos mantones

de seda que la propia Clara Luz escogió en el parían de Cavite.

El viaje desde Zapopan les llevaría toda la noche y parte del siguiente día, planeando

arribar a la Hacienda de Don Hermenegildo Ruiz Mejía en la tarde del día siguiente.



OceanofPDF.com

CAPITULO XVII

De regreso en Nochistlán

Por el camino desde Guadalajara se llega a la Hacienda de la Mesa propiedad de Don

Hermenegildo Ruíz Mejía, la cual está situada en las afueras de la población de El

Remolino en las faldas del cerro conocido como la Mesa del Agua.

Los peones y los capataces de la Hacienda que al atardecer del domingo veintidós de

septiembre regresaban a la casa después de revisar los potreros para asegurarse que

los corrales estuvieran cerrados, nunca se imaginaron que en las carretas que vieron

entrar por el gran portón bajo el arco de piedra y ladrillo que marcaba el entrada a la

Hacienda llegaban Don Fernando y Clara Luz, quien por vez primera conocería a los

padres y familiares de su esposo.

Al llegar al patio frontal, un peón se acercó a ayudarles a bajar y a librar los caballos de

las carretas para llevarlos a la caballeriza, mientras los dos hombres que los

acompañaban ayudados por Ricardo y Luis bajaban de las carretas y colocaban en el

vestíbulo de la casa los baúles, en tanto que Fernando acompañado por Clara Luz

entraba hasta el amplio y fresco patio interior dando voces:

“Padre, Madre, ya estoy aquí. Soy Fernando, venid que os tengo una sorpresa”

De inmediato todos se apersonaron jubilosos. Sus padres Don Hermenegildo y Doña

Gumara estaban en la cocina y los dos hermanos menores, Gumaro y Feliciano,

salieron de su habitación sorprendidos por la llegada de su hermano Fernando.

Todos fueron a abrazar emocionados a Fernando a la vez que saludaban con respeto y

distancia a Clara Luz, dándole solo las buenas tardes.

Al unísono cada miembro de la familia hacía mil preguntas y exclamaciones a Fernando,

las que quedaban sin respuesta por parte de él, que seguía abrazándoles efusivamente

con fuertes palmadas en la espalda y con besos a su Madre, sin perder la sonrisa ni decir

nada coherente.

Pasado ese momento de ebullición, Don Hermenegildo tomó su papel de jefe de la familia

y dijo:

“Hijo, que gusto y sorpresa nos habéis dado llegando a estas horas, sin ningún aviso

previo y acompañado de esta damita y de estos dos jovencitos”.

“Veo que estáis bien, tal vez un poco más flaco, pero más maduro”

“¿ Ahora presentadnos a vuestros compañeros?”

Sin perder la sonrisa, mientras Clara Luz lucía muy tímida con la mirada puesta en el

piso, Fernando se acercó a ella. Le pasó el brazo derecho por la cintura, atrayéndola un

poco hacia él y respondió”:

“Padre, Madre, Hermanos, estoy de vuelta en casa y hay mucho que contaros pero antes,

lo más importante es presentaros a esta bella dama que se llama Clara Luz y es mi

esposa”.

La alegría, el júbilo y la emoción se vieron congelados instantáneamente en los rostros

de todos.

Si yá había sido una sorpresa inesperada ver aparecer a Fernando, la noticia que les

daba ahora era infinitamente más sorprendente.

Doña María atinó a decir: *“¿De verdad hijo, os habéis casado?”*

“Si Madre, ella es Clara Luz, la bella niña que prendó mi corazón en mis viajes previos al

Oriente. A ella la conocí en Manila y recuerdo que ya os había comentado en alguna

ocasión que Clara Luz me había robado el corazón.

¿Recordáis que os hablé de eso Madre?“

“Pues sí hijo, ahora que lo mencionáis creo que lo recuerdo”. Respondió titubeando

Doña Gumara sin animarse a desmentir a su hijo o a aceptar que no había prestado

atención a aquel comentario previo que el mencionaba.

Y sin que nadie más supiera que decir continuó:

“Hija, porque ya eres una hija más de esta familia, seguramente debéis de estar muy

fatigada.

Porque no pasáis a la habitación de huéspedes, os refrescáis y descansáis un poco. Sed

bienvenida”.

“Perdón Madre, pasaremos los dos a mi habitación para asearnos, descansar un poco y

en una hora más volver a reunirnos para cenar esos ricos chilaquiles que vos preparáis

como nadie y por supuesto, un buen jarro de chocolate acompañado por una ricas

conchas, pero primero por favor, disponed que estos buenos muchachos cuyos nombres

son Ricardo y Luis tengan un lugar en esta casa para dormir y asearse, además de que

nos acompañen a cenar”.

“Ellos nacieron en la Nueva España, pero por azares del destino acabaron viviendo

separados de sus familias en el convento de las Madres Clarisas de Manila. Clara Luz

los ha traído para reencontrarlos con sus familias, pero en tanto llega ese momento, los

alojaremos aquí y podréis considerarlos como si fuesen vuestros ahijados”.

Y dicho lo anterior, Fernando tomó de la mano a Clara Luz y dijo:

“Padre, también os pido por favor que deis instrucciones para que los hombres que están

afuera sean recibidos, atendidos y que descansen, puesto que nos han acompañado en

todo el recorrido desde Manila hasta esta casa”.

“Con el permiso de todos vosotros nos vamos a retirar. Clara Luz, acompañadme por

favor”

Nadie más se movió o habló y aunque todos se morían de ganas por saber más de Clara

Luz y de cómo y porque Fernando se había casado en las Islas Filipinas con esa bella

niña que a todas luces parecía que era mestiza de sangre española y de indios filipinos

o de chinos.

Don Hermenegildo paró en seco cualquier especulación dirigiéndose a todos:

“Hijos, regresad a vuestro cuarto y arreglaros para la cena. Gumara en cuanto terminéis

de ordenar a las cocineras que preparen todo, por favor venid conmigo que tenemos que

hablar”, y continuó dirigiéndose a Ricardo y a Luis:

“Jovencitos, yó os llevaré a la habitación de huéspedes para que os aséis, os mudéis de

ropa y que descanséis un poco para más tarde venir a cenar con todos nosotros.

Antes por favor señalad al mozo cuales son los baúles de Fernando y de Clara Luz y

también los de vosotros, para que él los lleve a las habitaciones”.

Cuando Doña Gumara entró a su habitación de regreso de la cocina encontró a su

esposo Hermenegildo sentado en su sillón preferido con esa cara de pensativo que a ella

siempre le preocupó verle, ya que nunca se sabía qué resultaría una vez que llegara a

una conclusión y se pusiera de pié.

“¿Gumara, que pensáis?”

“Pues nó sé Hermenegildo. Dígame usted que piensa, porque usted es quien ha estado

más cerca de Fernando en estos últimos tiempos y como hombre, creo que lo conocéis

mejor que yo, que aunque lo parí, dejé de estar cercana a él cuando se enroló en el

Batallón de Dragones y de ahí en adelante muy poco he podido convivir con él”.

“Tenéis razón Gumara. Pienso que Fernando es un buen hijo y un buen hombre, Yo fui

el que lo llevó a todo esto y lo convenció de embarcarse en el Galeón de Nuestra Señora

de Guadalupe y con ello bien sabíamos que estaría expuesto a mil peligros. Si él tomó

la decisión de casarse en Manila pues debemos de respetarlo y apoyarlo, aunque no sé

cómo será esta jovencita Clara Luz, que para mí es casi una niña.

¿Qué opináis Gumara?”.

“Hermenegildo, hace un momento me imaginaba lo que estará pasando esa niña

llegando aquí para encontrar a su nueva familia, es decir la nuestra, que está formada

por gente desconocida, que además tenemos costumbres y orígenes muy diferentes.

Pobrecilla, debe de estar muy angustiada”.

“Hermenegildo, si confiamos en nuestro hijo y él lo ha decidido, como vos dijisteis hace

un momento, démosles a ambos todo nuestro apoyo y comprensión además de que a

ella seguramente le complacerá mucho recibir nuestro cariño. No se olvide que cuando

me case con usted yo también estaba muy chiquilla”.

“Gumara, Creo que la prima Jovita no va a estar muy contenta, puesto que ya se hacía

ilusiones de que su sobrina Lucía fuera la futura esposa de Fernando.....Ja, Ja, Ja”,

comentó Don Hermenegildo en plan de broma, intentando sin éxito con ese comentario,

recuperar un poco el optimismo.

En eso alguien tocó a la puerta de la habitación, a lo que Don Hermenegildo respondió

con una voz de: “¡Adelante!”.

Se entreabrió la puerta y Fernando asomó la cabeza hacia el interior, solo para decir:

“Padre, el Galeón y su carga están bien. Es importante y urgente que conversemos, pero

en este momento estad tranquilos y nos vemos al rato en la cena”.

“Hijo, hijo...” dijo Doña Gumara.

“¿Cómo está Clara Luz?, por la sorpresa no supimos que hacer o que decir. Vuestra

llegada nos tomó desprevenidos pero decidle por favor que está muy bella, que la vamos

a querer mucho todos y que su esposo es un muchacho maravilloso”.

Fernando cerró la puerta y regresó de inmediato con Clara Luz que ya estaba

profundamente dormida.

Ya había anochecido cuando Fernando se presentó en la puerta del salón comedor

acompañado de Ricardo y Luis, en donde ya estaban esperándolos sus Padres y

hermanos.

“Disculpad a Clara Luz, pero está verdaderamente cansada y le he pedido que se quede

descansando hasta mañana” dijo Fernando, a la vez que hacia una seña a su señor

padre para que se acercara a él, para en voz muy baja decirle lo siguiente:

“Padre, es urgente que le informe a detalle cuando y donde hemos atracado el Galeón y

que revisémonos las opciones que hay para llevar el Galeón a un puerto que esté en

manos de las fuerzas insurgentes a fin de poder bajar a tierra la carga que traemos, para

de inmediato iniciar el traslado para la entrega de los cañones, pólvora y armamento que

trajimos para las tropas de Don José María Morelos y de la Nueva Galicia, además de

llevar a la Ciudad de México las mercancías que adquiridas por encargo de los

comerciantes del Parían de la Plaza Mayor”.

“Recién al tocar tierra en el Cabo San Lucas, nos hemos enterado que Acapulco aún no

ha sido tomado por las fuerzas de Don José María Morelos y que San Blas fue

recuperado por los ejércitos Realistas, así que creo que en este momento lo más

apremiante es decidir el puerto de arribo puesto que mantener el Galeón muchos días

en San Lucas es muy arriesgado, ya que esa localidad está muy lejana, puede ser fácil

presa de un ataque de españoles o de piratas y no creo que ofrezca suficiente abrigo en

caso de que azote una tormenta”.

“De acuerdo Fernando, pero primero vamos a cenar estos sabrosos chilaquiles y

después tomad vuestro chocolate para movernos al despacho y hablar de todo eso”.

La cena estuvo llena de preguntas hechas a los jóvenes Ricardo y Luis por parte de

Gumaro y Feliciano, los dos hermanos menores de Fernando, quienes parecían muy

intrigados en saber cómo es que esos dos muchachos de Acapulco habían viajado a las

Islas Filipinas y porque razón estaban de regreso acompañando a Fernando y Clara Luz.

La conversación entre los cuatro jóvenes fluyó sin problemas, ya que por ser todos casi

de las mismas edades rápidamente encontraron temas de conversación de interés

común, mientras Doña Gumara los observaba en silencio saboreando su taza de

chocolate.

Después de terminar sus chilaquiles Fernando volteó hacia su Padre para indicarle que

estaba listo para levantarse de la mesa, tomando su taza de chocolate para llevársela

consigo.

“Me habéis dicho que vuestro navío está anclado en San Lucas”, empezó a hablar Don

Hermenegildo al mismo tiempo que se sentaba junto a Fernando en el sillón de la sala,

para decirle lo siguiente:

.

“Nuestro plan debe ahora de considerar tres actividades igual de importantes:”

“La primera es que debemos sacar el Galeón de la rada de San Lucas lo antes posible

para llevarlo a un puerto seguro”

“La segunda es que ese puerto seguro nos debe permitir realizar la descarga y embarque

de la cargazón del navío y su transporte por tierra a sus destinos finales.”

“La tercera es decidir la forma y ruta por la que moveremos las dos cargas que habéis

traído en el Galeón y que a mi parecer son:

En primer lugar las armas, pólvora y cañones para el Ejército del Sur de Don José María

Morelos y por otra parte, las mercancías que habéis adquirido en Manila para los

comerciantes del Parían de la Plaza Mayor de la Ciudad de México, a fin de que se

recupere parte de la inversión que hemos hecho”.

“Desde hace poco más de un mes, en base a la expectativa de que ya estaban próximas

las fechas de arribo del Galeón de Nuestra Señora de Guadalupe hemos estado muy al

pendiente de la situación que prevalece en todos los puertos de la costa del Pacífico y

de cómo se han ido dando los cambios como consecuencia de las batallas y sitios que

sostienen los ejércitos Insurgentes y Realistas”, terminó Don Hermenegildo.

“¿Decidme Padre, habéis encontrado algún puerto de ataque que cumpla con ambas

condiciones?” , preguntó Fernando.

“Pues si hijo, parece que tenemos algo de suerte, porque a pesar de que tanto Acapulco

como San Blas, Mazatlán, Manzanillo, Huatulco y Zihuatanejo están por ahora bajo la

mano Realista, tenemos una buena posibilidad en Saláhua, que aunque no es la ideal,

resulta que por eso mismo puede ser la indicada para nosotros ya que Saláhua que no

es un puerto de importancia comparte la muy amplia y protegida bahía de Manzanillo,

que si es un puerto más importante.

Saláhua en cambio solo es utilizado con poca frecuencia como puerto secundario de

abrigo y escondrijo de naves españolas y de piratas que llegan ahí para aprovisionarse

de víveres, leña y aguada o para escapar de alguna tormenta”.

“¿Realmente me estáis hablando de Saláhua, Padre?, le respondió Fernando.

“Efectivamente hijo, me estoy refiriendo a la bahía de Saláhua que por fortuna en estas

fechas cuenta con mínima vigilancia española ya que las fuerzas Realistas asignadas a

Manzanillo y a Saláhua fueron enviadas a la ciudad de Colima desde principios de Julio

para participar en la batalla de los Llanos de Santa Juana que se dió el día doce de ese

mes, en la que vencieron a mi amigo “El Cadenas”, quien fracasó en su intento de tomar

la ciudad”.

“Esos soldados Realistas de las Guarniciones de Manzanillo y Salahuá aún se

mantienen en Colima para defenderla de posibles nuevos ataques por parte de las

fuerzas Insurgentes que están en la región, comandadas por Don Ignacio Sandoval y por

el Cura Don Miguel Gallaga, sobrino del Padre Hidalgo. Por esa razón Saláhua está

prácticamente desprotegida, lo que nos beneficia en mucho puesto que como veis, esas

tropas Realistas no podrán distraerse para dejar Colima e ir a Salahuá para atacar el

Galeón o a nosotros cuando transportemos la carga hacia el sur”.

“A lo que Fernando preguntó : ¿Padre, hay algo más que se pueda hacer para reducir los

tiempos de viaje de las récuas de mulas que tenemos aquí en Nochistlán para llevarlas

hasta Saláhua a fin de recoger la carga y una vez que estén cargadas llevarlas hasta

la región de Tierra Caliente para su entrega a Don José María Morelos?”.

“Mirad hijo, Las armas y municiones por su cantidad y peso moverlas por caminos de

Herradura representan un gran riesgo, por lo que estamos obligados a llevarlas por la

costa y la montaña hasta Tierra Caliente, recorriendo veredas difíciles en las que

estemos seguros que no encontraremos tropas Realistas o delatores. Esas tierras nos

dan más confianza porque son regiones de gente comprometida con el movimiento de

Independencia.

Por ello llevar con bien todas esas armas nos tomara muchas semanas”.

“En cuanto a las mercancías del Parían, creo que se pueden llevar con menos problemas

y riesgos en carretas desde Saláhua hasta el Camino de la Plata, para ahí unirlos a una

de las caravanas que se dirigen a la Ciudad de México, en las que cada mes nosotros

participamos transportándole plata a Don Francisco Santacruz y Núñez desde sus

Minerales en Zacatecas, las cuales como bien sabéis van protegidas por un grupo

armado muy grande”.

“¿Padre, veo que habéis pensado en todo?” , le respondió Fernando.

“Si, Fernando, pero no lo hecho solo. En esto hay mucha gente que además de ser

amigos, son patriotas. Nos han apoyado y seguirán haciéndolo, como es el caso de Don

Roberto de Llano”.

“Recordareis que Don Roberto de Llano tiene su finca cerca de Saláhua, precisamente

en el poblado de Ixtlán del Rio, al inicio del camino que llega hasta Juchipila y al igual

que nosotros se dedica al negocio del transporte en recuas de mulas y comparte nuestras

ideas autonómicas”.

“Como sabéis Don Roberto participa en el trato que tenemos acordado entre varios

Arrieros, como lo hacemos con los Galeana en Tierra Caliente. Este acuerdo es para

prestarnos las mulas y en ocasiones carretas en intercambio y en esa forma cuando yó

tengo que recoger carga en una localidad o región de alguno de ellos, no preciso llevar

nuestros animales desde acá, sino que solamente muevo a mi gente en carretas y a

caballo lo cual es mucho más rápido, para una vez en el lugar, cargar en las mulas que

nos haya prestado el otro arriero.

“Cuando ese otro Arriero requiera de llevar mercancía desde la Nueva Galicia para otro

lugar y no tenga carga comprometida para traer en su vuelta, en reciprocidad le

brindaremos nuestros animales, que hasta podrían ser los mismos que nos hayamos

traído de su finca en una encomienda previa”.

“Cada tres meses cuadramos las cuentas de los animales y carretas que cada uno ha

tomado de los otros y estas se saldan pagando a cada quien las diferencias entre las

mulas y carros que prestamos y las que nos prestaron, a un precio de coste que ya

tenemos establecido para cada animal y carreta”.

“Hay más de seiscientas mulas nuestras en la Ciudad de México, en Puebla de los

Ángeles, en Oaxaca y en Zacatecas y aquí tenemos otras tantas de esas regiones. En

Acapulco y Veracruz casi no hay, porque en esas plazas tenemos la ventaja de que en

casi todos los viajes, nuestras recuas llevan y traen carga en ambas direcciones”.

“Con esa forma de trabajar ahorramos mucho tiempo y costos, ya que el viaje para

recoger la carga es muy rápido y en pocas carretas podemos llevar a todos nuestros

hombres, forraje y bastimentos en forma directa por los Caminos Reales, sin la tarea de

arriar a las mulas y darles de comer y beber a lo largo de los caminos de la sierra que

son más largos y tardados”.

“Padre, entonces también es urgente avisar a Don Roberto del Llano para que empiece

a preparar las récuas”.

“Ahora mismo mando un propio para poner sobre aviso a Don Roberto de que mañana

estaré saliendo para allá con mis hombres mientras tú hijo mío, regresareis a Matanchén

para retornar a San Lucas en el velero. Una vez ahí, zarpad de inmediato y venid a

fondear vuestro Galeón en Saláhua.

Don Roberto de Llano conoce muy bien estos lugares y caminos del occidente y de la

Tierra Caliente, tiene gente de confianza en muchos de sus poblados y se ha comprometido conmigo a también apoyar a Don José María Morelos. En cuanto al

transporte de las mercancías a la Ciudad de México, tú y todos nuestros capataces

conocen los caminos de los Altos y el camino de Herradura que baja desde Zacatecas

hasta la Capital Virreinal”.

“Fernando, estimo que posiblemente tomaréis otros seis días para retornar bajando la

sierra en carreta ligera hasta la costa de Matanchén, siete más navegando

contracorriente para subir en el Velero hasta Cabo San Lucas y cuatro o cinco días más

de navegación con vientos y corriente a favor para bajar con el Galeón hasta Saláhua,

es decir que posiblemente estaréis fondeando el Galeón en Saláhua el once o doce de

Octubre”.

“El día que vosotros arribéis a la Bahía de Saláhua ya estaremos ahí esperándoles en la

playa frente a fondeadero, preparados para la descarga del Galeón y no olvidéis de

lanzar un bote en avanzada antes de tirar anclas para que llegue a la playa y os confirme

con una señal convenida que no hay peligro para acercaros y fondear el Galeón”.

“El plan es que vos estéis a cargo del transporte y entrega de la carga de mercancías

desde Saláhua hasta la Ciudad de México, a fin de entregarlas a los amigos comerciantes

del Parián de la Plaza Mayor. Al mismo tiempo, yo estaré al frente del transporte de la

artillería, armas y pertrechos desde Saláhua hasta la Sierra del Ajusco, en donde nos

han pedido que hagamos su entrega a las tropas de Don José María Morelos”.

“Decidme hijo si os queda alguna duda, porque ahora os voy a explicar que ruta a detalle

pensamos tomar para llevar las récuas con las armas, pólvora y cañones hasta su

destinos, incluyendo la entrega final a Don José María Morelos y a sus tropas en las

montañas al oriente del Valle de Anáhuac y como propongo que repartamos los mandos

de las dos caravanas, las de las armas y pertrechos y la de las mercancías”.

“Como ya os dije hace un momento con las armas y pertrechos e n lugar de salir de

Saláhua y subir en dirección a Colima y Tepic que están en manos de los Realistas,

inicialmente nos moveremos hacia el sur próximos a la Costa para luego subir a la Sierra

de Michoacán”.

“Haremos una primera escala en las Cuevas de Vinata, en donde esconderemos todos

los cañones y barriles de pólvora, para después irlos sacando para llevarlos de a poco

en poco, en grupos de dos a cuatro carretas y con recuas cortas de pocas mulas,

recorriendo nuestra ruta por caminos y veredas aisladas de la sierra, en jornadas difíciles

entre montañas y barrancas para llegar a nuestro destino final que son las Grutas de

Suchiooc”.

“Los dos poblados más cercanos a esas Grutas son San Antonio Tecómitl y Santo Tomas

del Ajusco, adonde podremos llegar sin riesgos para encontrarnos con los hombres de

Don José María Morelos y desde ahí mismo movernos hasta las Grutas de Suchiooc

para entregar el resto de la carga”.

“Una vez que yo parta en avanzada de las Cuevas de Vinata para asegurar que el camino

este libre, a partir del siguiente día, se iniciará el despacho diario por la misma ruta,

saliendo diariamente en la mañanas y en los mediodías, de grupos de no más de cuatro

carretas ligeras y recuas cortas, cada una con una pequeña parte de la carga de cañones

o toneles y así sucesivamente hasta terminar de llevar todo hasta San Antonio Tecomitl”.

“Mi intención es partir de Saláhua el catorce de Octubre con la carga del Galeón para

intentar llegar con el grupo de Vanguardia a San Antonio Tecómitl para las Fiestas

Patronales de los días de los Fieles Difuntos y de Todos los Santos que se celebran en

ese poblado el uno y dos de noviembre, esperando estar recibiendo las últimas dos

carretas con cuatro cañones y su recua corta, con las armas y pólvora del embarque

final dentro de las dos primeras semanas de diciembre”.

“Cuando junto con la Vanguardia estemos próximos a llegar a San Antonio Tecómitl

enviaré un mensajero de confianza a la Ciudad de México para establecer contacto con

Don Florentino de Chavarría y López, confirmándole nuestra fecha de llegada para que

él a su vez, de aviso y gestione con el General Don José María Morelos nuestra entrega

final en las Grutas de Suchiooc y con los Comerciantes del Parián, nuestra entrega de

sus mercancías, ello en adición a la posibilidad muy clara de que vos arribéis antes a la

Ciudad de México, llevándole a Don Florentino las mercancías de los comerciantes del

Parián”.

“Esta información que ahora os comparto acerca de en qué lugares existe posibilidad de

que podamos encontrarnos y entregar finalmente nuestra carga a las tropas del Ejército

del Sur de Don José María Morelos me fue dada apenas en un mensaje que recién recibí

de Don Florentino De Chavarría y López, del Señor Obispo Don Diego González

Martínez y de Doña Leona Vicario, quien es la esposa de Don Andrés Quintana Roo,

prestigioso abogado muy cercano a Don José María Morelos”.

“Ah y por cierto Fernando, hemos quedado de que dos de los cañones ligeros del Galeón,

serán entregados a Don Encarnación Rosas para apoyarlo en su lucha que lleva al frente

de los Indios de Mézcala contra los Realistas en el Lago de Chapala, de lo cual me han

ofrecido se encargara la gente de Don José María Morelos, una vez que llevemos todo

hasta las grutas de Suchiooc”.

“¿Tenéis algún otra duda o comentario Fernando?

“Si Padre, me preocupan algo más”

“Creo que también debemos de avisar y dar las señas exactas al Padre Don Pedro de

la Concha y a Don Alejandro Maganda para que puedan separarse de los peregrinos que

llevan de regreso a Matanchén al Niño de Cebú, a fin de que permanezcan esperándome

en Guadalajara para ahí unirse con nosotros a la Caravana de la Plata en camino a la

Ciudad de México, en donde primero entregaremos a Don Florentino las mercancías del

Parián , para después desde ahí subir a San Antonio Tecómitl a reunirnos con usted a

vuestra llegada”.

“Fernando, como lo habéis sugerido, enviemos a Guadalajara de inmediato a dos de los

hombres que os han acompañado y conocen bien al Reverendo Don Pedro y a Don

Alejandro, Maganda para que les entreguen una carta con la información necesaria para

que os esperen sin retornar a Matanchén con los peregrinos”.

“Fernando, ahora tengo que deciros algo más”:

“¿Padre, que es lo que me queréis comentar ahora? preguntó preocupado Fernando.

“Fernando, el Capitán Daniel Camarena, autentico héroe Insurgente de Nochistlán

además de ser vuestro amigo y compañero, lamentablemente fue aprehendido por el

Comandante Realista Antonio de Garcilazo el pasado diez y ocho de Febrero en la

población de Jalpa de donde fue llevado a San Juan de los Lagos y ahí personalmente

el Brigadier Calleja dió la orden de fusilamiento, la cual fue ejecutada cinco días después

en la Plaza de San Felipe Lagos mediante el fusilamiento de espaldas, que según las

Leyes Españolas es el que debe de aplicarse a los traidores”.

“Su cadáver fue colgado de un poste por un mes en las afueras del poblado de Cerritos

que está en el camino a León, hasta que Don Manuel Jáuregui, Cura de Lagos, le dió

piadosa sepultura”.

“Para que tengáis algún consuelo, solo un mes después las tropas Insurgentes de Don

José Pablo Calvillo, Cura de Teul, vinieron a Nochistlán habiendo capturado y degollado

a Ramiro Barajas quien fue el traidor y delator que dio a los Realistas la ubicación de

Daniel Camarena para que lo apresaran”.

“Hubiera querido no haberos dado esta mala noticia, pero por la amistad que llevasteis

era importante que fuera yó quien os la diera personalmente.

Disculpadme y espero que el tiempo os ayude a llevar adelante esta pena”.

“Ahora bien hijo mío, cambiemos de tema”, dijo Don Hermenegildo tomando a su hijo

Fernando por el brazo.

“Fernando, como vuestro Padre que soy, en cuanto a Clara Luz mientras vos retornáis

al Galeón para traerlo a Salahua y luego vos lleváis a la Ciudad de México las mercancías

que trajisteis de las Filipinas, yo os sugiero que ella se quede aquí en Nochistlán con

vuestra Madre y así tendrán la oportunidad de conocerse entre ellas y con el resto de la

familia, además de acompañar a los dos muchachos que habéis traído con vosotros”.

“Vuestra Madre y yó hablamos de esto esta mañana y estamos más que complacidos

de teneros a todos vosotros aquí y recibiros a los dos con todo el cariño y amor que

podemos brindar a nuestros hijos”.

“Padre, disculpadme, pero Clara Luz y yó hemos decidido que pase lo que pase,

estaremos juntos hasta terminar esta aventura y asegurarnos que la misión del Galeón

yá haya sido cumplida al descargar el Galeón y entregar su cargamento en sus destinos

finales”.

“Gracias a ella estoy aquí. Con su amor y devoción veló por mí y por todos en un viaje

lleno de peligros en el que tuvimos un sangriento asalto de bandidos y el feroz ataque de

piratas”.

“Ella es quien me ha dado fuerzas e inspiración para luchar, para seguir adelante y para

tomar algunas decisiones muy difíciles que gracias a Dios fueron atinadas y salvaron al

Galeón y las vidas de casi todos sus ocupantes”.

“Clara Luz partirá conmigo mañana mismo de regreso hacia Matanchén y Salahua,

puesto que todavía tenemos cosas importantes que concluir juntos y tan pronto

entreguemos todo, yó la traeré de nuevo a Nochistlán en donde ella se quedará en

compañía de mi Madre, de vos, de mis hermanos y por supuesto de los dos muchachos

que trajimos de Manila, quienes me han parecido que se llevarán muy bien con mis

hermanos Gumaro y Feliciano”.

Don Hermenegildo le respondió:

“Os recuerdo que antes de partir a la Filipinas, vos me dijisteis que teníais la intención

de a integraros nuevamente al Batallón de Dragones de la Reina a vuestro retorno, Este

Batallón ahora se denomina Batallón de Dragones de la Libertad y está bajo el comando

de Don Nicolás Bravo, quien como bien sabéis es un joven militar muy cercano al propio

Don José María Morelos y Pavón”.

“Estáis cierto Padre, y tengo muy claro que no puedo renunciar al deber de unirme a

las tropas de la Insurgencia de Don José María Morelos, lo cual ya lo he hablado con

Clara Luz durante los muchos días que pasamos navegando en el Galeón”.

“Padre, nuestra urgencia ahora es que yo vuelva lo antes posible a Matanchén para

abordar el velero y regresar a Cabo San Lucas para traer en Galeón a Saláhua”.

“Una vez que hayamos entregado todo el cargamento, mi siguiente paso será unirme en

esta región de la Nueva Galicia al Ejercito Insurgente, a las órdenes de Don Nicolás

Bravo y de Don José María Morelos. En esa forma usted podrá estar aquí en Nochistlán

para velar por nuestra Madre, por mis hermanos y por supuesto, por mi Clara Luz, en

tanto yo pueda estar de vuelta con ustedes”.

“Lo que yó menos quiero es que Clara Luz corra peligros y me preocupa el hecho de

usted y yó desde ahora estaremos involucrados por un largo tiempo en esta lucha. Clara

Luz se sentirá muy sola, por lo que os agradezco mucho a vos y a mi Madre la ayuda

que nos podáis dar para que ella se integre a nuestra familia”.

A lo que Don Hermenegildo dijo: “Fernando, recordad que vuestra Madre siempre deseó

tener una hija y Dios Nuestro Señor no nos la concedió. Por alguna bendita razón nos

ha traído a Clara Luz para que también sea nuestra hija”.

“Y ya que tocáis ese tema Padre, os pido a Vos y a mi Madre que también cuidéis a los

dos hombrecitos que hemos traído desde Manila. Dijo Fernando, para continuar:”

“Ellos nacieron en la Nueva España y fueron llevados por el Doctor Balmis en su viaje al

Archipiélago como portadores de la vacuna de la Viruela, misma que les salvó la vida a

ellos, a la propia Clara Luz y a muchos niños más, cuando esa enfermedad azotó las

Filipinas”.

“Hasta ahora no hubo forma de regresarlos a tierras americanas por lo que

permanecieron junto con otros niños huérfanos en el Convento de las Monjas Clarisas

de Manila, que fue donde Clara Luz los conoció y a lo largo del tiempo les ha tomado

mucho cariño, además de ayudarles en su educación junto con su tía Chóleng”.

“Ellos por su corta edad no recuerdan bien sus apellidos y lugar de residencia, ni quiénes

son sus Padres y en qué circunstancias fueron embarcados rumbo a las Filipinas. Hemos

hablado con Don Alejandro Maganda quien ofreció ayudarnos a encontrar a sus

familiares, que posiblemente son de origen filipino y probablemente deben vivir en las

cercanías de Acapulco.

De no encontrar a sus familiares, Clara Luz y yo hemos decidido que nos quedaremos

con ellos, viendo que crezcan y pendientes de que sean hombres de bien” .

“Por ello Padre, pido a usted y a mi Madre que los alojen y apoyen a Clara Luz en mi

ausencia para que estén juntos”.

“De acuerdo hijo, y asegurémonos entonces de reunirnos nuevamente en San Antonio

Tecomitl para que una vez que estemos juntos llevemos la cargazón del General Morelos

hacia las Grutas de Suchiooc”.

“Por ultimo hijo mío, contadme todas vuestras aventuras y experiencias en este viaje.

Quiero saber cómo es que vos partisteis de San Blas siendo Teniente y ahora estáis de

regreso como Capitán del Galeón. No pienso dejar que os retiréis a dormir sin antes

contarme todo, incluida por supuesto vuestra boda con Clara Luz”. Dijo finalmente Don

Hermenegildo.

Al día siguiente, veintitrés de septiembre, viajando en un grupo de carretas ligeras y

acompañados de un grupo de jinetes armados, Fernando y Clara Luz partieron de

Nochistlán rumbo a Matanchén, comprobando con gusto a su llegada a esa playa seis

días después que el pequeño velero aún se encontraba esperándolos fondeado en

aparente cobijo y tranquilidad.

De inmediato Fernando y Clara Luz que ya vestían nuevamente sus hábitos religiosos

se presentaron en la Plaza de Armas para informar a los pobladores que la Procesión

hasta San Juan de los Lagos había ido con todo bien y que todos los peregrinos

incluyendo al Santo Niño de Cebú, ya habían iniciado su retorno hacia Matanchén

esperando estar de regreso en muy pocos días para reencontrarse con sus familias y

colocar la imagen del Santo Niño del Cebú en el altar que en su ausencia le estaban

construyendo en el interior de la pequeña iglesia de Matanchén.

Con los hombres de la tripulación abordaron el velero y se hicieron a la mar para intentar

llegar a San Lucas en el menor tiempo posible, a pesar de tener que enfrentar a la

corriente del norte que les frenaba seriamente el avance.

Finalmente el lunes siete de octubre, exhaustos de lidiar contra los vientos y corrientes

contrarios pudieron entrar con el velero al abrigo de la pequeña bahía del Cabo San

Lucas en la punta de la península, para encontrarse con el Galeón y todos sus

ocupantes.

Esa misma tarde, después de juntarse el Capitán Don Fernando con los oficiales del

Galeón para darles cuenta de todo lo sucedido e informarles que levantarían anclas la

madrugada siguiente para zarpar hacia Saláhua, todos ellos se reunieron con la

tripulación y luego bajaron a tierra para agradecer personalmente a cada uno de los

misioneros y pobladores su hospitalidad, apoyo y atenciones

.

Muy temprano en la madrugada, la tripulación del Galeón de Nuestra Señora de

Guadalupe tomó sus puestos a bordo y esperó las órdenes del Capitán Don Fernando:

“Levad Anclas” ordenó el Capitán desde el puente de mando.

“Levad Anclas”, gritó el Contramaestre.

“Arriad velas Gavia y Mayor”, gritó el Capitán.

“Arriad velas Gavia y Mayor” gritó el Contramaestre.

“Atención a Foque y Contrafoque”, volvió a gritar el Capitán .

“Atención a Foque y Contrafoque” , gritó el contramaestre”

“Cuarenta grados a babor” gritó el Capitán, a lo que el Piloto giró con precisión la caña

del timón del Galeón que a su vez viraba lentamente, mientras avanzaba hacia la boca

de la bahía para luego enfilar hacia mar abierto.

Por casi tres días el Galeón navegó a toda vela en dirección al sur hasta llegar a los

cuarenta y dos grados, punto en el que dobló para dirigir el timón hacia tierra desde mar

adentro siguiendo el impulso del viento, tirando un poco al este guiados por la vista del

pico del Volcán de Colima también conocido como el Volcán de Fuego, por sus

frecuentes fumarolas y explosiones de gases y lava, que en algunas noches iluminaban

mágicamente el cielo, siendo visibles a muchas leguas de distancia.

Al anochecer al llegar el Galeón a la boca de la bahía, cuya entrada es bastante amplia,

encontraron que ahí la punta montañosa de la Audiencia divide la bahía en dos. La de

levante lleva el nombre de bahía de Manzanillo y la del poniente se llama bahía de

Saláhua.

Ambas bahías, la de Manzanillo y la de Saláhua, cuentan con excelentes fondeaderos

que en cualquier tiempo permiten a los navíos tomar anclaje.

Para poder anclar en Saláhua con viento reinante el Galeón hubo de navegar primero

hacia el Norte y aprovechar la puesta del sol para dirigirse hacia el Este con el propósito

de entrar a la Bahía en la noche con todas las luces del Galeón apagadas para no ser

vistos desde Manzanillo.

Una vez vista la bengala disparada por el bote enviado a la playa de Saláhua en

avanzada para asegurar que no había peligro, el Piloto hubo de maniobrar con destreza

en la oscuridad siguiendo las señales de los vigías situados en lo alto de los mástiles

para en esa forma evitar la Peña Estrada situada en la extremidad sur de la Punta de la

Audiencia, justo a la entrada de la bahía.

Asimismo el Capitán Don Fernando y el Piloto del Galeón debieron de tomar en cuenta

la dificultad adicional del reflujo nocturno de la marea provocando que la mar se levante

un promedio de dos metros.

Librada la entrada a la Bahía, el Galeón se aproximó cada vez más lento en dirección a

la costa hasta llegar al fondeadero frente a la Peña de San Pedrito que tiene profundidad

de cuarenta a ciento ochenta pies con fondo de arena.

Ese día jueves diez de octubre de 1811, a casi diez meses de su partida de San Blas,

Don Fernando, Capitán del Galeón de la Santamaría de Guadalupe dió órdenes de tirar

anclas para de inmediato lanzar al agua todos los botes para bajar pasajeros y empezar

la descarga a la playa en la que pudieron ver que ya eran esperados por Don Hermenegildo.

Don Hermenegildo había arribado por tierra un día antes acompañado de más de cien

hombres entre arrieros, peones y capataces, además de cuarenta carretas cortas,

caballos y mulas y de un grupo de ciento veinte Insurgentes a caballo dedicados a vigilar

y resguardar la carga, quienes a su intempestiva llegada la noche anterior no tuvieron

ningún problema para sorprender y controlar a los cuatro soldados Realistas y un

empleado de aduana que quedaban en Saláhua, a quienes encontraron plácidamente

recostados en sus hamacas bajo las palmas de la playa frente al fondeadero.

En preparación y vigilancia del Galeón a su arribo, los hombres de Don Hermenegildo

establecieron un cerco en la playa a la espera de doscientas mulas adicionales, ya

preparadas y listas para recibir los barriles, baúles y fardos de la carga del Galeón que

dos horas más tarde empezaron a llegar traídas por Don Roberto de Llano y la gente de

Don Pedro Guerrero.



Mientras tanto iniciaron la descarga del Galeón de cada uno de los sesenta y ocho

cañones, bajándolos a los botes y de ahí a la playa para ser montados en grupos de a

dos en las carretas para ser llevados hasta las cuevas de Vinata, seguido todo ello por

la descarga de los barriles, armas y del resto de los efectos y las mercancías que venían

en la bodega de la nave, labor que de inmediato se inició con la carga en las recuas de

mulas.

Este rudo y pesado trabajo duró muchas horas. Desde Don Hermenegildo, Don Roberto

y Don Fernando hasta el último de aquellos hombres debieron de esforzarse mucho, con

pocos descansos a la vez que se exigía a todos tener extremo cuidado para evitar un

accidente que hiciera caer al mar alguna parte de la carga.



OceanofPDF.com

CAPITULO XVIII

El Timón de Oro

La noche anterior a que Fernando y Clara Luz iniciaran su camino hacia la Ciudad de

México y de que Don Hermenegildo partiera de Saláhua llevando la cargazón de armas

y pólvora del Galeón en las recuas y carretas rumbo a la sierra, en la playa de Saláhua

el Sol empezaba a esconderse dejando ver sus últimos e intensos destellos de luz

dibujando con mil colores las nubes en el horizonte, mientras que en el lado opuesto por

arriba de las montañas ya brillaban mil estrellas, todo ello bajo la mágica luz de una

hermosa luna que poco a poco invadía el cielo.

Sentados en un extremo de la solitaria playa escuchando como reventaban las olas en

la arena para avanzar hasta apenas tocar sus pies descalzos, ese once de octubre,

Fernando y Clara Luz tomados de la mano recorrían con su mente los extraordinarios

acontecimientos que en tan pocos meses habían vivido y que cambiarían para siempre

su existencia, la de estas tierras y la de los Novohispanos.

Vivieron innumerables aventuras y experiencias que crearon circunstancias muy

especiales para que ambos descubrieran el amor y siguiendo sus designios se atrevieran

a seguir adelante juntos en un mar de emociones, aguas calmas y agitadas, traiciones y

amistades maravillosas que nunca olvidarían, habiendo corrido juntos graves peligros y

enormes alegrías, para al final estar ambos en la mágica soledad de esta playa, lejos de

todo lo que vivieron.

La misión de navegar hasta la Nueva España se había cumplido y en el silencio de la

noche su fiel compañero en toda esa jornada, la Santa María de Guadalupe anclada en

el fondeadero a unas cuantas brazas de donde ellos estaban dibujaba su familiar silueta

meciéndose silenciosamente al paso de las olas.

Como resultado de todo aquello, las tropas del Generalísimo Don José María Morelos

contarían muy pronto con una fortaleza adicional que sin duda les ayudaría a ganar la

batalla emprendida por la autonomía y la libertad de la Nueva España, lucha a la cual

Fernando estaba ansioso de unirse tan pronto llevara a Clara Luz a los Altos de la Nueva

Galicia, en lo que sería su casa a partir de ahora como parte de la nueva generación de

la familia y tradiciones de la dinastía de Don Hermenegildo Ruíz Mejía y su esposa Doña

Gumara Castanedo y Sánchez.

Fernando recordaba aquella noche en que todo empezó, cuando acompañando a su

señor Padre se presentaron en la casa de Don Florentino de Chavarría y López para

participar en una reunión de los “Conspiradores Insurgentes del Parián de la Ciudad de

México” dando inicio a toda esta increíble aventura.

Ahí en la playa, Fernando y Clara Luz alegres y sonrientes, los dos solos y ya sin presión

alguna, compartieron alegres recuerdos de su boda, de las buenas amistades que habían

forjado con tantos nuevos amigos y su satisfacción y orgullo porque a pesar de las

vicisitudes se habían logrado las metas del viaje del Galeón de Nuestra Señora de

Guadalupe a las Islas Filipinas y aún más, gracias a todo eso, ambos estaban casados

y unidos para siempre y solo esperaban que los dos hombrecitos, Luis y Ricardo, que

por ahora se habían quedado en Nochistlán a cargo de Doña Gumara pronto estuvieran

reunidos nuevamente con sus familias.

De pronto Clara Luz le preguntó a Fernando:

“Fernando, vos me prometisteis decirme en qué lugar del Galeón habíais escondido

junto con Don Antonio las famosas cinco mil novecientas onzas de oro que buscaban los

ladrones aquella noche en la Bahía de Cavite en que asaltaron el Galeón y hasta ahora

no me lo habéis dicho”.

Fernando no aguantó la risa y apretando la mano de Clara Luz soltó una carcajada,

diciendo en voz baja:

¿Recordáis acaso las últimas palabras que oyó de mi boca el fraile ladrón cuando casi

terminábamos de subir el último escalón para llegar al puente de mando?

“Pues recuerdo que vos y el Teniente Ignacio me contaron que le señalasteis al intruso

la caña del timón del Galeón y le dijisteis que ahí frente a sus ojos estaba el oro que tanto

había buscado aquella noche, pero por supuesto ese bandido no vió ninguna onza sobre

el Puente de Mando y os dijo que erais un imbécil”.

De nuevo siguieron las risas y carcajadas de Fernando, esta vez más fuertes.

“Que inocente sois mi bella Clara Luz, por eso os adoro. Ahora os confieso que

anticipándonos a que algo así nos podría suceder ya fuera por un ataque de piratas o en

la propia Manila, tal como aconteció, Don Antonio y este vuestro ahora esposo tomamos

la previsión de hacer saber a todo el mundo que el oro se llevaría a las Filipinas en dos

mil novecientas piezas de una onza, lo cual como me supongo que ya os imagináis, no

fue cierto en absoluto”

“¿Y entonces como lo habéis transportado, decidme ya Fernando, por caridad?”.

Nuevamente más risas....

“Fue muy sencillo Clara Luz, sabed que el oro de marras venía en el timón del Galeón,

de hecho toda las piezas de la caña y su base fueron fundidas en oro y revestidas en

Zacatecas con un aceite enmohecido y mohoso simulando madera gastada y luego

enfardadas para ser montadas en el Galeón, sustituyendo a la caña del timón original

que se guardó embodegada y que una vez que entregamos el ”Timón de Oro” a los

monjes Agustinos, volvimos a colocar en su lugar en el puente de mando del Galeón”.

“Así pues amada mía, sabed que el Galeón de Nuestra Señora de Guadalupe zarpó de

San Blas y navegó hasta Manila por poco más de tres meses guiado por un auténtico

“Timón de Oro”, montado en el puente de mando”.

Mientras Clara Luz se recuperaba del asombro, Fernando se puso de pie, la tomó de las

manos y viendo a los ojos a Clara luz le preguntó:

“Ahora mi Clara Luz, es mi turno de hacer preguntas. Respondedme la pregunta que

solicité antes a vuestra Tía Chóleng y que ella me dijo que eso tendría yo que

preguntároslo directamente a vos”.

“¿Qué es eso que tanto os preocupa, Fernando?

“¿Decidme amada mía, porque vuestros padres os bautizaron con el nombre de Clara

Luz?” respondió Fernando.

“Algo sabéis Don Fernando”, le dijo sonriendo Clara Luz.

“La historia es que yo nací a las cinco de la mañana, justo en el instante en que los

primeros rayos del Sol empezaban a asomarse entre algunas gruesas nubes en el

horizonte entrando por la ventana que estaba a un lado de la cama en que mi madre me

paría, iluminándonos a las dos”.

“La Partera me tomó con sus manos levantándome y volteándose hacia mi tía Chóleng

que estaba ahí para ayudarla, me entregó en sus brazos diciéndole que yo había nacido

con buena fortuna, porque me estaba iluminado la luz más clara de la mañana”.

Don Fernando aun no entendía bien la explicación, por lo que Clara Luz continuó con su

relato:

“La Tía Chóleng me recostó junto a mi madre y a partir de ese momento, como en broma

me empezó a llamar Clara Luz, que en lengua Tagala se pronuncia “Malinaw na ilaw”,

que significa “luz clara”, que precisamente era lo que le había impresionado a la Partera

unos momentos antes”.

“A todos les dio mucha risa y empezaron a llamarme así, hasta que dos meses más

tarde, el día del bautismo mis Padres decidieron ponerme el nombre en castellano de

Clara Luz, aunque aún a veces me llaman Malinaw na ilaw, que suena muy bonito y tiene

una rima muy especial”.

Fernando estaba emocionado y abrazó a Clara Luz mientras le decía al oído
:

“Ahora eres la Malinaw na ilaw de mi vida”.



OceanofPDF.com

CAPITULO XIX

De la Costa Grande a la Sierra del

Ajusco

Al despuntar el sol en la mañana del segundo día, después de celebrar la misa en la

playa, Don Hermenegildo reunió a todos los hombres, oficiales, tripulación, pasajeros,

capataces, peones y vigilantes y les dijo:

“Señores, como nada se puede dejar a bordo del Galeón o en esta playa ya que las

tropas realistas pronto sabrán de nuestra presencia y acudirán a recuperar el Galeón,

debemos salir de aquí rápidamente con todos estos cañones, pólvora, armamentos y

mercancías que hemos traído de Oriente”.

Vosotros ya habéis montado en estas carretas y recuas a mi derecha las armas para el

Ejercito Insurgente del Sur comandado por el General Don José María Morelos, mismas

que a partir de este momento levaremos bajo mi mando por la costa y la montaña hasta

lo alto de la Sierra del Ajusco. En estas otras recuas y carretas a mi izquierda también

se encuentran listas para salir las mercancías que habrán de llevarse por otra ruta a la

Ciudad de México por un contingente al mando del Capitán Don Fernando Ruiz

Castanedo”.

“Adelante señores, iniciad la jornada”, gritó Don Hermenegildo adelantando su caballo

con el fuste en alto.

Fernando y Clara Luz y sus acompañantes partieron de Saláhua rumbo a la Ciudad de

México separándose de Don Hermenegildo y su gente.

Al llegar a la cima de la Loma de la Armería Fernando pidió a Clara Luz voltear hacia

abajo para dar una última mirada y un adiós al Galeón de Nuestra Señora de Guadalupe,

sin que ella pudiera evitar que unas lágrimas rodaran por su mejilla.

Al mismo tiempo la larga caravana de carretas y recuas de Don Hermenegildo inició su

desplazamiento dirigiéndose hacia el sur por la costa rumbo a la cercana laguna de

Cuyutlán dejando anclado en el fondeadero de la bahía al maltrecho y solitario Galeón

que yá había terminado su misión.

El recorrido bordeando la costa del Océano Pacífico a lo largo de las brechas los

llevarían hasta el poblado de Las Guacamayas, en la región de Coalcomán, donde

doblarían en dirección norponiente internándose en las abruptas montañas pasando por

las altas cumbres y profundos barrancos del Espinazo de Diablo para llegar a las Cuevas

de Vinata en donde resguardarían temporalmente los cañones, municiones, barriles de

pólvora y armas, para a partir de ahí, organizarse en grupos pequeños que diariamente

estarían transportando porciones de esa carga hasta el poblado de San Antonio Tecomitl

situado en la Sierra del Ajusco, próximo a la Ciudad de México.

A la vanguardia cabalgaban Don Hermenegildo y algunos de sus Mayorales de

confianza, siendo acompañados por Don Isidoro Montes de Oca, Capitán Insurgente a

las órdenes de Don Hermenegildo Galeana, quien con sus hombres había reemplazado

a las tropas del Batallón Insurgente de Los Altos al mando de Don José María Mercado,

los cuales inicialmente habían custodiado las recuas desde su salida de Nochistlán y

Guadalajara para bajar a Saláhua, manteniéndose ahí para ahora ser los acompañantes

de Don Fernando y Clara Luz hasta San Juan de los Lagos en su camino a la Ciudad de

México.

La presencia del joven Capitán Don Isidoro Montes de Oca y sus hombres cubriendo a

Don Hermenegildo Ruiz Mejía era muy importante por tres razones:

Primero, el Capitán estaba a las órdenes directas de Don Hermenegildo Galeana y era

Jefe de la Escolta de Don José María Morelos.

Segundo: Habiendo nacido en las cercanías del poblado de Las Guacamayas, por donde

pasarían en su recorrido, nadie mejor que él conocía todos los lugares, caminos y

terrenos de la Costa, de la Tierra Caliente y de la Montaña los que habrían de seguir

para llegar hasta el poblado de San Antonio Tecómitl.

Don Isidoro Montes de Oca por ser originario de la comarca tenía los contactos y

relacionamientos de absoluta confianza entre los pobladores de toda esa región, quienes

desde hacía un año participaban en la lucha por la Independencia al haber sido de los

primeros en unirse al Cura Don José María Morelos en su camino hacia Chilapa.

Tercero: Coincidentemente, aun cuando el apellido de Don Isidoro era Montes de Oca,

su origen familiar materno era filipino y al conocer por parte de Don Hermenegildo

Galeana del arribo del Galeón y de la necesidad de brindarle apoyo y protección militar,

el mismo se anticipó a solicitar ser nombrado Comandante de la Guardia del transporte

de la carga del Galeón desde Saláhua hasta San Antonio Tecómitl.

A la retaguardia se situaron José Ruiz Castanedo, hijo de Don Hermenegildo y hermano

de Fernando acompañado por Don Roberto de Llano, el cual desde su cercana Hacienda

junto con la familia Guerrero proveyeron la mayor cantidad de las recuas, carretas y

arrieros que llevaban.

La caravana se componía de más de trescientas mulas y cincuenta carretas, llevadas

por un número muy grande de arrieros, peones, vaqueros, jinetes y soldados, además

de un grupo adicional de apoyo que iba más atrás con cocineras, tortilleras y peones,

llevando carretas de alimentos y barriles con agua, así como algunas vacas y borregos

necesarios para alimentar a toda esa gente, en adición al amplio número de perros que

siempre acompañaban a los arrieros ayudando a dar la alarma ante cualquier extraño.

“Fijaos señores que este camino hasta Las Guacamayas no presenta grandes subidas y

bajadas, por lo que hemos podido avanzar a muy buena velocidad”,
comentó el Capitán

Montes de Oca.

“Hemos recorrido a buen paso en estos tres primeros días las primeras leguas desde

Salahua hasta Coahuayana, por lo que espero que las que nos faltan para llegar a la

región de Coalcomán las logremos caminar sin problemas y una vez que avistemos el

Cerro de Ortega, estaremos ciertos de haber recorrido la mitad del camino para llegar

a Las Guacamayas”.

“¿Capitán, cuantos días más estimáis que nos tomará este recorrido hasta las Cuevas

de Vinata? Preguntó el hijo de Don Hermenegildo, el joven José Ruiz Castanedo.

“Jorge, a la puesta del sol en dos horas más nos detendremos para acampar y para que

la gente coma y descanse un poco. De ahí continuaremos mañana en dirección a Las

Guacamayas adonde espero que lleguemos en dos días más y desde esa población,

seguiremos nuestro camino subiendo a la Sierra en que se encuentran las Cuevas de

Vinata a tan solo veinticinco leguas de distancia, por lo que estimo que el domingo

llegaremos a ellas”.

“Las ultimas veinte leguas serán las más complicadas y nos tomarán más tiempo,

teniendo que recorrerlas por un agreste y difícil camino de montañas y despeñaderos

boscosos que nos obligarán a ir más despacio, cuidando de que no se nos desbarranque

ningún animal y ayudando a que cada una de las carretas puedan subir las empinadas

cuestas sin rodarse hacia atrás y que en las pendientes también puedan bajar sin que

se nos vayan hacia adelante sin poderlas detener, para lo cual en muchas ocasiones

tendremos que agregarles un tiro de bueyes o mulas adicionales carreta por carreta,

para en esa forma poder jalar o sostener su peso con más fuerza.”

“Decidme Don Isidoro Montes de Oca”, preguntó algo nervioso Don Roberto de Llano

¿Estará segura la carga del Galeón en esas cuevas adonde nos lleváis?”

“Por supuesto que lo son Don Roberto. Están muy escondidas en lo alto de la sierra

siendo por ello muy difícil que los Realistas puedan dar con nuestra artillería y si algo se

nos complica en esa región de las montañas de Michoacán, también contamos con las

Grutas de Tziranda y las de Xotafi”, respondió con una sonrisa el Capitán.

Esa noche, salvo los vigilantes que se mantenían en dos círculos perimetrales alrededor

del campamento, todos durmieron profundamente sin importarles el calor, la humedad,

los mosquitos y los mil insectos que rondaban atraídos por los olores de hombres,

animales y comida.

Como bien lo anticipaban les esperaban días muy difíciles, en los que todos habrían de

trabajar muy duro para lograr que tanto ellos como sus carretas, mulas y caballos

recorrieran el complicado y peligroso camino hasta las Grutas de Vinata, el cual en

algunas partes era de angostas veredas o en otras en que sencillamente ya no había

brechas por haber sido borrados por los fuertes escurrimientos provocados por las lluvias

de las tormentas que en las aguas azotan la costa del Pacífico.

En el camino para subir desde Las Guacamayas hasta las Cuevas de Vinata perdieron

una carreta que se volteó y fue arrastrada por el agua al cruzar el turbulento arrollo que

corría por el fondo pedregoso de una barranca. Por fortuna, los hombres que la llevaban

pudieron saltar a unas rocas y los dos cañones que transportaban por su peso no

pudieron ser arrastrados por el agua y quedaron atorados y semi-sumergidos entre unas

piedras del arroyo desde donde después de un gran esfuerzo pudieron ser levantados y

montados en otra carreta. Por supuesto que los bueyes del tiro de la carreta y un caballo

también se perdieron.

Finalmente conforme se planeó, el domingo veinte de octubre llegaron a un pequeño

claro en lo alto de una montaña en el que descubrieron a media altura la entrada de una

cueva.

Algunos hombres de Don Isidoro Montes de Oca que fueron enviados con anticipación

para vigilar y preparar los accesos a las cuevas salieron a recibirlos.

Para poder entrar a las cuevas encendieron antorchas ya que en su interior casi no

penetraba la luz del sol.

Todos los recién llegados quedaron impresionados al darse cuenta que lo que desde

afuera parecía ser una sencilla y oscura cueva, al interior se abría en un gran número

de pasajes y bóvedas de diferentes tamaños que se perdían en la oscuridad del fondo.

También había grandes pozas de agua y piedras enormes, algunas en los pisos y

paredes y otras que colgaban de las bóvedas de las cuevas con forma de espada y con

un intenso brillo cristalino que reflejaba la luz de las antorchas.

Todo eso en medio de una oscuridad que además se sentía envuelta por los agudos

sonidos, el aleteo y las fugaces sombras de miles de murciélagos que al ver que su

refugio era invadido e iluminado por hombres con antorchas, volaban desesperados por

todo el interior tratando de esconderse, al igual que un gran número de serpientes que

se perdían atropelladamente en los oscuros fondos de las cavernas y grietas.

“Acercaos Don Hermenegildo, acercaos todos”, gritó el Capitán Montes de Oca haciendo

señas para que todos los que estaban esperando a la boca de la cueva, avanzaran hasta

donde él les indicaba.

Yá en el interior la impresión era igual a la de estar dentro de una gigantesca iglesia, aun

cuando todo lo demás era muy diferente.

Los soldados marcaron un camino para llevar las carretas al interior y colocarlas en una

segunda bóveda que desde afuera no era visible y se encontraba escondida a la derecha

de unas grandes rocas.

Las gentes de Don Isidoro Montes de Oca que llegaron previamente ya habían construido

en el interior de la cueva un bordo con piedras en la orilla de una profunda poza que se

llenaba continuamente con los escurrimientos de agua que bajaban por una gran pared

de roca que tenía a un lado. Sobre ese bordo colocaron una gruesa y pesada tarima de

vigas que hacía la función de puente sobre el agua de la poza para permitir a las carretas

cruzar por encima hasta el interior de la siguiente bóveda.

La tarima se levantaba hacia atrás con unas poleas con cuerdas amarradas a cuatro

mulas que la jalaban para que una vez levantada, también quedara escondida en plena

oscuridad en el interior de la segunda bóveda.

Se estableció un campamento en un claro del bosque cercano con vigilancia de día y de

noche para cuidar la carga ya guardada en las cuevas. De ese punto a partir del siguiente

día estarían cargando diariamente dos diferentes grupos, cada uno de los cuales estaba

formado por dos carretas y una recua corta con barriles y huacales, acompañados por

una guarnición de jinetes armados que estarían partiendo de la Cueva de Vinata, uno a

la mañana y otro al medio día, para dirigirse hacia la Sierra del Ajusco siguiendo las

huellas del contingente de Avanzada al mando de Don Hermenegildo.

Una vez que toda la carga quedó guardada y segura en las Cuevas, la madrugada del

día siguiente lunes veintiuno partió un contingente de Avanzada al mando de Don

Hermenegildo. Cabalgando a paso más rápido que las recuas y carretas iniciaron su

largo recorrido cruzando lo más rápido posible las montañas y valles de Tierra Caliente,

pasando por las cercanías de Huetámo, Almoloya y Temascaltepec para luego moverse

por atrás del Nevado de Toluca hasta llegar a la Sierra de Huitzilac y desde ahí continuar

hasta las Sierras del Ajusco y del Tepozteco en los linderos del Valle de Anáhuac, para

encontrar el Cerro Tehutli y de ahí entrar a San Antonio Tecómitl.

Las jornadas eran largas y agotadoras y aun cuando el destacamento de Avanzada iba

a caballo y no llevaba mayor carga, debían de revisar las condiciones del camino, hablar

con algunos lugareños conocidos de Don Isidoro Montes de Oca y asegurarse de que nó

había mayores riesgos ni peligro de presencia de tropas Realistas que pudieran atacarlos

a ellos o a los grupos de recuas y carretas que por las siguientes semanas estarían



siguiéndolos por esa misma ruta dos veces al día, llevando cada uno una parte de la

valiosa carga traída en el Galeón.

Un día antes de arribar a San Antonio Tecomitl, al levantar el campamento nocturno para

iniciar su última jornada y antes de ensillar los caballos Don Hermenegildo y el Capitán

Montes de Oca anunciaron que ellos y Don Roberto de Llano a partir de ese momento

habrían de vestir Hábitos religiosos de la Orden de San Francisco a fin de llegar a San

Antonio Tecómitl sin causar ninguna sospecha, ya que por la inminencia de las fiestas

de esa población, en esas fechas era común la llegada y presencia de muchos religiosos.

Estas precauciones eran importantes de tomar ya que San Antonio Tecomitl, situado en

las orillas del Valle de Anáhuac aun cuando estaba en los límites de los territorios de

influencia de las tropas de Don José María Morelos y de la Ciudad de México, aún

permanecía bajo control completo del Gobierno y las fuerzas Virreinales.

Mientras se disfrazaban de Religiosos, Don Isidoro Montes de Oca les informó que al

entrar al poblado de San Antonio Tecómitl se dirigirían directamente al Convento de San

Francisco, cruzando por la orilla del cauce del rio Seco.

Al anochecer del día siguiente tras once días de camino, el viernes primero de noviembre

Don Hermenegildo y los jinetes del contingente de Avanzada que lo acompañaban

terminaron su descenso de la sierra para cruzar por unos sembradíos de maíz e

incorporarse a los grupos de peregrinos que a pié o montados en burros o caballos se

dirigían por el Camino Real de Milpa Alta hacia San Antonio Tecomitl, en donde en ya

habían iniciado las celebraciones tradicionales del Dia de Muertos.



CAPITULO XX

¿No estoy yó aquí, que soy vuestra madre?”

Mientras tanto Fernando y Clara Luz con la carga de mercancías, al salir de Saláhua

hubieron de batallar trepando por las veredas de la sierra hasta llegar a las cercanías de

Guadalajara, pasando por los pueblos de Autlán y Tlajomulco en dirección a San Juan

de los Lagos, evitando acercarse a las posiciones de las Tropas Realistas emplazadas

en las cercanías de Colima, para luego continuar hasta Tepatitlán y de ahí hasta la villa

de Santa María de los Lagos, emplazada en la parte más alta de los Altos.

Ahí llegaron con su gente a guardar carga y carretas en el Real Convento de San José

de Gracia de Pobres Capuchinas, el cual estaba conectado por túneles subterráneos que

comunican al Convento con el Templo del Señor del Calvario y las casa de algunos

residentes distinguidos, como era el caso de Don Pedro Moreno, un hacendado que

encabezaba la lucha de Independencia en la región de las Sierras Alta, de Pinos, de

Lobos y de Comanja, esta última rica en minas de plata, razón por la que el Camino de

Herradura era conocido como el Camino de la Plata, el cual iniciaba en el pueblo de San

Ángel en las cercanías de la Ciudad de México, dirigiéndose hacia el norte hasta

Querétaro punto en el que se dividía en dos rutas con desviaciones para no cruzar las

peligrosas tierras de los indios Otomíes. Ambas rutas terminaban en la población de Real

de Minas de Nuestra Señora de Zacatecos. La del Sur cruzaba Guanajuato y

Aguascalientes y la del norte lo hacía por San Luis Potosí y por ambas se transportaba

a la Ciudad de México la Plata de los minerales de esos territorios así como de los

minerales de Durango y Chihuahua.

Fernando y Clara Luz al llegar a Santa María de los Lagos, mientras esperaban que el

Reverendo Don Pedro de la Concha y Don Alejandro Maganda llegaran para unirse a

ellos, tras los patios amurallados del convento cambiaron toda la carga a carretas más

grandes dejando las recuas y las carretas cortas, para tomar camino hasta la Ciudad de

México por la Ruta de la Plata, el cual era quizás el camino más transitado de toda la

Nueva España, por el que en forma regular y con bajo riesgo se movían diariamente

recuas, carretas, gente y ganado, siempre acompañados de vigilantes armados.

Por dos noches Fernando y Clara Luz fueron huéspedes de Don Pedro Moreno quien los

alojó en la cercana Hacienda Sepúlveda a la espera de que llegara la caravana mensual

de carretas que venía de Zacatecas transportando Plata, a la que ahí se le unirán veinte

carretas más provenientes de las Minas de esta comarca, entre las que estaban incluidas

las de las mercancías del Galeón, confundidas entre todas las otras que transportaban

elpreciado metal.

En esos dos días Fernando y Clara Luz estuvieron ocupados asegurándose de que las

mercancías quedaran bien enfardadas y protegidas en las nuevas carretas. En sus

recorridos por la calle saliendo por la llamada Rinconada de las Capuchinas, que es la

plaza frente al Convento pudieron visitar la bella la Parroquia de Nuestra Señora de la

Asunción y el Santuario de Guadalupe, quedándoles pendiente para alguna otra ocasión,

el poder disfrutar de sus aguas termales y visitar el Templo del Calvario situado en lo alto

del cerro de la Calavera, el cual solo alcanzaron a ver a su salida cuando cruzaban el

bello puente de cantera construido sobre el río Lagos.

En el Camino de la Plata, Fernando y Clara Luz, sus acompañantes, los capataces y

la gente que los apoyaban en las carretas se podían mover con mayor confianza y

seguridad, además de con mayor velocidad ya que ese camino de Herradura estaba

empedrado o aplanado, contaba con puentes y con mucha vigilancia de los propios

arrieros y transportistas que circulaban por ella agrupados en caravanas grandes,

transportando a la Ciudad de México muchos productos, entre los que por supuesto se

distinguían los embarques de plata refinada.

La noche del jueves veinticuatro de octubre acamparon en las cercanías del poblado de

Tepexpan bajo un intenso frío invernal que Clara Luz nunca había sentido y que ya

azotaba a las tierras altas del altiplano de la Nueva España. A la mañana siguiente muy

temprano y envueltos en cobijas de lana continuaron su viaje con la intención de llegar

antes del mediodía del siguiente día a la Ciudad de México, entrando por el poblado de

Azcapotzalco.

Esa mañana del sábado veintiséis de octubre, una vez que llegaron a los linderos de

Azcapotzalco se dirigieron rumbo a la capital para llegar al bodegón de Don Florentino

situado en las cercanías de la Capilla de las Ánimas, en la esquina nordeste de la

Catedral de la Ciudad de México, desde donde se surtían las mercancías a la venta en

el Parián.

De inmediato se descargaron y estibarón todos los fardos y cajas recién llegadas, se hizo

la cuenta de la carga recibida para que antes del anochecer salieran todos de regreso

en las carretas ya vacías rumbo a Azcapotzalco, a excepción de Fernando, Clara Luz,

Don Pedro y Don Alejandro Maganda que se quedaron en la Ciudad de México.

Don Florentino de Chavarría y López una vez terminadas todas las faenas invitó a

Fernando y Clara Luz a comer a su casa, mientras Don Pedro de la Concha y Don

Alejandro Maganda se dirigían cada uno en un coche diferente a sus respectivas casas.

Después de un corto viaje cuando el coche que los llevaba cruzó el portón de la casa de

Don Florentino, el Capitán Fernando le entregó a Don Florentino la carta que le enviaba

su padre Don Hermenegildo, al tiempo que le comentaba de viva voz los mil y un detalles

de las aventuras y peripecias sufridas durante el recorrido de ida y vuelta del Galeón de

Nuestra Señora de Guadalupe a las Islas Filipinas, incluyendo por supuesto la alegría de

haberse casado allá con Clara Luz y de haberla podido traer con él en el contraviaje.

Don Florentino no pudo disimular la sonrisa cuando dio la mano a Clara Luz para

ayudarla a bajar del coche al llegar a su casa, puesto que previamente ya había recibido

una carta que le fue enviada por el Padre Pedro de la Concha desde Guadalajara

poniéndolo al tanto de los acontecimientos, pero sin la emoción y detalles que ambos

recién casados le mostraban al comentarle los mismos sucesos.

“¿Decidme Don Fernando, adonde os alojareis mientras estáis estos días previos a

vuestra partida a San Antonio Tecómitl para reuniros con vuestro Padre?, preguntó Don

Florentino”.

A lo que Don Fernando respondió tomando de la mano a Clara Luz: “Don Florentino,

nuestra intención es hospedarnos en el alojamiento de la calle del Factor, adonde

siempre nos alojamos tanto mi Padre, como yó y mis hermanos”.

“Pues en esta ocasión me vais a tener que dispensar Señor y Señora Ruiz Castanedo,

estaremos complacidos de recibiros como huéspedes distinguidos en esta vuestra casa,

ya que lamentablemente no nos fue posible acompañaros en vuestra boda en Manila,

por lo que ahora vuestro servidor está felices de recibiros, después de la larga y difícil

aventura que habéis vivido y de antemano os advierto, que nó os acepto ninguna

negativa, así que seguid adelante que estáis en vuestra casa”.

Al entrar al interior de aquella señorial casona que Fernando recordaba de la visita que

hizo con su Padre un año antes, Don Florentino llamó a la Tía Concha, el ama de casa

a cargo de la servidumbre de aquella mansión desde que Don Florentino enviudó cuatro

años antes al fallecer su esposa Doña Francisca, para que atendieran a la pareja visitante

llevándolos a continuación hasta un amplia habitación situada a la mitad del corredor

con arcos de cantera y techo embovedado de ladrillos que rodeaba el bello y florido patio

interior de la casa.

De inmediato la servidumbre se abocó a preparar todo lo necesario para que más tarde

pudieran refrescarse un poco y dormir ahí, al mismo tiempo que Don Florentino llevaba

del brazo a Fernando y Clara Luz a tomar asiento a un suntuoso comedor que tenía una

gran mesa ovalada de fina madera con doce sillas a su alrededor.

Durante la comida la conversación tocó muchos temas, desde las experiencias del viaje,

los detalles del asalto en Luzón, la peregrinación del Santo Niño del Cebú a San Juan de

los Lagos, que por cierto llamó mucho la atención a Don Florentino ya que su familia era

originaria de esa región, el ataque pirata, los niños de la viruela que habían traído consigo

de Manila en el contraviaje, de la vida en las Islas Filipinas y de cómo había tomado la

familia de Clara Luz el que su hija se casara con un novohispano para llevársela muy

lejos.

Ya para terminar, Don Florentino le propuso a ambos que aprovecharan el resto del día,

para descansar y reponerse, puesto que ya había hecho los arreglos para que al

anochecer se reunieran en su casa a cenar con un grupo importante de los amigos y

compañeros del Parián, para darles a conocer la llegada del Galeón, informarles de los

encargos que habían hecho y de las armas, cañones y pertrechos que ya debían de estar

a punto de ser entregadas por Don Hermenegildo Ruiz Mejía a las tropas del General

Don José María Morelos en el cercano poblado de San Antonio Tecómitl, y por supuesto

para revisar que nuevos pasos habrían de dar.

Por la tarde después de una siesta, ambos se sentaron a conversar en los equipales del

bello patio interior de la casa:

“Clara Luz, esta noche estaremos ocupados asistiendo a la reunión convocada por Don

Florentino. Qué os parece si mañana domingo vamos a misa de doce a la Basílica de

Nuestra Señora de Guadalupe, para que vos conozcáis de cerca a la Virgencita y

podamos darle gracias por el milagro de haber cruzado nuestros caminos y de traernos

con vida en este viaje”, le propuso Fernando a Clara Luz a modo de pregunta.

Clara Luz con una enorme sonrisa y llena de júbilo se puso de pie y parándose frente a

Fernando le dijo emocionada: “oo, oo, *Fernando, alam Kong*”.

“¿*Que me habéis dicho Clara Luz?*”

“*Fernando, que sí, que sí, que quiero conocer a la Virgencita de Guadalupe*”, le respondió

Clara Luz.

A las siete de la noche se presentaron todos los invitados a la cena, los cuales ya

conocían al Capitán Don Fernando Ruiz Castanedo de la reunión previa que tuvieron ahí

mismo un año antes, por lo que les dio mucho gusto verlo de regreso, tanto a ellos como

al Reverendo Don Pedro de la Concha y a Don Alejandro Maganda y Ramos que también

llegaron a la reunión, recibiendo fuertes abrazos de algunos de los presentes lo cual

confirmaba las buenas noticias de que el Galeón de Nuestra Señora de Guadalupe

estaba de vuelta en la Nueva España y que los encargos hechos por todos ellos habían

sido satisfechos.

Sin embargo la sorpresa también para ellos fue conocer a Clara Luz quien por su belleza

y rasgos orientales llamó la atención a todos y les dio tema para más tarde comentar

entre ellos.

“Su Ilustrísima Señor Obispo, estimados Reverendos, distinguidas Damas y Caballeros,

voy a ser muy breve, puesto que el riesgo de seguir celebrando estas reuniones de

juegos de mesa y tertulias literarias ya es muy alto y lo será mucho más en pocas horas,

tan pronto como Don Francisco Javier Venegas de Saavedra y Rodríguez de Arenzana,

Marqués de la Reunión y Virrey de la Nueva España y su gente, se enteren que el

General Don José María Morelos ha recibido un cargamento muy importante de armas,

que seguramente se harán sentir en poco tiempo con sorpresivos y contundentes triunfos

del Ejercito Independiente del Sur”, dijo Don Florentino, para continuar:

“Debemos estar conscientes de los riesgos que corremos todos. Recordad que al igual

que aquí, en casa de Antonio Rodríguez Dongo se celebraron reuniones de gente con

intenciones de apoyar la lucha insurgente.

En esas juntas participaron frailes agustinos, militares de bajo cargo, abogados y un

prófugo de la cárcel, quienes lamentablemente fueron delatados el dos de agosto de este

mismo año de 1811”.

“Todos ellos fueron procesados habiendo sido sentenciados a muerte Don Antonio

Ferrer, Don Ignacio Cataño, Don José María Ayala, Don Antonio Rodríguez Dongo, Don

Félix Pineda y Don José María González, quienes fueron fusilados públicamente al día

veintinueve de ese mismo mes. Los demás detenidos fueron condenados a prisión y los

religiosos Don Juan N. Castro, Don Manuel Reséndiz y Don Vicente Negreiros fueron

degradados y exiliados a la isla de Cuba, así que nó está por demás que todos

redoblemos precauciones”.

“Y ahora cambiando de tema, os confirmo que todas las mercancías de Oriente que

adquirimos en Manila con la ayuda de Don Alejandro Maganda y Ramos recién nos

fueron entregadas en nuestro almacén principal por el Capitán Don Fernando, su esposa

Clara Luz, Don Alejandro y el Reverendo Pedro de la Concha.

A partir de mañana lunes, con el apoyo del Capitán Don Fernando toda esta carga será

*desempacada, conciliada y reacomodada en base a los pedidos y
aportación que cada*

uno de vosotros”.

“Cuando podremos tenerlas”, preguntó Don Luis Salmerón y Villalobos:

*“En los próximos días os iremos entregando a cada uno de vosotros vuestro
encargo,”*

le respondió Don Florentino, diciendo:

*“Todo lo anterior se logró gracias a la valiente y arriesgada labor de Don
Hermenegildo*

*Ruiz Mejía, padre de Don Fernando aquí presente, del propio Don
Fernando que desde*

*que el Galeón partió de Manila en la contravuelta fue nombrado Capitán
del Navío ante*

*el desafortunado fallecimiento del Capitán Don Rodrigo de Santos y
Escobar y de*

*algunos tripulantes víctimas de un intento de asalto llevado a cabo por
unos bandidos*

chinos que pretendían robarse el oro del Galeón”.

*En ese momento el Reverendo Don Pedro de la Concha intervino con estas
palabras:*

*“El Capitán Don Rodrigo murió luchando con valentía, al igual de otros
marinos y*

*soldados del Galeón que murieron o fueron heridos durante ese asalto o
más adelante,*

en el intento de abordaje que sufrimos por parte del barco Pirata Holandés Stridjer el cual

fue destruido por la artillería del Galeón, misma que se había adquirido y embarcado en

Manila.

Esos cañones en lugar de transportarse en la bodega del barco junto con el resto de la

carga fueron encureñados en las cubiertas del barco para poder ser disparados por una

sola vez en caso de un intento de asalto o abordaje desde otro navío, lo que nos

aconteció en las cercanías de la costa de la Alta California”.

“Muy cierto Reverendo,” completó el avezado marino Don Antonio Sesma y Alencaster,

mientras el Señor Obispo Don Diego González Martínez se ponía de pie y se persignaba

rezando una breve oración en voz muy baja, siendo seguido de inmediato por los

Reverendos Don Pedro de la Concha y Don Ignacio Sánchez de Alcántara, mientras los

demás guardaban respetuoso silencio.

Cuando retomaron sus lugares, Doña Clotilde Evelia García de Avelar, volteando a ver

al resto de los asistentes dijo:

“Esperamos que la venta de las mercancías recién llegadas nos repongan en buena

medida la inversión que todos hicimos para fletar y enviar el Galeón de Nuestra Señora

Santa María de Guadalupe a las Islas Filipinas y para adquirir todos esos productos que

ya han llegado”.

A lo que Don Felipe de Jesús Díaz y López comento: “Si recuperamos tan solo los costes

del Galeón me doy por bien servido”.

Don Juan Nepomuceno Rosains preguntó : “Don Florentino y Capitán Don Fernando,

¿qué podemos esperar ahora que las armas estén en poder del Ejercito del Sur de Don

José María Morelos, hay algún plan claro y si lo hay, que participación tendremos y

cuáles serán los riesgos para nosotros, nuestras familias y nuestros negocios?

Don Florentino se levantó y recorriendo con la mirada a todos los presentes les dijo:

“Seamos muy claros, nuestra participación y compromiso ya han sido cumplidos.

Nosotros deseamos la autonomía y la independencia de la Nueva España para que no

caiga en las garras de Napoleón Bonaparte y por ello estamos aquí reunidos, pero nó

somos ni seremos militares”.

“Ahora es el tiempo de que los valientes militares Insurgentes como lo son el Capitán

Don Fernando aquí presente, Don José María Morelos y todos los Generales,

Comandantes, tropas y gente que se les han unido continúen su lucha como lo han

venido haciendo desde que Don Miguel Hidalgo partió de Dolores para iniciar esta lucha

que hoy se libra en toda la Nueva España desde Tejas hasta Oaxaca y la península de

Yucatán”.

“El Capitán Don Fernando Ruiz Castanedo partirá este viernes primero para reunirse con

su padre Don Hermenegildo Ruiz Mejía, quien a nombre y por cuenta nuestra ha tomado

la difícil y arriesgada responsabilidad de llevar al General Don José María Morelos,

cruzando selvas y montañas desde el punto de la costa del océano pacífico en donde

arribaron, los cañones y armas que se han traído en el Galeón de Nuestra Señora de

Guadalupe lo cual esperamos se concrete en las próximas semanas”.

“Os mantendré informados de los acontecimientos en la medida que tengamos noticias

y os espero en el almacén para entregaros vuestras mercancías”.

“Muchas gracias a todos vosotros y os invito a que paséis a la merienda, que hemos

preparado en honor de Doña Clara Luz, flamante esposa del Capitán Don Fernando Ruiz

Castanedo, quienes antes de que zarpara el Galeón de Nuestra Señora de Guadalupe

para iniciar el viaje de la contravuelta se han casado en la Ciudad de Manila en una Misa

oficiada por el Reverendo Don Pedro de la Concha aquí presente”.

“Ahora, encomendémonos al Señor, deseémosles la mejor de las suertes y que la

Santísima Virgen de Guadalupe siga acompañándonos hasta lograr el triunfo”, terminó

de decir Don Florentino.

Eran casi las doce de la noche cuando después de despedirse de todos los asistentes

y de Don Florentino, Clara Luz y Fernando llegaron a su nueva habitación solo para caer

totalmente dormidos en la cómoda cama que los esperaba para que repusieran las

muchas noches de no dormir que llevaban desde que salieron de Cavite.

Al día siguiente tan pronto Clara Luz logró abrir los ojos e incorporarse bajándose de la

cama, no podía creer lo que les estaba pasando. Después de llevar semanas recorriendo

un país enorme en una carreta entre montañas, bosques, campos y tunales, por fin ella

y Fernando habían logrado dormir en una cama.

Sin hacer ruido dio unos pasos para asomarse a una puerta que estaba al lado de la

habitación, la cual en el rato que estuvieron la tarde anterior ninguno de los dos abrió. Al

hacerlo, Clara Luz encontró algo que nunca antes había visto, sospechando de inmediato

que se trataba de un cuarto de baño como nunca antes había visto.

Era una habitación con una curiosa pila ovalada llena de agua cristalina. En el muro de

enfrente se encontraba un pequeño tocador con cubierta de mármol y con un bello

espejo. El muro de al lado tenía otro tocador muy parecido, pero este tenía en la cubierta

una gran palangana de porcelana con jarras de agua y barras de jabón al lado y

finalmente en el rincón había tres repisas triangulares, una arriba de otra y cada una

guardaba un orinal de porcelana también decorada.

En dos sillas al lado estaban doblados unos lienzos de paño para secarse el cuerpo

después de haberse metido a la pila de agua o de lavarse las manos o cara en la

palangana.

El piso y los muros hasta la altura de los hombros de Clara Luz estaban recubiertos por

brillantes azulejos con bellos dibujos y colores.

Cuando Fernando despertó por el ruido y se acercó asomándose a la puerta se encontró

a Clara Luz temblando de frío pero feliz, metida en la pila de agua fría con el cabello

empapado, retozando como niña y dándose un primer baño después de muchos días de

solo limpiarse la cara, manos y pies.

Ya vestidos Clara Luz y Fernando se asomaron a la cocina buscando algo para

desayunar. Ahí la Tía Concha les informo que yá casi era la hora del almuerzo, que Don

Florentino llegaría en breve y que dispusieran que querían desayunar para que la

cocinera se los preparara.

Fernando pensó de inmediato que era tiempo de que Clara Luz probara y saboreara las

delicias de la cocina mexicana y que tal vez les pudieran preparar un buen pollo en Mole

y unos frijoles de la olla con unas tortillas de maíz recién hechas al comal, pero de

inmediato recordó que tenían pensado comulgar ese domingo y debían de guardar el

ayuno, por lo que solo agradeció el ofrecimiento a ambas mujeres.

Ese domingo veintisiete de octubre, Clara Luz y Fernando salieron al patio de la casa

para abordar un coche tirado por caballos que llevaba el cochero Juan Teutle, miembro

de una familia tlaxcalteca que estaba al servicio de la familia De Chavarría, desde

tiempos de Don Juan, abuelo de Don Florentino.

“*¿Fernando, vos ya habéis estado antes en la Villa de Guadalupe?*” preguntó Clara Luz,

después de un tiempo de ir asomándose con curiosidad hacia afuera del coche que tras

salir de las calles embaldosadas de la ciudad los llevaba por lo que parecía ser una gran

calzada muy transitada por gente, coches, carretas, mulas de carga y por supuesto

perros, la cual al poco tiempo tomó un trazo recto sobre un gran bordo que cruzaba una

enorme laguna en dirección a un cerro que se veía al fondo, el cual estaba coronado por

una pequeña iglesia en la cúspide.

“Sí, Clara Luz. Ahora vamos caminando por la Calzada de Guadalupe que a lo largo de

casi dos leguas une la Ciudad de México con el Cerro del Tepeyac, que es ese cerro

que veis a lo lejos allá al fondo”.

“¿Y adónde va toda esta gente? Fijaos que unos van en nuestra misma dirección pero

otros vienen en contra nuestra”. Volvió a preguntar Clara Luz

”Por ser domingo muchos se dirigen al igual que nosotros para asistir a Misa en la

Basílica de la Virgen de Guadalupe. Este camino por tradición se recorre a pie a modo

de procesión, ya sea de una o más personas o bien de comunidades enteras, como

sucede cada año el doce de Diciembre, en el que llegan desde la madrugada cientos de

peregrinos de muchos lugares para adorar a la Santísima Virgen María de Guadalupe

en su día”.

“Todos esos Tamemes, que son hombres que cargan pesados huacales o costales a sus

espaldas, las mujeres llevando canastos y las carretas y mulas de carga que van a

nuestro alrededor regresan a sus pueblos después de haber traído a la ciudad sus cargas

de maíz o de lo que cosechan o producen y seguramente veréis como todos se detienen

frente a la Virgen de Guadalupe para rezarle y darle gracias”.

“En cambio, esos otros que llevan auestas sus pesados huacales y vienen en sentido

contrario están apenas llegando con sus cargas para llevarlas a los mercados de la

ciudad como son el del Volador y el de la Merced”.

Media hora después el cochero Juan Teutle se asomó para decirles que al llegar a las

cercanías de la Basílica se detendría para que pudieran bajarse, sugiriéndoles primero

entrar a la Colegiata para visitar a la Santísima Virgen de Guadalupe y si lo deseaban,

podrían recorrer las diferentes capillas que había en el cerro del Tepeyac, ya que él

estaría esperándoles con el coche y su tiro en ese mismo lugar.

¿Don Juan, que acaso hay más capillas que visitar, además de la que está en la punta

del Peñón? , preguntó de inmediato Fernando

“Si Capitán”, respondió el cochero, para continuar diciéndoles lo siguiente:

“La Colegiata de Guadalupe fue edificada en el lugar donde se le apareció la Virgen de

Guadalupe al indio Juan Diego en al año 1531, dejando plasmada su imagen en el ayate

que llevaba puesto, misma que se venera en ese templo”.

“Pero deciros, Don Juan, ¿qué es eso que llamáis la Colegiata, acaso no es una iglesia?,

intervino Clara Luz poniendo cara de no entender las cosas.

“Disculpadme señora, el Arzobispo ha ungido esta iglesia como Colegiata, además de

ser yá una Basílica, que según entiendo es alto rango como el que ostentan las

Catedrales”.

“Respondiendo a vuestra pregunta inicial, estamos frente a la Basílica. Allá en lo alto del

cerro podéis ver la Capilla del Cerrito a la que se llega subiendo por esa empinada

vereda. Acá abajo también están la Capilla del Pocito, en la cual hay un manantial del

que brota agua bendita y también está la Parroquia de Indios que Fray Juan de

Zumárraga construyó para que los indios pudieran estar cerca de la Virgen de

Guadalupe, ya que no siempre se les permite la entrada a la iglesia.

Junto a la Basílica se encuentra el Convento de las Madres Capuchinas y allá atrás en

el Cementerio esta el lugar en donde fue enterrado el mismo indio Juan Diego”.

Fernando y Clara Luz descendieron del coche para dirigirse a la Puerta de la Iglesia. En

esa fresca mañana Clara Luz iba cubriendo su cabeza con una bella mascarada de seda

negra que le regalo su tía Chóleng antes de partir de Manila .

“Don Fernando, a que no podéis alcanzarme”, gritó de pronto Clara Luz con una sonrisa

traviesa, al mismo tiempo que corría para subir por la vereda y escalones que llevaban

hasta la cumbre del Cerro del Tepeyac.

Fernando iba tras ella intentando tomarla de la mano, hasta que a tropezones se

detuvieron casi a mitad del camino para recobrar la respiración y reírse. Por la altitud del

Valle de Anáhuac, el aire enrarecido dificulta la respiración de quienes no están

aclimatados a esas alturas como era el caso de Clara Luz y Fernando.

Después continuaron su ascensión más despacio hasta llegar jadeantes a la cima del

cerro desde donde pudieron deleitarse de la maravillosa vista del Valle de Anáhuac.

“Mirad Fernando, pero si la Ciudad de México es casi una isla, está rodeada de lagunas”,

decía asombrada Clara Luz, juntándose a Fernando para defenderse de la fresca brisa

que soplaban y que se llevó todas las nubes de lluvia de la noche anterior, dejando el cielo

totalmente despejado.

“Clara Luz, ahí están los dos volcanes, cubiertos de nieve en sus cumbres. Son los

mismos que vimos a lo lejos el día que llegamos”.

“¿Recordáis sus nombres?”.

“No Fernando, mirad que ello es más difícil que los nombres chinos de mis compañeras

del colegio”, dijo Clara Luz, mientras Fernando riendo se acercaba a su oído para decirle

lentamente: “Clara Luz, recordad la leyenda que os platique de esos dos volcanes. Sus

nombres son el Guerrero, llamado Popocatepetl y la Mujer Dormida, llamada

Iztaccíhuatl”.

“Mirad hacia allá, hay más calzadas como la de Guadalupe que salen en diferentes

direcciones cruzando por sobre las lagunas para llegar a las faldas de las montañas que

rodean el valle. Esto es increíble Fernando”

“Veis aquella calzada que esta hasta el fondo y que va en dirección a esa gran montaña

boscosa que tenemos muy lejos frente a nosotros. Ese es el Cerro del Ajusco y por ahí

*es por donde habremos de salir para llegar hasta San Antonio Tecomitl,
que debe de ser*

*uno de esos poblados que apenas se alcanzan a ver entre esas lomas y
montañas”.*

*“Ahora, mi Clara Luz, ya habéis recobrado el aliento, así que entremos a la
Capilla para*

conocerla”.

Ambos entraron respetuosamente a la penumbra de aquella pequeña capilla
construida

en 1749 en el preciso lugar donde la Virgen de Guadalupe se le apareció al
indio Juan

Diego, quedando admirados por el hermoso altar dorado estilo barroco y los
frescos

pintados en su cúpula.

Estuvieron ahí en silencio, hincados orando frente al Altar. Al salir un
Fraile Franciscano

se acercó a ellos, que se distinguían por su porte y vestimenta de muchos
otros

creyentes, preguntándoles si conocían la tradición de las apariciones de la
Santísima

Virgen de Guadalupe.

Al responder ellos que no la conocían, el Religioso los llevó a un lado
sombreado del

atrio de la Capilla para platicarles lo siguiente:

*“El sábado nueve de Diciembre de 1531 el indio Juan Diego
Cuauhtlatoatzin que vivía*

*en Tlatelolco subió a este Cerro del Tepeyac atraído por los cantos de unos
bellos*

*pájaros, cuando de pronto se le apareció por vez primera la Virgen de
Guadalupe y le*

*habló diciéndole que fuera a ver a Fray Juan de Zumárraga, quien era el
primer Obispo*

*de la Ciudad de México para pedirle que en este preciso lugar se le
construyera un*

templo”.

*“Por varios días más, la Santísima Virgen siguió apareciéndose ante el
indio Juan Diego*

*en este cerro. Ni Fray Juan de Zumárraga ni nadie más le creía esa historia
a Juan Diego,*

*quien diariamente después de ver a la Virgen bajaba del cerro para intentar
convencer*

*al Obispo de lo que veía y de su petición para construir una iglesia en
aquel lugar.*

*Finalmente, en su última aparición, el día doce de Diciembre la Virgen le
pidió a Juan*

*Diego que recogiera unas bellas rosas de Castilla que brotaron a su
alrededor y las*

*llevara como una muestra milagrosa a Fray Juan de Zumárraga, puesto
que esas flores*

solo se daban en España y no las había en América”.

“Para poder cargar el ramo de flores bajando el cerro para luego caminar hasta la ciudad

y llegar a la casa del Obispo Fray Juan de Zumárraga, Juan Diego las envolvió en la

parte frontal de su ayate, que es la tilma con que se cubría como parte de su vestimenta

indígena”.

“Cuando el indio Juan Diego se postró nuevamente frente a Fray Juan de Zumárraga

para darle el mensaje de la Virgen pidiéndole nuevamente que construyera una iglesia

en el Cerro del Tepeyac, al abrir el ayate para ofrecerle las flores que le enviaba la Virgen,

se sorprendió el mismo y sorprendió a todos al ver que las rosas caían y en el ayate que

portaba aparecía la bellísima imagen de la Virgen de Guadalupe, misma que es la que

todos nosotros veneramos aquí y en todas las iglesias de la Nueva España”

“Y también en las Filipinas, Reverendo”, respondió Clara Luz conmovida por la historia y

por estar ahí.

Desde ese lugar en lo alto del Cerro del Tepeyac, Fernando y Clara Luz bajaron rumbo

a la Capilla del Pocito, deteniéndose a mitad de camino por un momento frente a la

llamada Ofrenda de los Náufragos, construida como muestra de agradecimiento y

devoción por unos marinos que naufragaron y para salvarse encomendaron sus vidas a

la Virgen de Guadalupe.

A Fernando por ser Marino le llamó mucho la atención este monumento.

Después siguieron su descenso por la escalonada vereda del Cerro del Tepeyac hasta

la Capilla del Pocito, que es muy pequeña y fue construida en torno a un pozo que se

nutre de un manantial y del que se dice que fue otro de los lugares donde la Virgen se

le apareció a Juan Diego y que por ello, esa agua todos la consideran esta bendita.

Como todos los visitantes, Fernando y Clara Luz se acercaron al bordo del pozo para

estirar el brazo y mojar sus dedos en la fresca agua y con ella persignarse uno al otro.

Después de un rato continuaron su camino de regreso hasta la falda del Cerro cruzando

frente al Convento de Capuchinas hasta llegar hasta la entrada de la Basílica.

Una vez que cruzaron la puerta de la fachada de cantera estilo barroco para entrar al

interior de la nave principal de la Basílica, se fueron llenando de una paz espiritual que

por momentos los hizo olvidar muchas de las cosas que habían vivido y otras que les

preocupaban a futuro.

Mientras caminaban respetuosamente por el pasillo central de la Basílica buscando lugar

para sentarse y participar en la misa de las doce del día de aquel domingo, Clara Luz

se mostraba muy impresionada:

“Mirad Fernando, esto es precioso, nunca me lo imaginé. Los pisos de mármol y todas

estas bellas y enormes columnas de cantera, con esos hermosos capiteles labrados”.

Pasos más adelante Fernando le comentaba en voz baja a Clara Luz: “Ya visteis la

balaustrada y el altar”.

“Por supuesto Fernando”, respondió Clara Luz quien antes de hincarse volteó la mirada

hacia ambos lados exclamando:

“Mirad los vitrales, cuanta luz y colores tienen y que bellas figuras y pinturas hay en todos

los altares”.

La Basílica se fue llenando de fieles y a las doce del mediodía se dejaron oír las sonoras

campanas de la Basílica y de todas las iglesias cercanas para dar inicio a la Misa

Solemne dominical, que es cantada y cuenta con la participación del
diácono y el

subdiácono.

Al igual que en las Filipinas, el culto y devoción hacia el Santísimo
Sacramento y a la

Santísima Virgen de Guadalupe está muy extendido. Todas las mujeres
llevaban el

obligatorio velo cubriéndoles la cabeza y el sacerdote oficiaba la misa en
latín dando la

espalda a los fieles.

A lo largo de la misa los intensos y espirituales sonidos del órgano
monumental de la

Basílica inundaban la iglesia con su bella música sacra acompañando al
coro en sus

cantos gregorianos.

Al momento del sermón el Cura dejó el altar y subió al hermoso púlpito
trabajado en fina

madera para dirigirse en castellano a todos los fieles.

El Sacerdote tomo el sacro libro en sus manos y dio lectura a la siguiente
parábola del

Santo Evangelio según San Mateo:

*“Una vez un Padre pidió a dos de sus hijos que fuesen a trabajar a su viña.
El primero*

*le respondió que nó iría, pero no se ha olvidado de la llamada del padre y
terminó*

trabajando en la viña con él. El segundo hijo al pedido del padre reacciona diciendo que

sí iba a ir, pero todo ha quedado en palabras y nadie lo vió nunca trabajando en la viña”.

Al escuchar de boca del sacerdote esta parábola del hijo bueno que parece malo y del

hijo malo que parece bueno, en aquel momento de la misa a la que asistía en la Basílica

de Nuestra Señora de Guadalupe, Clara Luz se puso a pensar en que tal vez ella era la

hija buena que en verdad es mala y abandonó a sus padres y hermanos para irse al otro

lado del mundo.

A esos pensamientos le siguieron muchos otros que se agolpaban dolorosamente en su

cabeza mientras estaba de rodillas frente a la imagen de la Virgen de Guadalupe,

intentando seguir las palabras del Sacerdote:

“¿Cuántos meses han transcurrido sin que ellos tengan noticias mías o que yo sepa algo

de ellos?”.

“¿Que estará pensando mi madre de que los abandoné?

“¿Cuánto me habrá echado de menos la tía Chóleng, como yo a ella?”

“¿Me habrán olvidado ya mis amigas del colegio y las Madres del convento?

“¿Algún día volveré a verlos?”

“¿Podrán perdonarme lo que les he hecho?”

“¿Dios me perdonará por lo que hice por el amor que le tengo a Fernando?”

Después, mientras Clara Luz intentaba secarse las lágrimas sin que Fernando se diera

cuenta, mil recuerdos de la infancia y juventud, de las fiestas y alegrías y de los difíciles

momentos de la viruela o de cuando el tifón azotó Cavite en septiembre de 1805 seguían

brotando sin parar en su mente sumiéndola en un estado de tristeza y remordimientos

muy grande, como nunca antes lo había sentido en su vida.

La misa terminó antes de la comunión de los fieles, la cual se daba después ahí mismo

o en el sagrario.

Ambos se pusieron de pie y después de persignarse se dirigieron a formarse en la fila

para recibir la sagrada ostia de la comunión.

Al recibir el sagrado cáliz Clara Luz pidió perdón mientras su corazón lloraba para luego

junto con Fernando dirigirse a rezar bajo el milagroso ayate del indio Juan Diego con la

bendita imagen de la Santísima Virgen de Guadalupe, en donde estuvieron arrodillados

algunos minutos en silencio sin soltarse de las manos.

Después Clara Luz se aproximó más cerca del altar viendo hacia arriba a la imagen de

la Virgen de Guadalupe, mientras Fernando la esperaba parado algunos pasos atrás.

En ese momento Clara Luz empezó a llorar de nuevo con un sentimiento de angustia y

un dolor en el alma que no podía controlar.

De pronto algo llamó la atención de Clara Luz. Ahí abajo en el altar, tras de una vitrina

estaba un libro abierto con las palabras que describían el último encuentro de la

Santísima Virgen María de Guadalupe con el indio Juan Diego, sucedido el doce de

Diciembre de 1531. Clara Luz leyó con atención y curiosidad las palabras escritas en

aquella página:

Esa mañana muy temprano Juan Diego estaba triste por no poder encontrarse con la

Santa María como había prometido y muy preocupado porque su tío estaba muy

enfermo y podía morir en cualquier momento.

Juan Diego había dejado a su tío moribundo para ir a buscar un Cura que le diera los

Santos Oleos cuando se le apareció la Virgen preguntándole que le acontecía.

"Buenos días mi Señora". Saludó Juan Diego quitándose el sombrero.

"Perdonadme Señora, mi tío se está muriendo. Yo estoy en mi camino para llamar al

sacerdote. Después yó regresaré a veros, os lo prometo". Le imploró Juan Diego.

La Virgen con una dulce expresión le dijo:

"No dejéis que vuestro corazón se preocupe, mi amado hijo, no dejéis que nada os

preocupe ni os aflija. No temáis la enfermedad ni a ningún problema o dolor",

"¿Acaso no estoy yo aquí, que soy vuestra madre?"

Esas palabras de la Virgen de Guadalupe que Clara Luz nunca olvidaría resonaron con

fuerza en su interior, diciéndole: "¿No estoy yo aquí, que soy vuestra Madre?"

Una nueva sensación de paz, emoción y confianza envolvió a Clara Luz al sentirse

protegida y acompañada por una madre divina como lo era la Virgen de Guadalupe.

Segura de sí misma, tras secarse las últimas lágrimas que rodaron por sus mejillas, se

acercó al altar para besarlo dulcemente. Se persignó y dándose la vuelta se adelantó

para nuevamente tomar de la mano a Fernando y salir de la Basílica con una sonrisa de

paz y alegría en su cara.

Al día siguiente después de otra noche más de descanso en la que ambos finalmente

soltaron buena parte de la tensión acumulada durante muchos meses, Fernando y Clara

Luz aceptaron la invitación de Don Florentino, hecha el domingo por la mañana para

acompañarle al Parián de la Plaza Mayor, para que mientras el atendía asuntos de su

negocio, ellos aprovecharan los tres días siguientes previos a su partida hacia San

Antonio Tecómitl para conocer la Ciudad de México.

Don Florentino les recomendó que recorrieran el centro de la ciudad, empezando por la

Plaza Mayor, disfrutando de los Palacios que la rodean. También insistió en que visitaran

la Catedral, el Sagrario y las catorce capillas de su interior, además de no dejar de salir

diariamente a caminar por las hermosas calles del centro de la ciudad, siendo esa la

mejor forma de conocer sus diversos templos, conventos y elegantes residencias.

Les recalcó que no dejaran de visitar el Parián y los pequeños comercios del Baratillo

interior en donde seguramente encontrarían algo que les gustaría comprar, ya fuera ropa

o alguna baratija, sin olvidarse de también salir a la Plaza Mayor y caminar por ella y por

sus amplios portales para conocer los señoriales Palacios que la rodean.

Fernando y Clara Luz aprovecharon esos pocos días para recorrer la capital del

Virreinato, además de convivir con su gente y disfrutar de su comida, todo lo cual era

verdaderamente nuevo y sorprendente para Clara Luz y en muchos casos también para

el mismo Fernando.

Buen rato les tomo darle la vuelta completa al Palacio Virreinal, iniciando su recorrido por

la calle del Arzobispado a un lado del Sagrario de la Catedral para luego dar vuelta a la

izquierda en la Cerrada de Santa Teresa, regresando después por la Calle de Moneda a

espaldas del Palacio Virreinal hasta llegar al llamado Puente de los Meleros que los llevo

hasta el Portal de las Flores, en donde Clara Luz se maravilló con los cientos de flores

de Cempaxúchitl que ahí se vendían en las vísperas de las celebraciones del Día de

Muertos.

Por la tarde Don Florentino los invitó a visitar algunos lugares cercanos y los acompañó

a la Capilla de Ánimas, situada atrás de la Catedral, a la Iglesia y Convento de Santo

Domingo, al Templo de la Profesa del que le comentó con discreción a Fernando que en

ese convento que hasta la expulsión de los Jesuitas perteneció a esa orden religiosa,

también se reunía otro grupo de gente que apoyaba la lucha autonómica. En la misma

calle les mostró la majestuosa Casa Borda, propiedad de una familia propietaria de

minerales de plata, la cual ocupaba toda la manzana.

Después llegaron al Convento de San Agustín para continuar hasta el impresionante

Convento Grande de Nuestro Padre San Francisco, que era el convento de mayor

tamaño en la Nueva España, cubriendo una superficie de casi cuarenta y cuatro mil

yardas cuadradas.

Aun cuando no todas las áreas del convento estaban abiertas para visitar, Don Florentino

pudo llevar a Clara Luz y Fernando a recorrer el amplio atrio que rodeaba al templo

principal, flanqueado al oriente por la Capilla de los Servitas, en el lado norte por las

Capillas de Nuestra Señora de Aránzazu y la del Tercer Orden; al poniente por la Capilla

del Señor de Burgos y en el lado sur por la Capilla de la Santa Escuela, que junto con

otras cinco capillas más y el convento conformaban aquel impresionante conjunto

arquitectónico que estaba a tan solo cuatro cuerdas de la Plaza Mayor y del Parián de la

Ciudad de México.

Por todos lados había bellas pinturas de afamados artistas novohispanos y peninsulares

que fueron siendo admiradas por los tres visitantes, impresionados también por la

riqueza de los altares, los retablos, las bóvedas, los coros, la sillería de caoba y ébano

bellamente tallada, los púlpitos, vasos, cruces, pilas de bautismo y muchísimos detalles

más que pudieron admirar en su recorrido hasta muy entrada la tarde.

Por último, cuando el sol invernal ya se empezaba a ocultar tempranamente atrás del

cerro del Ajusco llegaron a la esquina de la Iglesia de San Bernardo.

Al llegar ahí Don Florentino les pregunto a Fernando y Clara Luz si conocían la leyenda

de Don Juan Manuel, ya que la calle que estaba a la vuelta de la esquina es precisamente

la llamada Calle de Don Juan Manuel.

“Nó Don Florentino” no conozco a ese Don Juan Manuel que voz mencionáis. ¿Y voz

Fernando, lo conocéis?”, respondió Clara Luz a Don Florentino.

“Algo he escuchado, pero con certeza no le conozco” dijo Fernando, mientras Don

Florentino lo tomaba del brazo para encaminarlos a la vuelta de la esquina.

“Hace casi doscientos años una serie de hechos sangrientos que acontecieron en esta

calle adonde ahora estamos fueron la raíz de una terrible leyenda que hasta la fecha

hace que por las noches prácticamente nadie se atreva a caminar por aquí”, les empezó

a contar Don Florentino.

“Se dice que en esta calle vivía un hombre muy rico de nombre Don Juan Manuel cuya

casa quedaba justo detrás del Convento de San Bernardo. Este hombre estaba casado

con una mujer muy bella y virtuosa, sin embargo el hecho de no haber podido tener

sucesión con su esposa lo había convertido en un hombre verdaderamente triste”.

“Esa tristeza lo consumía y lo desesperaba sin dejarlo dormir por días y semanas.

Finalmente pensó que si se alejaba de su mujer y se integraba al clero entrando como

fraile a la orden de San Francisco podría encontrar la paz interior que tanto necesitaba”.

Don Florentino se detuvo y continuó diciendo:

“A fin de consagrarse de lleno a las prácticas religiosas Don Juan Manuel hizo venir un

sobrino de España para que en su ausencia administrase sus negocios. Tan pronto

como llegó aquel joven pariente Don Juan Manuel fue presa de unos celos terribles. Tan

terribles que invocó al Diablo y le ofreció entregarle su alma si le ayudaba a descubrir la

infidelidad de su mujer con el sobrino recién llegado”.

“El Diablo se le apareció de inmediato para ordenarle que esa noche a las once saliera

de su casa y matara al primero que se encontrara”.

Clara Luz empezaba a estar verdaderamente asustada oyendo aquella historia de terror.

“Don Juan Manuel cumplió cabalmente el encargo tras lo cual regresó a su casa

pensando que ya había matado al culpable solo para encontrarse de nuevo al Diablo,

quien le dijo que esa primera víctima era inocente, pero que insistiera y que noche a las

once en punto siguiera matando a alguien más hasta que lograra matar al culpable y

entonces el se aparecería junto a ese último cadáver”.

“Don Juan Manuel obedeció fielmente al Diablo y todas las noches salía de su casa,

abría el portón, se recargaba en el portal y cubierto por una capa esperaba a su siguiente

victima”.

Escuchando el relato de Don Florentino, Clara Luz se aferraba cada vez más al brazo de

Fernando, apretándolo con fuerza mientras la noche empezaba a cubrirlos y solo se veía

el reflejo de los faroles en las baldosas que cubrían la calle.

“Al oír algunos pasos, Don Juan Manuel se adelantaba y acercándose a la persona le

preguntaba”:

“Perdone usarcé, vuestra merced, ¿qué horas son?”

“Las once de la noche” le respondían.

“¡Dichoso usarcé, que sabe la hora en que muere!”

“¿Y cuantos más hombres mató ese loco?”, pregunto temerosa Clara Luz

“No se sabe, solo queda el recuerdo de que cada mañana la Ronda encontraba un nuevo

cadáver en esa calle y de que varios meses después, una madrugada el Señor Don Juan

Manuel de Solórzano fue encontrado colgando de la horca y nunca más volvió a hallarse

un cadáver en esta calle“, terminó Don Florentino.

Ya era de noche y hacia frío, por lo que los tres caminantes se dieron la vuelta y salieron

a paso rápido para ir a merendar a la casa de Don Florentino, aun cuando Clara Luz

apenas y probó un poco del chocolate caliente que la tía Concha les sirvió esa noche.

El último día iniciaron su recorrido en el Portal de la Diputación, en el lado opuesto de la

Plaza Mayor justo frente al Parían, para luego pasar al Portal de Mercaderes en la

esquina de la calle de Plateros en donde Clara Luz recibió nuevas sorpresas cuando se

detuvo frente a un pequeño puesto que tenía a la venta mascaradas de seda china, muy

similares a las que ellos habían adquirido en el Parían de Cavite.

Clara Luz preguntó por el precio y abriendo los ojos sin poder decir palabra, solo volteó

a ver a Fernando, mientras mentalmente hacía los cálculos de que la mascarada que le

ofrecían tenía un precio cinco veces mayor al que las venden en Manila.

Fernando riéndose le dijo a Clara Luz: *“Ahora seguid caminando y más adelante*

preguntad por el precio de aquel costal de granos de café que venden al final del pasillo.

Vais a querer comprar todos, porque con esos productos pasa lo mismo que con la seda,

pero en sentido inverso, puesto que al producirse en la nueva España, como lo habéis

comprobado en los plantíos que cruzamos cerca de Saláhua, su precio aquí es mucho

menor al que os dan en Manila”.

Al medio día se encontraron nuevamente con Don Florentino, quien los llevó hasta una

fonda en la cercana calle del Colegio de Niñas, en donde los tres saborearon un delicioso

plato de Pozole, la típica sopa mexicana hecha con la variedad local de maíz conocida

como cacahuazintle, con carne de puerco y diferentes verduras, chiles y especias.



Después regresaron caminando hasta la casa de Don Florentino para preparase para

partir al día siguiente al encuentro con Don Hermenegildo.



CAPITULO XXI

El “Día de Muertos”

A la llegada de los conquistadores españoles encontraron la ciudad de Tenochtitlan en

el centro del valle de Anáhuac casi como una isla rodeada por extensas lagunas. Milpa

Alta al igual que la Villa de Guadalupe son poblaciones ubicadas en las orillas de la zona

lacustre de ese valle.

A partir de la Conquista, esa ciudad rodeada de lagunas inicialmente fue llamada por los

españoles con el nombre de San Juan Tenochtitlan para luego cambiarlo al de Ciudad

de México, la cual fue creciendo al ir ampliando su superficie urbana poco a poco

mediante el drenado y secado gradual de las lagunas y canales a su alrededor,

reforzando los accesos importantes que desde las faldas de cerros y volcanes del Valle

de Anáhuac llegaban a la Ciudad.

Había accesos de agua como el Canal de la Viga que penetraba hasta el centro de la

ciudad para el transporte de personas y carga en chalupas. O los grandes acueductos

de arcos de cantera que traían agua fresca desde los manantiales de las montañas,

como era el caso del acueducto de Chapultepec que llevaba agua desde Santa Fe hasta

la Fuente del Salto del Agua en la periferia de la ciudad. También estaban las calzadas

que salían de la ciudad en varias direcciones construidas sobre bordos de terraplenes

que cruzaban las lagunas, conectando a la ciudad con diversas poblaciones en las

orillas, como eran la de la Villa de Guadalupe o la de Azcapotzalco.

A media mañana del jueves treintauno de octubre Don Fernando Ruiz Castanedo y su

esposa Doña Clara Luz se despedían de Don Florentino de Chavarría y López,

agradeciéndole su hospitalidad para partir en el coche a cargo de Juan Teutle, quien los

llevaría primeramente a recoger al Reverendo Don Pedro de la Concha y a Don Alejandro

Maganda, para luego tomar la calzada de Iztapalapa que los llevaría en dirección al

poblado de Xochimilco, desde donde dejarían las lagunas para tomar el Camino Real

que subía a Milpa Alta de donde continuarían subiendo por las laderas del Ajusco hasta

llegar a San Antonio Tecómitl, rodeados de muchos peregrinos que por la misma ruta

caminaban en procesión cargando numerosas flores y ofrendas para participar en la

celebración de Todos los Santos y de los Fieles Difuntos que al día siguiente se iniciaban

en los poblados de la región, entre ellos el de San Antonio Tecómitl.

En la tarde, después de entrar al pueblo se aproximaron al Convento para encontrarse

con el Párroco de San Antonio Tecómitl, Don José Doroteo González.

A esa hora aún no había llegado Don Hermenegildo Ruiz Mejía por lo que Fernando y

Clara Luz tuvieron tiempo de alojarse en la Casa Parroquial, mientras que el Reverendo

Don Pedro de la Concha se alojaba en el Convento al igual que Don Alejandro Maganda

y Ramos, que era en donde también se alojarían a su llegada Don Hermenegildo y toda

la gente que venía acompañándolo.

En su recorrido del Convento a la Casa Parroquial de San Antonio Tecómitl, Clara Luz y

Fernando se vieron rodeados de mucha gente que se dirigía al panteón llevando ramos

de flores, cirios, ollas y muchas cosas más, lo que hizo recordar a Clara Luz las

celebraciones que en las Filipinas se hacen en estas mismas fechas llevando ofrendas

a las tumbas de los seres queridos que ya fallecieron.

Recuerdos de su abuela, la querida Lola Loi, la cual tuvo la suerte de conocer y disfrutar

de pequeña y a quien después, el día dos de noviembre de todos los años junto con toda

la familia, le llevaban a su tumba pequeños platos con la comida sin que faltara el “pian

i sit”, platillo que más le gustaba a la querida y recordada “Ela”, que es como le llaman

de cariño a las Abuelas en las Filipinas.

Más tarde Fernando dejó descansando a Clara Luz para regresar al Convento a la espera

de la llegada de su Padre y de los enviados del General Don José María Morelos con los

que se reunirían de inmediato para planear las entregas de los cañones, armas,

municiones y pólvora que trajeron de las Islas Filipinas en el Galeón de Nuestra Señora

Santa María de Guadalupe.

El sol se empezaba a esconder ya atrás de las montañas cuando el contingente de

Avanzada que llevaba Don Hermenegildo Ruiz Mejía hizo su entrada al
átrio del

Convento.

De inmediato salieron a recibirlos el Párroco Don José Doroteo Gonzáles,
el Capitán

Fernando, Don Alejandro Maganda y el Padre Don Pedro de la Concha
rodeados de

varios clérigos, quienes rápidamente los llevaron hasta la Sala Capitular del
Convento

situada en el lado poniente del Claustro, mientras otros hombres se
encargaban de

descargar y desensillar los caballos y llevarlos a una amplia caballeriza a
espaldas del

convento en donde los limpiarían, alimentarían y los dejarían descansar.

Al desmontarse Don Hermenegildo fue ayudado por su hijo Fernando. De
inmediato

ambos se dieron un fuerte abrazo que prácticamente duró todo su camino
hasta la Sala

Capitular.

En aquel salón ya había un grupo de personas esperándolos, quienes tan
pronto como

aparecieron los recién llegados se pusieron de pie para saludarles mientras
el Párroco

Don José Doroteo Gonzáles los presentaba:

“Don Hermenegildo Ruiz Mejía y Don Roberto de Llano, permitidme presentaros a Don

Hermenegildo Galeana, Lugarteniente General del Ejército del Sur, a Don Leonardo

Bravo, Comandante del Regimiento de Guadalupe y a Don Pedro Guerrero, Padre de

Don Vicente Guerrero, así como al Capitán Don Isidoro Montes de Oca, quienes como

vosotros bien sabéis son personas de la mayor cercanía al Generalísimo Don José María

Morelos”.

“Vosotros, Padre Don Pedro de la Concha, Don Alejandro Maganda y Capitán Don

Fernando Ruiz Castanedo ya habéis sido presentados previamente con nuestros

invitados cuando llegasteis desde la Ciudad de México y por supuesto incluyo también a

Don Isidoro Montes de Oca, quien os ha acompañado desde vuestro desembarco hasta

aquí, a quien ya todos lo conocéis”, terminó el Párroco del Convento de San Francisco.

Todos se dieron las manos y se sentaron en los sillones que ya estaban ahí formando

un semicírculo al centro del salón.

Don Hermenegildo Ruiz Mejía y sus compañeros estaban emocionados de conocer a

Don Hermenegildo Galeana, prestigiado Jefe Insurgente que en muy poco tiempo había

logrado distinguirse entre todas las cabezas del movimiento de Independencia por su

liderazgo, valor, arrojo, carisma y talento natural para combatir y guiar a sus hombres

con inteligencia y habilidad, logrando victorias muy importantes, siendo sin duda el

colaborador de más confianza de Don José María Morelos.

Don Pedro Guerrero, hacendado y comerciante, padre de Don Vicente Guerrero,

acompañaba en aquella reunión a Don Hermenegildo Galeana para apoyarlo en las

negociaciones con Don Hermenegildo Ruiz Castanedo y sus acompañantes.

Don Hermenegildo Ruiz Mejía conocía de tiempo atrás y hacia negocios con Don Pedro

Bravo y su familia, que también estaban en el negocio de las recuas

El primero en hablar con un tono amable y una sonrisa que generaba confianza al

escucharlo fue Don Hermenegildo Galeana:

“Señores, estamos muy agradecidos del enorme esfuerzo que habéis corrido a lo largo

de un año y que aun estáis corriendo para apoyar al General Don José María Morelos,

a todos nosotros y a nuestras tropas en la sangrienta lucha que llevamos a cabo en el

sur de la Nueva España.

Hemos vencido al ejército Realista en varias ocasiones pagando un alto precio en vidas

de nuestra gente por el hecho de no contar con los armamentos necesarios para combatir

en igualdad de condiciones con las tropas del Virrey”.

“Vuestra aportación seguramente marcará una diferencia muy importante y nos permitirá

en definitiva lograr la victoria no solo en la Costa Grande, en Tierra Caliente, en la

Montaña y en el Sur, sino en todas las Provincias de la Nueva España”.

“Estamos reunidos aquí con vosotros en nombre y representación del General Don José

María Morelos quien hoy se encuentra con gran parte de nuestras tropas en la villa de

Chilapa, población que recién fue tomada por nuestras fuerzas el pasado viernes

dieciséis de este mes de Agosto”.

“Tenemos instrucciones de apoyaros en todo lo necesario para recibir las armas y

municiones que nos estáis trayendo, las cuales como bien sabéis son fundamentales

para continuar la lucha del Ejercito del Sur que en este momento ha cumplido con éxito

su primera campaña y se apresta a retomar la iniciativa para llevar a cabo una segunda

campaña más amplia, ambiciosa y definitiva para lograr que nuestra América sea una

tierra libre para los Americanos”

A lo que Don Hermenegildo Ruiz Mejía respondió:

“El Señor Obispo Don Alfonso de Villalobos ha confiado en nosotros y nos ha apoyado

ampliamente para lograr que estemos hoy aquí con ustedes. No todos estamos en las

batallas como vosotros lo hacéis a diario con valentía, pero desde nuestra posición

hemos hecho el mayor esfuerzo por apoyaros aun corriendo en muchas ocasiones

riesgos tan grandes como los que vosotros enfrentáis a diario en vuestra lucha”

“Esta es nuestra forma de luchar por la Independencia y la autonomía de nuestra tierra

y de nuestra gente y por ello es que estamos aquí apoyando a Don José María Morelos

y a vosotros”.

Don Leonardo Bravo intervino:

“Como bien sabéis e l Señor Obispo Don Alfonso de Villalobos nos ha propuesto que

aprovecháramos, tanto ustedes como nosotros las siguientes afortunadas circunstancias:”

“Primeramente el hecho de que en estas fechas en que vosotros estáis llegando a la

Sierra del Ajusco en avanzada de la carga del Galeón se inician las celebraciones

religiosas y populares de los Fieles Difuntos o Dia de Muertos en esta villa de San

Antonio Tecómitl, además de que en los próximos meses tendremos fiestas patronales

y celebraciones populares en ocho poblados muy cercanos de esta comarca de la sierra

del Ajusco y de las márgenes de la laguna de Chalco que se encuentra hacia abajo de

estas laderas.

“Segundo: El lugar preciso en donde pretendemos guardar todas esas armas, pólvora y

cañones son las Grutas de Suchiooc que se encuentran en tierras del volcán del mismo

nombre en la llamada Sierra del Tepozteco, al lado opuesto de esta Sierra del Ajusco en

la que estamos ahora. Estas grutas las conocemos muy bien puesto que desde hace

algún tiempo las utilizamos para guarda y resguardo de nuestras armas y alimentos”.

“Tercero: La fortuna de que en todos estos parajes, incluidas estas tierras muy próximas

a la Ciudad de México el dominio militar del Ejército del Sur del General Don José María

Morelos es muy claro y contundente, aunque eso nó quita el que los Realista sigan

intentando desplazarnos y derrotarnos, por lo que para nosotros también es importante

contar con vuestras armas y pólvora, a fin de defendernos y derrotarlos”.

Don Hermenegildo Galeana se dirigió al Párroco Don José Doroteo Gonzáles

preguntándole cuales eran las celebraciones y fechas a llevarse a cabo en esas

poblaciones, ya que dos temas importantes para acordar en esa reunión eran los envíos

diarios en pequeñas cantidades de armas y pertrechos que se estarían recibiendo desde

las Cuevas de Vinata y el otro, la planeación de los embarques para en un siguiente

paso, llevar toda esa misma carga a las Grutas de Suchiooc dentro de los tiempos

adecuados y con el máximo posible de seguridad, sobre todo encontrándose ya en

regiones más pobladas y a poca distancia de la Ciudad de México.

“Caballeros, en San Antonio Tecómitl hoy estamos en la víspera de dar inicio a las

Celebraciones de Todos los Santos y del Día de los Fieles Difuntos. Este último, conocido

popularmente como “Día de Muertos” en este poblado tiene una connotación muy

particular basada en las antiguas costumbres y tradiciones de sus pobladores y en los

principios y devoción de la doctrina cristiana que hoy todos profesan”.

“Como os daréis cuenta, además de los rezos, los cantos, las ofrendas, las flores y

ceremonias que a partir de este amanecer se llevan a cabo por setenta y dos horas en

el panteón de esta villa, llama la atención la elaboración que todos hacen a mano de

figuras de lodo de barro en cada tumba, las que se erigen y ahí se dejan por los

pobladores como una muestra de amor y veneración hacia los difuntos a fin de que

gracias a su compañía no estén solos en la otra vida”.

“Con las vestimentas religiosas que portáis podréis entrar y salir de este Convento y de

la villa en general, pudiendo moveros estos próximos días con cierta libertad y con bajo

riesgo tal como lo habéis hecho hoy para llegar aquí, así que os pido que las mantengáis

con vosotros”.

“Sus señorías habéis sido recibidos y alojados en el Convento de San Antonio por

nuestros hermanos y por un grupo de vecinos de esta población que son miembros de

la Cofradía del Santísimo y Animas Benditas que nos están ayudando en estas labores”.

“Otra tradición importante de San Antonio Tecomitl es el festejo de la Natividad el día

veinticuatro de Diciembre, en la que los habitantes de cada uno de nuestros cuatro

barrios, que son Xochitepetl, Xaltipac, Tenantitla y Cruztitla organizan un Nacimiento

del Niño Dios, asignan un Padrino y adornan con flores todas las calles e Iglesia de su

barrio, compartiendo el festejo con atole, tamales, ponche, música y cantos”.

“Ambas celebraciones, la de los Santos Difuntos y la de la Natividad son famosas en la

comarca y atraen muchos visitantes de los once poblados vecinos que al igual que San

Antonio Tecómitl pertenecen a la Parcialidad de la Milpa Alta, quienes se unen a

peregrinos llegados de otras poblaciones de la región como son Xochimilco, Tlalpan y la

propia Ciudad de México. Todos ellos asisten a misas, rezos, ceremonias y fiestas tanto

en nuestra Capilla de San Francisco, aquí mismo en este Convento, como en otras

Iglesias, en el Panteón, en las Plazas, en el mercado y en las calles”.

“Pero estas no son las únicas conmemoraciones o fiestas que se celebran en nuestra

comarca:

El veintidós de noviembre se festeja a Santa Cecilia en Petlascalco y el veintinueve del

mismo mes tendremos la feria del vecino poblado de San Andrés Toltepec. En el mes de

diciembre hay varias celebraciones más: La Purísima el día ocho en el poblado de La

Fama; en el día doce las celebraciones de la Santísima Virgen de Guadalupe en todos

los poblados; el día veintiuno son las fiestas patronales de San Miguel Apóstol en Santo

Tomas Ajusco y por supuesto también tenemos las celebraciones de la Natividad y el

Nuevo Año en el mes de diciembre de este año de 1811 y en los inicios de enero del

siguiente año”.

“En todas estas celebraciones patronales en cada pueblo realizan festejos populares con

mucho movimiento, procesiones religiosas, música, bailes y visitantes de pueblos

cercanos, lo que ayuda mucho a que vosotros podáis moveros con más libertad por la

región.

“Muchas gracias dijeron todos”, cuando el Párroco Don José Doroteo Gonzáles terminó

su explicación para que nuevamente tomara la palabra Don Hermenegildo Ruiz Mejía.

“Caballeros, finalmente estamos hoy aquí con vuestras Señorías para confirmaros que

la Carga del Galeón Nuestra Señora de Guadalupe que zarpó del puerto de San Blas el

dia doce de Diciembre del año pasado rumbo a la Ciudad de Manila, está próxima a

llegar hasta San Antonio Tecómitl, una vez que fue descargada de las bodegas del

Galeón el pasado doce de octubre tras tirar anclas en la Bahía de Saláhua, próxima al

Puerto de Manzanillo”.

“Habiendo yá recorrido la Costa Grande y cruzado la Tierra Caliente, esa valiosa carga

ahora mismo está siendo acarreada por las montañas para llegar hasta aquí, desde

donde la llevaremos a su destino final en las cercanas Grutas de Suchiooc”.

“Asimismo os comento que durante la estancia del Galeón en el Puerto de Cavite aledaño

a la Ciudad de Manila, se realizaron ventas a los comerciantes filipinos del Sangley de

mercancías que llevamos a las Filipinas por cuenta de los Comerciantes del Parián de la

Ciudad de México. Con los ingresos de esas ventas y una cantidad adicional de oro que

se llevó en el Galeón adquirimos allá mismo mercancías orientales para ser traídas a la

Nueva España en el contraviaje, las que una vez vendidas en estas tierras ayudaran a

recuperar parte de la inversión hecha por esos valientes comerciantes para financiar los

costes del Galeón, de su tripulación y del armamento adquirido en Manila que como

antes mencioné, estamos próximos a entregaros”.

“El Capitán Don Fernando Ruiz Castanedo aquí presente fue quien comandó el Galeón

en el contraviaje. El también partió de Saláhua en la misma fecha que lo hicimos nosotros

llevando las mercancías adquiridas por cuenta de los Comerciantes del Parián de la

Plaza Mayor. La ruta que siguió fue diferente a la nuestra, habiendo llevado su

encomienda a la Ciudad de México partiendo de Salahua, primero por caminos de

Herradura hasta llegar a Lagos y a partir de ahí, por el Camino de Tierra Adentro al

unirse con la ayuda de Don Pedro Moreno a una caravana muy bien custodiada que

venía desde los minerales de Zacatecas con un cargamento de Plata refinada”.

“Tras haber entregado con bien las mercancías de los Comerciantes del Parían de la

Plaza Mayor de la Ciudad de México la semana pasada, pudo estar hoy aquí con

nosotros”.

“Sabed que el Galeón de Nuestra Señora de Guadalupe en estos nueve meses de

navegación desde la Nueva España hasta las Islas Filipinas y en la Contravuelta a

nuestras tierras hubo de superar y salir airoso enfrentando diversas vicisitudes y peligros

junto con su valientes tripulantes, incluyendo la traición y violento asalto sufrido la

madrugada del viernes veintinueve de Marzo durante su permanencia anclado en el

fondeadero de la Bahía de Cavite”.

“Esta acción fue llevada a cabo por un sanguinario grupo de malhechores chinos a las

órdenes de un perturbado Monje Agustino quien pretendía robarse el Oro que se

guardaba en el Galeón. Este hombre estaba al tanto de las gestiones que los oficiales y

pasajeros del Galeón llevaban a cabo en Manila y en Cavite con los Superiores de la

Orden de los Monjes Agustinos y con algunos distinguidos personajes Filipinos para la

adquisición y embarque en el Galeón de los cuarenta cañones, doscientos ochenta

toneles de pólvora, casi dos mil mosquetes y pistolas, así como de varios toneles de

municiones que son las armas y pertrechos que estaremos a entregando a vosotros en

el curso de la próximas dos semanas, a las que hay que adicionar los veintiocho cañones

cortos que formaban parte de la artillería del Galeón, los cuales también los hemos

bajado a tierra, por lo que vosotros vais a recibir un total de sesenta y ocho cañones,

además de las mercancías orientales ya mencionadas que se compraron con el oro”.

“En ese asalto al Galeón en la bahía de Cavite desafortunadamente perdió la vida el

Capitán del Galeón Don Rodrigo de Santos y Escobar y varios valientes hombres de la

tripulación, habiendo sido nombrado Don Fernando Ruiz Castanedo como nuevo Capitán

al mando del Galeón”.

“Superado el asalto en Luzón, en el contraviaje el Galeón fue atacado en las

proximidades de la costa de las Californias por el bergantín Pirata “Strijder”, al mando

del famoso pirata holandés Johannes Van Zeenten”.

“Gracias a la buena fortuna de haber colocado y habilitado todos vuestros cañones en

las dos cubiertas superiores del Galeón, fue posible para el Capitán Don Fernando Ruiz

Castanedo llevar a cabo las maniobras precisas para repeler al ataque, impedir el

abordaje y con una intensa y única lluvia de artillería, hundir el barco pirata junto con su

Capitán holandés y todos su hombres, ello gracias a la divina protección de nuestra

Santísima Virgen de Guadalupe y a la maestría, valentía y buen gobierno del Capitán y

de todos y cada uno de los valientes marinos, militares y pasajeros que conformaron la

tripulación de nuestro Galeón”.

“Después de tocar tierra americana en la Misión de la Bahía de Monterey en la Alta

California, para seguidamente derrotar hacia el sur hasta llegar al Cabo San Lucas en la

Baja California, el Galeón tiró anclas en la Bahía de Saláhua”.

“Todos nosotros que de una forma o la otra hemos participado en esta arriesgada

aventura estamos muy agradecidos con el Capitán Don Fernando Ruiz Castanedo, quien

supo traer el Galeón a buen puerto y por supuesto, que yó que soy su Padre, estoy

verdaderamente orgulloso de él y de toda la valiente tripulación y pasajeros que lo han

acompañado”.

“En pocos días iniciaremos la entrega de nuestra carga, lo cual se está logrando gracias

al apoyo y protección de Don Roberto de Llano, quien junto con Don Pedro Guerrero,

nos brindaron la mayoría de las recuas de mulas, carretas de tiro de bueyes, jinetes,

peones y arrieros, así como por la presencia del Capitán Don Isidoro Montes de Oca y

de sus tropas, quienes nos han cubierto y protegido en todo el camino desde Saláhua

hasta las Cuevas de Vinata y desde ahí hasta aquí”.

“Asimismo, debo mencionaros que gracias a sus conocimientos de primera mano y a la

buena amistad que el Capitán Don Isidoro Montes de Oca tiene con todos sus paisanos

de la Costa Grande, no solo nos brindó protección con sus soldados, sino que todos los

habitantes a lo largo de nuestro recorrido de casi doscientas leguas han sido durante el

día y la noche nuestros ojos y oídos, cuidando de que las tropas Realistas jamás se

percataran de nuestro tránsito por las veredas y montañas que nos han traído hasta

aquí”.

“Recibid ambos nuestro más sincero agradecimiento que por supuesto considera

también a toda la gente a sus órdenes, quienes nos han acompañado en estas últimas

semanas”.

En ese momento el General Don Hermenegildo Galeana comentó lo siguiente:

“Gracias por sus palabras estimado Don Hermenegildo Ruiz que sin duda expresan la

gratitud y la voluntad de apoyo que tenéis de todos los Insurgentes del Ejercito del Sur y

que el General Don José María Morelos me ha solicitado que les haga saber”.

Para continuar:

“Ahora señores os voy a comentar por qué razón el General José María Morelos ha

decidido que todos estos pertrechos, armas y municiones sean llevados para su guarda

en las Grutas de Suchiooc”.

“Seguramente os habréis preguntado: ¿En dónde se localizan estas grutas y por qué es

conveniente llevar hasta ellas todas estas armas y municiones?”

“Ahora mismo os lo explico:”

“La región de Tierra Caliente la limitan al oriente la costa del Océano Pacífico y al

poniente las cordilleras montañosas de la Sierra Madre, de las que se derivan la Sierra

del Tepozteco y la Sierra del Ajusco”.

“Esta es la región más cercana a la Capital Virreinal de la Ciudad de México en la que

tenemos presencia del Ejército Insurgente del Sur, por lo que el Brigadier Calleja y los

ejércitos Realistas están haciendo grandes esfuerzos para derrotarnos o al menos

desplazarnos hacia el Sur, intentando con ello impedir que avancemos a Zitácuaro para

unirnos a los Insurgentes de la Junta Nacional Americana ahí establecida, o que

tomemos la Ciudad de Puebla de los Ángeles y por supuesto, para evitar que podamos

entrar a la Ciudad de México que como bien sabéis sus orillas están a solo diez leguas

de este poblado de San Antonio Tecómitl y a veinticinco de nuestras posiciones más

cercanas en el Valle de Cuautla”.

“Para ello los Realistas han estado acumulando tropas y fortaleciendo puntos

estratégicos en caminos y accesos a los valles, sobre todo en las cercanías de Tenango

por lo que debemos de asegurarnos de que todas estas nuevas armas y sus pertrechos

estén protegidas y disponibles”.

“Ello implica que necesitamos un lugar muy seguro y a la vez cercano y ese lugar son

precisamente las Grutas de Suchiooc”.

“Suchiooc es uno de los muchos volcanes apagados que hay en la Sierra Chichinautzin,

que es parte de la Sierra del Tepozteco y que al oriente se une con la Sierra del Ajusco.

El Suchiooc debió de haber hecho erupción hace miles de años formando una serie muy

extensa de cráteres, cavernas y túneles de lava que las comunican a lo largo de una

área muy extensa”.

“Pocas de estas grutas y túneles han sido exploradas en su interior, sin embargo tenemos

ubicados algunas que tienen altura para caminar dentro de sus galerías por distancias

de hasta un cuarto de legua”.

“Algunas de estas cuevas, que en su conjunto se conocen como grutas del Suchiooc,

se encuentran en las faldas de las montañas y otras con acceso más difícil están situadas

en los macizos rocosos, barrancas y cráteres de lo alto de la sierra”.

“Los españoles conocen poco de estos túneles y grutas, las cuales desde siempre han

sido visitadas por indios Chichimecas y Tecpanecas de la región, habiendo aún en varios

lugares monumentos de piedra dedicados a las deidades que ellos veneraban antes de

su conversión a la Fe Católica”.

“Nosotros estamos aprovechando algunas de esas cuevas para guardar armas,

municiones, alimentos y para escondernos o movernos por debajo de la tierra cuando es

necesario no ser vistos”.

“De todas esas cavernas hay dos que consideramos a modo para recibir vuestra carga,

por sus galerías y por su cercanía:”

“Ellas son la Cueva del Diablo y la Cueva de la Iglesia, que aunque por su nombre

parecieran opuestas, creemos que están conectadas por profundas galerías en las

entrañas de la tierra, ya que ambas son formaciones de escurrimientos de lava del

volcán Suchiooc y sus entradas se encuentran a una distancia de media legua una de la

otra”

“La primera es la Cueva del Diablo y se encuentra en las faldas del Volcán, cercana al

poblado de Santo Domingo en las proximidades de Tepoztlán. Aunque es muy extensa

y por la oscuridad no se puede penetrar más adentro sin antorchas, tiene largas galerías

de lava en forma de túneles con alturas en el interior de hasta dieciocho varas”.

“La otra es la Cueva de la Iglesia, localizada atrás de la iglesia de San Juan Bautista en

el pueblo de San Juan Tlalcotenco. Tiene una bóveda muy amplia de acceso fácil, con

muchas más galerías y ramales que se abren en direcciones diferentes a las que solo

los indios se atreven a meterse”.

“¿Tenéis alguna duda o pregunta? Dijo Don Hermenegildo Galeana para continuar,

después de que nadie alzo la mano o la voz:

“Don Hermenegildo Ruiz Mejía, por lo que nos habéis dicho vosotros a partir del doce

de octubre habéis transportado toda la carga inicialmente por la costa y después por la

montaña hasta la Cueva de Vinata”.

”En la Cueva de Vinata habéis guardado vuestras carretas y la carga de las recuas.

Desde ahí vos habéis partido cabalgando en avanzada y sin carga para estar el día de

hoy aquí en San Antonio Tecómitl, asistiendo a esta reunión en coincidencia con el inicio

de las celebraciones del Día de los Santos Difuntos que hoy dan inicio en esta población”,

terminó de comentar Don Hermenegildo Galeana.

Don Hermenegildo Ruiz Mejía tomó la palabra de nuevo para confirmar lo anterior y

explicar cómo se estaba moviendo la carga del Galeón en grupos pequeños de recuas

cortas desde la Cueva de Vinata hasta San Antonio Tecómitl, lo cual así se había

decidido por lo agreste y difícil de los caminos y veredas a recorrer en la montaña y para

reducir el riesgo de un eventual enfrentamiento con tropas Realistas, ya que de darse

una situación de ese tipo, solo uno de los embarques de recuas cortas estaría en peligro

de perderse:

“Caballeros, , siguiendo mis instrucciones, ese mismo día veintiuno de octubre al mismo

tiempo que partimos cabalgando en avanzada desde la Cueva de Vinata y durante los

siguientes veinte días, cada mañana y cada tarde han estado partiendo desde esa Cueva

grupos reducidos de carretas y recuas cortas compuestos cada uno de cuatro carretas

y veinticuatro mulas, en las que se transportan dos cañones largos, un cañón corto, siete

barriles con pólvora, además de mosquetes, pistolas, municiones y menesteres para los

arrieros, siendo acompañados cada una por una guarnición de seis jinetes de las tropas

de Don Isidoro Montes de Oca que los cuidan y protegen”.

“El recorrido desde la Cueva de Vinata hasta aquí, que a nosotros nos tomó casi doce

días, estimo que a cada grupo de carretas y recuas cortas les llevara de veinte a

veinticinco días, iniciando la cuenta con los primeros dos que salieron de la Cueva de

Vinata el veintiuno de octubre. Misma fecha en que nosotros partimos en avanzada, por

lo que las primeras carretas deberán estar llegando a esta comarca el quince de

Noviembre y las ultimas veinte días después, es decir que para los primeros diez o doce

días de diciembre ya estarán aquí todos los cañones, pólvora y armas que trajimos de

las Filipinas”.

“Por ello estamos en posición de iniciar con vosotros el traslado de las armas, pólvora y

municiones a las Grutas de Suchiooc a partir del viernes quince de noviembre, para ser

concluido el viernes veintidos de diciembre.”

En este punto, Don Hermenegildo Galeana tomó la palabra explicando el plan de

entregas en las Grutas de Suchiooc:

“El General Don José María Morelos ha dispuesto dividir los cañones armas y pólvora

en dos grandes grupos”:

“A la Cueva del Diablo, que es la más lejana y de difícil acceso llevaremos la mayor parte

de la pólvora, los mosquetes, pistolas y municiones”.

“A la Cueva de la Iglesia llevaremos cuarenta cañones grandes y veintiocho cañones

cortos, además del resto de la pólvora, la cual después nosotros estaremos llevando

poco a poco a la Maestranza que tenemos en las cercanías de Chilapa, que es adonde

fabricamos nuestras municiones desde que tomamos esa población el pasado mes de

Agosto”.

“De los veintiocho cañones cortos o de media vara, más adelante se llevarán dos a la

Nueva Galicia para apoyar a las tropas Insurgentes de esa región y cuatro más a

Zitácuaro para apoyar la defensa de los miembros de la Suprema Junta Gubernativa de

América que preside Don Ignacio López Rayón, de la cual es miembro Don José María

Morelos, representado por el sacerdote Don José Sixto Verduzco, a quienes tanto el

Virrey Venegas como el Brigadier Calleja les tienen declarada la guerra a muerte”.

“Nosotros nos quedaremos con los cañones cortos sobrantes que se suman al que ya

tenemos y ustedes seguramente conocéis como El Niño”.

“Por nuestra parte los traslados hasta la Cueva del Diablo estarán a cargo de Don Isidoro

Montes de Oca y los de la Cueva de la Iglesia los hará Don Miguel Bravo”, dijo Don

Hermenegildo Galeana, para después preguntar:

“¿Don Hermenegildo, vosotros tenéis pensado participar en estas acciones?”

Don Hermenegildo respondió:

“Yo seré quien acompañe con parte de nuestras gentes a Don Isidoro Montes de Oca en

los traslados a la Cueva del Diablo y el Capitán Don Fernando será quien se avoque a

los acarreos a la Cueva de la Iglesia, junto con el resto de nuestros arrieros y por

supuesto, con Don Miguel Bravo a quien esperamos conocer pronto”.

Don Isidoro Montes de Oca se puso en pie, agradeciendo a nombre propio y de Don

Miguel Bravo la confianza para asignarles las nuevas tareas:

“Muchas gracias a todos vosotros por vuestra confianza. Estableceremos un

campamento permanente en el Bosque de Huitzilac a las faldas del Ajusco, de cara hacia

Xalatlaco, en donde recibiremos a vuestras recuas y carretas diariamente para dirigirlas

a donde proceda, ya sea a la Cueva del Diablo o a la de la Iglesia”.

“Con esto os digo que pretendemos que las recuas y carretas se enfilen por la montaña

directamente a su destino sin necesidad de entrar hasta San Antonio Tecómitl”.

“En cada una de las cuevas habrá gente nuestra de apoyo y vigilancia, esperándoles

para hacer la descarga de armas y pertrechos que recibirán diariamente, además de

vigilantes apostados en los bosques y cimas listos para avistar cualquier presencia

Realista”.

“Don Hermenegildo Ruiz Mejía y Capitán Don Fernando Ruiz Castanedo, considero que

será de gran ayuda el que a partir de mañana recorráis junto conmigo todos estos lugares

para que conozcáis las rutas y sobre todo las Cuevas y ahí mismo acordemos a detalle

como obraremos”. “¿Queréis acompañarnos?”

Concluyó con esa pregunta el Comandante Don Isidoro Montes de Oca.

De inmediato Don Hermenegildo volteó a ver a su hijo Fernando, ya que por no haber

tenido oportunidad de hablar antes con él, no sabía adonde estaba Clara Luz y si

Fernando estaba dispuesto a dejarla por unos días.

Fernando reaccionó de igual forma acercándose a su padre, pidiendo al mismo tiempo a

los presentes que le permitieran conversar con su padre Don Hermenegildo por unos

momentos a fin de ponerse de acuerdo, puesto que desde que partieron de Saláhua no

se habían vuelto a ver.

Ambos se dirigieron al pasillo del Claustro que estaba al lado.

“Fernando, venid acá, dadle otro abrazo a vuestro padre”.

¿Cómo esta Clara Luz?, ¿Os ha ido bien?, ¿Adónde se ha quedado esa niña preciosa,

Fernando?, eran las preguntas que salían una detrás de otra de la boca de Don

Hermenegildo mientras apretaba a su hijo fuertemente, sin que él siquiera pudiera

responderle.

“Padre, Padre, todo está bien. Nos ha ido excelente, Don Florentino nos hospedó en su

casa. Hemos recorrido la bella ciudad durante la semana y el día de hoy también

llegamos hasta aquí. Clara Luz se ha quedado en la Casa Parroquial y seguramente

nos estará esperando porque también tiene muchas ganas de saludaros, Padre”.

“¿Entonces, no la habéis dejado en la Ciudad de México?”, volvió a preguntar Don

Hermenegildo.

“No, Padre, recordad que hemos jurado estar juntos hasta el final de esta aventura”, le

contesto Fernando.

“Don Isidoro, podéis venir un momento por favor” dijo Don Hermenegildo asomando la

cabeza al salón donde los esperaban los demás.

“Decidme Don Hermenegildo, en que os puedo servir” respondió el Comandante.

“Don Isidoro, será posible llevar con nosotros en todos estos días a la esposa de mi hijo

Fernando, quienes se han casado recientemente y han vivido juntos toda esta hazaña

desde la salida de Manila hasta el día de hoy aquí en San Antonio Tecomitl, incluyendo

la peregrinación que hemos hecho para llevar al Santo Niño del Cebú, que ella trajo de

las Islas Filipinas, llevándolo desde Matanchén hasta San Juan de los Lagos para

presentárselo a la Virgen de esa Parroquia y de esa forma contar con el apoyo

incondicional de todos los pobladores de Matanchén a fin de que nadie nos delatara”.

“Me refiero tanto a vuestras reglas para regular el acompañamiento de mujeres, como a

los riesgos que ello pueda implicar”

“El Reverendo Don Pedro de la Concha me ha puesto al tanto de esta situación que

ambos tenéis y sin él saberlo, fue el propio Padre Don Pedro quien me ha dado con sus

palabras la solución”.

“A que os referís, Don Isidoro”, le preguntó esta vez Fernando

“Pues muy simple, si ella yá ha estado viajando con vosotros y corriendo los mismos

riesgos que vosotros y desde su desembarco inicial en Matanchén se convirtió en Monja,

pues que lo siga haciendo así. Don Fernando, tan solo recordad que ambos habréis de

tener mucho cuidado y discreción de como os comportáis delante de todos”.

“Disculpadme caballeros, cual es el nombre de vuestra esposa, Don Fernando”

“Perdón Don Isidoro, ella se llama Clara Luz”

“Pues entonces, hacedle saber al reverendo Don Pedro de la Concha, que Sor Clara Luz

estará acompañándonos en nuestros quehaceres”, concluyó Don Isidoro con una

sonrisa, dándole una palmada en la espalda a Don Hermenegildo para regresar al salón,

en donde los esperaba el resto de la gente.

Esa noche, Don Hermenegildo, Don Fernando y su esposa Clara Luz permanecerían en

San Antonio Tecómitl, fascinados por la magia y la mística de las celebraciones, rituales

y ceremonias que todos los pobladores de la comarca llevaron a cabo a durante los dos

primeros días de ese mes de Noviembre en todas las sepulturas del panteón, situado

frente a la iglesia de San Antonio.

Por todo aquel amplio espacio se veían a familias enteras de adultos, ancianos y niños,

dedicados a crear pequeñas figuras de lodo, las cuales moldeaban a mano, revolviendo

el oscuro barro del suelo con agua.

Esas figuras las iban pintando con cal, contrastando con el color oscuro de la tierra

húmeda, para luego adornarlas con vistosas flores amarillas de cempaxúchitl. Había

figuras de muchas formas, tales como calaveras, cadáveres, iglesias, Vírgenes de

Guadalupe y algunas otras que probablemente intentaban representar imágenes de

antiguos dioses indígenas

En las tumbas de niños las figuras eran representaciones de los juguetes o animales que

más les gustaban.

Terminadas las figuras sobre las tumbas, las adornaban con espigas de zacate teñidas

de vivos colores y rodeadas de muchas velas y veladoras que se dejaban ardiendo ahí

toda la noche.

Aunque en algunas tumbas se respiraba tristeza y nostalgia, en muchas otras las familias

cantaban y tocaban la música y canciones preferidas por la persona ahí sepultada, a

quien también le dejaban canastas de panes y platos con la comida que en vida más le

gustó.

Un día después, el cuatro de noviembre, después de pensarlo mucho y a pesar de la

aprobación para que Clara Luz los acompañara, Fernando con la ayuda de su padre Don

Hermenegildo pudo convencer a Clara Luz de que se dejara llevar a la Ciudad de México

a fin de que estuviera por unos días en la casa de Don Florentino de Chavarría y López,

aprovechando que también estarían regresando a la Capital el Padre Don Pedro de la

Concha y Don Alejandro Maganda y Ramos.

Tras dejar a Clara Luz Fernando regresaría de inmediato a San Antonio Tecomitl para

participar junto con su padre en la organización de las entregas de la carga del Galeón

en las Grutas de Suchiooc.

A primera hora de la mañana del siguiente día, Clara Luz y Fernando emprendieron el

camino hacia la Capital, adonde llegaron casi cuatro horas más tarde. El retorno de Clara

Luz a la Capital fue muy triste. A lo largo del recorrido se mantuvo en silencio, recargada

en Fernando y tomando su mano.

Solo la hermosa vista de los nevados volcanes en su camino de bajada al Valle de

Anáhuac y su devoción a la Virgen de Guadalupe le dieron algún consuelo a Clara Luz

en la tristeza que la invadía aquel frio dia de invierno.

Como era su costumbre Don Florentino los recibió con mucha cordialidad, dándole

instrucciones a la Tía Concha, quien desde siempre estaba a cargo de la servidumbre

de su casa, para que personalmente atendiera a Clara Luz en lo que necesitara el tiempo

que estuviera alojada con ellos, invitando a Fernando a que se quedara a comer con

Clara Luz y con él, antes de retornar a San Antonio Tecómitl.

Después de instalar a Clara Luz en la misma recamara que ya antes habían compartido,

Fernando y Clara Luz se reunieron en el comedor con Don Florentino.

La conversación se enfocó en los temas de la recepción de las armas provenientes del

Galeón, en las conversaciones con Don Hermenegildo Galeana y los planes que

Fernando y su Padre habían establecido para apoyar a los Insurgentes en el proceso de

entrega final de los cargamentos en las Grutas del Diablo y de la Iglesia.

Mientras esto sucedía, Clara Luz guardaba silencio apenas probando la comida,

dejándose llevar por su imaginación hacia un mundo muy diferente al que había

imaginado con Fernando. Ya empezaban a pesar en ella los largos meses de soledad,

tensión y peligro enfrentando una nueva vida con su esposo, que aunque nadie lo

quisiera en cualquier momento podía terminar en forma muy trágica.

Terminada la comida, Fernando se despidió de Don Florentino y acompañado de Clara

Luz se dirigió al patio en donde lo esperaba el coche que lo llevaría de regreso a San

Antonio Tecómitl, adonde quería llegar antes del anochecer. Ese último abrazo fue largo

y muy sentido.

Entre lágrimas Clara Luz apretaba con todas sus fuerzas a Fernando para después tomar

su rostro entre sus manos y dándole un beso le susurró las siguientes palabras:

“Fernando, cuidaos mucho que os estaré esperando aquí mismo”.

Fernando tardó un tiempo que parecía eterno para soltarse de Clara Luz y separándose

hacia atrás a punto de subir el pie al coche le respondió:

“Os juro mi Clara Luz que estaré aquí con vos más pronto de lo que pensáis. Estad

tranquila que la Virgencita de Guadalupe nos estará cuidando a ambos”.



“Hasta pronto Clara Luz” fueron sus palabras al terminar de subir al coche, justo antes

de cerrar la puerta y de que el cochero soltara riendas de los animales para iniciar su

camino.

Mientras el coche se alejaba tras cruzar el portón Clara Luz continuaba con sus sollozos,

pensando en la difícil decisión que recién había tomado de no decirle nada todavía a

Fernando de sus sospechas de estar embarazada.



OceanofPDF.com

CAPITULO XXII

Los Cañones, el Diablo y la Iglesia

Al oscurecer cuando el Capitán Fernando llegó al Convento en San Antonio Tecómitl ya

lo estaban esperando su padre Don Hermenegildo y el Capitán Don Isidoro Montes de

Oca junto con el Capitán Don Miguel Bravo quien recién había llegado de Chilpancingo,

para ponerse de acuerdo en los planes para recibir la valiosa la carga del Galeón que a

partir de mediados de mes estaría arribando al campamento Insurgente de Huitzilac,

para desde ahí ser llevada y entregada en las Cuevas de la Iglesia y del Diablo, en lo

que sería la última y no por ello menos difícil y arriesgada etapa de su viaje desde las

Islas Filipinas.

Tendrían menos de dos semanas para preparar los caminos, con el propósito de

asegurar que el transporte y entrega de los cañones, pólvora y armas en las cuevas se

pudiera llevar a cabo sin problemas y sin riesgos mayores, lo cual implicaba serias

dificultades debido a los profundos desfiladeros rocosos, las barrancas y los tupidos

bosques de los volcanes del Ajusco y Suchiooc, además de los complicados accesos a

cada una de las cuevas.

El primer paso de Don Isidoro Montes de Oca y de Don Miguel Bravo fue hacer junto con

Don Hermenegildo y Don Fernando un recorrido de reconocimiento por las rutas por

donde llevarían las cargas del Galeón, partiendo del campamento de Huitzilac hasta

llegar a cada una de las dos cuevas, la del Diablo y la de la Iglesia.

La experiencia de Don Hermenegildo habiendo ya transportado toda esa carga desde

Salahua hasta Huitzilac se combinaba con la de los Capitanes del Ejercito del Sur,

quienes conocían perfectamente bien esos parajes por los que se movían frecuentemente con sus tropas.

Se esperaba que el traslado de la carga en carretas cortas y mulas desde el campamento

de Huitzilac hasta la Cueva del Diablo y la Cueva de la Iglesia les tomaría de diez a doce

días, iniciándose en ambos casos por la misma ruta de ascenso y descenso en las

montañas, sin embargo cuatro leguas antes de llegar a San Juan Tlacotenco, para

dirigirse a la Cueva de la Iglesia había que tomar rumbo en dirección sur siguiendo

primero el camino de subida al Tepozteco que partiendo de Tepoztlán pasaba por esa

población en cuya iglesia está la Cueva y para dirigirse a la Cueva del Diablo, debían de

tomar rumbo al poniente subiendo por empinadas veredas entre los desfiladeros y peñas

hasta llegar al macizo rocoso en donde esta se encuentra.

No había un camino ya hecho para llegar a las cuevas desde el campamento de Huitzilac

por lo que era necesario abrir veredas en el bosque, desmontando la maleza y los

árboles que pudieran impedir el paso de las carretas cortas y mulas, al mismo tiempo

que se aseguraba que el piso y las pendientes fueran adecuados, siendo afortunados de

que aún no llegaba el frío extremo de enero que en algunas ocasiones traía heladas y a

veces caída de nieve en esos parajes de las montañas.

En esa labor los Capitanes Insurgentes junto con Don Hermenegildo, Don Fernando y

toda su gente, además de preparar las veredas tenían que protegerlas para que a partir

del quince de noviembre pudiera iniciarse el traslado de la valiosa carga del Galeón de

Nuestra Señora de Guadalupe.

La vereda final a la Cueva del Diablo terminaba al pié de un acantilado rocoso que

impedía seguir avanzando a cualquiera, ya sea hombre o bestia, puesto que la entrada

a la Cueva está a la mitad de lo alto de esa Peña a una altura de casi veinte varas, lo

que obligó a los Insurgentes a levantar con poleas cada barril de pólvora y fardo con

armas o municiones, para una vez en la boca de la Cueva, poderlas jalar y arrastrar al

interior de la bóveda.

Esas poleas pendían de la plancha rocosa de la cima del peñón, que estaba quince varas

más arriba de la entrada de la Cueva del Diablo. En esa superficie plana hubieron de

asentar el maderamen de soporte de las cuerdas y poleas necesarias para subir carga y

hombres a la cueva.

Para poder descolgar las cuerdas desde la cima de la peña y con ella subir las piezas de

la estructura de madera para sostén de las poleas, primero había que llegar a pié o en

mula hasta esa cima, lo cual tomaba cuatro horas más.

Armar ese andamiaje llevo varios días y mucho esfuerzo, hasta que todos estuvieron

seguros que las poleas y cordaje jalados por mulas funcionaban como debían y podía

recibirse la carga procedente del campamento de Huitzilac.

La Cueva de la Iglesia que era la más lejana está ubicada a espaldas del templo de San

Juan en las orillas del poblado de San Juan Tlacotenco y tiene una entrada muy amplia

ocasionada por un derrumbe acontecido hacía muchos años, el cual dejó al descubierto

una gran galería subterránea a doce varas de profundidad.

Tan pronto como los Insurgentes llegaron a ella, los Capitanes dieron instrucciones a su

gente para armar una torre de madera con una polea montada en un cabrestante, que

con cuerdas tiradas por mulas permitían bajar o elevar las pesadas cargas por aquel

gran agujero en el suelo, como lo eran los cañones y armas que recibirían del Galeón,

las cuales se estibarían en los rincones de la galería sin que pudieran ser vistos por

alguna persona que se asomara al tiro de la cueva desde afuera.

Esa Cueva también tiene otra entrada muy antigua con un acceso disimulado por un

retablo desde el interior de la Iglesia, tras el cual había una estrecha escalera para subir

y bajar a la Cueva.

La gente de esa comarca eran simpatizantes de la Independencia y muchos de ellos se

habían unido al Ejercito del Sur del General Morelos. Vivían en diversos poblados, con

transito frecuente y tenían sus sembradíos en las faldas de los tupidos bosques de las

sierras del Tepozteco y del Ajusco, por lo que era común cruzarse con gente por esa

zona. Lo anterior obligó a los Insurgentes a tomar precauciones para transportar

disimuladas las cargas, cubriéndolas con milpa y forraje además de mantener vigilancia

permanente a cierta distancia de las recuas y las carretas.

Esa condición de riesgo, fue la que influyó para que Don Hermenegildo prefiriera que su

hijo el Capitán Fernando que tenía formación militar fuera abocado a llevar la carga a la

Cueva de la Iglesia ya que el camino a la Cueva del Diablo aun cuando era muy agreste,

por su posición poco conocida en lo alto del volcán, no suponía mayor riesgo de ataque

y en esa forma Don Hermenegildo estaría más tranquilo.

Tal como lo anticipó Don Hermenegildo, la tarde del domingo diecisiete de noviembre se

acercaron al campamento de Huitzilac las primeras carretas y recuas provenientes de

la Cueva de Vinata, guiados por dos jinetes del grupo de Avanzada que habían salido a

su encuentro desde temprano de ese mismo día a fin de avistarlos y ayudarlos a llegar

con bien.

Para informarles de todos los detalles de su recorrido desde Vinata, el capataz y el

sargento que llevaban esas carretas se reunieron de inmediato con Don Hermenegildo,

con el Capitán Montes de Oca, con Don Fernando y con Don Miguel Bravo.

.

“¿Entonces no os habéis topado con los Realistas? , preguntó el Capitán Montes de Oca.

“Nó Capitán, solo hemos tenido problemas en algunas barrancas, con el cruce de

arroyos, con las lluvias y con las heladas que nos han caído en las ultimas madrugadas.

Ya os habréis dado cuenta que todos estamos resfriados”, le respondió el Sargento.

“Bien, dejad vuestras carretas y mulas cargadas aquí en el campamento, tomad un

descanso y en una hora más uno de nuestros hombres os acompañara para continuar

bajando por esta vereda hasta ver la torre de Convento de San Antonio de Padua. Sin

entrar a la villa, seguid por esta misma senda hasta la parte de atrás del Convento, en

donde seréis recibidos y atendidos. Estimo que estaréis llegando al Convento en tres

horas más”, finalizó el Capitán Montes de Oca, para que después Don Hermenegildo y

Don Fernando se acercaran a revisar la carga y a expresar su agradecimiento a cada

uno de los hombres que la traían.

Tres días más tarde, el miércoles veinte cuando ya habían arribado seis grupos de

carretas y recuas al campamento de Huitzilac, Don Hermenegildo y sus hombres

organizaron dos grupos con recuas de mulas y carretas cortas para iniciar el transporte

diario de barriles con la pólvora, los cañones y los fardos con armas y municiones hasta

las dos Cuevas.

Cada viaje les tomaría cuatro días a cinco días y las cargas diarias a cada una de las

dos cuevas saldrían por la mañana y al mediodía, por lo que confiaban que para el

domingo quince de diciembre toda la pólvora, municiones y armas ya estuvieran en su

destino final, aun cuando las maniobras para accesar y estibar toda la carga en cada

cueva pudieran llevarse dos o tres días más.

Por los siguientes veinte días se llevó a cabo el transporte en carretas de la artillería y

de recuas cortas y recuas de mulas cargadas con armas y con barriles de pólvora y balas

de cañón, que como iban llegando diariamente al campamento de Huitzilac se les

cambiaban los animales y la gente para de inmediato continuar su camino, siguiendo la

ruta hacia las cuevas.

Lamentablemente en el recorrido desde la Cueva de Vinata hasta Huitzilac de todos los

embarques que estuvieron transportando la carga del Galeón, en total se perdieron seis

carretas en accidentes provocados por el reblandecimiento de los caminos debido a las

lluvias y por caídas o resbalones en las barrancas, que provocaron que las carretas se

volcaran o que perdieran una rueda y cayeran hacia abajo arrastrando su carga y las

mulas de tiro. En tres casos, al caer las carretas también arrastraron consigo a los

hombres que las llevaban, de los cuales dos fallecieron y tres quedaron mal heridos con

huesos rotos y golpes fuertes en la cabeza.

En estos accidentes fue posible recuperar todos los cañones involucrados menos dos,

que por su peso cayeron y rodaron por las empinadas y profundas cañadas hasta una

distancia a la que no se podía llegar para poderlos subir de nuevo hasta la vereda en lo

alto del bosque, habiendo quedado perdidos entre la maleza y pozos de las barrancas.

Como la Cueva del Diablo estaba poco más cercana a Huitzilac y la carga asignada a

ella era menor ya que no incluía cañones, Don Hermenegildo le propuso al Capitán

Fernando lo siguiente:

“Fernando, estimo que estaré descargando la última carga en la Cueva del Diablo al

atardecer del sábado catorce de diciembre, en tanto que vos habréis de terminar las

entrega en la Cueva de la Iglesia el lunes veintidós, casi en vísperas de la Navidad, así

que yo retornaré a San Antonio Tecómitl para de ahí bajar a la Ciudad de México y

traeros a Clara Luz, para encontrarnos con vos en San Antonio Tlacomitl y ahí celebrar

la Nochebuena juntos”.

“Padre. Vos estáis loco, en cuanto terminéis vuestra labor en la Cueva del Diablo tomad

camino y regresad a Nochistlán. Mi Madre y mis hermanos os estarán esperando para

celebrar la Navidad. Vos siempre habéis estado con la familia en estas fechas”.

“No hijo, hoy vosotros y Clara Luz me necesitáis más y esta será la primera nochebuena

que Clara Luz pase fuera de su casa y lejos de su familia. No podemos dejar que esté

sola en casa de Don Florentino en estas benditas fechas”. Le respondió Don

Hermenegildo a su hijo.

“Entonces Padre, regresad a la Ciudad de México y esperadme ahí haciéndole compañía

a Clara Luz, que yó terminaré a tiempo y bajaré de la Cueva del Diablo a unirme con

vosotros para celebrar la nochebuena y al día siguiente partiremos de regreso a

Nochistlán, a tiempo para recibir el año nuevo y luego celebrar juntos las fiestas del

Güerito de San Sebastián que tanto nos gustan”. Dijo Fernando.

“Muy bien hijo”, respondió Don Hermenegildo,

“Haremos lo que proponéis y aun cuando no es lo ideal, es lo mejor que podemos lograr

para que vos y Clara Luz estéis juntos en la Nochebuena y recibamos el año nuevo en

Nochistlán”.

“Y fijaos Fernando, vuestra idea ya me empieza a gustar porque así estaremos en

Nochistlán para que tan pronto pase el año nuevo todos juntos festejemos al Güerito de

San Sebastián, empezando con la entrega de la leña el uno de enero.

Estoy seguro que vuestra madre estará muy complacida de preparar con Clara Luz lo

necesario para esas fiestas tan tradicionales de nuestra tierra”.

“A ella le va a encantar pintar y arreglar los cascarones, aprender a preparar el pinole y

el tejuino y a partir del dieciséis celebrar saboreando ese riquísimo menudo que

solamente mi Gumara sabe hacer, para luego irnos todos al Barrio de San Sebastián

para el papaqui y la música”.



OceanofPDF.com

CAPITULO XXIII

El Desafío Final

Sin que tuvieran conocimiento Don Hermenegildo y Don Fernando o alguno de los

comandantes Insurgentes que estaban con ellos en Huitzilac, el Virrey Francisco Xavier

Venegas había girado instrucciones al Capitán Realista Ciriaco del Llano para

abandonar la ciudad de Puebla de los Ángeles con el batallón de caballería bajo su

mando a fin de reunirse al inicio del nuevo año con las tropas del Brigadier Félix María

Calleja que se aprestaban a atacar Zitácuaro y que precisaban refuerzos.

Para ello, el Capitán Ciriaco de Llano hubo de abandonar Puebla con su tropa en

dirección a Texmelucan. Para llegar más rápido a su destino, en lugar de entrar al Valle

de Anáhuac decidió continuar por atrás del volcán Popocatepetl pasando por las

poblaciones de Chiautzingo, San Jerónimo Tecuinapan, Tochimilco, Tétela del Volcán y

Totoloapan, desde donde planeaba subir a la Sierra de Tepozteco para llegar a Tres

Marías y continuar hasta Zitácuaro, intentando alcanzar esa plaza antes del treinta y uno

de diciembre.

El Capitán Ciriaco del Llano comandaba desde hacía poco un Cuerpo de Caballería en

la ciudad de Puebla de los Ángeles, con la consigna de estar cerca y vigilar al Obispo

de esa diócesis Don Manuel Ignacio Campillo, quien el diez de septiembre anterior había

dirigido una carta al Virrey Francisco Xavier Venegas cuestionando su estrategia de

combate a los Insurgentes, proponiéndole que cambiara su política de persecución

militar por una de negociación y conciliación, lo cual había despertado serias sospechas

en el Virrey y en el Arzobispado.

Tras dejar el poblado de Totoloapan, el destacamento del Capitán Ciriaco de Llano

cruzaba unos plantíos de maíz en las faldas del Tepozteco cuando los dos jinetes que

iban en avanzada a media legua de distancia del resto de la tropa alcanzaron a ver dos

jinetes y detrás de ellos a distancia, dos carretas que de inmediato intentaron ocultarse

entre las milpas. De inmediato los dos soldados realistas se dirigieron cabalgando en

esa dirección siendo recibidos con una lluvia de disparos, obligándolos a darse la vuelta.

Los jinetes realistas regresaron para informar de lo acontecido al Capitán Ciriaco de

Llano quien giró órdenes al resto de la tropa para alcanzar a los agresores. Una vez que

los ubicaron el grueso del regimiento montado los atacó por tres lados matando a los

dos primeros jinetes que habían avistado, a cinco de los hombres de las carretas y a

dos mulas. Tres hombres más lograron huir, habiendo podido capturar a uno de los que

intentaron huir.

Al aproximarse a las carretas y mover las pacas de pastura que las cubrían los soldados

Realistas descubrieron que la verdadera carga de cada una de las dos carretas eran dos

barriles con pólvora.

La amenaza al prisionero era simple, o confesaba de donde habían sacado esa pólvora

o ahí mismo moriría por los golpes que de inmediato le empezaron a dar.

Aquel hombre retorciéndose en medio del dolor fue confesando que estaban llevando

esa pólvora hacia la Cueva del Diablo.

Una vez amarrado, el prisionero fue montado sobre un caballo con un jinete, con la

obligación de llevar a sus captores hasta esa Cueva del Diablo, de la cual sus captores

nunca habían escuchado antes.

Entre los hombres que alcanzaron a huir del ataque estaba el Sargento Gonzalo Ruiz,

quien pudo esconderse entre los maizales a la espera de que los Realistas se fueran,

pudiéndose dar cuenta que cambiaron el rumbo de su trayectoria original rumbo a Tres

Mariás, para ahora dirigirse en dirección al peñón de la Cueva del Diablo.

El Sargento Gonzalo Ruiz se dirigió corriendo hacia abajo de las lomas para alcanzar a

un caballo que en algún momento del asalto se soltó y asustado por los disparos corrió

entre las milpas en donde se perdió de vista. Lo montó y salió cabalgando lo más rápido

posible en dirección a la Cueva de la Iglesia, en donde sabía que había gente que podría

apoyarlo para detener al batallón Realista que ahora dirigía a la Cueva del Diablo.

A las doce del día del sábado catorce de diciembre el centinela insurgente se encontraba

como todos los días sentado en una roca vigilando desde la altura los accesos a la Cueva

del Diablo, esperando la llegada de la última carga que a esas horas debería de estar

arribando.

Desde ese punto alcanzaba a observar a la distancia una buena parte del agreste

camino cuando alcanzó a ver a lo lejos a un grupo numeroso de jinetes armados que

lentamente intentaban llegar a la peña de la Cueva trepando con sus caballos las

empinadas laderas de lava negra del volcán.

Al acercarse más, el Capitán Realista Ciriaco del Llano de inmediato se percató que

había algo sospechoso en esa peña que mostraba la boca de una cueva a media altura

de su cantil a plomo, con una estructura de madera al frente que se levantaba desde el

suelo hasta la cumbre.

Mientras los jinetes Realistas desmontaban para seguir a pie, el vigilante corrió al fondo

de la galería de la cueva para dar la voz de alarma. De inmediato Don Hermenegildo

Ruiz Mejía dio instrucciones para la defensa a los hombres que lo rodeaban.

Justo a esa hora en que esperaban recibir la entrega final en la Cueva del Diablo había

pocos hombres para su defensa debido a que el Capitán Montes de Oca y los soldados

del Ejército del Sur que se mantuvieron desde un inicio junto con Don Hermenegildo

protegiéndola habían partido justo la madrugada de ese mismo sábado acudiendo a una

solicitud urgente del General José María Morelos, quien los mando llamar para apoyar

a Don Hermenegildo Galeana que se aprestaba a enfrentarse a las tropas del Brigadier

español Rosendo Polier en Tenango y Zitácuaro y necesitaba refuerzos.

Por fortuna para Don Hermenegildo, el Capitán Montes de Oca y sus hombres al partir

de la Cueva del Diablo se llevaron consigo un buen número de los barriles de pólvora y

de las armas y municiones que ya estaban almacenadas en la Cueva del Diablo, dejando

ahí tan solo diez barriles de polvera.

El plan de acción de Don Hermenegildo para la defensa era romper el maderamen de la

estructura de la torre de las poleas para hacerla caer al suelo a fin de evitar que los

Realistas pudieran accesar a la cueva, mientras él se atrincheraba junto con su gente

tirados en el piso de la boca de la cueva, desde donde por estar a cierta altura, podían

dispararles a los atacantes con buena protección, ya que desde abajo era muy difícil que

los vieran y que sus tiros de mosquete pudieran alcanzarlos.

Una vez que la torre de madera de las poleas se desplomó hacia abajo, Don

Hermenegildo supo que gracias a ello ganarían tiempo mientras los atacantes lograban

tregar hasta la peña desde el suelo o bien subir a la cima de la peña por el lado de atrás

y una vez ahí, intentar descolgarse hasta la boca de la cueva, lo cual no era fácil e

implicaba dificultad y peligro. El tiempo que se ganara era importante para permitir que

llegaran refuerzos a ayudarlos en la defensa.

Don Hermenegildo esperaba que los insurgentes que llevaban la última carreta hacia la

cueva y que aún no habían llegado se hubieran dado cuenta de la presencia de los

soldados Realistas dando la voz de alarma en la Cueva de la Iglesia o en Huitzilac para

que pudieran recibir ayuda mientras los atacantes del Ejercito Virreinal establecían un

sitio sobre ellos, lo cual de alguna forma así sucedió, ya que ese último embarque

insurgente al mando del Sargento Gonzalo Ruiz fue el que descubrieron y atacaron los

jinetes del Capitán Ciriaco del Llano.

La llegada del Sargento Gonzalo Ruiz a la Cueva de la Iglesia con las malas noticias de

la presencia y ataque a la Cueva del Diablo por parte de un batallón de caballería del

Ejercito Virreinal generó alarma e inmediatamente el Capitán Fernando tomó la delantera

con cuarenta hombres armados, habiéndose quedado el Capitán Miguel Bravo a cargo

y cuidado de la Cueva de la Iglesia con solo diez hombres, además de haber mandado

dos más hacia Huitzilac.

“Daos prisa” gritaba Fernando forzando a su caballo a galopar con fuerza, sabiendo que

su Padre estaba en peligro ante el arribo intempestivo de unas tropas Realistas de las

cuales no se tenían noticias de su presencia en la región.

Ya eran sesenta soldados de las tropas virreinales los que escondidos en el bosque

desde distintos ángulos, cubrían de disparos la entrada de la boca, de la cual solo

alcanzaban a ver las puntas de algunos mosquetes que asomaban por la orilla de la roca

del piso de la cueva, desde donde los insurgentes disparaban hacia abajo acostados en

el suelo.

Mientras tanto otro grupo de veinte realistas subían el monte por la parte posterior de la

roca llevando varias de las cuerdas y poleas que cayeron con la torre de madera,

esperando llegar a la cima antes de que se pusiera el sol, lo cual por ser invierno estaba

próximo a suceder.

Desde ahí los soldados Realistas al mando del Sargento Santiago Pérez intentarían

descolgarse durante la noche mediante cuerdas, desde la cima de la peña hasta la boca

de la cueva a fin de sorprender a los insurgentes.

A las ocho de la noche, Don Hermenegildo dio instrucciones en voz muy baja a los cinco

hombres que estaban con él para que cada dos horas se turnaran haciendo guardias en

la boca de la cueva, mientras los demás se resguardaban del viento helado al interior de

la galería ya que no podían prender fuego para calentarse.

La oscuridad permitió a Don Hermenegildo asomarse hacia abajo escondiéndose entre

las sombras de las rocas para tratar de ver que estaba pasando, en donde ya no se

escuchaba ningún sonido fuera de los ruidos nocturnos típicos de los animales e insectos

del bosque.

Después Don Hermenegildo trató de asomarse hacia arriba, sin embargo las salientes

de las rocas lo obligaban a sacar la cabeza demasiado afuera por lo que no quiso correr

el riesgo de hacerlo y prefirió retirarse hacia adentro de la cueva a la espera de que

llegara alguna ayuda.

Justo a las tres de la mañana seis hombres armados colgando de cuerdas se deslizaron

hacia abajo desde la plancha superior de la roca, balanceándose ligeramente para poder

poner pie en la explanada del piso de la boca de la Cueva del Diablo al tiempo que le

disparaban a las sombras en movimiento del centinela insurgente que sorprendido

trataba de dispararles.

El ruido de los disparos despertó a Don Hermenegildo y a los otros cuatro hombres que

estaban con él, dándose cuenta que los Realistas ya estaban en la boca de la cueva y

no habría forma de defenderse.

Arrastrándose primero para luego incorporarse más adelante, se dirigieron con mucha

cautela en plena oscuridad al interior de las galerías de lava de la cueva hasta llegar al

punto en donde estaban estibados los barriles con la pólvora.

Mientras esto sucedía, cuando el Capitán Fernando con su tropa se aproximaba a la

peña de la Cueva del Diablo alcanzaron a escuchar a lo lejos disparos. Don Fernando

dio órdenes de desmontar y abrirse en medio círculo en silencio para avanzar a pie

entre la maleza del bosque en dirección a la base de la peña, intentando sorprender a

cualquiera que encontraran.

Entre más se aproximaban a la peña escuchaban más disparos y gritos en la boca de la

cueva, alcanzando a ver a varios hombres que se descolgaban mediante sogas desde

la cumbre de la peña disparando hacia el interior.

Aunque aún estaban a distancia y existía el riesgo de que también sus balas entraran a

la cueva y pudieran lastimar a alguno de los insurgentes, incluido el propio Don

Hermenegildo, el Capitán Fernando inició los disparos hacia aquellos hombres. Esos

disparos provocaron que los soldados Realistas del Brigadier Ciriaco del Llano que

estaban en la base de la peña voltearan para repeler a los Insurgentes que se acercaban.

La oscuridad dificultaba avanzar dentro del bosque o al menos poder confirmar si se

estaba causando daño al enemigo aun cuando atrás de la sierra pronto empezarían a

surgir algunos tibios destellos de luz que anticipaban el amanecer.

En tanto, en la bóveda de la Cueva del Diablo los soldados realistas que ya sumaban

doce se guarecían entre las orillas de las rocas para seguir disparando hacia la oscuridad

de la galería, tratando de avanzar hacia el interior para acabar o arrinconar a los

Insurgentes al fondo de la cueva, ya que al salir el sol ellos quedarían visibles y sin

protección para evitar los disparos que les hicieran desde adentro de la cueva que ya

fuera día o noche siempre estaba muy oscura.

Justo cuando daban las seis de la mañana del domingo quince de Diciembre, el Capitán

Realista Ciriaco del Llano al ya no tener que cubrirse de los disparos desde la cueva,

movilizo a su batallón para atacar a los agresores del Capitán Fernando que intentaban

rodearlos. El fuego era muy nutrido. Los hombres de uno y otro bando desmontaron de

sus caballos para esconderse entre los matorrales del suelo y desde ahí disparar entre

los gruesos troncos del bosque.

Desde el interior Don Hermenegildo y solo tres hombres más seguían disparando hacia

la boca de la cueva viéndose obligados a seguir retrocediendo hacia el fondo de la

galería, caminando a tientas ya que no podían arriesgarse a prender una antorcha que

les iluminara el camino hasta llegar a un recoveco donde se abre otra bóveda, en la cual

estaban guardados los barriles de pólvora, las armas y municiones.

La situación era crítica. Don Hermenegildo no estaba dispuesto a permitir que la preciada

carga traída desde las Islas Filipinas para el Ejército del Sur de Don José María Morelos

fuera a caer en el último momento en las manos de los asaltantes del Ejército Virreinal.

“*Ramiro*” llamó en voz baja al hombre que estaba a su lado.

“*Alcanzad cuantos cabos podáis encontrar por ahí atrás de los barriles y huacales*”

Los tres estaban echados sobre el frío suelo de roca y aun cuando no los veían, podían

sentir que los Realistas se acercaban hasta y ya no había mucho tiempo para reaccionar.

Escondido tras los barriles de pólvora Don Hermenegildo alcanzó las tres herramientas

que necesitaba: La llamada cuenca de piedra, el arco curvo de madera con una cuerda

tensa amarrada a ambos extremos y el madero base tallado con una muesca en forma

de V que habían sido traídos por los primeros insurgentes a la cueva.

Cuando tuvo las tres piezas, alcanzó de un rincón un poco de yesca y de delgadas ramas

secas con las que preparó un nido que colocó bajo la muesca del trozo de madera base,

junto a uno de los barriles que guardaban la pólvora.

Luego atrapó el madero eje en un bucle de la cuerda y colocó un extremo del madero

contra la base aplicando presión sobre el otro extremo con la cuenca. Hecho esto movió

el arco con el brazo hacia adelante y hacia atrás provocando que el madero eje girara

rápidamente hasta producir un poco de ascua muy caliente que al caer en el nido de

yesca, con un ligero soplido del propio Don Hermenegildo logró encender fuego.

Esa era la forma como desde siempre se encendían las fogatas y antorchas en el campo

y en el interior de las cuevas.

El siguiente paso fue inmediato. Don Hermenegildo gritó a sus acompañantes “*corred y*

no os detengáis”, al mismo tiempo que él acercaba la yesca encendida a algunas ramas

secas que estaban apiladas tras los barriles de pólvora y luego se erguía disparando

hacia los soldados Realistas que venían corriendo al ver la luz de la llama en el fondo de

la galería.

La explosión fue instantánea provocando que una enorme lengua de fuego saliera

volando por la entrada de la cueva en medio de un gran estruendo.

Todos los hombres de ambos bandos que estaban peleando en el bosque de abajo al

escuchar la explosión y percibir la luz del estallido se detuvieron instantáneamente para

voltear hacia la cueva, de donde salía expulsado un gran fuego con mil pedazos de lo

que había en el interior, incluidos los barriles y los hombres de ambos bandos. Instantes

después solo seguía saliendo mucho humo.

Al darse cuenta que después de la explosión si algo había en esa cueva ya todo estaría

calcinado, incluyendo a sus propios soldados y a los insurgentes, el Capitán Realista

Ciriaco del Llano ordenó el toque de retirada para no perder más tiempo en su misión de

llegar a reforzar al Brigadier Félix María Calleja en la toma de Zitácuaro.

Fernando estaba desesperado, sabiendo que su padre estaba en la Cueva de la Iglesia

cuando fue atacada sin que él hubiera podido detener a los Realistas que con gran

rapidez abandonaron el sitio para retomar su camino hacia Tres Marías.

No quedaba nada de la estructura de madera que permitiera trepar a la boca de la cueva,

por lo que Fernando se apresuró a subir a la cima de la peña para intentar descolgarse

al interior de la cueva, con la esperanza de que su Padre y el resto de sus hombres se

hubieran podido esconder en las entrañas de las galerías y aun estuvieran vivos.

Cuatro horas después Fernando y dos hombres más pusieron pié en la plancha rocosa

de la boca de la cueva, dándose cuenta que todo estaba cubierto por el polvo negro de

la ceniza de la pólvora. Con cuidado encendieron una antorcha para adentrarse en la

galería. Caminaban con cautela en dirección al fondo en medio de un silencio absoluto.

A poco encontraron unos trozos de fusil que al volar se clavaron en una grieta de la pared

de la galería. Por su estado era difícil saber si esa arma perteneció a los realistas, a los

Insurgentes o fue parte de la carga del Galeón almacenada en la Cueva.

El Capitán Fernando revisaba con detalle cada rincón, piedra o grieta del interior de la

cueva con la esperanza de encontrar a su Padre. Después llegaron al recoveco donde

se abría la bóveda en la que se almacenaron los barriles y armas. No había absolutamente nada. La fuerza de la explosión destruyó todo lo que había ahí,

aventándolo contra las paredes, piso y techo para expulsarlo con fuerza por los accesos

de la bóveda.

“Padre, Padre.....adonde estáis”, gritaba con dolor Don Fernando resistiéndose a

aceptar la realidad de lo que veía en todos los lugares y rincones a los que acercaba la

antorcha.

Rato después, uno de los hombres que revisaba el otro extremo de la bóveda se acercó

a Don Fernando diciéndole: *“Mirad Capitán, me he encontrado esta pequeña medalla*

con la imagen de la Virgen. Pareciera que es de oro, pero está muy chamuscada y hasta

doblada”.

Fernando tomó la medalla de la mano de aquel hombre y al acercar la antorcha y verla

de cerca, la apretó con fuerza dando un paso hacia atrás.

“*No Padre, nó*” gritaba Fernando al tiempo que golpeaba las rocas con el puño sin

importarle que se estaba abriendo los nudillos.

Largos minutos tuvieron que pasar para que Fernando regresara del mundo de dolor y

rabia que lo invadió para ordenar a sus acompañantes que se prepararan regresar y

descender por las mismas cuerdas por las que se descolgaron para acceder a la boca

de la cueva.

Fernando nunca había sentido un dolor como este. Montó su caballo y se adelantó

perdiéndose en el bosque de regreso a la Cueva de la Iglesia, para en la soledad y el

silencio de la montaña poder llorar como nunca antes lo había hecho.

Su único consuelo era llevar presionada entre el pulgar y el índice de la mano derecha

la medalla de su Padre.

Una medalla importante que muchos años antes su abuelo regaló a su joven hijo

Hermenegildo el día que por primera vez habría de salir con los arrieros a cargo de una

recua cargada de maíz para entregar en la Ciudad de Guadalajara.

Esa medalla tenía grabada la imagen bendita de la Virgen de Toyahua, famosa por sus

milagros en toda la provincia de la Nueva Galicia y en la que la familia Ruiz siempre

participaba en sus celebraciones con entusiasmo y devoción.

El domingo dieciséis de Diciembre a las ocho de la noche y sin que nadie lo esperara,

un carro se detuvo frente a la casa de Don Florentino del cual bajó el Capitán Fernando

Ruiz Castanedo para golpear el portón de entrada a fin de que le abrieran la puerta.

Clara Luz estaba en una sala contigua al comedor, calentándose un poco sentada frente

a una chimenea encendida mientras platicaba con la Tía Concha, el ama de llaves de la

casa de Don Florentino.

Las puertas que se abrieron, los pasos en las baldosas y el ver entrar a Fernando fue

una sorpresa inesperada para Clara Luz, por lo que se puso de pie y corrió a abrazar a

su esposo.

“Fernando, ¿estáis bien?, parecéis cansado, mirad que nos habéis sorprendido al llegar

a estas horas, yo os esperaba hasta el miércoles próximo, ¿Dónde está Don Hermenegildo?, ¿No llegasteis juntos?”

“No Clara Luz, mi padre no vendrá esta noche ni ninguna otra”, respondió Fernando

“Fernando, Fernando, no entiendo”, le decía Clara Luz presintiendo una mala noticia y

abrazándolo todavía más fuerte.

“Clara Luz, mi padre fue atacado por un batallón Realista y sacrificó su vida para que no

se llevaran la carga del Galeón que estaba guardada en la Cueva del Diablo”.

“Llegué tarde para protegerlo y no pude salvarlo”, decía Fernando muy compungido.

“Tan solo tengo esto de él”, continuó Fernando mostrándole a Clara Luz la pequeña

medalla de la Virgen de Toyahua que alguna vez pendió del cuello de Don Hermenegildo.

Ahora era Clara Luz la que sin poder contenerse lloraba abrazando a Fernando mientras

lo llevaba lentamente hasta su habitación. Don Florentino y Doña Luz los miraban en

silencio entendiendo la enorme tristeza y dolor que la pareja estaba enfrentando.

Toda la noche la pasaron despiertos recordando Fernando en voz alta cada detalle de

su vida al lado de su padre mientras Clara Luz trataba de consolarlo pidiéndole a la

Vírgen de Guadalupe su ayuda para Don Hermenegildo, para Fernando y para toda la

familia, que en Nochistlán aún no habían recibido la triste noticia.

Al otro día por la mañana, al ser notificados por parte de Don Florentino muchos amigos

y conocidos de Don Hermenegildo Ruiz Mejía, incluidos por supuesto todos los

comerciantes del Parián de la Plaza Mayor, así como el Reverendo Don Pedro de la

Concha, Don Alejandro Maganda y el propio Obispo Don Diego González Martínez

empezaron a llegar desde media mañana para dar su pésame y condolencias al Capitán

Fernando y a Clara Luz. Todos estaban muy conmovidos por la noticia y por el heroico

sacrificio que Don Hermenegildo hizo al detonar los barriles de pólvora almacenados en

la Cueva del Diablo impidiendo así, a costa de su vida, el que las tropas Realistas se

hicieran de esos pertrechos de los insurgentes que con tanto esfuerzo habían traído

desde las Islas Filipinas.

El Obispo Don Diego González Martínez hizo saber a Fernando, a Clara Luz, Don

Florentino y a todos, que contaba con la anuencia del Arzobispo Primado, para celebrar

una misa exequial en memoria de Don Hermenegildo, la cual se llevaría a cabo ese

mismo día, lunes diecisiete de Diciembre a las cinco de la tarde en la Catedral.

Todos se dirigieron al atardecer invernal a la cercana Catedral de la Ciudad de México.

Este templo dedicado a la Asunción de la Virgen María próximo al Palacio Virreinal y al

Parían fue construido de cantera gris, con dos torres en el lado norte de la Plaza Mayor.

La misa se llevó a cabo en la Capilla de Nuestra Señora de Guadalupe, que es una de

las dieciséis Capillas que alberga la Catedral bajo sus cinco Naves.

Cuando oscureció, sin ganas de probar ningún bocado Fernando y Clara Luz, se

despidieron de Don Florentino agradeciéndole su hospitalidad y afecto, retirándose de

inmediato a su habitación para pasar su última noche en la Ciudad de México antes de

partir al otro día rumbo a Nochistlán.

En la silenciosa soledad de la habitación de la casa de Don Florentino esa era otra noche

más de insomnio y pláticas en las que Fernando compartió con Clara Luz mil y un

recuerdos de su infancia y juventud con su Padre, sabiendo que en la madrugada del día

siguiente partirían de regreso a Nochistlán con la triste noticia de la muerte de Don

Hermenegildo Ruiz Mejía que sin duda sería demoledora para su madre Doña Gumara,

para sus hermanos y para toda la familia, amigos y trabajadores que desde siempre

estuvieron cerca de Don Hermenegildo.

Una vez que Clara Luz percibió que Fernando había podido desahogar un poco del dolor

y la tensión de todo lo vivido con la plática, se acercó a su esposo Fernando y mirándolo

a los ojos le dijo:

“Fernando, Dios nuestro Señor y la Virgencita de Guadalupe tienen designios infinitos y

así como se ha llevado a vuestro Padre a vivir cerca de él, con su amor y bondad nos

han unido para juntos crear una nueva vida que nos llenará a todos de alegría y de

nuevas ilusiones, llenando vuestro vacío por la pérdida de Don Hermenegildo y también

a mí propio vacío, que voz bien sabéis fue provocado al partir de Manila con Vos dejando

a mis Padres y familiares, de quienes hace ya mucho tiempo no tengo noticias y cada

dia que pasa cargo con él en mi corazón y conciencia”.

“Clara Luz, eso tomará mucho tiempo y mucho dolor de todos nosotros” respondió

Fernando.

“Por supuesto mi Señor” dijo Clara Luz, para continuar sin dejar de abrazar a su esposo.

“Tomará nueve meses, de los cuales ya han transcurrido los primeros dos, así que con la

venía de Dios y de la Virgen de Guadalupe, os digo que en el próximo mes de Julio

seréis el orgulloso padre de vuestro primer hijo o hija”.

“Clara Luz, me estáis dando la mejor noticia de mi vida, ¿porque no me habíais dicho

nada antes?”, Dijo Fernando con una sonrisa.

“Pues al inicio no estaba segura y después las cosas se han complicado, pero creo que

ahora es el mejor momento para que lo sepáis y que esta criatura os ayude a salir delante

de vuestra pena”, terminó Clara Luz, al tiempo que Fernando con una mano apagaba la

flama del farol y con la otra atraía a su esposa para los dos caer sobre la cama en la que

por fin pudieron dormir algunas horas con una sonrisa en el rostro.

Don Florentino había dado instrucciones a su gente para que dos coches estuvieran

listos para integrarse a una caravana de carretas y carros bien custodiada que saldría a

las cinco de la mañana del martes dieciocho de Diciembre rumbo a Guadalajara.

El primer carro irían Fernando y Clara Luz y en el segundo viajarían cuatro hombres

armados de la confianza de Don Florentino para reforzar la guardia de los dos pasajeros.

Fernando y Clara Luz recorrieron en once días las ciento noventa y un leguas que

separan a la ciudad de México de Nochistlán, gracias a que la caravana en varios tramos

seguros del camino estaba organizada con cambios de turno de caballos y de cocheros

a fin de seguir avanzando tanto de día como de noche.

El día veintinueve de Diciembre de 1811 por la tarde, Fernando y Clara Luz llegaron a la

que sería su casa en Nochistlán, un año y diecisiete días después de que el Galeón de

Nuestra Señora de Guadalupe zarpara del puerto de San Blas y a casi dos meses de

que arribara a la bahía de Salahua.

El jueves dieciséis de Julio de 1812, día de Nuestra Señora del Carmen, Clara Luz dió a

luz un hermoso bebe.

Un mes más tarde, el sábado quince de agosto, día en que se conmemora la Asunción

de la Santísima Virgen María, el recién nacido fue bautizado con el nombre de

Hermenegildo Ruiz y Guantánco; ceremonia en la que el Padre Pedro de la Concha al

tiempo de rociar con agua bendita la cabeza del pequeño Hermenegildo prendió de su

cuello la medalla de su abuelo con la imagen de la Virgen de Toyahua.

A su regreso a Nochistlán el Capitán Fernando y su esposa Clara Luz se establecieron

en esa población, dedicándose a cuidar a su pequeño hijo y a estar muy cerca de Doña

Gumara, ahora viuda de Don Hermenegildo, de sus hermanos y de los dos muchachos

traídos de las Islas Filipinas que pasaron a formar parte de la nueva familia, de la cual

ahora Fernando era la cabeza, además de tomar las riendas junto con su hermano José

de los ranchos y del negocio de transporte de mercancía.

Como cabeza de la familia el Capitán Fernando Ruiz Castanedo se quedó a vivir en

Nochistlán con Clara Luz, el pequeño Hermenegildo, su madre Doña Gumara, sus

hermanos y los jóvenes Luis y Ricardo.

Don Fernando Ruiz Mejía, renunció a sus intenciones de integrarse al Ejército

Insurgente, sin embargo siguió apoyando discretamente desde Nochistlán a los

Insurgentes en la misma forma como lo hizo su padre hasta antes de la llegada del

Galeón de Nuestra Señora de Guadalupe, brindándoles transporte y recursos de apoyo

para la lucha, además de abrir junto con su Madre y su esposa Clara Luz un comercio

en el Parián de Nochistlán bajo el nombre de “La Ciudad de México”, para la venta de

productos de importación que le proveían sus amigos comerciantes del Parián de la

Ciudad de México.

Ante el riesgo de ataques de fuerzas Realistas e Insurgentes para tomar Nochistlán,

Fernando decidió por seguridad sacar de Nochistlán a toda la familia de la tradicional

casa de los Ruiz, para irse a vivir al cercano Rancho que tenían por el camino a

Yahualica, en donde organizó con su gente acciones de vigilancia y defensa las

veinticuatro horas del día, aun cuando los Insurgentes los respetaban y reconocían la

contribución a la lucha llevada a cabo por su difunto Padre, Don Hermenegildo y por el

propio Capitán Don Fernando y su familia.

Vivir en el Rancho les daba una mejor posibilidad de proteger con su gente a su familia

y propiedades de los frecuentes ataques, desmanes e imposiciones tanto de las de las

guerrillas Insurgentes como de las tropas Realistas que tomaban Nochistlán para

defenderlo de los insurrectos.

Los diferentes grupos de tropas Insurgentes de Don Rafael Oropeza, de Don José María

González Hermosillo, del Cura Ramos, del Jefe Viramontes y del Coronel Casas

entraban asaltando con frecuencia a los pueblos y rancherías de la región para hacerse

de alimentos, caballos, carretas y mulas, aprovechando para robar con violencia a la

gente, a sus casas y comercios y en ocasiones iglesias, dejando en ocasiones heridos y

muertos a su paso.

Para impedir que el jefe insurgente Rafael Oropeza siguiera ocupando Nochistlán, en

1812 el Ejército Realista comandado por el Cura Don José Álvarez, conocido como el

“Cura Coronel”, ocupó la población.

Aquel día veintinueve de Julio de 1812, tan pronto ocupó Nochistlán el Cura Coronel llevó

a cabo una ceremonia en medio de la Plaza Mayor o Cuadro del poblado, presidido por

él como Comandante con asistencia de las autoridades locales, del Clero y de algunos

vecinos que fueron avisados con anticipación, así como con todos los militares que lo

acompañaban, en la cual, frente a un retrato de Fernando VII se juramentó la

Constitución Política de la Monarquía Española en medio de repiques de las campanas

de la Iglesia, para después celebrar la misa y el tedeum.

Al siguiente día el Cura Don José Álvarez pasó a exigir a todos los habitantes que

cumplieran con un préstamo obligatorio de dinero para pagar los sueldos de sus

soldados, además de dar maíz y una cuota adicional de contribución por cada casa de

la población para sufragar los costes de vigilancia y amurallamiento del poblado, para

en esa forma defenderse de los ataques de las guerrillas Insurgentes.

Esta situación se prolongó hasta finales del mes de Septiembre de 1814 en que las

guerrillas Insurgentes al mando de Oropeza acamparon en el Cerro del Tuichi y se

prepararon para asaltar Nochistlán.

Sin embargo, mientras estaban ahí, se dedicaron a robar a las familias y propiedades

de las rancherías ubicadas en las afueras del casco amurallado de Nochistlán, llegando

inclusive a quemar algunas casas.

Aun cuando el Capitán Fernando y su familia eran respetados sufrieron el despojo en la

ranchería de Aguatinta próxima a Teocaltiche, de catorce atajos de mulas del negocio

de la familia Ruiz que se dirigían camino a Chihuahua con un cargamento de

mercancías.

El ataque de los Insurgentes a Nochistlán fue definitivo, habiendo recuperado la plaza,

derrotando al Comandante Cevallos y al Capitán Francisco de Pascua que en esas

fechas estaban al frente de los “Patriotas”, como ellos mismos llamaban a los soldados

Realistas.

Finalmente el domingo veinticuatro de Junio de 1821, se llevó a cabo en la ciudad de

Iguala la firma del Plan de la Independencia de la América Septentrional o Plan de Iguala,

en el que Agustín de Iturbide y Vicente Guerrero en representación del Virreinato y de

los Insurgentes, cerraron definitivamente la larga y dolorosa guerra de independencia de

la Nueva España iniciada por el Cura Miguel Hidalgo en 1810.

Doña Gumara, viuda de Don Hermenegildo vivió hasta los 73 años habiendo fallecido en

1833 víctima de la terrible epidemia de Cólera que azoto a México, causando cientos de

miles de muertos.

Clara Luz solo tuvo un solo hijo con su esposo Fernando, habiéndose dedicado a su

hogar, al cuidado de sus tres hijos; Hermenegildo y los dos niños de la viruela, Luis y

Ricardo que fueron traídos en el Galeón desde Manila y se convirtieron en dos miembros

más de la familia Ruiz Castanedo, creciendo como buenos hermanos mayores del

pequeño Hermenegildo.

Adicionalmente Clara Luz participaba en el cuidado y atención de Don Hermenegildo y

Doña Gumara que ya estaban grandes, apoyando a las monjas en obras de beneficencia

y en el cuidado de heridos en los años de la guerra y de enfermos pobres durante toda

su vida, además de apoyar a su suegra en el Comercio del Parían de Nochistlán.

Nunca regresó a las Islas Filipinas ni tuvo jamás contacto alguno con sus familiares, a

quienes siempre recordó y lloró con amor.

El Capitán Don Fernando Ruiz Castanedo, continuó defendiendo con valentía a su

esposa Clara Luz, a su hijo Hermenegildo, a su madre y hermanos durante toda la difícil

época de la guerra de independencia, habiendo muerto de causas naturales el

veinticuatro de agosto de 1856 a los setenta y un años de edad, en tanto que su esposa,

la bella Clara Luz, murió de un infarto fulminante tres años después, el veintiocho de

julio de 1859 a los sesenta y seis años de edad.

Fernando y Clara Luz, después de que una buena parte de su vida transcurrió en medio

de intensas batallas y peligros, soñaban con que al despedirse de este mundo, este

nuevo país de la América que era su patria, tendría finalmente la paz y tranquilidad



necesaria para recuperarse de todas las tragedias y levantarse para salir adelante en

paz como nación libre y soberana.

Desafortunadamente la realidad no fue esa y a Hermenegildo Ruiz Guantáco, hijo

mexicano de Fernando y Clara Luz, tras muchos años de una vida normal y feliz en la

cual se casó y tuvo dos hijas, a los cincuenta y dos años de edad, el destino le deparó

un final tan trágico y heroico como los de su padre Fernando y su abuelo Hermenegildo,

en la que también sacrificó su vida por su patria y por Nochistlán.



OceanofPDF.com

CAPITULO XXIV

El Nacimiento de una nueva Nación

Como consecuencia de la invasión Napoleónica a la península ibérica y la imposición

de José Bonaparte al frente del Imperio Español, por dos años a partir del quince de

Septiembre de 1808 hasta el catorce de Septiembre de 1810 no hubo un Virrey legítimo

en la Nueva España.

Esta situación de no tener un gobierno legal generó desconcierto e indignación popular

en la capital del Virreinato para extenderse rápidamente a todas sus provincias y

habitantes, siendo sin duda la chispa que bajo el grito de “Muera el mal gobierno”, se

expandió por numerosas ciudades, impulsando a sus pobladores que se arriesgaban a

defender los poderes originales y genuinos de la Monarquía y la Religión y que no

aceptaban la imposición de otros liderazgos.

Los primeros caudillos de esta lucha defendían estos dos valores y acusaban a los

españoles europeos, tanto de España como de América de haber traicionado al rey de

España y a la representación religiosa del Clero establecido en el Virreinato.

Fue por ello que el trece de Octubre de 1811 en Tecpan de Galeana, después de haber

derrotado a los Ejércitos del Virreinato en varias batallas, Don José María Morelos dijo:

“Que buscaban que el gobierno político y militar que reside en los europeos,

recaiga en los criollos quienes guardaran mejor los derechos del señor Fernando VII,

y por ello, que no haya distinción de castas y calidades,

todos somos americanos, mirándonos como hermanos y viviendo en la Santa Paz

que nuestro Redentor Jesucristo nos dejó”.

Tras la captura y fusilamiento del Padre Hidalgo y de los Capitanes Juan Aldama, Ignacio

Allende y José Mariano Jiménez, Don José María Morelos abandonó el sitio de Acapulco

y se replegó a Tecpan para ordenar sus fuerzas y replantear la estrategia de la lucha

insurgente. .

En ese periodo, fue precisamente cuando llegaron y se entregaron a Don José María

Morelos los cañones, pólvora y armamento para el Ejercito Insurgente del Sur traídos

desde Manila por el Galeón de Nuestra Señora de Guadalupe, bajo encargo de los

comerciantes del Parían de la Plaza Mayor de la Ciudad de México, los cuales una vez

desembarcados en Saláhua se transportaron con mucho esfuerzo y riesgo por Don

Hermenegildo y su gente en carretas y recuas de carga tiradas por mulas, transitando

por diversas veredas y agrestes caminos de las regiones de la Costa Grande, de la

Sierra Madre, de la Tierra Caliente, de los Altos y del altiplano hasta llegar a su destino

final en las grutas de Suchiooc.

Toda esa carga fue dividida en varios embarques, en diferentes fechas y por diversas

rutas, para ser almacenados en cuevas de las montañas y posteriormente, desde esos

sitios ocultos de resguardo, ser llevadas a sus destinos finales a tiempo para ayudar a

cambiar el rumbo de la Guerra de Independencia de la Nueva España.

En los últimos meses del año 1811 y primeros de 1812, la Guerra de Independencia en

la Nueva España se convirtió prácticamente en un Juego de Ajedrez, en el que los

jugadores de uno y otro bando, es decir, el Cura Morelos y sus comandantes en Tierra

Caliente y López Rayón en Zitácuaro, se enfrentaban al otro lado del tablero ante el

Virrey Venegas y el Brigadier Calleja en un encuentro a muerte en el que ambas partes

intentaban ganar la partida dando jaque mate al enemigo

La estrategia de Don José María Morelos era aprovechar el nuevo armamento que le

llegó a las Cuevas de Suchiooc para lanzar una ofensiva definitiva en tres frentes,

habiendo dividido sus tropas en los siguientes tres grandes grupos o ejércitos:

El primero a cargo de Don Miguel Bravo con la misión de ocupar la ciudad de Oaxaca y

desde esa plaza controlar todo el sur de la Nueva España. El segundo gran grupo fue

asignado a Don Hermenegildo Galeana, con la intención de ocupar Taxco y desde ahí

respaldar todas las acciones en tierra caliente y mantener bloqueado el acceso al puerto

de Acapulco, dejando la tercera gran división a su propio cargo, para iniciar la ocupación

de poblaciones que le permitieran tomar la Ciudad de Puebla de los Ángeles, para

después continuar su avance hasta la Ciudad de México.

Los objetivos del General Morelos con esta campaña eran imponer su dominio en el

centro del Virreinato, posicionando un cinturón de presencia Insurgente alrededor del

Valle de Anáhuac cubriendo con sus tropas el Sur y el Oriente, aprovechando que las

regiones del altiplano, el Bajío y el norte eran ya campo de batalla de las guerrillas de

grupos armados sucesores de Don Miguel Hidalgo. De esta forma los Insurgentes

tendrían el control de todas las rutas de comunicación y los accesos de abastos a la

ciudad Capital del Virreinato.

Por su parte el Virrey Francisco Xavier Venegas intentaba acabar con la rebelión

Insurgente con la siguiente estrategia:

Lo de mayor urgencia era terminar de debilitar los puntos de insurgencia que aún

quedaban activos en el Bajío y Centro, para después poder concentrar todas sus fuerzas

para acabar con el General José María Morelos, quien era en ese momento el enemigo

más peligroso, mejor organizado y pertrechado.

Para lograr sus propósitos, el Virrey Venegas dio órdenes al Brigadier Félix María Calleja

de dirigirse con sus tropas hacia Zitácuaro para tomar esa plaza, en donde se

encontraba Don Ignacio López Rayón, antiguo secretario y jefe militar muy cercano al

Cura Hidalgo.

Don Ignacio López Rayón había acompañado al Don Miguel Hidalgo tanto en la victoria

de la Batalla del Monte de las Cruces como en la derrota de la batalla de Aculco,

reuniéndose después con José Antonio “Amo” Torres en la toma de la ciudad de

Guadalajara, para finalmente moverse a Zitácuaro en donde estableció la Suprema

Junta Nacional Americana, con el propósito de unir a todos los distintos líderes de la

Insurgencia que peleaban hasta ese momento en forma descoordinada en diferentes

zonas de la Nueva España, incluyendo por supuesto al General José María Morelos.

.

Para detener el posible avance de las tropas del General Morelos hacia la Ciudad de

Puebla y además evitar que este intentara apoyar a Don Ignacio López Rayón en la

defensa de Zitácuaro, el Virrey Francisco Xavier Venegas dispuso que se moviera hacia

Tierra Caliente el Brigadier y Marino Rosendo Portier, quien estaba estacionado en

Toluca con un contingente importante de tropas Realistas criollas y españolas.

Al conocer Don José María Morelos que el Brigadier Félix María Calleja se preparaba

para atacar Zitácuaro, dio órdenes a Don Hermenegildo Galeana para que con sus tropas

no continuara hacia Taxco, sino que se dirigiera a lo más rápido posible a Zitácuaro

para ayudar a Don Ignacio López Rayón en la defensa de esa plaza, mientras él con sus

tropas entraba a Izucar el día doce de Diciembre de 1811, en donde celebró la misa

dedicada a la Virgen de Guadalupe, para a continuación seguir avanzando hasta la

ciudad de Cuautla, adonde llegó el día de Navidad, para luego dirigirse a Taxco..

Don Hermenegildo Galeana en su camino a Zitácuaro se detuvo por unas horas en la

Cueva de la Iglesia, en las orillas del poblado de San Juan Tlacotenco, para hacerse de

una buena parte de la artillería, armas, parque y gente que estaban ahí para refuerzo

de sus tropas en la campaña de defensa de Zitácuaro.

Reanudo su camino hacia Zitácuaro en dirección al noroeste cruzando entre las sierras

de Huitzilac, Joaquicingo, Ocuilan y Malinalco, para después dirigirse por las faldas del

Nevado de Toluca y de ahí continuar avanzando hasta los bosques de las Mariposas,

desde donde planeó bajar a Zitácuaro.

Desafortunadamente, el día dos de enero de 1812, antes de que Don Hermenegildo

Galeana se aproximara a Zitácuaro, el Brigadier Félix María Calleja se le anticipó y tomó

por la fuerza a Zitácuaro obligando a Don Ignacio López Rayón y a los otros miembros

de la Suprema Junta Nacional Americana a salir huyendo rumbo a Tlalchapa y Sultepec.

Don Hermenegildo Galeana y sus tropas continuaron su camino hacia Zitácuaro, sin

embargo, no contaban con que las tropas del Virrey habían recibido informes de su

presencia, lo que aprovechó hábilmente el Brigadier Rosendo Portier para salir de Toluca

y sorprender a los Insurgentes de Don Hermenegildo Galeana cuando iban cruzando el

fondo de la Barranca de Tecualoya, pudiendo atacarlos desde las alturas con mucha

ventaja.

En esa batalla Don Hermenegildo Galeana pudo escapar retirándose con algunas de sus

gentes, habiendo perdido toda las piezas de artillería y muchas de las armas que

llevaban sus hombres, de los cuales un buen numero cayeron victimas del fuego

Realista,

El General Don José María Morelos que ya se había dirigido de regreso a Taxco, para

reemplazar a Don Hermenegildo Galeana que había partido para apoyar la defensa de

Zitácuaro, llegó a Taxco ocupándolo sin resistencia el dia primero de enero de 1812,

solo para recibir a poco las malas noticias de la derrota sufrida al dia siguiente por Don

Hermenegildo Galeana y de la perdida de armamento que traían, incluidos los cañones

que tomaron a su paso por la Cueva de la Iglesia. De inmediato el General Morelos salió

con sus tropas para apoyar a Galeana.

El Brigadier Rosendo Portier ya se había replegado nuevamente a Toluca cuando recibió

informes de que ahora era nada menos el propio General José María Morelos quien con

su ejército se dirigía hacia la región de Tenancingo, en donde se encontraba

Hermenegildo Galeana y las tropas que sobrevivieron en la batalla de Tecualoya.

Para el Brigadier Rosendo Portier esa noticia era una oportunidad extraordinaria para

acabar en forma definitiva con Don José María Morelos, sus comandantes y todas las

tropas del Ejército del Sur, por lo que dio órdenes a toda su gente de preparase y salir

de inmediato hacia Tenancingo para atacar al General José María Morelos y a Don

Hermenegildo Galeana.

El General José María Morelos y su ejército lograron avistar anticipadamente a los

Realistas, posicionándose inicialmente en Tonatico en donde sorprendieron a las

Fuerzas del Brigadier Rosendo Portier recuperando algo de su artillería. Los Realistas

se replegaron a Tenancingo perseguidos por las tropas Insurgentes de Don José María

Morelos en donde fueron derrotados rotundamente, recuperando todos los cañones y

armas que habían perdido en Tecualoya.

Don José María Morelos conociendo que los miembros de la Junta ya habían salido de

Zitácuaro decidió no seguir adelante hacia esa localidad, regresando a Cuautla, a donde

llego el dia nueve de febrero, después de haberse detenido dos días a su paso por

Cuernavaca.

Al conocer el Virrey Francisco Xavier Venegas la derrota sufrida en Tenancingo por sus

ejércitos al mando del Brigadier Rosendo Portier, pidió de inmediato a su mejor hombre,

el Brigadier Félix María Calleja, que tomara el liderazgo y de inmediato se dirigiera con

todas las fuerzas posibles a la ciudad de Cuautla para acabar con el máximo jefe de la

Insurgencia, Don José María Morelos.

El Brigadier Calleja salió de Zitácuaro y llegó a la Ciudad de México para reunirse con el

Virrey Venegas el cinco de febrero y con todas sus tropas se dirigió a Cuautla, habiendo

acampado en las afueras de esa ciudad el dia diecisiete, iniciando el dia diecinueve de

febrero el Sitio de Cuautla, una de las gestas más heroicas y representativas de la

capacidad militar y liderazgo del General Insurgente Don José María Morelos y Pavón y

de Don Mariano Matamoros.

A lo largo de esos setenta y tres días de asedio a Cuautla, las tropas del Brigadier Félix

María Calleja cortaron todos los suministros de agua y alimentos a la ciudad, por lo que

el hambre y las enfermedades empezaron a aparecer entre las fuerzas insurgentes y los

pobladores.

El dos de Mayo de 1812 Don José María Morelos rompió con éxito el sitio que mantenían

los ejércitos Realistas sobre él y sus tropas en la ciudad de Cuautla, en una batalla que

se significó por la participación intensa y definitiva de las Fuerzas del Generalísimo

Morelos, de los habitantes de Cuautla y del famoso Batallón de “Los Emulantes”,

compuesto por un grupo de valientes niños entre los que destacaron las heroicas gestas

de Juan Nepomuceno Almonte mejor conocido como “El Niño Artillero”, de quien se dice

que fue hijo natural de Don José María Morelos y de Narcisa Mendoza

El fracaso del Brigadier Calleja para derrotar y aprehender al General Morelos tuvo serias

consecuencias.

El Virrey Venegas removió al Brigadier Calleja como jefe militar del Virreinato y lo designó

comandante militar de la Ciudad de México, ante la certeza de que Morelos era ya una

sería amenaza para el Virreinato.

Don José María Morelos dio órdenes a su gente de que se dispersara por toda la Tierra

Caliente para imposibilitar cualquier reacción del Virreinato. Morelos se dirigió a Izucar,

pasando por el poblado de Chiautla, en donde reagrupó una buena parte de los cañones

que aún permanecían escondidos en la Cueva de la Iglesia, no conocida por los

Realistas, quienes anteriormente solo habían descubierto y atacado la Cueva del Diablo,

fracasando con sangrientas consecuencias para ambos bandos en su intento de hacerse

de la pólvora ahí guardada, gracias a la heroica defensa de Don Hermenegildo Ruiz

Mejía y de los soldados insurgentes que lo acompañaban esa noche en el interior de los

túneles de lava de la Cueva del Diablo.

En pocos días, Don José María Morelos reorganizó su ejército, cuya fama generaba cada

vez más apoyo en toda la población del Virreinato.

Cuatro años después, el cinco de noviembre de 1815 el General Don José María Morelos

fue capturado en Temalaca, para ser juzgado y fusilado el día veintidós de ese mismo

mes en San Cristóbal Ecatepec, en donde por cierto el domingo previo a su fusilamiento,

las autoridades Virreinales le permitieron asistir a su última misa en la Capilla del Cerro

del Tepeyac, que es la misma Capilla que Fernando y Clara Luz visitaron a su estancia

en la Ciudad de México.

Del periodo a que inició a partir del sábado diecisiete de diciembre de 1811, fecha en

que el Ejército del Sur recibió de Don Hermenegildo Ruiz Mejía y de Don Fernando Ruiz

Castaneda las totalidad de las armas y cañones traídos por el Galeón de Nuestra Señora

de Guadalupe, hasta el día cinco de Noviembre de 1815, día en que fue capturado Don

José María Morelos, se libraron un total de diez y siete batallas importantes, de las cuales

doce las llevó a cabo el Ejército del Sur del General Don José María Morelos y Pavón,

derrotando a los Ejércitos Realistas en diez de ellas, que se dieron en las provincias del

Sur del Virreinato, no incluyendo la batalla del Sitio de Cuautla cuyo resultado no fue

claro para ninguna de las partes y con solo una derrota, que fue la de la batalla de

Temalaca.

El Generalísimo Don José María Morelos y Pavón no solo ganó batallas decisivas para

la independencia de México, sino que también dio un aporte fundamental a la definición

de un modelo constitucional y de gobierno para la nueva nación mexicana que apenas

surgía.

En 1813 al lograr controlar una buena parte del centro y sur de la Nueva España,

organizó el Congreso de Anáhuac, primer cuerpo legislativo de México que sesionó en

la ciudad de Chilpancingo, en el que el Generalísimo José María Morelos presentó su

idea y visión de una nación libre en un documento titulado “Sentimientos de la Nación”.

Al siguiente año, el veintidós de octubre de 1814 el Congreso de Anáhuac aprobó en

Apatzingán la primera Constitución Mexicana.

En un periodo de casi cuatro años, las fuerzas Insurgentes del centro de la Nueva

España tras la aprehensiones y fusilamientos de Don Miguel Hidalgo, Don Ignacio

Allende, Don Juan Aldama y del resto de sus mandos importantes quedaron muy

debilitadas, desorganizadas y sin liderazgo, generándose una guerra de guerrillas que

mantuvo viva la llama de la Insurgencia en todo el Centro de la Nueva España sin que

lograran dañar seriamente al Virreinato, mientras que el Ejército del Sur a las órdenes

del Generalísimo Morelos enfrentaba exitosamente y con una clara organización militar

y armamento a las fuerzas Virreinales.

Al mismo tiempo en esos años, grupos Insurgentes del Ejército Republicano del Norte,

conformados por Insurgentes Tejanos al mando del General Álvarez Toledo derrotaron

al Ejército Realista en las batallas de Windcrest y de San Antonio en 1813, para

finalmente ser diezmados en la Batalla de Medina, en las cercanías de San Antonio.

Después, durante casi tres años desde diciembre 1813 hasta noviembre de 1816 solo

hubo cinco batallas importantes entre el ejército Virreinal y los ejércitos Insurgentes. Dos

en Michoacán y dos en Puebla, mismas que fueron ganadas por el Virreinato y a partir

del ocho de Junio de 1817, cuando los Insurgentes derrotaron nuevamente al Ejército

Virreinal en la Batalla del Valle del Maíz, en San Luis Potosí, se llevaron a cabo doce

Batallas más, de las cuales solo en dos de ellas triunfaron los Realistas, siendo

derrotados en las otras diez por las fuerzas Insurgentes, la última de las cuales fue la

Batalla de Azcapotzalco a las puertas de la Ciudad de México, celebrada el diecinueve

de agosto de 1821, dando pie a la rendición del Reino Español reconociendo la

independencia y autonomía de México, casi once años después de que el Cura Don

Miguel Hidalgo diera el Grito de Independencia en Dolores y de que el Galeón de Nuestra

señora de Guadalupe, última Nao de China, zarpara del puerto de San Blas para con el

apoyo de los Conspiradores del Parían de la Plaza Mayor traer a los Insurgentes las

armas que cambiarían el curso de la historia.

Un mes después, el veintisiete de Septiembre de ese mismo año de 1821 el Ejército

Trigarante entró triunfante y sin oposición a la Ciudad de México, habiendo pasado más

de diez años desde aquel día primero de Noviembre de 1810 en que Don Miguel Hidalgo

decidió no tomar por la fuerza la Ciudad de México, a pesar de haber ganado la Batalla

del Monte de las Cruces.

En cuanto al Galeón de Nuestra Señora de Guadalupe, una vez que cumplió su misión

y que las fuerza virreinales tuvieron noticias de que había quedado abandonado y

dañado frente a la Playa de Saláhua, el Galeón fue recuperado y reparado en 1812 por

la Marina Real para ser utilizado junto con el Bergantín San Carlos como buques de

carga con base en Huatulco para el suministro alimentos y parque a las guarniciones

Españolas del Fuerte de San Diego y de la Isla de la Roqueta, que en ese entonces

aún seguían sitiadas por el Ejercito de Don José María Morelos.

La nueva tripulación del Galeón, conociendo que había sido bautizado por los insurrectos

como “El Nuestra Señora de Guadalupe” para cumplir la misión encomendada por los

“Conspiradores Insurgentes de la Ciudad de México”, no le cambiaron el nombre al navío

pero dieron en llamarle “El Alcázar”.

A fines de 1812 los pueblos indígenas de la ribera del lago de Chapala y de la Isla de

Mézcala se levantaron en armas en apoyo de Encarnación Rosas, quien lideró con éxito

la defensa del sitio impuesto por los soldados del Virreinato, aun cuando nunca llego a

recibir los dos cañones cortos que Don Hermenegildo y su hijo Fernando trajeron para

sus tropas en el Galeón de Nuestra Señora de Guadalupe.

Durante la insurrección de los indígenas del lago de Chapala se suscitaron diversos

enfrentamientos a lo largo de cuatro años, que curiosamente incluyeron en el año de

1813 dos batallas navales en el lago, en las que las tropas Realistas intentaron

desembarcar en la Isla de Mézcala navegando a vela en dos grandes lanchones siendo

derrotados por los habitantes de Mézcala que los atacaron con sus canoas hasta

hacerlos regresar a la ribera del lago. Las escaramuzas continuaron hasta que en 1816

el Gobernador José de la Cruz firmó a nombre del gobierno Virreinal un pacto la paz con

los insurgentes ribereños del lago de Chapala y sus islas.



OceanofPDF.com

EPILOGO

Al inicio del Siglo XVIII tras trescientos años de dominación por parte de la Corona

Española, la Nueva España al igual que el resto de las colonias americanas del Imperio

se encontraba en una situación de inquietud y efervescencia política.

Los españoles, criollos y mestizos, descendientes de los conquistadores o de

inmigrantes españoles ya representaban una fuerza social importante participando cada

vez más en la política y en la toma de decisiones en las diferentes provincias del

Virreinato.

El evento que potenció las acciones en todas las colonias americanas del Imperio

Español para pasar de las ideas a los hechos inició el diez y nueve de Marzo de 1808,

fecha en que el Rey Carlos IV abdicó el trono del Imperio Español a favor de su hijo

Fernando VII en un intento tardío de conservar la Corona Española ante la aplastante

invasión militar de las Tropas Francesas de Napoleón Bonaparte.

En la Ciudad de México, en Guanajuato, en la Nueva Galicia y en prácticamente todos

los rincones del Virreinato de la Nueva España, diversos grupos y personajes del Clero,

de los Gobiernos Provinciales, de los negocios y de las diferentes comunidades

expresaban en forma abierta o discreta sus ideas liberales respecto al camino que debía

de tomar la Nueva España.

La Familia Real Española pretendía trasladarse a Andalucía, para de ahí partir a residir

en América, apoyándose en las decisiones de la Corte de Cádiz y del Consejo de

Regencia que validaron y reconocieron a Fernando VII como el auténtico Monarca

Español.

Desafortunadamente para Fernando VII tan solo tres días más tarde, el veintidós de

Marzo de 1808 las tropas francesas entraron a Madrid y el treinta de Abril el Monarca

Español fue tomado prisionero por el Ejército Francés, para ser mantenido recluido por

Napoleón durante los siguientes seis años en un destierro forzoso en la ciudad francesa

de Bayona.

Estando ya Fernando VII prisionero, para conservar la vida y ciertos privilegios fue

obligado a abdicar el trono del Imperio Español a favor de José Bonaparte, hermano de

Napoleón, iniciándose así la Guerra de Independencia Española, la cual fue seguida por

los movimientos de Independencia de la Nueva España y del resto de las Colonias, que

no reconocían la imposición Napoleónica al apropiarse por las armas de España y de

sus Colonias.

De ahí que el Cura Miguel Hidalgo, al llamar al pueblo de Dolores a sublevarse la

mañana del domingo diez y seis de Septiembre de 1810, se expresara con claras

consignas americanistas y de rechazó al gobierno Napoleónico y a sus Virreyes espurios,

en apoyo a Fernando VII y a las decisiones de la Corte de Cádiz.

“¡Muera el Mal Gobierno!” y *“¡Viva la Virgen de Guadalupe!”* son claras expresiones de

los tempranos ideales libertarios de los líderes de la independencia mexicana.

Curiosamente, y sin que la mayoría de los conjurados de Querétaro, San Miguel y

Dolores lo supieran, solo dos días antes, el catorce de Septiembre de 1810 había

arribado a la Ciudad de México el nuevo Virrey Francisco Xavier Venegas, enviado desde

España por las autoridades legítimas peninsulares para terminar con dos años en que

no hubo un Virrey legítimo en la Nueva España

Esa guerra civil por la autonomía y la independencia en la Nueva España duró once

años, y en ella estuvieron peleando padres, hijos, hermanos, esposos, vecinos,

parientes y amigos quienes defendían los dos ejes de autoridad más respetados del

Reino Español: la Monarquía y la Religión.

Los primeros caudillos de esta lucha luchaban por recuperar y mantener estos dos

valores y acusaban a los españoles tanto de España como de América, de haber

traicionado al rey de España y a la religión Católica al ceder el Imperio Español a los

Bonaparte.

El día en que el Rey Fernando VII al que el pueblo llamaba “El Deseado” fue obligado

por Napoleón a abdicar el Trono de España, ninguno de sus súbditos en España y en

las Américas que pelearon por él y en muchos casos perdieron la vida, pudieron

imaginarse que años después Fernando VII al recuperar el trono de España el once de

Diciembre de 1813, tras la derrota sufrida por el ejército Napoleónico a manos de las

fuerzas rebeldes españolas e inglesas comandadas por el Duque de Wellington,

traicionaría a todos los liberales que lo apoyaron y lucharon por él en todo el Imperio,

incluida la Nueva España y que el cuatro de Mayo de 1814 tras asumir nuevamente el

trono de España, fuera a decretar la nulidad de los acuerdos de las Cortes de Cádiz para

imponer una Monarquía Absoluta en todo el Imperio Español.

Esta decisión de Fernando VII tuvo el efecto directo de provocar que los líderes liberales

de los movimientos armados de Independencia que se llevaban a cabo en todas las

Colonias del Imperio, buscando restaurar al propio Fernando VII en el trono legítimo del

Imperio, al ver cerradas sus esperanzas de participación en los gobiernos y política

regionales, decidieran continuar la lucha para lograr su independencia y liberación

absoluta del Imperio Español, lo cual en la Nueva España se logró a la firma de los

tratados de Córdoba.

Los habitantes de la Nueva España y sus grupos sociales, participaron activamente en

el movimiento de independencia luchando en las batallas en los primeros cinco años de

la guerra de independencia y en la fragmentada lucha de guerrillas que siguió después

tras el fusilamiento de Don José María Morelos el día veintidós de diciembre de 1815,

como también generando y promoviendo una profunda ideología independentista y

autonómica que llevó a la importante participación y liderazgo de Agustín de Iturbide en

el proceso político de instrumentación de la nueva nación.

Los pronunciamientos del Ayuntamiento Constitucional y de la Junta Electoral en mayo

de 1820, la valiente publicación íntegra del Plan de Iguala firmado por Agustín de Iturbide

el dos de marzo de 1821 en el periódico “La Abeja Poblana”, la participación

generalizada para formar el consenso por la Independencia, la formalización de las

Diputaciones Provinciales en varias ciudades y el haber logrado que el Clero Católico en

voz de uno de sus Obispos se refiriera públicamente respecto a la Independencia en

términos de “devolución de la libertad que le concedió la naturaleza”, son claras

muestras de la efervescencia independiente que bullía en nuestras tierras en aquel

entonces.

Entre muchas otras, estas iniciativas fueron las bases para que el veintisiete de

septiembre de 1821, entrara el Ejército Trigarante a la Ciudad de México y se firmara el

Acta de Independencia del Imperio Mexicano por los miembros de la Suprema Junta

Provisional Gubernativa de nuestra naciente Nación.

Eran más de diez y mil soldados del llamado Ejército Trigarante, distribuidos en

numerosos regimientos de Infantería y Caballería, entre los que estuvo el Regimiento de

los “Dragones de la Libertad”, que previamente era de los “Dragones de la Reina”,

quienes portaban orgullosos en medio de grandes festejos la bandera y los tres colores

de las Tres Garantías: La Religión Católica, la Independencia de España y la Unión de

todos los Bandos involucrados en ambos lados de la lucha insurgente.

El acuerdo de paz logrado entre Agustín de Iturbide y Vicente Guerrero fue la semilla

final del nacimiento de una Nueva Nación independiente del Reino Español.

En esos primeros dos años la bandera Trigarante del Imperio Mexicano ondeaba desde

la fronteras de Costa Rica en el Sur, hasta los territorios de Oregón en el Norte y del Rio

Mississippi al Este, ya que al reconocer España la independencia de la Nueva España,

los pobladores de las Capitanías de Guatemala, Yucatán, Chiapas, Nuevo México, la

Alta California, Nuevo León y Costa Rica decidieron también independizarse de España

para formar parte de esta Nueva Nación y solo las Capitanías de Cuba, Santo Domingo

y las Islas Filipinas siguieron formando parte del Reino Español.

Todo lo anterior sucedía en la Nueva España al mismo tiempo que otras Colonias del

Reino Español luchaban y lograban su propia independencia.

En ese mismo año de 1821 además de la Nueva España, también se independizaron

Panamá, Honduras, Nicaragua Guatemala, El Salvador, Venezuela y Perú.

Previamente ya se habían independizado Chile en 1808, Argentina en 1816 y Colombia

en 1819, en tanto que Bolivia y Uruguay no lo consiguieron sino hasta 1825. Las últimas

dos Colonias españolas de América en lograr su independencia fueron Cuba y Puerto

Rico en 1898.

Así mismo, al romperse el Imperio Español y triunfar la Guerra de Independencia en

México, se cerró para siempre la ruta comercial de los Galeones entre la Nueva España

y las Islas Filipinas, ya que desafortunadamente Don José María Morelos no logró tomar

el control del puerto de Acapulco en fechas tempranas y la Capitanía de las Islas Filipinas

no buscó separarse del Reino Español, aun cuando a la larga cayó en manos de otros

poderes que buscaban controlar esas islas por su valioso posicionamiento estratégico

para el manejo del comercio con los países de Asia.



Un legado extraordinario de la aventura de todos esos Galeones que mantuvieron vivas

por más de dos siglos la rutas comerciales de la Nueva España con las Filipinas, fue la

importante contribución y presencia de muchos filipinos que llegaron en las Naos a

nuestras tierras y se establecieron en México, contribuyendo al enriquecimiento de

nuestra cultura e identidad, ya que durante la Colonia, la Capitanía General de las Islas

Filipinas reportaba administrativa y militarmente al Virrey de la Nueva España.

La larga y sangrienta lucha por la Independencia de México, iniciada la noche del quince

de Septiembre de 1810 siguió por algunos años más hasta que finalmente llegó terminó

el diez de Febrero de 1821, cuando los dos líderes militares de ambos bandos, Don

Vicente Guerrero en representación del Ejército Trigarante y Don Agustín de Iturbide, al

frente de las tropas del Virreinato, sellaron la paz en una ceremonia que desde entonces

se conoce como “El Abrazo de Acatempan”.





Pensamientos Finales del Autor

Este último viaje del Galeón de Nuestra Señora de Guadalupe, que en esta obra he

llamado “El Galeón de la Libertad”, representa un homenaje imaginario y novelesco a

las “Naos de China” y a sus valientes tripulaciones de mexicanos, españoles y filipinos

que por doscientos cincuenta años mantuvieron viva una línea de comunicación y

comercio transpacífico entre la Nueva España y las Filipinas, la cual quedo rota para

siempre al consolidarse la Independencia de México como resultado de las acciones

de los valientes Criollos Novohispanos que se alzaron en armas para lograr la

autonomía y la independencia de la Colonia ante el poder Napoleónico.

Comparto con todos ustedes, lectores de esta Novela que me han honrado siguiendo

esta aventura, una breve semblanza de algunos pensamientos que considero son

totalmente válidos y representan algunas de las más claras aspiraciones de nosotros

los mexicanos en el inicio de este Siglo XXI:

“Que como la buena ley es superior a todo hombre, las que dicte nuestro Congreso

deben ser tales, que obliguen a constancia y patriotismo, moderen la opulencia y la

indigencia, y de tal suerte se aumente el jornal del pobre, que mejore sus costumbres,

alejando la ignorancia, la rapiña y el hurto”.

“Que las leyes generales comprendan a todos, sin excepción de cuerpos privilegiados;

y que éstos sólo lo sean en cuanto al uso de su ministerio”.

*Espero sinceramente que todos vosotros hayáis disfrutado
vuestra lectura de esta breve historia novelada de
"La Nao de la Libertad",*

*Al terminarla me ha quedado un inquietante y sabroso sabor de boca,
pensando que tal vez y así lo digo, tal vez, esta historia del
"Galeón de la Libertad" y su "Timón de Oro", o alguna muy similar
bien pudo haber sucedido realmente y hasta ahora nunca supimos
de ella y de los muchos mexicanos que como Don Fernando y su
padre Don Hermenegildo, sacrificaron sus vidas para darnos libertad.*

Estas palabras que hoy nos suenan familiares, muy actuales y de fácil identificación y

alineamiento con los pensamientos y esperanzas de nuestra realidad actual, son parte

del texto de *"Los Sentimientos de la Nación"* que presentó Don José María Morelos el

día catorce de Septiembre de 1813 en la Ceremonia de apertura del Congreso

Constituyente en la ciudad de Chilpancingo.

Y como diría la niña Clara Luz, solo me resta agradecerlos

y deciros que habéis llegado al:

"Katapusan ng na ito kwento".

Es decir: Final de este “cuento”

Atentamente, Salvador Quirarte



ANEXO - A

El Parián de la Ciudad de México

Este enorme mercado situado en la Plaza Mayor de la Ciudad de México en los linderos

de lo que fuera el Templo Mayor de Tenochtitlan inició su reconstrucción en enero de

1694, después de haberse incendiado en el año de 1692 durante un motín que destruyó

una buena parte del Palacio Virreinal de la Ciudad de México.

El Rey Carlos II emitió la orden para que el Parián se reconstruyera con mampostería,

sustituyendo las construcciones previas de madera. La obra fue iniciada por el Virrey

Gaspar de la Cerda Sandoval Silva y Mendoza habiendo quedado terminada en abril de

1703.

Curiosamente el nombre de “Parián” que durante la colonia adoptaron muchas ciudades

de la Nueva España y que aún se utiliza en algunos lugares para denominar a sus plazas

de comercio o mercados más importantes nos llegó de las Filipinas, adoptado en la

Nueva España por la similitud que tenía el Parián o Mercado establecido en las afueras

del barrio amurallado de la ciudad de Manila en el cual se alojaban los comerciantes

chinos o “sangleyes” de aquel archipiélago, con los mercados o plazas de comercio de

las ciudades de la Nueva España, incluyendo al “Parián” de la Plaza Mayor de la Ciudad

de México.

El Parián, situado en el ángulo suroeste de la Plaza Mayor se componía de un rectángulo

exterior y de otro interior que alojaba a los llamados “cajones” o tiendas de los

mercaderes que ahí comerciaban.

Había ocho puertas de entrada y cuatro calles interiores que daban acceso a todos los

comercios y a la plaza central del conjunto, llamada “El Baratillo”.

Se ofrecían mercaderías y productos de toda la Nueva España, de Europa y de tierras

tan lejanas como China, la India y de otros países de Oriente, las cuales llegaban a

América mediante los viajes de los Galeones, también llamadas Naos de China.

Ahí los habitantes de todas las clases sociales de la Capital del Virreinato podían

encontrar mercancías tan diversas como alimentos del campo, ropa, calzado,

pasamanería, talabartería, plata, espadas, espadines, armas de fuego, libros, imágenes

religiosas, cristales, lienzos, telas, bordados, trastos, muebles, bombos, papeleras,

espejería, vajillas, utensilios y sabe Dios cuantas cosas más.

Sin embargo, la Corona entre otras medidas absolutistas había dispuesto que el Tabaco,

los Naipes, las Nieves, el Papel Sellado y la Pólvora fueran mercancías reservadas para

ser comercializadas exclusivamente como Monopolios del Estado, lo cual afectó

seriamente a los productores y cultivadores de estos productos, aumentando aún más el

descontento de los comerciantes Criollos que tenían sus negocios en los Parianes.

El Parián de la Plaza Mayor de la Ciudad de México era sin duda el centro de comercio

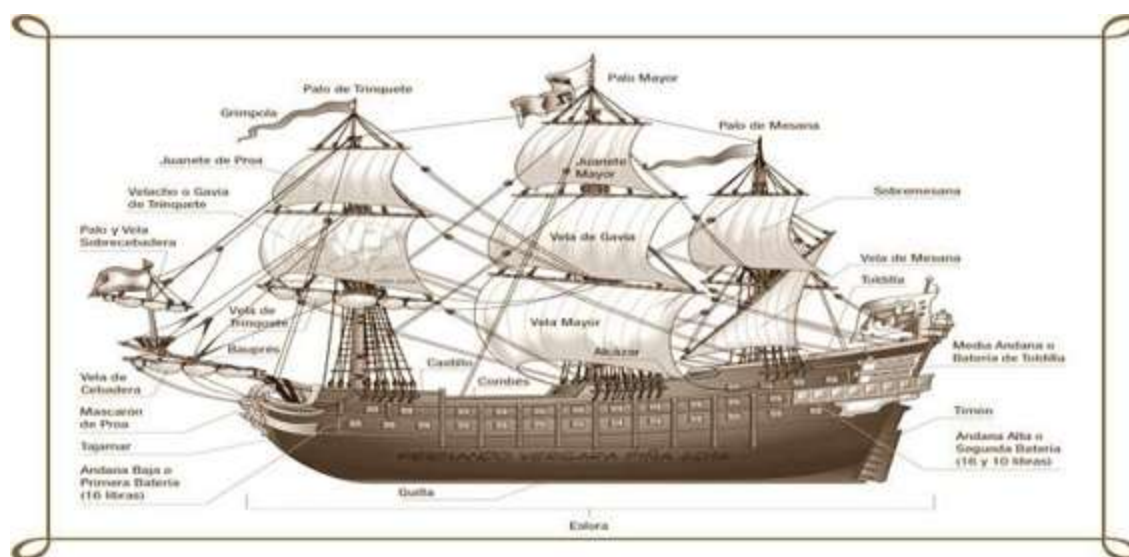
más grande e importante de la Nueva España hasta 1843 en que después de una

revuelta popular fue demolido por órdenes del Presidente Ignacio López de Santa Ana,

para dar paso al inicio de la construcción de la Plaza de la Constitución, popularmente

conocida como el “Zócalo”, en referencia a el basamento o zócalo de la estatua ecuestre

de Carlos V que por muchos años estuvo colocada en el centro de esa Plaza.



ANEXO - B

Los Galeones de Manila

Por doscientos cincuenta y un años la Nueva España y las Islas Filipinas estuvieron

ligadas por una sólida relación militar, religiosa, económica y cultural que sembró para

siempre en ambos pueblos, hoy países independientes, una mezcla única de elementos

y puntos de coincidencia que comparten y que ayudaron a perfilar y lo seguirán haciendo

por siempre, la esencia y características de nosotros, sus habitantes.

Los Galeones fueron navíos contruidos reciamente, combinando características de

navegación, transporte de carga, capacidad militar y autonomía, lo que les permitía

cruzar los océanos en viajes que duraban meses.

Su estructura estaba compuesta por varios elementos básicos que en conjunto permitían

su navegación:

El “Casco” que se construía con “cuadernas” de madera dura y un forro exterior de tablas

de madera flexible.

Tenía una “cubierta” superior con dos o tres “puentes” inferiores situados bajo la cubierta

superior, el “Castillo de Proa” y el “Castillo de Popa” que alberga el “Timón” y el palo

“Bauprés” que va inclinado al frente en la punta de la “Proa”.

En el interior de los “puentes” y los “castillos” van los camarotes, los cañones, la

“Santabárbara” en la que se almacenan las armas y el parque, los botes, las velas y

cabos de repuesto y las bodegas de la carga de mercancías, de los alimentos como

pescado y carne en salmuera y el agua para beber. Al fondo, en la parte más baja del

Casco, justo arriba de la “Quilla” va el “Lastre” que comúnmente eran pesadas piedras

acomodadas entre las cuadernas para ayudar a mantener el equilibrio del Galeón. El

fondo del Casco y el puente más inferior se encontraban sumergidos por abajo del nivel

de la línea de flotación del Galeón.

El acceso desde la cubierta a los diferentes niveles inferiores de los puentes se hacía

por escotillas en los pisos por las que se colgaban cuerdas y escalas para que la

tripulación subiera y bajara.

También había uno o dos escotillones de gran amplitud, llamados “Combés” que

bajaban de la cubierta hasta el nivel del fondo del Casco, por los cuales se bajaba y se

subía la carga, botes, velamen, jarcias y armas mediante un sistema de poleas con

cuerdas que se apoyaban en los mástiles y palos del velamen.

El llamado “Aparejo” del Galeón estaba formado por todas las velas o “Velamen” de todos

tipos y formas, ya que las hay “cuadradas”, triangulares” y “cangrejas”.



La “Arboladura” comprendía todos los “Palos” o “Mástiles” y “Vergas” o palos horizontales

a los que se amarran las velas, así como las “Cofas” que van colocadas hasta arriba de

los tres “Palos” y que sirven para alojar a los vigías y a los marinos durante las maniobras

con el “Aparejo” y la “Jarcia”, que son todos los cabos y cordeles de amarre del barco.



ANEXO – C

La herencia de los Galeones en el

México de hoy

La lengua Castellana que en la Nueva España se posicionó y enriqueció, pasó a las

islas Filipinas adonde posteriormente se diluyó integrándose a las lenguas locales,

principalmente al lenguaje Tagálo, dejando huellas claras en muchos nombres de

lugares, de personas, de apellidos y de cosas, incluyendo alguna influencia de términos

con raíces del lenguaje náhuatl común entre la población indígena novohispana, todo

ello muchos años antes de que en una forma muy similar, el idioma inglés estableciera

también una fuerte influencia en el lenguaje de la población de las Islas Filipinas como

resultado de la ocupación militar y del comercio global.

Solo como ejemplo, en lenguaje Tagálo términos de origen español como “sero”, es el

número “cero”, “kutsara” es “cuchara”, “kutsilyo” es “cuchillo”, “siempre” es

“seguramente” y curiosamente “seguro” significa “tal vez”, habiendo también palabras

en Tagalo como “Tiangee” significa “Tianguis”, “Chiko” que se aplica a “Chicozapote”, o

“chonggo” que significa “chongo” y “Tsokolate” que seguramente se imaginaran qué

significado tiene, son ejemplo del sabor mexicano y castellano del lenguaje Tagalo.

Una vez rota la dependencia de la Filipinas con España y con la Nueva España, el uso

de la lengua Castellana se mantuvo como uno de los idiomas oficiales del país hasta el

año de 1975. Actualmente las lenguas oficiales y comunes en las Filipinas son el Tagalo

y el Inglés.

.

Las Filipinas recibieron de la Nueva España un número muy amplio de las frutas,

verduras y vegetales nativos de América que hoy son comunes en el Archipiélago y que

de ahí pasaron al resto de Asia, como es el caso de Café y el Chocolate.

Los Galeones entre otras cosas llevaban desde la Nueva España a las Islas Filipinas:

caballos, vacas, gansos, carneros, maíz, garbanzos, cebollas, chayotes, chicozapotes,

guayabas, camotes, tabaco, cochinilla, jabón, grana de Oaxaca, mantas o sarapes de

Saltillo, sombreros de paño de Puebla, hilos de Campeche y mucha, pero mucha Plata,

acuñada en monedas y en lingotes que había que pesar para confirmar su valor y que

es el origen la razón de porque nuestra moneda desde esas épocas se llama “peso”.

Quizás la más trascendente de las contribuciones de la Nueva España a la cultura y a la

vida de la mayoría de los Filipinos es el culto en la Fe Católica y la devoción a la mexicana

Virgen de Guadalupe.

Por otra parte son muy amplias la influencia y contribuciones que recibimos de las

Filipinas y del Oriente y que hoy forman parte de nuestra identidad, muchas de ellas

integradas en tal forma, que hoy la gran mayoría de nosotros los mexicanos y de los

extranjeros, pensamos que son elementos nativos típicos que forman y representan la

esencia de nuestras tradiciones y valores mexicanos, sin imaginar que originalmente

fueron aportaciones que recibimos de Asia gracias al comercio de los Galeones de

Manila.

Entre esas aportaciones llegadas de las Filipinas a lo largo de doscientos cincuenta y un

años de comercio transpacífico están por ejemplo las “palapas”, que son las cabañas

construidas de palos de madera o bambú, con techo de hojas de palma y que hoy vemos

en todas las playas de México y del mundo.

Revisemos algunas de las grandes y populares herencias que los mexicanos recibimos

de las Islas Filipinas y a través de ellas, del resto del Oriente:

Las “hamacas”, que por siglos fueron y aun lo son en las costas mexicanas, del Caribe y

de Centroamérica, las “camas” en donde duerme la gente de la costa y de tierra caliente,

además de que se utilizan para descanso en las playas.

Las “Guayaberas”, que son camisas de vestir para hombre, confeccionadas con tela

de algodón, muy tropicales, frescas y elegantes y que continúan siendo muy populares

en la península de Yucatán, en Veracruz, en Cuba y en Miami también nos llegaron de

las Filipinas.

Los Paliacates, originales de la India, que son prácticamente un accesorio clásico del

traje de charro y de otras vestimentas típicas mexicanas como son los trajes que usan

los veracruzanos para bailar la Bamba.

El Rebozo y el Mantón de Manila al igual que el Paliacate, son prendas típicas del vestir

mexicano, recibidas de Oriente que aún hoy son de uso común en una gran parte de

nuestra población.

Las Piñatas, infaltables en cualquier fiesta o cumpleaños infantil en México y cada vez

más en otros países, incluidos los Estados Unidos.

Las piñatas originales se preparaban con una olla de barro forrada con “papel de china”

(por algo se llama así) en forma de estrella, llena de dulces y golosinas, con siete picos

en forma de cono. Los niños deben golpear la piñata con un palo y con los ojos vendados

hasta lograr romperla y recibir los dulces que caen al piso en ese momento.

La tradición original de las piñatas surgió influenciada por la Iglesia, ya que cada uno de

los siete picos de la estrella representa uno de los siete pecados capitales que se rompen

con los golpes del palo.

Las Palmas de Cocos son una variedad que no existía en América. Los Galeones trajeron

más mil de esas palmas que se fueron sembrando a lo largo de la costa Novohispana

del Pacífico, principalmente en poblaciones con inmigrantes filipinos como Colima,

Acapulco, San Blas, Coyuca y Salina Cruz. En esos lugares se reprodujeron y fueron

llevadas al resto de los litorales tropicales de la Nueva España, del Caribe y del

continente Americano.

Es difícil imaginarse que antes de la conquista no había Palmeras de Cocos en las playas

de Cancún, de Cuba o de Acapulco.

En lo relativo a la comida también hay muchos ejemplos de lo que nos llegó procedente

de las Filipinas:

El Tamarindo y el Cilantro que son típicos en las cocinas mexicana y filipina.

El Mango, de la variedad que hasta la fecha aún se denomina “Mango de Manila”.

Los Gallos de Pelea, que previamente ya existían y eran populares en la Nueva España

y en la Península Ibérica, pero que fueron sustituidos en México por una raza de Gallos

orientales, que son de mayor porte y bravura y que hoy, siguen siendo la raza preferida

para este tipo de peleas.

En esa riqueza oriental transportada por los Galeones a la Nueva España y de estas

tierras a la Península Ibérica se incluyen las figuras de Marfil, los textiles de la India, las

madejas de hilo de seda de China, el Bejuco, las telas de Nipiz, llamadas “tejido del

paraíso” provenientes de la isla filipina de Iloilo, fabricadas con una combinación de finas

fibras del tallo de la Palma del Plátano, de las hojas del Maguey de Piña y de la seda

filipina conocida como “Jusi”.

Con estas telas se fabricaban camisas muy elegantes, pañuelos y telas para los altares.

Todo esto y muchas cosas más que eran traídas de Oriente más otras que procedían de

Europa y del propio Virreinato se vendían en los mercados de las poblaciones de la

Nueva España, que como se menciona antes, adoptaron el nombre de “Parían”, que es

precisamente como se les llama a los mercados en lenguaje Tagalo allá en las Islas

Filipinas.

De los productos y artesanía orientales aún quedan muchos ejemplos en todo México

que vemos frecuentemente y que en su mayoría desconocemos que su origen es de

Oriente y que los tenemos con nosotros gracias a los Galeones de Manila:

Uno ejemplo de esto es el Púlpito del Templo de San Miguel en Tlaxcala, que está hecho

con un biombo Japonés del siglo XVI en laca dorada y policromada.

Otro ejemplo impactante y prácticamente desconocido para muchos de nosotros son las

Rejas que rodean la Catedral Metropolitana de la Ciudad de México, en lo que era la

Plaza Mayor.”.

Estas rejas fueron fabricadas y forjadas en Macao por artesanos japoneses y traídas en

un Galeón de Manila para ser instaladas frente a la Catedral de México.

En esos doscientos cincuenta años en los que las Naos de China unieron a la Nueva

España con las Islas Filipinas, muchos inmigrantes de origen filipino y chino llegaron a

tierras americanas, siendo conocidos durante la Colonia como “indios chinos” o “chinos”,

reconocidos con la misma categoría de la Casta de los “indios” del Virreinato. Una vez

establecidos en la Nueva España se integraron a la sociedad y fueron creando nuevas

generaciones de descendientes que en mayor o menor grado mantuvieron sus valores

culturales y rasgos genéticos.

Los inmigrantes Filipinos y Chinos se establecieron principalmente en poblaciones de la

Costa del Océano Pacífico, en lo que hoy son los estados de Colima, Michoacán y

Guerrero y en algunos casos hubo quienes emigraron a la Ciudad de México y a la

Ciudad de Puebla.

Se dedicaban a todo tipo de trabajos, incluyendo la pesca, la carpintería y la producción

del famoso Vino de Coco, siendo muy famosos y reconocidos los Barberos Chinos

establecidos en la Capital.

Esa migración Filipina a México aun cuando no fue muy amplia, fue suficiente para

generar algunos grandes y valientes personajes de la Lucha de la Independencia de la

Nueva España, como lo fueron el propio General Isidoro Montes de Oca, Comandante

Jefe de la Escolta del general Morelos y héroe de muchas batallas del Ejército del Sur y

quien nos ha hecho el honor de prestar su nombre y personaje apareciendo como uno

de los protagonistas de esta Novela. Su lugar de nacimiento en la Costa Grande hoy se

llama “La Unión de Montes de Oca”, en homenaje doble al primer contingente de

seguidores que se unió al general Morelos y al General Isidoro Montes de Oca.

Otro dato interesante es sobre el general Juan Álvarez, quien en 1810 a la edad de veinte

años se unió al Generalísimo Morelos y fue de los pocos jefes insurgentes que sobrevivió

después de la Guerra para vivir en el México independiente. El General Juan Álvarez

estuvo casado con Doña Faustina Benítez, natural del poblado de Coyuca en la Costa

Grande de Guerrero y de familia de origen Filipino. De hecho el nombre actual de Coyuca

es “Coyuca de Benítez”.

Una influencia poco conocida para los mexicanos de la migración filipina llevada a cabo

durante la Colonia Española fue la participación importante de filipinos y chinos llegados

en los Galeones en la explotación de las ricas minas de oro de la Alta California ubicadas

en tierras que en aquella época formaban parte de la Nueva España y que al concretarse

la independencia de México pasaron a integrarse al territorio de los Estados Unidos. Muc

Finalmente, la contribución más hermosa y representativa de este Capítulo de la historia

de dos países y culturas que son México y las Filipinas es sin duda “La China Poblana”,

personaje místico, con un origen real y que con su historia de vida, personalidad e

imagen, generó ese verdadero icono de la mexicanidad que es la “China Poblana”.

De raza Mongol de la India Oriental, su nombre era Mirnha.

Siendo una adolescente fue capturada en su tierra por bucaneros Portugueses que la

llevaron a vender como esclava al Parían de Cavite en las afueras de la ciudad de Manila,

adonde la adquirió el Capitán español Miguel de Sosa, quien radicaba en la ciudad de

Puebla y estaba de viaje en la Islas Filipinas.

De allá fue traída por sus amos a la Nueva España en un Galeón. Al llegar a Puebla el

Capitán Miguel de Sosa y su esposa Margarita de Chávez la adoptaron y bautizaron en

1619 con el nombre de Catarina de San Juan.

Desde que llegó a Puebla, Catarina de San Juan llamó la atención por su belleza, por

ser de piel blanca, cabello claro con largas trenzas y rasgos orientales, así como por las

bellas y singulares vestimentas que acostumbraba llevar, con blusas bordadas,

zapatillas de seda y amplias faldas con lentejuelas y colores.

Pronto la gente se refería a ella como la “China Poblana”, habiéndose dedicado con el

apoyo de sus Padres adoptivos a crear prendas bordadas inspiradas en las ropas típicas

de su tierra original que de inmediato también llamaron mucho la atención.

Otra faceta maravillosa e intrigante de Catarina de San Juan fue su dedicación para

ayudar e influir profundamente en muchas de las gentes que la rodeaban, incluidos varios

de sus Confesores, quienes eran reconocidos miembros del clero Novohispano de la

ciudad de Puebla.



Cuando en 1624 el Capitán Miguel de Sosa falleció, incluyó en su testamento la

liberación de la esclava Catarina de San Juan, quien a partir de ese día se entregó a la

religión y se recluyó en un convento en donde estuvo dedicada al bordado de sus

prendas hasta su muerte acontecida a muy avanzada edad el cinco de enero de 1688,

habiendo desarrollado una vida llena de mística, fantasía y devoción, no siempre bien

vista por la Santa Inquisición, además por supuesto, de regalarnos la belleza de sus

atuendos.

El sepulcro de Catarina de San Juan, la “China Poblana”, está en el interior de la Sacristía

de la Iglesia de la Compañía de Jesús en la ciudad de Puebla.

El vestido de China Poblana creado por ella, junto con el traje de Charro, son sin duda

hoy dos de los símbolos más auténticos y representativos de la mexicanidad.

El Comercio transpacífico de los Galeones fue una fuente importante de ingresos y de

generación de empleos en la Nueva España y en las Filipinas por más de dos siglos y

medio, que terminó oficialmente en marzo de 1811 cuando el Galeón Magallanes arribó

a Acapulco y fue detenido por la guarnición española del fuerte de San Diego para evitar

que su carga llegara a manos de los insurgentes del Cura José María Morelos que

sitiaban ese puerto.

Tiempo después el Galeón Magallanes fue liberado y retornó a Manila en 1815 para no

volver jamás a tierras americanas, aun cuando existe la posibilidad histórica real o

Fin

imaginaria, de que el Galeón de Nuestra Señora de Guadalupe u otro similar, también

lograra cubrir la ruta completa del viaje a Manila y del contraviaje a la Nueva España, no

habiendo registros formales que permitan comprobar la realidad de esta hazaña.

Habiendo escrito esta novela inspirado por esa generación de Criollos y Mestizos

Novohispanos que hace más de doscientos años dieron el grito de libertad y ofrecieron

su vida por la independencia de México, quiero por ultimo compartirles las siguientes

palabras de Don Miguel Abad y Queipo, Obispo de Michoacán, quien por un lado fue el

primero en publicar el Edicto de excomunión del Cura Hidalgo y por el otro, estando

recluido como castigo en España, reconoció el valor y destino histórico de esa

generación de Mexicanos del fin del siglo XVII e inicios del siglo XVIII entre los que se

incluyen Hidalgo, Morelos y muchos otros brillantes hombres y mujeres.

El Obispo Abad y Queipo por sus pensamientos liberales fue condenado por la

Inquisición en España a seis años de encierro, habiendo fallecido durante su reclusión

en un Monasterio de Toledo:

“Debemos velar nosotros principalmente que somos atalayas de

la Religión y del Estado.

*La Patria se funda sobre el patriotismo; sólo este apoyo es firme,
y el patriotismo consiste en la virtud de cada uno y en la unión de todos:*

Unidos y valerosos nos quiere la patria;

*consiste en el sacrificio de nuestros intereses particulares y de nuestras
pasiones,*

*porque la gloria y la felicidad de una nación es incompatible con el
egoísmo*

y la inercia de sus hijos.

*En fin, la presente generación va a decidir la suerte de las futuras
generaciones”.*

OceanofPDF.com